

BOCCACCIO

# Decamerón

Introducción:  
GIOVANNI PAPINI

Traducción:  
LUIS OBIOLS

Editorial  
Losada

Boccaccio, Juan

Decamerón. - 1ª ed. - Buenos Aires: Losada, 2005. - 584 p.; 23 x 15  
cm. - (Grandes Clásicos)

Traducido por: Luis Obiols

ISBN 950-03-9365-4

1. Narrativa Italiana I. Obiols, Luis, trad. II. Título

CDD 853

Título original:

*Decamerone*

Primera edición: julio de 2005

© 2005, Editorial Losada, S. A.

Moreno 3362 - Buenos Aires, Argentina

[www.editoriallosada.com](http://www.editoriallosada.com)

Tapa: *Ana María Vargas*

Interiores: *Taller del Sur*

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Libro de edición argentina

Tirada: 2.000 ejemplares

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

## Introducción

### 1. Tristeza de la vida

Un hombre gordo y alegre que narra cuentos obscenos y bufos a mujeres más bellas que honradas: he aquí la imagen vulgar y vulgarizada de Boccaccio.

Un poeta en prosa que compone, después de la *Divina Comedia*, una *Humana Comedia* y, junto con Petrarca, prepara el Humanismo y da principio al Renacimiento: he aquí la imagen culta y moderna de Micer Juan.

Imágenes incompletas y deformadas las dos, tanto la del pueblo como la de los críticos. La primera lo rebaja demasiado, hasta hacer de él casi un cortesano medio sátiro y medio bufón; la otra lo agranda desmedidamente, haciendo de él algo así como un rival de Dante y el primer ciudadano de un mundo nuevo. La verdad no está en el término medio, como sería de esperar, sino que es otra, más variada y compleja.

Ante todo conviene borrar del todo la figura del eterno ríjoso y burión que divierte las cortes, bribón mimado, tipo anticipado de Casanova. Boccaccio era, especialmente en su juventud, de compañía agradable, pero su vida, desde su nacimiento ilegítimo hasta su muerte solitaria, no lo fue tanto. El fondo triste de su naturaleza, su carácter inconstante e impulsivo, las vicisitudes adversas lo llevaron a menudo a quejarse y llorar, ya bajo la máscara de sus personajes, ya en primera persona. Al lado del Boccaccio jocoso, desbocado y burlador de algunos cuentos, está el Boccaccio elegíaco: trágico, lúgubre y lacrimoso.

Fue, para empezar, muy infeliz en la familia. Hijo bastardo de una viuda abandonada por el amante y con ella abandonado, no conoció a su madre, la que murió traspasada de dolor cuando él era aún muy niño. Tuvo que soportar, en cambio, el mal ánimo y la aversión de dos madrastras, una de las cuales tanto hizo, que lo obligó a dejar la casa paterna.

Boccaccio nunca logró amar de verdad al padre, antes bien pudo, por momentos, despreciarlo y odiarlo. Por muchas razones: el resentimiento por el modo en que había tratado a la madre, a la que el hijo imaginaba de carácter más noble y creía deber lo mejor de su genio; el rencor porque no le amparara lo suficiente contra las madrastras y los hermanastros; la repugnancia por el oficio que el padre ejercía, porque siempre le fue extremadamente antipático todo lo que olierá a comercio; la intolerancia por el carác-

ter paterno, desagradable, rígido e inclinado exclusivamente a la “vil ganancia”. Tan es así, que llegó a descubrir como una desventura su retorno a la casa de Boccaccio:

dove la “cruda” ed “orribile vista”  
d'un vecchio freddo, ruvido ed avaro  
ogn'ora con affanno piú m'attrista.<sup>1</sup>

Versos que nos hacen recordar los de Cecco contra Angioliero, y tal vez más terribles aún, porque no los acompaña la risa del escarnio.

Pero la mayor acusación contra el padre, es la de haberle obligado a perder los mejores años —toda la adolescencia y parte de la juventud— en menesteres contrarios a su genio y a sus deseos. Seis años de comercio y seis de derecho canónico impidieron a Boccaccio dedicarse libremente al estudio de las letras y de la poesía. Si no logró ser un poeta excelente, la culpa es del padre: así lo manifiesta claramente en un pasaje famoso del *De Genealogia Deorum*.<sup>2</sup> En esto radica la profunda razón del desamor filial del poeta fracasado.<sup>3</sup>

También Boccaccio fue padre y también como padre fue desventurado. Tuvo, no se sabe de qué mujeres, cuatro hijos naturales y ninguno de ellos le sobrevivió; la más querida, Violante, se le murió antes de cumplir los siete años, y lejos de él.

Ni fue más afortunado en los amores, si debemos creer en sus manifestaciones y veladas confesiones. De la primer amada, a la que llamó Pampinea, parece que no guardó buen recuerdo: La segunda, por él llamada Abrotonia —quizás una de las tantas “Marielle” napolitanas—, poco pudo gozarla porque, algún tiempo después, no quiso verlo más, y fue para él “materia de pésima vida”. El 20 de marzo de 1336 vio en la iglesia de San Lorenzo, en Nápoles, a la famosa Fiammetta, una tal María de Aquino, bastarda de sangre francesa igual que él, y se enamoró. En el otoño pudo llevar a cabo el adulterio —pues Fiammetta era casada—, pero no habían pasado dos años cuando el pobre Boccaccio se dio cuenta, con sus propios ojos, cómo traicionan a los amantes las que traicionan al marido. Nunca más pudo consolarse de la advertida traición y nunca más volvió en gracia a la voluble e impúdica Fiammetta. De retorno a Florencia, amó a varias mujeres —Emilia, Lisa, Lucía y, parece, también a una monja benedictina— y tuvo de ellas cuatro hijos, probablemente adulterinos. A los cuarenta años pasados, se encaprichó de una viuda, pero ésta no quiso saber nada y, juntamente con el amante de turno, se mofó del pobre poeta, prematuramente envejecido, el cual desahogó

<sup>1</sup> “Ameteo” en *Opere Minori*. — Donde la cruel y horrible visión de un viejo frío, tosco y avaro, me entristece siempre con mayor pena.

<sup>2</sup> *De Genealogia Deorum*, XV, 10.

<sup>3</sup> Habla con respecto del padre en la égloga XIV, porque en ella habla el padre de la pequeña Violante perdida. En el *De Genealogia Deorum* afirma que Boccaccio fue buen católico, pero lo dice por móviles de defensa personal.

agriamente su despecho con la invectiva satírica del *Corbaccio*. Y con esa ridícula y humillante derrota, tuvo fin la vida amorosa del que escribió el *Príncipe Galeoto*.

No mejor suerte le tocó en las demás cosas de su vida, porque siempre fue pobre y siempre anduvo en busca de una condición segura y honorable. No consiguió, como, su amigo Petrarca, prebendas y coronas de laurel, y su verdadera fama comenzó después de muerto.

El padre siempre le escatimó lo necesario y más aún después de la quiebra de los Bardi, donde Boccaccio estaba empleado. En 1339 y 1340, en Nápoles, conoció la verdadera miseria. En Florencia, con el padre casado de nuevo, había poco que hacer. Parece que en 1345 volvió a Nápoles, tal vez con la esperanza de entrar al servicio de la corte, pero no lo logró, así que volvemos a encontrarlo en Ravena en 1346, en la casa de Ostasio de Polenta, y en 1347 en Forlì, huésped y cortesano de Francisco de los Ordelaffi, a quien acompañó también en Nápoles. Mas tampoco la vida de hombre de corte le venía bien y para vivir aceptó algún empleo de la Comuna de Florencia: empleos de tercer orden, de corta duración y muy mal rentados. Los florentinos lo enviaron en varias oportunidades como embajador —a Ravena, ante Petrarca, ante Luis de Baviera, ante Inocencio VI y Urbano V— pero como diplomático dio pruebas mediocres, pues casi nunca logró conseguir lo que la república deseaba.

Cuando, en 1352, podía haber para él, en Nápoles, un buen puesto, Acciajoli —que lo llamaba “Johannes tranquillitatum”— dio la preferencia al mediocre Zanobi de Strada y más tarde a Jacobo Nelli. Pero, muchos años después, en 1362, a invitación de Nelli y Acciajoli, resolvió volver a Nápoles, donde le prometieron la mar de cosas, siendo en cambio recibido pésimamente, metido en una pieza sucia que Boccaccio llama “sentina”, puesto aparte, como un subalterno, mal alimentado, y mal atendido, así que, en abril de 1363, indignado, tomó nuevamente sus cosas y volvió a Toscana. En 1370, vuelto una vez más a Nápoles, recibió de un tal Nicolás de Montefalcone, el ofrecimiento de irse a vivir con él en una hermosa y rica abadía, pero el abad partió a hurtadillas, dejando plantado al pobre Boccaccio. También en la vejez se encontró a menudo en aprietos, hasta el extremo de tener que aceptar regalos en dinero del yerno de Petrarca, Fancescuolo de Brossano, y de Mainardo de los Cavalcanti. Petrarca, conociendo su pobreza, le dejó por testamento cincuenta florines a fin de que se hiciera una capa para estudiar durante las noches de invierno. En 1373 —a los sesenta años cumplidos— consiguió por fin un encargo digno de él: leer a Dante en público, con un sueldo de cien florines anuales, los que a la sazón parecieron mucho y que también hoy serían bastante (unas 24.000 liras de preguerra).

Pero había, a lo que parece, un partido contrario a tal disposición, y el viejo Boccaccio tuvo que pedir, en sonetos, humildemente, excusa y perdón a los que le acusaban por haber aceptado poner la *Comedia* al alcance de todos. A la sazón Boccaccio ya no era más él, así en el cuerpo como en el espíritu: los progresos del mal que al poco tiempo lo mató, le obligaron a interrumpir la lectura, que sólo duró ocho o nueve meses.

Había envejecido pronto: a los cuarenta años ya empezaba a ponerse canoso, hinchado y asmático. Parece que padecía de diabetes, con síntomas de hidropesía.

*Ei m'ha d'uom fatto un otre divenire  
non pien di vento ma di piombo grave  
tanto, ch'appena mi posso mutare.*<sup>1</sup>

Muy triste es la descripción que de su estado hacía al amigo Mainardo de los Cavalcanti, en una carta del 28 de agosto de 1373: "ante todo tuve y tengo un prurito continuo y ardiente, y una roña seca, para quitar cuyas áridas escamas y la escoria, a duras penas basta la uña asidua día y noche; además una pesada pereza del vientre, un dolor incesante de los riñones, hinchazón del bazo, incendio de bilis, tos que ahoga, ronquera, la cabeza aturdida y muchos otros males... De lo que se deriva que me sea difícil mirar al cielo, pesado el cuerpo, el paso vacilante, la mano temblorosa, palidez infernal, ningún deseo de comer, aburrirme de todo: me son odiosas las letras, me disgustan los libros antes tan queridos; relajadas las fuerzas del espíritu, casi extinguida la memoria, y atontado el ingenio; todos mis pensamientos se doblan hacia el sepulcro y la muerte".

Así reducido, y martirizado inútilmente por médicos brutos, pasó sus últimos años en Certaldo, en la única compañía de una sirvienta encariñada, pero torpe y tonta. Asistido por ella, Boccaccio murió el 21 de diciembre de 1375.

El conquistador de tantas mujeres jóvenes y amorosas, no tuvo cerca de él, en los últimos años y en la agonía, más que a una pobre criada del campo, vieja e incapaz. El bello amante de Fiammetta, hija del rey, tuvo al final que conformarse con la devoción mercenaria de una Bruna de Ciango.

## 2. Descontentos y contrastes

Pero la melancolía de Boccaccio, especialmente en los últimos veinte años de su vida, debía proceder del pesar por no haber podido ser lo que más ardientemente había anhelado: un gran poeta. Ya desde los siete años había comenzado a hacer versos, y su último soneto es de 1374, dedicado a la muerte de su amigo Petrarca. Durante cincuenta y cuatro años seguidos había escrito poesías, y por doquier había celebrado la dignidad, la grandeza, la gloria de la poesía, y sin embargo, debía confesarse a sí mismo el no ser un verdadero poeta. Después de leídas las rimas de Petrarca, quemó gran parte de sus propios versos<sup>2</sup> y comprendió su gran inferioridad con respecto a Francisco viviente y a Dante muerto.

<sup>1</sup> *Rimas* (edic. Massera), CXXII. – De hombre me ha convertido en un odre, no lleno de viento, sino de plomo; tan pesado, que a duras penas puedo moverme.

<sup>2</sup> Petrarca: *Sen*, 1, 5.

No podía encontrar consuelo a ésta su pena en su obra maestra, pues ocultó a Petrarca, hasta los últimos años, el *Decamerón*, como si se avergonzara del mismo, y en efecto se disculpaba por haberlo escrito.<sup>1</sup> Una colección de cuentos no valía, a sus ojos, lo que un noble poema. Se equivocaba; su grandeza estaba en la fuerza del arte narrativo y el *Decamerón* vale infinitamente más que los miles de cancioneros escritos en Italia después del de Petrarca. Y no obstante, su pesar contenía implícitamente un justo principio: que la poesía, cuando es inspirada y soberana como en Homero y Dante, está, de por sí, más alta que todos los cuentos y toda la novelaría bien escrita. El narrador es humano y a menudo demasiado humano: el verdadero poeta es casi divino.

Otro motivo de su tristeza tuvo que ser también el no haber recibido de sus contemporáneos ningún signo de honor, ninguna consagración solemne. Cuando Petrarca fue coronado, en 1341, en el Capitolio, Boccaccio era joven y admiraba al poeta: no podía sentirse celoso. Pero cuando al emperador Carlos IV se le ocurrió coronar en Pisa, el 15 de mayo de 1335, al mediocre Zanobi de Strada, rival de Boccaccio en los estudios y en los favores de Acciajoli, el pobre Juan —estoy seguro— tuvo que sufrirlo como una injusta afrenta.

Se ha dicho que Boccaccio fue modesto. Tal vez no en la medida que se supone: también en él había un extraño delirio de grandeza. Se imaginó ser nada menos que sobrino de un rey de Francia; se vanaglorió de ser amado por la hija de un rey; en el *Filocolo*, bajo el nombre de Idalagos, ensalza la “nobleza de su corazón”;<sup>2</sup> en el *Corbaccio* se hace alabar reiteradamente por el finado de la mala viuda; en el *De Casibus* hace decir a la Fortuna que su Certaldo se contará entre los lugares célebres. Y un documento de su orgullo, aunque justificado, es la famosa carta a Jacobo de Nelli, en la que se queja de la acogida indigna recibida en Nápoles en 1362.

Es probable, pues, que la falta de honores haya añadido nueva aflicción a su espíritu, a más de las del fracaso poético y de la desdicha amorosa. No sé figurármelo casi nunca alegre, si no en apariencia. A menudo, los que divierten a los demás tienen el alma empapada de melancolía, ensombrecida por la tristeza: recuérdese a Molière, a Swift, a Enrique Heine. La risa exterior es a veces remedio y defensa contra la desesperación interior.

Y Boccaccio no fue nada feliz. Desventurado como hijo, vejado como hijastro, descontento del padre, molestado por los hermanos, traicionado o rechazado como amante, padre sin esposa y sobrevivido a los hijos, siempre necesitado, siempre inquieto, poco afortunado como embajador y hombre de corte, hostilizado como maestro, consciente de no poder conseguir la victoria más alta y más anhelada, envejeció antes de tiempo, atormentado por males nada poéticos, y falleció sin consuelo de afectos, en manos de extraños.

1 Carta a Mainardo de los Cavalcanti, de fecha 13 de septiembre de 1373.

2 *Filocolo*, VII.

Y su fundamental descontento se manifiesta en sus obras, mucho más de lo que parezca, a quienes conocen sólo uno que otro cuento del *Decamerón*. Y también ésta su obra maestra, si bien se la mira, no resuena solamente de carcajadas y gritos de amor, sino también de suspiros y gemidos; ni destila solamente humores genésicos, sino también lágrimas y sangre. Que Boccaccio no pudiera tolerar a los curas y frailes, todos lo saben, pero no sólo a éstos tenía en mal concepto. Les tenía suma inquina a los mercaderes y toda su mercadería;<sup>1</sup> guardaba antipatía para los leguleyos;<sup>2</sup> despreciaba a los degenerados cortesanos;<sup>3</sup> juzgaba severamente a los papas y emperadores. Ningún rey de la Europa de aquel entonces, merecía favor a sus ojos.<sup>4</sup>

Nada digamos, además, de las ciudades y naciones: en todas encuentra algo que censurar. Los florentinos son avaros, orgullosos, facciosos, pusilánimes, semejantes a las ranas; Venecia es "de toda fealdad receptora" (*Decam.*, IV, 2); los raveneses, rapaces; los genoveses, piratas y ladrones; las pisanas, feas como las lagartijas gusaneras; los alemanes, cobardes y desleales; los españoles semibárbaros y feroces; Roma está entorpecida bajo el yugo farisaico y si una vez fue la cabeza, ahora es la cola del mundo.

Pero la razón más íntima del pesimismo de Boccaccio se la debe buscar, a mi entender, en el profundo conflicto de su vida erótica. Nadie amó a las mujeres más que él; nadie las odió más. Y no las odió porque las amara demasiado, como a menudo acontece, sino por un antagonismo irreconciliable y perenne entre el sentido y el intelecto. Aquel que desde la primera juventud buscó el amor de las mujeres y lo gozó y se deleitó en narrar y describir, con indulgencia maliciosa, las bellas picardías, las voluptuosas gestas de los amantes, es el mismo que escribió después las más agrias y airadas invectivas contra las mujeres. Y no sólo en el *Corbaccio*, escrito a raíz de una desilusión de amor, o en el *De claris mulieribus*, compuesto entre los cincuenta y los sesenta años, sino un poco por doquiera, hasta en el *Filocolo*, obra realizada a los veinticinco años, más o menos, en la flor de la juventud ardientísima. En el *Decamerón* no existen verdaderas diatribas, sino tan sólo una que otra censura discreta acá y allá; nótese, empero, que las mujeres que figuran en los cuentos, exceptuadas unas pocas, son prostitutas o rufianas, adúlteras o bobas, crueles o diabólicas.

Boccaccio, a quien la fama, exageradamente, representa como un mujeriego afortunado y un maestro de conquistas femeninas, es también el más tenaz y locuaz misógino que se encuentre en la literatura italiana. Durante toda su vida ensalzó el amor; durante toda su vida censuró a las mujeres. Mas ¿qué clase de amor predomina en él? No por cierto aquel de los "estilnovistas", contemplación sublimada de una criatura intangible, sino todo lo contrario. Boccaccio ama en la mujer la carne, y sólo ésta, y aborrece todo

<sup>1</sup> *Rime*; *Corbaccio*; *Ecl.* XII; *De Casibus*, V; *De Geneal. Deor.*, XIV, IV.

<sup>2</sup> *De Casibus*, III, x.

<sup>3</sup> *Decam.*, I, 8.

<sup>4</sup> *De Geneal. Deor.*, XV.



lo demás. No la adora, sino que la posee y vilipendia. La desea con el cuerpo y la sangre; la condena con el intelecto y la razón. Su sensualidad grosera e impetuosa lo empujaba hacia las hembras, mas luego nacía en él casi un rencor que lo impulsaba a vituperarlas. Respecto a su carne ardiente, era, un esclavo de ellas; respecto al espíritu, era su enemigo. Parecía que conviviesen en el mismo ser un fauno antiguo que enloqueciera por gozarlas, y un asceta medieval, que se encarnizara en acusarlas.

¿Cómo podía no ser triste aquel que había hecho del amor el centro de su vida y que por otra parte no lograba admirar y ni tampoco estimar los objetos mismos de su amor, es decir, a las mujeres? No podía vivir sin ellas y sin embargo se burlaba de sus costumbres; no le merecían fe sus virtudes, no reconocía en ellas ingenio alguno, las consideraba en todo inferiores al hombre, fastidiosas, peligrosas, maléficas. También Jacopone, por ejemplo, era enemigo de las mujeres, pero ni las deseaba ni las frecuentaba; Cavalcanti, como los demás poetas de su escuela, satisfacía su lujuria con la esposa o con las aldeanillas, pero luego celebraba las virtudes angelicales de la mujer adorada de lejos. Boccaccio goza de ellas como Guido, pero las zahiere como Jacopone: actúa como un sátiro y habla como un padre de la Iglesia.

Y ese contraste lo lleva a rechazar las dos únicas soluciones ofrecidas por el Cristianismo: la castidad y el matrimonio. Si las mujeres son unos monstruos, mejor será huirlos; si el hombre no puede pasarse sin ellas, que se conforme con una mujer legítima. Pero Boccaccio desaprueba reiteradamente el matrimonio y cubre de ridículo (o de compasión) a los maridos; y es al mismo tiempo enemigo de la renuncia ascética poniendo en la picota a curas, monjes y ermitaños. En efecto, no supo mantenerse casto y no quiso ser marido; fue un adúltero que predicaba contra el matrimonio y un fornicador que difamaba a sus cómplices. Consecuencia legítima: el amor libre, la anarquía sexual. El que busque en el *Decamerón* una norma de vida, deberá decidirse por la comunidad de las mujeres, por aquella libertad sexual de los primitivos, descrita por Lucrecio.

No es ésta la única dualidad que se halla en el ánimo de Boccaccio. Es de buena gana escéptico y epicúreo, pero luego se declara devoto de la Virgen y hace colección de reliquias de santos; es medieval por espíritu y por cultura, pero su lenguaje es casi siempre mitológico y va a la caza de escritores antiguos; venera a Dante rudo y pétreo, y al mismo tiempo reconoce por maestro a Petrarca, tan distinto del Alighieri; aborrece a los tiranos, y más de una vez intenta ponerse al servicio de ellos; de repente escribe octavas que parecen sacadas íntegramente de la boca de un campesino o períodos vivaces de estilo populachero, y luego compone poemas alambicados en jerga alegórica y mitológica, y en las prosas se arroja gustoso con los pliegues del estilo ciceroniano.

Tal vez esta dualidad que se encuentra en todo su ser, le venía de las dos sangres de su origen: era mitad francés y mitad toscano. Francesa su patria, francesa la madre, francesa la amante más amada, francesas, en parte, las fuentes de sus obras. Por otro lado era hijo de padre italiano, e italiano él mismo por educación e idioma, italiano como artista, y amó también a

mujeres italianas y admiró por encima de todos a dos grandes poetas italianos, maestros suyos, y se llamó nativo de Certaldo y ciudadano de Florencia. De la madre heredó, quizás, la pasión por el novelar, la vivacidad del ingenio, la voluble sensibilidad; del padre, la sensualidad un tanto grosera; de los antepasados campesinos de Certaldo, el gusto por la campiña, por la burla y por el hablar desbocado. Había, además, en él algo de griego, pero de aquel helenismo idílico y lujurioso que se halla en Anacreonte o en los noveladores de la decadencia; algo de romano, pero de aquella Roma que engendraba y admiraba a Catulo, Ovidio y Petronio; y finalmente algo de la molicie napolitana, de aquella Nápoles un tanto griega y un tanto francesa, elegantemente desvergonzada y caballeresca, que había hechizado y forjado su juventud.

El yo de Boccaccio no podía tener, pues, un centro espiritual propio, predominante y bien definido y, a esta luz, se comprenden mejor sus contradicciones, sus disidencias, las antítesis irresolutas y también su tristeza. El que está descontento de los demás, está, casi siempre, descontento de sí mismo, y el descontento procede, a menudo, de la inquietud que reina en los espíritus antinómicos y violentamente combatidos dentro de sí mismos.

Boccaccio tuvo tal vez una vaga conciencia de ésta su pluralidad, y me parece que una prueba de ello sea ésa su inclinación a presentarse siempre bajo distintos nombres en sus obras. Por una sola vez se presentó como Tiro en una égloga; Boccaccio, en cambio, es Caleón e Idalagos en el *Filocolo*, Troilo en el *Filostrato*, Arcita en la *Teseida*, Ameteo e Ibrida en el *Ameto*, Affrico en el *Ninfale Fiesolano*, Pánfilo en la *Fiammetta*, Dioneo, Pánfilo y Filostrato en el *Decamerón*, y ora Silvio, ora Menalca, ya Aristeo, ya Cerretius o Typhílus en las distintas *Églogas*. Éste su ocultarse tras tan variados personajes y seudónimos, hace casi pensar en que él abrigara una duda oscura sobre su verdadera identidad. O fueron tal vez tentativas de evasión, conatos de compensaciones imaginarias. O es que no estaba seguro de su ser fundamental, debido a los espíritus múltiples que moraban en él, o que quería substraerse a los antagonismos creando con la fantasía personalidades ficticias, que le satisficieran mejor. Cualquiera que sea el móvil, tenemos en ello una confirmación más de que no fue feliz.

### 3. No cristiano

Uno de los conflictos interiores de Boccaccio, era, como acabamos de ver, el religioso. Conflicto más grave de lo que parece: un hombre que hasta pasados los cuarenta años es un escéptico epicúreo y se divierte a costa de los religiosos y luego, hacia el final de sus días, escribe sonetos de arrepentimiento y colecciona reliquias, demuestra no estar demasiado tranquilo, haber atravesado por lo menos dos crisis, una de negación y otra de miedo. Pero en el espíritu fluctuante de Boccaccio no pudieron caber crisis profundas y decisivas: cuando joven, no tuvo coraje de llegar al ateísmo (del cual no faltaron ejemplos aun en la Edad Media), y cuando viejo, no tuvo las fuer-

zas de volver con toda su alma a Dios. Su historia es de las más corrientes: en la altanera juventud, fue irreverente, inclinado al escepticismo y no practicante; en la enferma vejez, comenzó a temer el más allá, se encomendó a Dios con tres o cuatro sonetos llenos de lugares comunes y, a igual de Fray Cipolla, hizo colección de reliquias. Si antes había sido cristiano por conveniencia, al final fue cristiano por temor, siempre tibio, nunca cristiano verdadero.

Y sin embargo, no podemos dejar en paz a Boccaccio en ésa su ambigua penumbra, de la que sale ora una blasfemia, ora un padrenuestro. La vida de cada hombre depende totalmente de la solución que se da al problema de Dios: no se escapa. También el ateísmo tiene su grandeza árida y negra, porque aun matar a Dios es siempre un querer entrar en relaciones con lo divino. Parece que Boccaccio quisiera, con la sonrisa pirroniana, substraerse al dilema. Precisamente en la primera jornada del *Decamerón* repite, con malicioso candor, la vieja parábola de los tres anillos: cada una de las tres religiones *puede* ser la verdadera, pero dos son seguramente falsas y nadie puede reconocer la auténtica. La religión, pues, es cuestión de nacimiento, herencia, hábito, raza: el que nace hebreo, hace bien en profesar el judaísmo; quien nace musulmán, que se quede con su Mahoma; el que nace cristiano, quédese conforme con su cristianismo. El astuto Melquisedec razona como Pilatos: “¿quid est veritas?”.

La opinión que suele atribuirse a Federico II de Suabia era más franca y radical: los tres fundadores —Moisés, Jesús y Mahoma— fueron tres impostores y las tres religiones no son otra cosa que estafas: se puede rechazarlas todas y conformarse con la ciencia y la filosofía.

La parábola de los anillos deja abierta, en apariencia, una rendija a la fe: una de esas tres religiones es la verdadera. La negación total es demasiado comprometedora y casi una recaída en el fanatismo. Pero al afirmar la imposibilidad de reconocer la religión genuina, surgen dudas más sutiles: sostener que de ninguna se puede estar seguro, es lo mismo que declarar inciertas las tres. Hallarse en la verdad es una mera casualidad, un juego de azar.

Boccaccio, nacido en un país cristiano, aceptará como bueno, por lo menos exteriormente, el cristianismo, mas con una fe que no es la verdadera y firme, sino una adhesión meramente verbal, estando el cristianismo en excesivo contraste con los instintos de su juventud distraída y gozosa. En Nápoles hubiese sido con el mayor gusto pagano, pero el paganismo, desdichadamente, había muerto y hay que resignarse a ese Júpiter que es el Dios de las muchedumbres, a ese Codro que es Cristo, a esa dolorida Venus que es la Virgen.

En el famoso cuento del judío Abraham —anterior al de los tres anillos—, Boccaccio se divierte en esbozar una apología paradójica e irónica de la Iglesia católica. Prelados y religiosos, comenzando por el Papa, llevan una vida tan ignominiosa, que el cristianismo se habría derrumbado y acabado desde mucho tiempo, a no mediar una asistencia divina, indicio de verdad. Aquella corrupción de la Iglesia que apenaba a Jacopone, Dante y Petrarca, y les hacía prorrumpir en reprimendas agrias y acongojadas, tórname para Boccaccio en

pretexto para una burla mordaz, para una maligna reducción al absurdo. Si aquellos mismos que debieran dar el ejemplo de vida cristiana llevan una vida diabólica, quiere decir que el cristianismo no es apto para el hombre, no puede existir sobre la tierra. Y si, no obstante esto, no cae ni desaparece, es señal de que sólo la voluntad de Dios lo mantiene. Así escribe Boccaccio, pero piensa entre sí: o sólo la simpleza de los tontos y los ignorantes.

Y que sea éste en realidad el pensamiento de Boccaccio, lo demuestra acabadamente el *Decamerón*, en el cual los clérigos, sean ellos curas o frailes, son todos unos puercos o avaros, en tanto que los laicos devotos —Puccio, Ferondo, Gianni Lotteringhi— son atormentados como tontos y pobres de espíritu. El que debiera enseñar la fe, es pecador; el que la toma en serio, es imbécil. Los milagros pueden ser realizados también por la carroña de un delincuente o imitados por la astucia de un bufón; las preces son perdederos de tiempo y las reliquias son embustes. Es ésta la manera en que Boccaccio se imagina y representa al cristianismo de su tiempo. Un solo prelado se salva: el abad de Cluny, porque da de comer a los bufones y protege a un bandido. Y un solo Papa, y precisamente aquel mismo Bonifacio VIII, a quien Dante había imaginado, con su profética y airada fantasía, en el fuego del Infierno.

La corrupción del clero era uno de los temas populares y siempre en boga de la literatura medieval: de la religiosa y de la jocosa. Contra curas y frailes habían lanzado invectivas predicadores, ascetas, santos y poetas; y con las travesuras de los eclesiásticos habían alegrado a las comitivas los rimadores de los *fabliaux*. Boccaccio, quien procede de éstos, no fue el primero en extraer motivos de diversión de las historietas obscenas de los curas y frailes: habría sido más original, en último caso, si hubiese colocado de nuevo las cosas en su lugar, haciendo distinción entre los clérigos buenos y los muchos corrompidos y los muchísimos mediocres. Pero él prefirió seguir la moda fácil y, si se prestara fe al *Decamerón*, todos los tonsurados, sin ninguna excepción, eran, a la sazón, fornicadores, embrollones o faltos de juicio. Y sin embargo, precisamente en los años aquellos en que Boccaccio escribía sus cuentos, había, sin salir de Toscana, religiosos sinceros, austeros y heroicos: como aquel Juan Bernardo Tolomei que fundó la congregación de los Olivetanos y murió por asistir a los enfermos de peste en 1348 —mientras los héroes de Boccaccio se recogían en una villa a cantar, bailar y contar burlas y chistes—; como el Beato Juan Colombini, que en 1355 fundó la orden de los Jesuatos; como el Beato Juan de las Celdas, de Vallombrosa, del cual nos quedan unas cartas bellísimas; como aquel Beato Pedro Petroni, que, antes de morir, pensó también en el alma de Boccaccio y le dirigió un mensaje amonestador. Y había sido apenas escrito el *Decamerón* cuando, en Siena, tomó el hábito de los Terciarios de Santo Domingo, aquella Catalina Benincasa que dejó, aunque de pocas letras, páginas de prosa ardiente y pura, no inferiores, ni bajo el aspecto del arte, a las de Micer Juan.

Pero para comprender la animosidad de Boccaccio contra los religiosos, es menester volver a su vida amorosa.

Boccaccio es el profano de una gran novedad en la teología moral. Ha creado, en su mente lujuriosa, un nuevo pecado. Según él, no sólo los pecados carnales no son castigados en el otro mundo,<sup>1</sup> sino que se castiga allá, en cambio, otra culpa gravísima, la de las mujeres que se resisten a los abrazos del hombre enamorado. Substraerse al adulterio y a la fornicación es, a juicio de nuestro teólogo venéreo, un delito digno de penas horribles, una infamia que clama la venganza de Dios.<sup>2</sup>

Es aquí donde hay que buscar el verdadero origen de la guerra de Boccaccio contra la gente de iglesia. La cual tiene, a sus ojos, la culpa gravísima de exhortar a las mujeres a cometer ese pecado de novísimo cuño descubierto por esa teología arriba mencionada, es decir, el de no hacer entender a las jóvenes que es una culpa rechazar a un amante y permanecer fieles al marido. Como las mujeres gustan, deshonestamente también, a uno que otro fraile, Boccaccio llega a la atrevida conclusión de que todo lo que afirman los sacerdotes en general, es mentira y falsedad. Teología muy nueva y lógica no menos extraña, las que sin embargo han tenido suerte hasta nuestros días: recuérdense los "droits sacrés de la passion" de los románticos, y las ofensivas anticlericales en las que se condenaba a muerte al cristianismo, porque existían, acá y acullá, unos curas que faltaban al sexto mandamiento.

Boccaccio era un artista y es lícito suponer que su absurda teoría y su resentimiento contra el clero procedieran de móviles totalmente personales. En el *Decamerón* hay un cuento que, en su parte discursiva, huele a autobiografía desde lejos. Es el séptimo de la tercera jornada, en que narrase de un tal Tedaldo de los Elíseos, el cual, después de haber tenido por algún tiempo relaciones íntimas con la esposa de otro, llega a ser por ésta repentinamente rechazado. El joven, desesperado, parte hacia lejanos países, pero vuelve a los siete años y halla la manera de hablar en secreto con la mujer, la cual, sin reconocerlo, le confiesa haber abandonado al amante por haber quedado aterrorizada por los discursos de un fraile. Entonces el falso peregrino le espeta un gran sermón en defensa de los derechos del amor, con tan brioso ímpetu, con tan sofística elocuencia, con una mal disimulada cólera, que hacen pensar que Boccaccio, en aquellas páginas, hable de sucesos; propios bajo la máscara de Tedaldo, así como Tedaldo habla de sí bajo el disfraz del peregrino. También como Tedaldo, Boccaccio se encontró en una situación semejante a la de su personaje cuando, en Nápoles, la bella Abrotonia, luego de haberle concedido las extremas pruebas de amor, se alejó rápidamente de él.<sup>3</sup> Es el caso de suponer que Boccaccio sospechara o descubriera que la repugnancia improvisa de Abrotonia, se debiera a la misma

<sup>1</sup> *Decamerón*, VII, 10.

<sup>2</sup> *Decamerón*, III, 7; V, 3.

<sup>3</sup> "...Una vez que me hizo contento con sus abrazos, éstos me concedió durante una corta temporada; ya que, impulsada yo no sé por qué espíritu, desconcertada conmigo, totalmente negándoseme, me era causa de vida pésima. Yo nueva y reiteradamente busqué el favor perdido, para nunca más de nuevo conseguirlo..." (*Ameto*).

causa por la que doña Ermelinda fue impulsada a desembarazarse de Tedaldo; explicaría así el acento personal que se advierte en su engañosa prédica antifrailesca. En ésta hallamos expuesta su extravagante doctrina de los dos pecados: "El tener intimidad una mujer con un hombre es *pecado natural*", es decir, casi inocente y que no merece castigo; pero, si una mujer, arrepentida, se substrahe al amante, "este pecado... es el que la *justicia divina*, la cual todas sus operaciones realiza con justa balanza, no ha querido dejar impune". ¡De tal modo el Dios del Sinaí queda promovido, por la lasciva fantasía del novelista, al cargo de castigador de las esposas que prohíben el tálamo conyugal a sus amantes!

Que Boccaccio haya sido atacado, por lo menos en una oportunidad, por un cura que le acusaba de una grave culpa, está comprobado por los dos sonetos de réplica punzante que son los versos más agrios y violentos salidos de la pluma de aquél que muchos califican de "ánimo apacible".<sup>1</sup>

*por, satyro, sei facto sí severo  
nella "mia colpa", et etti sí molesta,  
credo, sarebbe cosa assai onesta  
prima lavasse il tuo gran "vitupero",  
que mordesce d'altrui...*

En lo restante del soneto de Boccaccio, empleando el consabido método de la réplica, sostiene que el "sacerdote inicuo" ahogó en la letrina al hijo que le había nacido de la mujer que tenía en su casa. Dos conclusiones, a mi juicio, pueden sacarse de esa disputa; que la "culpa" de Boccaccio, no habiendo sido negada por él, era, pues, cierta; que la tal "culpa" debía ser erótica y escandalosa, ya que, para hacer callar al cura, le acusa de un pecado de la misma índole.

¿Cuál habrá sido esa culpa?

Ya desde el Setecientos Manni y Quadrio creyeron que en el *Ninfale Fiesolano* se refiriera, bajo una fingida vestidura mitológica, una aventura del mismo Boccaccio, esto es la seducción de una monja. Y en efecto, hay allí muchos indicios para suponer que las ninfas de Diana —vinculadas por votos secretos y vestidas de modo especial— sean, en realidad, monjas, y bajo el nombre de Diana se oculte la abadesa o la superiora general. Hay un discurso de Mensola —la amada— que viene a reforzar la hipótesis:

*I' non mi missi a seguitar Diana  
per "al mondo tornar" per niuna cosa:  
Ché, s'i' avessi voluto filar lana  
con la mia madre e divenire sposa,  
di qui sarei "ben tre miglia" lontana*

<sup>1</sup> Son los sonetos CXX y CXXI de la edic. Massera. — Ya que tú, sátiro, te has vuelto tan severo con mi culpa, y tanto te es molesta, creo que muy honesto sería que expiaras tu gran deshonor antes de censurar la ajena.

*col padre mio, che sopr'ogni altra cosa  
m'amava e volea bene: ed é cinqu'anni  
che mi "fur messi" di Diana i panni.*<sup>1</sup>

Cambiad de nombre a Diana y he aquí que las palabras se ajustan perfectamente a una monja. Y hay más: en la época de Boccaccio existía un convento de benedictinas más próximo a la iglesia de San Martino a Mensola (exactamente en el centro del lugar en que está localizado el trágico idilio) y esa iglesia dista tres millas de Fiésolo.<sup>2</sup> Mensola, pues, era una joven de Fiésolo recluida en aquel monasterio unos cinco años antes que la conociera Boccaccio.

Pero hay algo mejor aún: la confesión del reo. En la égloga XV (*Phyllostropos*) Boccaccio (que aquí toma el nombre de Typhus) se rehúsa a presentarse ante Theoschyryus (quien por su declaración es el mismo Dios), por haberle robado en otros tiempos una ternera. Una hembra robada a la grey de Dios no puede ser más, en la jerga mitológica de Boccaccio, que una monja. Y como el poemita fue compuesto entre los años 1343 y 1344, la aventura debe haber ocurrido muy poco tiempo antes, es decir cuando Boccaccio no contaba aún treinta años y acababa de volver a Florencia. Estaba a la sazón en la flor de la ardorosa juventud, poco o nada respetuoso de las cosas sagradas y, ya acostumbrado en Nápoles a frecuentar los conventos de mujeres, nada habría de qué extrañarse que él, disfrazado de mujer, hubiese penetrado en un convento para atraer a sus deseos a una monjita.

Y, si no me equivoco, volvemos a encontrar a ésta, llamada antes Mensola, en la Lauretta del *Decamerón*. Lauretta, según se ha advertido, es la más esquiva y vergonzosa de todas las demás mujeres de la comitiva, lo que resulta por demás natural si fue monja durante algunos años. Al final de la tercera jornada ella canta de sí una canción considerada misteriosa hasta la fecha, pero que resulta clarísima si reconocemos en ella a la benedictina amada y raptada por Boccaccio. Dice así:

*Già fu chi m'ebbe cara, e volentiere  
giovanetta mi prese*

.....

*ma or ne son, dolente a me!, privata.*

*Femmisi innanzi por presuntuoso  
un giovanetto fiero,  
sé nobil reputando e valeroso,  
e presa tienmi.*

<sup>1</sup> Yo no me puse a seguir a Diana para volver al mundo para nada: ya que, si yo hubiese querido hilar lana con mi madre y casarme, estaría a tres millas de aquí, con mi padre, quien por sobre todas las cosas me amaba y me quería bien: mientras son ya cinco años que me fue impuesto el hábito de Diana.

<sup>2</sup> Hoy, San Martino a Maiano.

*Io maledico quella mia sventura,  
quando, "per mutar vesta",  
sí dissi mai: sí bella nella "oscura"  
mi vidi già e lieta, dove in questa  
io meno vita dura,  
"vie men che prima reputata onesta;  
o dolorosa festa,  
morta foss'io avanti  
che io t'avessi in tal caso provata!*

*O caro amante, del qual prima fui,  
piú che altra contenta,  
che or nel ciel s' davanti a Colui  
che ne creó, deh!, pietoso diventa  
di me, che per altrui  
te obliar non posso; fa ch'io senta  
che quella fiamma spenta  
non sia che por me t'arse,  
e costá su m'impetra la tornata".<sup>1</sup>*

El primero que amó a Lauretta, y fue correspondido, fue San Benito; el "jovenzuelo osado" que se la quitó es Boccaccio; el "hábito... oscuro" que ella cambió al decirle que sí, es el negro de las benedictinas. Ahora, arrepentida de su nueva vida —"siempre menos que antes reputada honesta"— ruega a su primer dueño, San Benito, que está ante Dios, trate de que en ella nuevamente se encienda el amor divino, de modo que pueda tener la esperanza del "retorno". La canción de Lauretta es, misteriosa e indirectamente, la segunda confesión del pecador. Boccaccio añade que dicha canción "Fue por varios de manera distinta comprendida; por algunos de manera vulgar, por otros con más sublime y mejor y más acertada inteligencia, que lo que actualmente ocurre". Y tenía todas las razones del mundo para mantener el misterio.

Sobornos y raptos de monjas no son hechos insólitos en la historia; Boccaccio no fue ni el primero ni el último: baste recordar el caso de Filippi, ocurrido más de un siglo después, quien se llevó consigo a la hermana Lucrecia Buti. Recuérdense, en el *Decamerón*, los razonamientos de aquella monja que es la primera en pensar de gozarse a Masetto: "A varias mujeres

<sup>1</sup> Ya hubo quien me quiso, y gustoso jovencita me tomó... mas ahora estoy, ¡ay de mí!, de él privada. — Luego vino a mí, presuntuoso, un jovencito osado, que se estimaba noble y valeroso, y me tiene poseída. — Yo maldigo de aquella desventura, pues, por haber mudado de hábito, me dije: Tan hermosa y alegre me vi ya con el oscuro, mientras con éste llevo una dura existencia, reputada mucho menos honrada que antes; ¡oh, fiesta dolorosa!, hubiese yo muerto antes de haberme encontrado en este trance. — ¡Oh!, querido amador, a quien, más contenta que nadie, pertenecí primero, tú, que ahora estás en el cielo ante Aquél que todo lo creó, ¡ay!, apiádate de mí, pues no puedo olvidarte por otro; haz que yo sienta que no se haya extinguido la llama en la que por mí te quemaste e impetra mi retorno allá arriba.



que han venido a vernos he oído decir que todos los demás placeres del mundo no suponen nada junto al goce que experimenta la mujer con el hombre".<sup>1</sup> Y como la compañera le recuerda que han prometido su virginidad a Dios: "¡Bah! —contestó la primera—. ¡Cuántas cosas se le prometen a diario y no se cumple ni una! Si nosotras se la hemos prometido, que se encuentre a otra u otras que lo cumplan". Cínicas palabras que tal vez el mismo Boccaccio había dicho a la monja deseada para convencerla.

Puede ser, pues, que "la culpa" de que el cura innominado<sup>2</sup> acusaba a Boccaccio fuera precisamente la seducción de Mensola-Lauretta, y la dureza de la respuesta es una prueba más de la verdad de la acusación.

Otros disgustos recibió Boccaccio de otro cura, Francisco Nelli, prior de los SS. Apóstoles, que en 1362 lo convenció de que se trasladase a Nápoles y luego lo acogió de aquel modo perverso y humillante que sabemos. Contra él se desahogó el poeta en una carta larga y agria, que nos ha llegado sólo en idioma vulgar. Y otro motivo de resentimiento tuvo contra un fraile, Nicolás de Montefalcone, el cual, después de haberle prometido muchas cosas, lo dejó plantado en Nápoles en 1371. Boccaccio le dirigió en ese año una carta airada, que contiene alusiones abiertas y veladas a la ignominiosa vida juvenil de Nicolás, el cual, para mayor escarnio, se había llevado consigo un manuscrito de Tácito por el cual Boccaccio tenía un gran amor.

Durante toda su vida, pues, Micer Juan recibió, con o sin culpa suya, molestias y afrentas de curas y frailes, culpables, a sus ojos, de quitarle la buena suerte con las mujeres y en las cortes. La guerra de Boccaccio contra el clero no nace, pues, de razones metafísicas, de celo evangélico, o de su espíritu de hombre nuevo, de precursor e iniciador del Renacimiento, sino de motivos personales en su gran mayoría. La lujuria y la ambición lo hacen hablar: las costumbres, no siempre santas, de los religiosos, le proporcionaban el modo de vengarse de ellos sin descubrirse demasiado.

Que Boccaccio no fuera, en lo más íntimo, cristiano, lo demuestra también su propensión a la venganza, es decir, a lo que hay de más opuesto a la enseñanza fundamental de Jesús, "Sólo sabe qué dulce cosa sea la venganza y con qué vehemencia se la desee el que recibe las ofensas...".<sup>3</sup> "Y a pesar de que todo hombre naturalmente apetezca venganza de las ofensas recibidas...".<sup>4</sup>

Se vengó de Fiammetta en el libro que lleva su nombre —venganza imaginaria pero en la que encontró una cruel satisfacción—; se vengó de Marietta (¿Abrotonia?) en el libro V del *Filocolo*; de la viuda que rechazó sus amores en el *Corbaccio*. Y la venganza más atroz es aquella, largamente descrita y saboreada del estudiante Rinieri contra esa Elena que lo había ferozmente burlado<sup>5</sup> y es, a mi juicio, uno de los cuentos del *Decamerón*, de tono y contenido autobiográfico.

1 *Decamerón*, III, 1.

2 El "sacerdote inicuo" no puede ser, por muchas razones, F. Nelli.

3 *Decamerón*, X, 2.

4 *Decamerón*, III, 7.

5 *Decamerón*, VIII, 7.

También Elena, como heroína del *Corbaccio* es viuda y también aquí la víctima es un hombre de estudio. La imaginación era, para el poeta, compensación y sucedáneo de las venganzas que no lograba llevar a cabo contra las personas reales.

Y sin embargo, no le faltó a Boccaccio una advertencia solemne para que cambiara de vida. En 1362 se le presentó uno (al que llaman Joaquín Ciani), quien dijo que a Pedro Petron, fallecido el año anterior en Siena en olor de santidad, se le había aparecido, poco antes de morir, Cristo, el cual le había revelado muchos secretos del porvenir. Y le mandaba a decir a Boccaccio que le quedaba poco de vida y pensara por lo tanto en hacer penitencia. El poeta, próximo ya a los cincuenta y que aparentaba ser y se sentía más viejo de lo que era, quedó atemorizado por aquel mensaje y lloró largamente. Pensó en seguir el consejo del santo fallecido, es decir, dejar los estudios profanos y la poesía, y tal vez renegar o destruir sus obras. Todo esto se lo contó a Petrarca en una carta que se ha perdido y a la que Micer Francisco contestó, con cordura más estoica que cristiana, advirtiéndole que a veces suele invocarse a Cristo desatinadamente, que todos debemos morir y que el amor a las letras no es incompatible con la vida cristiana.<sup>1</sup> Parece que Boccaccio quedara persuadido por los razonamientos del amigo, pues siguió llevando, más o menos, la vida de antes.

Sólo contadísimas veces, antes y después de la brevísima crisis, escribió Boccaccio sobre temas religiosos, y siempre los trató de manera superficial y casi siempre con el acostumbrado disfraz mitológico. En la égloga X (*Vallis opaca*), pretendió describir el infierno valiéndose de la mitología pagana; en la XI (*Pentheon*) intentó exponer la doctrina cristiana con lenguaje mitológico. En el *De Genealogia Deorum*<sup>2</sup> narró como pudo la vida de Cristo, y en la famosa epístola a Pino de los Rossi recuerda a Cristo como ejemplo de fortaleza de ánimo, pero sólo después de haber mencionado a Escipión y César más extensamente. Pero nunca tuvo amor a Cristo y en su obra maestra, escrita en plena madurez, lo insultó obscenamente, haciendo decir a Masetto de Lamporecchio, de regreso de las libidinosas fajinas del monasterio, que Cristo premiaba con la buena suerte “al que le ponía los cuernos sobre el sombrero”.<sup>3</sup> El Salvador, a juicio de Jacopone, era un loco; a juicio de Santa Catalina de Siena, un almacén de sangre<sup>4</sup> a juicio de Juana Brugman, un ebrio;<sup>5</sup> a juicio de Lutero, una gallina;<sup>6</sup> para Boccaccio es un esposo traicionado y contento.

Una vez, quizás para complacer a Petrarca, comenzó una nueva redacción de la vida de San Pedro Damiani, siguiendo las huellas de la antigua de Juan Laudense, pero después de haber escrito unos trece capitulos, abandonó la empresa: las vidas de los santos no eran para él.

<sup>1</sup> Petrarca: *Sen*, I, S.

<sup>2</sup> Libr. XV.

<sup>3</sup> *Decamerón*, III, 1.

<sup>4</sup> Sta. Catalina de Siena: *Cartas*, II.

<sup>5</sup> Moll: *Johannes Brugman*.

<sup>6</sup> Grisar: *Lutero*.

Mas, hacia el final de sus días” al comenzar los achaques y los pensamientos sobre la tumba, se verificó un cambio de verdad. En el *Corbaccio* había admitido no ser buen cristiano, pero haber sido siempre sumamente devoto de la Virgen: entre lo que legó en su testamento, había un cuadrado de madera, en una de cuyas caras estaba pintado el rostro de la Virgen y en la otra una calavera. Y escribió sonetos en los que se recomienda a la misericordia de Dios, pero en el último que compuso en su vida, dedicado a la muerte de Petrarca, vuelven las fantasías amorosas de la juventud y ve a Fiammetta —la adúltera, la traicionera, la mundana Fiammetta—, junto a Laura en la presencia de Dios y dirige al amigo muerto este lindo ruego:

*De', s'agrado ti fui nel mondo errante,  
tirami dietro a te, dove gioioso  
vegga colei che pria d'amor m'accese.*<sup>1</sup>

Es decir, que no desea subir al Paraíso para gozar por fin de la visión de Dios, sino para ver nuevamente, “contento”, a la amante jamás olvidada. Y quizás en ese mismo tiempo hacía esa colección de reliquias —buscadas con mucho trabajo durante largo tiempo en numerosos lugares— que dejó en herencia al monasterio de Santa María del Santo Sepulcro.

Como puede verse, había en él más superstición que religiosidad; más miedo a la muerte que verdadero fuego de piedad y de amor divino. Boccaccio quedó durante toda su vida más acá de la fe sentida y profunda: cautelosamente incrédulo. Conoció el cristianismo sólo exteriormente, es decir no lo conoció, y ni el amor a su Dante logró hacerle vislumbrar los abismos luminosos de la Gracia. Con sus cuentos se vengó de los frailes, pero no fue capaz de comprender la sublimidad de los santos. Maese Ciappelletto le ocultó a San Martín y Fray Cipolla le impidió ver a San Francisco.

Sin fe se puede llegar a ser artistas y acabados artistas, como fue Boccaccio, pero no poetas soberanos. Es menester una fe poderosa, aunque no sea la cristiana, que trascienda de nuestro yo para elevar el alma y tornarla realmente grande y creadora.

Boccaccio no tuvo fe más que en su arte, en la literatura, en la sabiduría de los antiguos, en la pulcritud de la forma. Pero éstos no pasan de ser medios, instrumentales; no son fines o ideales suficientes para abrasar un alma. Boccaccio fue un gran escritor, pero no un gran espíritu.

<sup>1</sup> *Rime*, CXXVI, 12-14. — ¡Ah!, si es verdad que fui de tu agrado en el mundo errante, llévame contigo allá donde, contento, pueda ver a la que primera me encendió de amor.

#### 4. Las obras menores

Si Boccaccio fuera pintor, se le llamaría anecdótico, retratista y decorativo. Su genio lo lleva sobre todo a la narración y, en ésta, a describir seres vivientes y paisajes estilizados.

Le gusta conocer toda clase de historietas y contarlas. Benvenuto de Imola, quien lo conoció en la vejez, le llama: "Curiosus inquisitor omnium delectabilium historiarum" (curioso buscador de todo cuento deleitoso). Si no existiesen otras pruebas de su origen francés bastaría ésta: el conquistador de las Galias proporciona un testimonio al glosador de Dante. Narra, en efecto, César, que los galos eran tan curiosos que detenían a los viajeros y los retenían por la fuerza para saber las novedades y noticias del mundo.<sup>1</sup>

Boccaccio es un cuentista; durante toda su vida no hizo otra cosa que narrar y todas sus obras son narraciones de sucesos reales o imaginarios. Narró en verso y en prosa, en latín y en vulgar, con fines instructivos o de diversión, en primera persona o en tercera persona, cuentos antiguos o aventuras modernas, pero no hizo otra cosa, en suma, que narrar. Sus obras juveniles —*Filocolo*, *Teseida*, *Filostrato*, *Ameto*, *Ninfale Fiesolano*— no son sino novelas, mezcladas a veces con el poema caballeresco y a veces con el idilio pastoril; sus obras cultas de la vejez —*De Genealogia Deorum*, *De claris mulieribus*— no son sino narraciones y biografías: leyendas de los dioses y semidioses antiguos, vidas noveladas de mujeres míticas e históricas. La *Fiammetta* es una novelita de las que hoy llamaríamos psicológicas, pero no es, al fin y al cabo, sino la narración de un amor y un desamor; en el *Corbaccio* hay gran parte de sátira e invectiva, pero en realidad es la narración de una visión durante la cual un finado cuenta dolorosa y pintorescamente su vida conyugal. El *Trattatello in laude di Dante*<sup>2</sup> es la narración, con uno que otro toque novelesco, de una vida ilustre; las obras comenzadas y no terminadas son una vida de Petrarca y una de San Pedro Damiani. Y, finalmente, la obra maestra es un rosario de cien cuentos.

Las demás obritas no cuentan. Si no fueran de él, sólo algún erudito les echaría una ojeada, cada medio siglo. La *Caccia di Diana*, dado que sea suya, es una fantasía mitológica que sirve como pretexto para pasar lista a unas cuantas bellas napolitanas; la *Amorosa Visione*, es una alegoría pobre, entre erótica y moral, que no tiene otro mérito que el de haber precedido los *Trionfi* de Petrarca; el *Buccolicum Carmen*, es algo así como un sumidero para sus confidencias personales y una tentativa de conseguir los favores de las musas latinas; el *De montium*, es una relación escueta de montañas, selvas, fuentes, lagos, ríos, lagunas y mares; las *Rimas* se cuentan entre las poesías menos personales y menos musicales que nos haya dejado el Trescientos.

El *Comentario a La Divina Comedia* es una compilación cansina, prolija y pedante, tal vez no totalmente suya. Durante toda su vida literaria

<sup>1</sup> *De Bello Gallico*, IV, 5.

<sup>2</sup> *Pequeño tratado en loor de Dante*.

Boccaccio fue siempre un gran recopilador, pues saqueaba por doquier lo que podía utilizar, a veces renovando, remozando y transformando admirablemente, a veces conformándose con unos pocos retoques. Comete también verdaderos plagios: como el de la canción de Cino de Pistoia (*La bella vista e'l bel guardo soave*) copiada íntegramente en el *Filostrato*; o el del coloquio entre Fiammetta y la nodriza (en la *Fiammetta*) traducido casi literalmente del *Hipólito* de Séneca. Boccaccio es a menudo original en la forma, mas casi nunca en el fondo.

Debido a éste y a otros motivos más, no es necesario hablar de las obras maestras, a pesar de que hayan cansado largamente los ojos, la mano y la memoria de los críticos, empecinados en esa grosera superstición según la cual, tratándose de los grandes, conviene observar a través del microscopio aun las uñas de los pies y la secreción nasal. No es que no haya, en todos esos libros, una que otra página digna de ser leída y saboreada. En el *Filostrato* adviértese acá y acullá calor de sincera pasión; uno que otro terceto del *Ameto* no carece de gracia; la *Fiammetta* no es una obra maestra, como dijo un francés, pero contiene observaciones sutiles y bellos rasgos de elocuencia amorosa; también unas frescas octavas se encuentran en ese *Ninfale Fiesolano* que, a juicio de Carducci, llevado a la exageración por la oratoria conmemorativa, constituiría para Boccaccio su mayor título al nombre de poeta; y en el *Corbaccio* se hallan descripciones y caricaturas que podrían figurar aun en el *Decamerón*.

Pero si Boccaccio tiene un lugar, y grande, en la literatura italiana y si todavía permanece en la memoria de los hombres, se lo debe al *Decamerón*, únicamente al *Decamerón*, primer edificio acabado de la prosa toscana y uno de los escasos libros italianos que han conquistado al mundo y que se siguen leyendo universalmente. Solamente en él, Boccaccio, en esa estación cálida y fecunda que va de los treinta y cinco a los cuarenta años, fue real y felizmente artista desde el principio al fin; en él hallamos toda su naturaleza de hombre y una gran parte de la vida de su época.

## 5. El "Decamerón"

Al decir del autor, quisiera ser éste un libro dador de alegría y deleite, y sin embargo se inicia con un cuadro espantoso de muerte. Florencia (y toda Italia) es asolada por la peste: millares y millares de seres mueren miserablemente cada día; y en los ánimos de los no muertos aún, pero dominados por el terror a la muerte, se extingue todo sentimiento de piedad, todo cariño natural, todo freno de las leyes humanas y divinas, todo impulso de misericordia. Ante tal espectáculo de luto, agonía y crueldad, dos son las posturas que cuadran a un cristiano, como Boccaccio quiere hacer creer que es: si es un santo, se substituye a los cobardes para asistir a los enfermos y los moribundos; si es un escritor, se extrae de esa visión horrible un nuevo llamamiento a la vida eterna del alma, a la idea del perdón, al problema de la salvación. El primer camino fue elegido, precisamente en

aquel año 1348, por el Beato Tolomei, quien murió asistiendo a los enfermos; el segundo por Jacopone, el cual describió el cadáver podrido y deshecho para recordarnos esa parte de nosotros que no muere, y por Manzoni, el cual se valió de la peste para enseñarnos el amor heroico del padre Cristóforo y del padre Felice y para inducir al fogoso Renzo a perdonar al enemigo.

Bien distinta es la conclusión y la resolución de Boccaccio. Sus diez héroes deciden, en cambio, huir de la ciudad donde se muere para establecerse en una hermosa campiña y allí divertirse, cantar, tocar, bailar y narrar cuentos novelescos y lascivos. En Florencia la muerte siega, mas nosotros platicaremos de amor; en Florencia no hay quien consuele a los apesados y entierre a los cadáveres, mas nosotros nos regocijaremos con chistes y burlas; en Florencia sólo se oyen gemidos y el aire hiede a carne en putrefacción, mas nosotros escucharemos los acordes de la viola e iremos a bañarnos en los límpidos lagos y tendremos estancia entre las flores perfumadas. Pampinea, que es la primera en hacer tan linda propuesta, lo dice bien claro, hay que alejarse de la ciudad, irse a una villa “y allí gozar de aquella *fiesta*, aquella *alegría*, aquel *placer* que nos fueran posibles...” Ni el pesar por los parientes muertos, ni la caridad hacia los que quedan, sirven para retenerlos un día más. “*Festivamente* quiere vivirse”. Y Pampinea, elegida “reina de la primera jornada ordena que ningún sirvo doquiera que vaya, de cualquier sitio que vuelva, cualquier cosa oiga o vea, no nos traiga de afuera ninguna noticia *que no sea alegre*”. No sólo no quiere ver, si no que no quiere tampoco saber, a fin de que no sea perturbado su alegre destierro. Y al comienzo de la jornada novena, helos ahí, los diez, adornados con guirnaldas, llenas las manos de flores, “cantando y charlando y motejando” con tanta alegría en el semblante que al verlos “nada más habría podido decirse sino: o aquestos no serán vencidos por la muerte, o ésta los matará alegres”.

El desafío de la vida a la muerte, la respuesta de la alegría al dolor: es éste el motivo inicial y persistente del *Decamerón*.

¿Quiénes son esos diez jóvenes cínicos y egoístas, despiadados y epícúreos, que se recogen en la soledad, no para rezar o expiar, sino para crear un oasis de apacibles placeres a sólo unas millas de la carne gemebunda, para fundar una efímera Abadía de Thelème a despecho de la desventura pública?

Los tres jóvenes —todos lo han admitido— no son más que el mismo Boccaccio en tres aspectos distintos: Dioneo, el “muy soez Dioneo”, es el Boccaccio alegre y salaz; Filostrato es el Boccaccio amante traicionado e infeliz; Pánfilo es el Boccaccio amante correspondido y triunfador. Y las mujeres son, a mi juicio, las que Boccaccio mayormente quiso más en su vida. Ya reconocimos a cinco de ellas: Pampinea es la napolitana procaz que fue la primera en concederle amor; Fiammetta es la inolvidable María de Aquino; Emilia es aquella Emiliana de los Tornaquinci a quien Boccaccio amó en Florencia después de su retorno; Elisa es la Lisa que Boccaccio cantó en la *Amorosa Visione*; Lauretta es la monja benedictina del convento cerca de

Mensola. Las otras dos —Filomena y Neifile— no podemos por ahora identificarlas con seguridad, mas todo induce a creer que ellas sean, como las anteriores, mujeres o jóvenes amadas por el poeta y, ocultas bajo nombres simbólicos. Que sean todas personas reales lo manifiesta el mismo Boccaccio: “Cuyos nombres yo en su propia forma diría, si no me impidiese hacerlo una justa razón”.

Y entonces la escena cambia de repente. La comitiva de los diez gaudentes se reduce a una sola persona: a Boccaccio circundado por los fantasmas, las imágenes, los simulacros mentales de las siete mujeres por él poseídas y a la sazón perdidas. Boccaccio huye del contagio —pero está solo—. Solo con los recuerdos, solo con la memoria de los rostros hermosos y las carnes delicadas, solo con su tristeza y con su nostalgia. En Florencia mueren los que conoció y quiso; muere entre otros su hijita de siete años, su Violante, a quien llorará más tarde, y él se refugia en un jardín que por arte de magia se le aparece en la fantasía, poblado por las amantes que en realidad están dispersas y lejos, quizás muertas, y se pone a contar sucesos de amor y de muerte. El embrujo se ha desvanecido: los tres jóvenes son un hombre solitario y maduro, las siete jóvenes son espectros de un pasado próximo o remoto. Boccaccio está terriblemente solo y su libro, a la par de tantos libros grandes, es realmente una fuga, una evasión, la tentativa de vencer la soledad con la reunión imaginaria de las amadas, de vencer la tristeza de la marchita juventud con el apresto de una fiesta geórgica, idílica, erótica y cómica.

Por tal motivo el *Decamerón*, que comienza con visiones de muerte, no acoge tan sólo bosquecillos olorosos y lechos de voluptuosidad, sino que está poblado también por sepulcros. El que escapaba a los cadáveres insepultos de sus conciudadanos, evocó nueve tumbas en aquel mundo fantástico en que buscaba compensación a la tristeza del mundo real. El sepulcro de Maese Ciappelletto, del arzobispo de Nápoles, en el cual fue encerrado Andreuccio; el sepulcro donde quedó detenido por varios días el pobre Ferondo; la tumba silvestre en que los hermanos de Isabetta entierran a Lorenzo asesinado; los sepulcros por entre los cuales vaga el melancólico Cavalcanti; el arca sepulcral en que por la noche tiembla Maese Simón; la tumba de Scannadío, violada con terror por los enamorados de Doña Francisca; el sepulcro en que el feroz Tancredi entierra juntos a Guismunda y Guiscardo; y, finalmente, el sepulcro del cual Maese Gentile de los Garisendi hace resucitar, con sus lágrimas, a la enterrada en vida Catalina.

Boccaccio no pudo sustraerse a la obsesión de las tumbas. Quería huir a la muerte y parece que se haya esforzado para evocarla continuamente, a menudo como consecuencia de ese amor que debiera ser el alegre triunfo sobre la descomposición.

Ni tampoco Boccaccio, con toda su voluntad de vivir y reír, puede disociar el amor de su hermana la muerte. Dos corazones de amantes degollados son el símbolo de esta unión. El corazón de Guillermo Guardastagno es dado a comer a la amante; el de Guiscardo, lavado por las lágrimas y su-

mergido en el veneno, es besado con el último beso por la suicida Guismunda.

Y por dondequiera, en estos cuentos, el amor lleva al suicidio, al asesinato, al estrago. Por amor de la bella Alatiel, seis hombres, uno tras otro, son muertos; por culpa de las hermanas de Marsilia dos jóvenes son asesinados; el amor de Gerbino por la hija del rey de Túnez lleva a la muerte a la amada, a sus compañeros y a él mismo; Lorenzo es muerto por los hermanos de la amada, quien sucumbe de dolor; Gabriotto expira de improviso entre los brazos de la amante; Simona y Pasquino mueren envenenados misteriosamente; Jerónimo fallece por exceso de amor al lado de Salvestra, y ésta, transida de pena, se mata cerca de su ataúd; Guido de los Anastagi, suicida por amor, es condenado a matar perpetuamente a la amada que se le rehusó y que perpetuamente escapa, acosada por los perros que la despedazan.

También en el alegre Boccaccio el Amor es un dios, pero un dios terrible, que quiere víctimas humanas. El exordio luctuoso y macabro no es únicamente vestíbulo y justificación, sino también tema de encantamiento que cada tanto vuelve, pavoroso, en la trama narrativa, que quisiera ser consoladora y bufonesca. Quiere libertarse de la visión de la muerte con la fiesta de la juventud, pero la vida misma, a través del amor de los jóvenes, lo lleva nuevamente a los homicidios, a los suicidios, a los lutos.

Y este motivo de la muerte hace suponer que el *Decamerón* no es una sarta de cuentos dolorosos y jocosos juntados al azar y sí el resultado de un plan general. A mí me parece un edificio orgánico, construido con intención, siguiendo el esquema de una idea.

La obra puede dividirse en cuatro partes: dos compuestas de una sola jornada cada una (la primera y la última); las otras dos compuestas de cuatro jornadas cada una. La primera jornada se propone algunos temas que se repetirán a menudo: crítica de la religión (Ciappelletto, Abraham, Melquisedec, el monje fornicador, el fraile inquisidor) y crítica de la avaricia (Can de la Scala y Herminio Grimaldi).

En la segunda parte (desde la 2ª a la 5ª jornada) predomina el tema de la Fortuna con sus variaciones y vicisitudes: al mal le sigue el bien (jorn. 2ª); la Fortuna (ayudada por el ingenio) favorece a los enamorados (jorn. 3ª); el Amor lleva a la muerte (jorn. 4ª); pero, después de las desventuras, puede salir airoso (jornada 5ª).

La tercera parte (desde la 6ª a la 9ª jornada) contiene el triunfo del ingenio: ejemplos de prontitud y argucia de palabra (jorn. 6ª); de qué modo se engaña con la astucia y se burla con el gracejo a hombres y mujeres (jorn. 7ª, 8ª y 9ª).

La jornada décima (que es la última parte) es algo así como una réplica a la primera, y más bien una verdadera palinodia. En la 1ª se atacaba a los religiosos y en la 10ª se alaba a un abad y a un pontífice; en la 1ª hacían un triste papel los reyes y en la 10ª, hacen una magnífica figura el Rey Carlos y el Rey Pedro; en la 1ª se censuraba la avaricia y en la 10ª se nos presentan ejemplos de magnánima liberalidad.



Y para convencernos mejor de la meditada unidad de la obra, nótese que el *Decamerón* se inicia con el hombre más corrompido y maligno (Mase Ciappelletto) exaltado sin razón, y se cierra, por contraste, con la mujer más virtuosa y heroica, humillada y castigada sin razón (Griselda).

Los dos temas predominantes, como acaba de verse, son los de la Fortuna y del Ingenio. La vida, pues, está a merced de la suerte, que puede ser corregida y desviada por la inteligencia del hombre: no queda lugar para la divinidad. Y apenas un poquito para la ley.

No ha sido considerado lo suficientemente que el espíritu secreto del *Decamerón* es el rechazo de toda autoridad, el espíritu anárquico. La peste no es sólo una premisa pavorosa destinada a justificar la evasión hacia el placer, sino también un acontecimiento (diríase casi providencial) destinado a relajar los vínculos de las leyes, de las costumbres, de las conveniencias, es decir, a instaurar un régimen de libertad, propicio al desahogo de los instintos.

Claramente lo dice Pampinea en su primer discurso. "Y he oído... que aquéllos, sin hacer ninguna distinción entre lo honesto y lo deshonesto, llevados únicamente por sus apetitos, solos y acompañados, de día y de noche, hacen todo lo que mayor deleite les da". Y Dioneo, al final de la sexta jornada, para disculparse de tratar un tema escabroso, agrega: "¿Ahora no sabéis vosotros que, a consecuencia de la perversidad de esta temporada, los jueces han dejado los tribunales; *las leyes, así las divinas como las humanas, callan*; y todos gozan de la *más amplia licencia* para conservar la vida?"

En otros términos, la peste es una coartada para la anarquía. No sólo, como lo manifestaba Pampinea, toda costumbre está subvertida y cada uno hace lo que se le antoja, sino que los magistrados han desaparecido, y toda ley ha quedado en suspenso, la de Dios así como la de los hombres. Toda autoridad, por lo menos momentáneamente, es abolida.

Ya vimos de qué modo Boccaccio trata de socavar y derrumbar a la autoridad religiosa, pero —nadie lo advirtió, hasta la fecha—, sólo él, sin parecerlo, trata de socavar también la autoridad civil representada por los reyes, los príncipes y los jueces. Sabemos que en otras obras (y también en una famosa epístola a Petrarca), Boccaccio demostró ser "aborrecedor de tiranos"; pero si en aquéllas empleaba la oratoria, en el *Decamerón* emplea, so-lapadamente, el escarnio.

Uno que otro rey es alabado por su magnificencia y generosidad, pero la mayoría están presentados bajo colores sombríos. El Rey de Francia es deshonorado (I, 5), el de Chipre, inepto, es insultado por una mujer (I, 9), Can de la Scala es tildado de avariento caprichoso (I, 7), el Rey de Inglaterra es engañado por la hija (II, 3), el Rey del Garbo se casa, suponiéndola virgen, con una mujer que ha pasado por los brazos de ocho amantes (II, 7); la Reina de Francia es perversa y mentirosa (II, 8); el Rey Agiluff es burlado por un mozo de cuadra (III, 2); el Príncipe de Salerno es cruel y homicida (IV, 4); el Rey Guillermo de Sicilia es despiadado (IV, 4); el Rey Federico es vengativo (V, 6). Y qué opinión le merecieran los reyes en general, nos lo dice en el discurso de Natan, el cual, con el objeto de disculpar a Mitridates, así habla: "Los sumos emperadores y los grandísimos reyes ampliaron

sus reinos casi sin otro arte que el de matar, y no a un solo hombre como tú querías hacer, sino a innumerables, y el de incendiar países y destruir ciudades..." (X, 3). "A lo que —observa en otro lugar— pocos o ninguno, hoy en día, dirige el tendido arco de la mente, por haberse vuelto la mayoría de los señores crueles y tiranos" (X, 7).

No trata mejor a los jueces, representantes de los príncipes y de las leyes. El inquisidor actúa por codicia (I, 6); el juez Ricciardo de Chinzica es traicionado, escarnecido y rechazado por la mujer (II, 10); el podestá Francisco Vergellesi es burlado y cornudo (III, 5); el podestá de Brescia abusa de su poder en el intento de violar a una mujer (IV, 6); el de Prato se deja enredar por los sofismas de la adúltera Filippa (VI, 7); un juez de las Marcas es burlado de mala manera por tres jóvenes florentinos (VIII, 5).

Y así, ridiculizando a príncipes, magistrados y curas, se quita del medio todo obstáculo al mal. Con la ayuda de la peste, todos pueden hacer suyo el lema de Rabelais: *Fais ce que voudras*. Éste es, a mi parecer, el íntimo sueño de Boccaccio.

Un solo obstáculo quedaba aún para el goce libre: el vínculo del matrimonio, considerado sagrado desde la antigüedad y elevado a sacramento por la Iglesia. Boccaccio, a fin de debilitarlo, emplea el arma habitual: el escarnio. En el *Decamerón*, las víctimas más frecuentes de la sátira y del insulto son los maridos, los frailes y los imbéciles. Casi todos los maridos que aparecen en los cuentos son ciegos, tontos, ingenuos, grotescos y traicionados. Por algún motivo el libro está dedicado a las mujeres y se apoda "príncipe Galeoto", es decir, libro de rufianería. El programa de Boccaccio era, como acabamos de ver, el amor libre: ni castidad ni bodas. Anarquía absoluta también en la vida sexual.

Uno de los problemas que el *Decamerón* se propone resolver es precisamente éste: ¿Cómo conquistar a las mujeres? Enseña que a veces con los ruegos, con la adulación, con la generosidad o con el dinero, pero más a menudo con el engaño, la estratagema, el fraude. Boccaccio es un Maquiavelo de alcoba. El autor de *El Príncipe* enseña la manera de conquistar y conservar los Estados: el autor del *Decamerón* expone las artes adecuadas para tomar y gozarse las mujeres de otros.

A veces, más que la sátira, vemos la complacencia y la glorificación del engaño bien realizado y bien conseguido, que demuestra superioridad de ingenio, aunque dirigido a una finalidad perversa. El "jugo de toda la historia", como diría Manzoni, es en el *Decamerón* el siguiente: cosa gloriosa es engañar, esto es, disimular y mentir; cosa disculpable y sabia es no resistir a las pasiones amorosas. En resumidas cuentas, es una cosa dígma de alabanzas afinar el intelecto para dar placer a la carne. La mentira, la voluntad débil, la lujuria encuentran en Boccaccio un apologista indirecto y jovial, y tal vez, más por esto que por la excelencia del arte, su libro gustó tanto a los hombres que son, en su gran mayoría, mentirosos, débiles y lujuriosos.

Boccaccio mismo veinte años después, se arrepentía y avergonzaba de haber escrito semejante obra y recomendaba a su amigo Mainardo de los Cavalcanti que no la hiciera leer a su mujer: "Tú sabes todo lo que en ella

hay de indecente y opuesto a la honestidad, cómo estimula hacia la infausta Venus, cuántas cosas impulsan al mal... y a veces vuelven impúdicas a las almas y las emponzoñan e irritan con las taras obscenas de la concupiscencia..." Temía, sobre todo, ser mal juzgado: "las lectoras me reputarán un rufián soez y un viejo incestuoso, impúdico, de hablar lascivo, maldiciente y ávido divulgador de las infamias ajenas".

Así escribe a los sesenta años y tal vez era sincero. Pero el Boccaccio verdadero, el que reina aún, es el de los cuarenta, el de la pecaminosa obra maestra, el hombre que no pensaba en las malas consecuencias de su libro y se defendía con felices ocurrencias de las censuras de los demás.

Pero así como las justificaciones que se leen en el *Decamerón* son sofisticas y maliciosamente hipócritas, también la condena total de la vejez no se la debe tomar a la letra. La inmortalidad del *Decamerón* está confiada al arte y, más aún, al realismo que hace de él un documento de gran valor humano. Boccaccio presenta a los hombres tales como son en su gran mayoría, y no como deberían ser: no es culpa suya si se parecen a monos astutos y lascivos. Ya sabemos que tenía en mal concepto a sus semejantes y también, en consecuencia, a la vida, en la que la fortuna o el azar dominan en lugar de la justicia. Tan es así, que, a menudo, en sus cuentos, resulta premiado el mal y castigado el bien.

Para él el desinterés heroico no es otra cosa que materia asombrosa, novelesca, es decir, imaginaria. Él representa a la virtud de manera tan fantástica y exagerada, que o se torna inverosímil o linda con la estupidez.

Natan, por ejemplo, lleva su magnanimidad hasta lo absurdo, ofreciendo su propia vida al que sin razón quiere quitársela (X, 3); Gentile de los Garisendi, luego de haber salvado de la muerte a la mujer amada, la devuelve espontáneamente al marido (X, 4); Gisippo cede sin ninguna dificultad la esposa deseada al amigo (X, 8); Griselda, injustamente echada de su casa, acusada, insultada, todo lo soporta, hasta el asesinato de sus hijos y las más vergonzosas humillaciones, para mantenerse fiel a un marido brutalmente raro (X, 10). Parece como si Boccaccio quisiera insinuar, con la enormidad misma de estos prodigios morales, que la virtud está de tal modo más allá de toda verosimilitud que debe estar fuera de la realidad. El pecado es fácil, normal, natural; la virtud es tan sublime que es increíble o debe juzgársela imbecilidad o necedad.

No es que Boccaccio fuera de ánimo perverso y se propusiera realmente desterrar del mundo toda moralidad; pero las dos tendencias de su naturaleza —el pesimismo respecto al hombre y el ansia de goces amorosos— lo llevan, sin que tenga plena conciencia de ello, a una especie de ideal anárquico, nunca manifestado con claridad, pero casi siempre sobrentendido.

El mundo del *Decamerón*, no obstante parecer a primera vista alegre y agradable, es un mundo sin Dios. Presenta a los hombres tales como serían si fueran abrogadas todas las leyes, si no se obedeciera más a los príncipes, a los jueces y a los sacerdotes.

Boccaccio tiene una moral propia, implícita, pero fundada exclusivamente sobre la indulgencia, la sonrisa, el dejar hacer. Hay en él una simpa-

tía profunda por el ideal romántico novelesco de la pasión soberana y del hombre que sirve a la mujer para llegar a servirse de ella. Su sensualidad prepotente le quita el sentido de la justicia y del sacrificio; su tendencia a ver el ridículo, hace que sus golpes sobrepasen el blanco. No creía que, maltratando a curas y frailes, pusiera en peligro el cristianismo, lo que demuestra que no tenía mayor apego al cristianismo, profesado de dientes afuera.

Ni puede tampoco decirse que fue un espíritu burgués, como alguien sostuvo, porque ninguna estimación le merecían las actividades peculiares de la burguesía, es decir, el comercio y la industria. Lo único que tenía valor a sus ojos eran la mujer y la poesía. Es un literato que busca su placer en la belleza de las hembras y del arte. Es un ojo que sabe mirar, una boca que sabe sonreír, una fantasía que sabe evocar y por esto ha logrado ser artista y gran artista.

La humanidad, a la que no estimaba, excitaba sin embargo su curiosidad y su imaginación, de tal modo que le ha permitido darnos una "profana representación" rica y colorida, llena de figuras vivas, animadas por distintas pasiones, entrelazada de aventuras patéticas y grotescas, que está entre el idilio y la sátira, entre la "danza de los muertos" y la Arcadia, entre el libelo y la tragedia. Mundo populoso, pero a pesar de todo, mucho menos completo que el dantesco. Él tomó a la *Comedia* y la hizo bajar a la tierra, pero, al volverse totalmente terrenal, falta la tercera parte, la más alta, la que tiene lugar en el cielo. Dante aborrecía a los pecadores; Boccaccio los justifica y casi los alaba. El *Decamerón* es un Infierno sin diablos y un Purgatorio sin penas. Los condenados son absueltos o puestos, a lo sumo, por un instante, en ridículo. El objeto de Dante era la salvación; el de Boccaccio la diversión (en el sentido corriente y en el de Pascal). Las musas de Dante eran la indignación y el arrobamiento místico; las de Boccaccio la ironía y el deleite sensual. Puede que el *Decamerón* se aproxime más que la *Comedia* a la vida corriente, pero al hombre íntegro y verdadero no se le puede concebir sin algo que lo trascienda, aunque no sea otra cosa que un sueño de su fantasía. Y el arte mismo se resiente de tal ausencia: Boccaccio, en efecto, es un gran pintor, pero nada más que pintor; Dante, en cambio, no sólo sabe pintar con su palabra, sino también esculpir y cantar.

## 6. El arte

Dice Boccaccio que sus "cuentecitos... no sólo han sido escritos por mí en florentino vulgar y en prosa, y sin título, sino también en estilo humildísimo y remiso cuanto más es posible". Trató, en suma, de permanecer en el llano, no de volar. En efecto: idioma vulgar y no latín, prosa y no poesía, estilo familiar y no solemne y pomposo.

En realidad, esta manifestación parece una coquetería de autor que se rebaja para ser ensalzado: él sabía muy bien que era más feliz en el habla florentina que en el latín, en la prosa que en el verso.

Y no es cierto que su estilo sea siempre humildísimo: bien al contrario.

A pesar de que los cuentos raramente se presten a la oratoria, sabe ser agudo e ingenioso razonador —como, por ejemplo, en los vehementes discursos de Tedaldo de los Eliseos y del discípulo vengativo— y logra elevarse, a veces, hasta la elocuencia. Admirable en todas sus partes es el discurso que Guismunda, antes de morir, dirige al padre: “Tancredi, no estoy dispuesta ni a negar ni a rogar, dado que lo primero de nada me valdría y lo segundo no quiero que me valga: y además no abrigo ninguna intención de volver a mi favor, con alguna acción, tu mansedumbre y tu amor: pero confesando la verdad, quiero defender ante todo con razones verdaderas mi buen nombre y luego seguir con los hechos firmemente la grandeza de mi alma. Es cierto que yo he amado y amo a Guiscardo, y toda mi vida, que será breve, no dejaré de amarlo. Pero a esto no me llevó tanto mi femenina fragilidad, cuanto tu poca preocupación de casarme y la virtud de él. Bien debías de saber, Tancredi, que, siendo tú de carne, habías engendrado a una hija también de carne, y no de piedra o hierro...”.

Y la poderosa oración de la moribunda prosigue así hasta el final, ardiente de vehemente pasión, solemne de noble dignidad, como habría podido escribirla un Tito Livio o un Maquiavelo.

Mucho se ha discutido sobre lo fatigoso y complicado de los períodos de Boccaccio, que con seguridad no habrían agradado a Salustio y no agradan a los modernos cocineros de prosa desarticulada a la francesa. En Boccaccio existe el gusto por la dificultad superada, por la estructura sapiente, por el contrapunto verbal que juega con estudiada lentitud alrededor del tema predominante y existe también la ambición literaria, explicable en un novicio humanista, de rivalizar con los grandes latinos y especialmente con Cicerón. Y no siempre la habilidad surte buenos efectos. Un período como el que se inicia con el discurso de la hija del Rey de Inglaterra al Papa, parece hecho a propósito para dar la razón a los “pies-planos” manzonianos: “Santo Padre: como vos mejor que cualquier otro debéis saberlo, todo el que bien y honradamente quiere vivir debe, apenas puede, huir de toda causa que a hacer diversamente pudiera llevarle; lo que, a fin de que yo, que honradamente deseo vivir, pudiera acabadamente realizar, en el hábito con el cual me veis huida secretamente, con grandísima parte de los tesoros del Rey de Inglaterra, mi padre, el cual al Rey de Escocia, señor por demás anciano, siendo yo joven cual vos me veis, quería dar en esposa, por llegar aquí a fin de que Vuestra Santidad me casara, me puse en camino”. Pero los períodos contruidos con tanta prolijidad como poca claridad son, en el *Decamerón*, mucho menos de los que se dice o se cree. Hay que suponer a Boccaccio como a un nuevo rico, que de repente ve, al alcance de su mano, una gran cantidad de vestidos, capas, túnicas, adornos y joyas que desde mucho tiempo atrás permaneciera abandonada u olvidada. Los tratados medievales ya habían dado ejemplos del estilo áulico, latinizante y majestuoso, pero Boccaccio le aporta el calor de la vida y se viste con aquellas venerables vestimentas como si fueran hechas para su talle.

Y a pesar de ser considerado el maestro de la prolijidad, sabe ser, cuando es necesario, de un plástico laconismo. Véanse, por ejemplo, estas dos

muertes: "Y velados los ojos y perdido todo sentir, de esta doliente vida se partió" (IV, 1). "... resolvió no vivir más, y aunados en sí los espíritus, sin decir palabra, cerró los puños y al lado de ella se murió" (IV, 8). O esta cruel y rápida orden: "...agarrarás al hijo... y golpeada su cabeza contra la pared, lo echas a comer a los perros" (V 7). ¿Quién no recuerda el final del cuento de Nastagio? "No pasa mucho tiempo que ella... como si no hubiese estado muerta, resurge, y de nuevo comienza la dolorosa fuga y los perros y yo a perseguirla", (V, 9). O también, con ejemplos menos trágicos, véase con que eficaz brevedad representa una zurra: "... con los puños... que parecían de hierro, todo el rostro le rompió; no le dejó en la cabeza un solo cabello que le quedara bien, y revolcándolo en el barro, le desgarró todo el traje". (IX. 8.).

Una vez acostumbrados a ése su andar sostenido, a ésos sus calculados circunloquios, a ésa su gala de adjetivos y sinónimos, a ésa su sapiente dislocación de frases, advertimos que la gracia —signo manifiesto del arte— no desaparece ni en los momentos de más grave artificio y concluimos por seguir alegremente el calmo río sonoro de su prosa, que es una perenne victoria sobre la resistencia de un idioma recién nacido.

En las descripciones de la naturaleza —y de las personas jóvenes— el arte de Boccaccio se manifiesta más felizmente soberano: limpias, gentiles, sencillas, aéreas, diseñadas con luz pura. Están hechas, casi siempre, con pocas palabras, mas tan bien elegidas, tan apropiadas, dispuestas con tanta gracia y de sonido tan sobrio y delicado, que encantan aun hoy, a pesar de haberse vuelto lugares comunes de la literatura de segunda mano. Trátase siempre de días hermosos, jardines ornamentados, campiñas soleadas, fresca juventud: alegría de vivir, pulcritud de formas, dulce y perfumado hálito de poesía primaveral. Supo hallar nuevamente, en la Florencia del Trescientos, la atmósfera de las islas de los beatos, de la edad de oro, de la Grecia antigua y civilizada, perfumada de laurel y de mar, alegrada por los cantares aedos. Si Boccaccio se acercó por momentos a Luciano y tal vez a Sotades, supo también expresarse con la molicie de Teócrito y la dulzura de Minnemo.

Pero si Boccaccio, como él mismo se definió, es un pintor, débese reconocer que logra singulares aciertos en los retratos. Casi todos los consigue con pocos trazos, y sin embargo, nos presenta a una criatura que en seguida se ve, de cuerpo entero, y ya no se olvida. Ligereza de toque, selección sapiente de los epítetos y, sobre todo, la intuición de lo esencial, logran este admirable resultado. Sólo le bastan a veces cuatro o cinco palabras: "flaco y enjuto y de poco ingenio" (II, 10), "arriesgada y valerosa, de rostro enjuto y franco" (IV, 1), "una mujer joven, aniñada y necia" (IV, 2), "dama madura y misericordiosa" (V, 2), "una joven recatada, de cabello rojo y arrebatada tez" (V, 10), "más que cualquier otra extravagante, desagradable y esquiva" (IX, 7), "una jovencita... muy hermosa y agradable" (VII, 3).

A veces los retratos dan solamente los rasgos exteriores, otras el carácter y el temperamento, o también mezclan ambos elementos, pero siempre con trazos rápidos: "hombre de ínfima cuna, pero de clara fe y leal co-

merciante" (IV, 3). "Este preboste era ya viejo en años, pero muy joven por juicio, atrevido y altivo" (VII, 4). "Rubiecito, pequeñito de su persona, muy donoso y más limpio que una mosca, con su gorro sobre la cabeza, con su melenita rubia..." (IX, 3). "Filipo Argenti, hombre grande y nervudo y fuerte, desdénoso, iracundo y atrevido más que cualquier otro..." (IX, 8).

Aciertos admirables tiene Boccaccio en los retratos femeninos, tanto en los de las mujeres que admira como en los de las ridículas y feas. Célebre el de Fiammetta —pintado por él más de una vez en obras distintas—, que, a fuerza de ser copiado, se ha vuelto convencional, pero conservando siempre su buen colorido, como un primitivo al que puede imitarse, pero no superar: "Fiammetta, cuyo cabello era crespo, largo y áureo y caíale sobre los cándidos y delicados hombros, y el rostro redondeado con un color natural de blancos lirios y bermejas rosas espléndidamente mezclados, con dos ojos bajo la frente que se asemejaban a los de un halcón peregrino, con una boquita pequeñita cuyos labios parecían dos pequeños rubíes, sonriendo con-testó..." (SV, 10).

Ésta es la señora, la hija del rey, flor del lujo. Pero he aquí la burguesa, sencillota, menos agraciada, pero más sabrosa: "Isabetta... joven aún entre los veintiocho y treinta años, fresca y hermosa, y regordeta que parecía una manzana *casolana*"<sup>1</sup> (III, 4). Fiammetta estaba hecha para la admiración, Isabetta para el deseo. Es una fruta, una fruta en su justo punto de madurez, fresca y redonda, que hace pensar en lo dulce de la pulpa y del jugo, y que parece como si Boccaccio, en lugar de contemplarla con los ojos, la gustara y saboreara con el beso. Con doña Belcore se descende al pueblo, a la plebe campesina, y también el estilo se vuelve deliberadamente más torpe y vulgar para adaptarse a la apetitosa aldeana: "era también una agradable y fresca campesina, trigueña y fornida y más hábil para moler mejor que cualquier otra: y, además, era la que mejor sabía tañer la pandereta y cantar 'El agua corre al foso' y dirigir el baile de rueda y la danza rústica... con un bonito y gentil pañuelito en la mano" (VIII, 2).

Y casi mejores aún que los retratos decorativos y sensuales le resultan los despreciativos y burlescos: más caricaturas que retratos. La Nuta: "gorda, gruesa, pequeña y mal hecha, con un par de mamas que parecían dos canastos para el estiércol, y con un rostro que se asemejaba al de los Baronci,<sup>2</sup> destilando sudor, grasienta y ahumada" (VI, 9). La Ciutazza: "...poseía la cara más fea y más contrahecha que nunca se viera, la nariz muy aplastada, la boca torcida, los labios gruesos y los dientes mal emparejados y grandes; era algo bizca, y estaba siempre enferma de los ojos, siempre de un color verde y amarillo... y además de todo esto era derrengada y algo tullida del lado derecho" (VIII, 4).

Se siente que a tales mujeres Boccaccio las vio, conoció y observó, aunque se divierta, por malicia o para conseguir mayor efecto, en exagerar y hacerlas más repulsivas de lo que en realidad lo eran.

<sup>1</sup> *Casolana*, de Cásoli. Tipo de la manzana redonda y muy colorada. (*N. del T.*).

<sup>2</sup> Familia famosa por su gran fealdad.

Siempre hay en Boccaccio, un dejo de exageración, tanto al describir lo bello como lo deforme, pero sin un algo de exageración (o de deformación) no hay arte vivo, sino simple inventario. El famoso retrato de Fray Cippolla, por ejemplo, no es una caricatura: se advierte que Boccaccio no lo estima ni le cree, pero en el fondo lo admira y lo quiere: ese "mejor bribón del mundo" es una expresión de gran artista en la que se siente al mismo tiempo el juicio certero y la sincera simpatía.

Pero aunque resultara tan eficaz en describir lo soez y lo ridículo, su fantasía lo llevaba una y otra vez al espectáculo de la juventud en flor, de las mujeres hermosas vinculadas a lo bello de la naturaleza: "Neifile... se sonrojó un poco, y tornándose su cara como una fresca rosa de abril o de mayo, que aparece al clarear el día..." (II, 10), donde supo juntar, con evocación poética, tantas imágenes de leticia: el rubor de la joven, la frescura de la flor, de la primavera y del alba.

Y no siempre sus retratos femeninos se resienten de sensualidad: las hijas de Neri de los Uberti parecen, en lugar de mujeres, vírgenes descendidas de un lienzo de Duccio o Gaddi: "dos jovencitas de unos quince años de edad cada una, rubias como hilos de oro, y con el cabello totalmente ensortijado, suelto, y sobre el mismo una leve guirnalda de vincapervinca; por sus semblantes parecían más bien ángeles que cualquier otra cosa, tan delicados y hermosos los tenían; y estaban vestidas con una túnica de lino finísima y blanca como la nieve puesta sobre sus carnes..." (X, 6).

No hay monotonía ni monocromía en el estilo, como no las hay en materia de los cuentos. Algunos de éstos están desarrollados mejor, son más claros y vivos que otros, pero en todos se halla una figura que atrae, un suceso que cautiva. Él tomó los bocetos pobres y ajados de los viejos narradores y los recubrió con carnes llenas de sangre y con drapeados bien trabajados, y sin embargo, no se detiene casi nunca en los detalles y las digresiones, prosigue seguro el dibujo con la mirada fija en el final y, rara virtud entre los narradores, no cansa jamás. Había nacido para contar: su obra será imitada millares de veces, pero nunca superada.

Se ha dicho que fue el creador de la prosa italiana. Es un error. Algunas páginas de la "Vita Nuova" y del "Convivio", así como la "Crónica" de Compagni habían ya demostrado "ció che potea la lingua nostra" (lo que podía lograr nuestro idioma), aun sin la música de los versos. Pero fue sin duda el primero que se esmeró y trabajó la prosa con paciencia amorosa, con alacridad magistral, eligiendo tonos y colores precisos y graciosos, como un pintor que quiere a toda costa sorprender y deleitar.

Dante emplea su máxima potencia en el poema y no en las prosas; Compagni escribe completamente transido de amor a la patria, artista más por instinto que por voluntad. Boccaccio, en cambio, es el artista consciente que persigue el ideal bien claro de una prosa de rica y noble perfección. Y aunque no haya sido el creador, puede afirmarse que fue el primer triunfador en la prosa italiana, así como Alighieri lo fue en la poesía.

Los cantos de la *Comedia* son cien bajos relieves esculpidos sobre las abrupas de montañas altísimas; los cuentos del *Decamerón* son cien



frescos pintados en las salas de una villa señorial, situada en medio de un vergel. Pero el respeto por el arte, la pasión por el trabajo bien acabado, el dominio del "habla materna", hermanan las dos obras aun tan distintas en el espíritu y en la grandeza.

## 7. ¿Anuncia el Renacimiento?

Una de las ideas fijas de la vieja crítica es la de querer ver en la obra de Boccaccio la derrota y la muerte de la Edad Media, la primera victoria y afirmación del Renacimiento.

Semejante error ha nacido en parte del espíritu anticlerical de ciertos críticos del siglo pasado y sobre todo del escaso conocimiento, por no decir ignorancia, de la vida y la cultura de la Edad Media. Para aquéllos la Edad Media es entera y exclusivamente cristiana, ascética, mística; niega el cuerpo, condena la vida, desprecia la naturaleza, desconoce la risa y la sátira, ignora la incredulidad, reverencia y obedece sin crítica a dogmas, monjes y prelados.

Si todo esto fuera realmente cierto, sería menester convenir en que Boccaccio, como muchos afirman, fue un verdadero revolucionario. Mas la realidad es bien distinta. A medida que se va estudiando y conociendo mejor la Edad Media, desaparece, juntamente con la leyenda de las famosas "tinieblas", la que ve en esos nueve o diez siglos una unidad perfecta de creencias, pensamientos y disciplina cristiana. No es posible rehacer aquí la historia espiritual de la Edad Media, pero se puede afirmar que tanto los católicos que la consideran la época de la fe compacta y profunda, como los racionalistas, que la aborrecen como la negación total de la vida y del hombre, confían demasiado en esquemas simplistas y equivocados, y se conforman con oposiciones ilusorias y frases hechas.

No sólo es cierto que la Edad Media tuvo, especialmente después del siglo X, una cultura riquísima, en algunas partes más profunda que la moderna, sino que es igualmente cierto que, junto a la fe, conoció casos numerosos de incredulidad y escepticismo, que contemporáneamente con los teólogos ortodoxos tuvo herejes de todas clases, quienes resucitaron antiguas fantasías y se adelantaron a las modernas, que junto a los ascetas, los místicos y los santos, vio apologistas de la duda y del pecado, que al lado de los autores de los tratados "de contemptu mundi" surgieron poetas que cantaron la naturaleza y el amor terrenal; que contra los defensores del Papado y de las órdenes religiosas, se alzaron, entre el mismo clero, encarnizados censores de la corrupción de la Iglesia; y, en fin, que los devotos narradores de las vidas de los santos y de los milagros de la Virgen, tuvieron por compañeros a escritores de cuentecillos profanos, de poemas eróticos y heroicos, y de los irreverentes y lúbricos *fabliaux*.

La Edad Media tiene, en suma, dos almas: una intenta realizar sobre la tierra el cristianismo y fundar una teocracia; la otra reanuda el Paganismo y preludia no sólo el Renacimiento, sino también la edad moderna. Boc-

caccio pertenece a esta segunda corriente de la Edad Media y, a excepción del arte, nada ha traído de nuevo.

Es inútil recordar que la crítica de las malas costumbres de los sacerdotes comenzó, puede decirse, con la Iglesia y se tornó más insistente, agria, satírica y burlesca precisamente durante los dos siglos anteriores al nacimiento de Boccaccio. Ya hubo, antes que él, epicúreos que se ocultaban tras sectas cristianas, negadores de la inmortalidad del alma, escépticos que imparcialmente despreciaban a judíos, musulmanes y cristianos, y hasta casos de ateísmo declarado, sin tener en cuenta el continuo florecimiento del panteísmo que desemboca en la negación de la Divinidad personal cristiana.

Ni sus teorías sobre la legitimidad y preponderancia del amor carnal, y su indirecta apología del amor libre, son esencialmente nuevas. Sin querer remontarse a los gnósticos carpocráticos, bastará recordar que en la primera mitad del siglo XIII —cien años antes del *Decamerón*— se esparció en gran parte de Europa una secta llamada del Libre Espíritu, con fundamentos panteístas procedentes en parte de Amaury de Benes y de David de Dinant, la cual, entre otros errores, predicaba y practicaba la completa libertad sexual, como dice un documento contemporáneo: “stupra et adulteria in charitatis nomine comittebant”.<sup>1</sup> No llegaban, tal vez, como Boccaccio, a sostener que Dios castiga a las mujeres que se resisten a los deseos del varón, pero existía ya el pretexto de la caridad. El amor divino, según ellos, justificaba el amor terrenal, aun en sus formas más pecaminosas. Juan, obispo de Estrasburgo, así, en efecto, escribía, refiriéndose a ellos: “Dicunt se credere omnia esse communia unde permittebant concubinatum promiscuum”.<sup>2</sup> Y otro contemporáneo afirma que, según sus enseñanzas, “omnis veneris usum nullo periculo contracto licitum et secundum naturam esse”.<sup>3</sup> Henos aquí, pues, al “pecado natural” que, según Boccaccio, es la fornicación y el adulterio. Tanto es así, que aquellos heréticos abandonaban a las esposas y las trocaban amigablemente con las de los otros, exactamente como hacen los dos amigos sieneses en uno de los cuentos del *Decamerón* (VIII, 8).

No será necesario recordar la poesía de los “Clerici Vagantes”, en la que continuamente se alaba el amor sensual; las mujeres, como en Boccaccio, ya son deseadas, ya vilipendiadas, y se encuentra ese sentido de la naturaleza, ese gusto por la vida libre y esa repugnancia por todo ascetismo que, a juicio de algunos, son temas y sentimientos que aparecen en la literatura moderna solamente con Boccaccio.

Y no hay por qué extrañarse de todo esto, pues la cultura de Boccaccio es medieval en gran parte y medievales son, muy a menudo, sus fuentes. En el *De Genealogia Deorum*, se vale de Fulgencio y de Teodoncio; en el *De*

<sup>1</sup> Tocco: *L'Eresia nel Medio Evo*. — (Cometían estupro y adulterios en nombre de la caridad.)

<sup>2</sup> Mosheim: *De Beghardis*. — (Dicen creer que todo debe ser común, por lo que permitían el concubinato promiscuo.)

<sup>3</sup> Hartman: *Ann. Eremi*. — (Todo comercio sexual, no causando ningún peligro, es lícito y natural.)

*daris mulieribus* de Isidoro de Sevilla y Juan Villani; en el *Corbaccio* repite las acusaciones contra las mujeres, repetidas ya por tantos escritores medievales después de San Jerónimo. No conocemos las fuentes de todos los cuentos del *Decamerón*, pero las que se han encontrado son, en su mayor parte, medievales. Tres cuentos, por ejemplo, proceden de la "Disciplina Clericalis" de Pedro Alfonso (VII, 4; VIII, 10; X, 8), uno de las "Gesta Romanorum" (II, 6); uno del "Roman des Sept Sages" (II, 8); uno del "Speculum Historiale" de Vicente de Beauvais (IV, 2); dos del monje Elinando (V, 8; VII, 10); cuatro del "Novellino", (I, 3; I, 4; I, 9; III, 2); dos de antiguas obras provenzales (II, 8; IV, 9); cuatro de los "flabliaux" franceses (VII, 7; VII, 5; VII, 8; II, 5); uno del "Dialogus Miracolorum" de Cesáreo de Heisterbach (X, 9); uno de Etienne de Bourbon (I, 2); uno de la "Comoedia Lydiae" de Mathieu de Vendôme (VII, 9).

Hasta el punto de partida de la aventura póstuma de Maese Ciappelletto, que parece tan peculiar de Boccaccio, remonta a la tradición sobre la tumba de un bandolero venerada por el pueblo, que se halla en la vida de San Martín de Sulpicio Severo y tiene su paralelo en la historia de San Nadio ("Historia Nemini"), sabrosa parodia de los panegíricos conventuales de los santos.<sup>1</sup>

Ya se ha reconocido que la predilección de Boccaccio por las aventuras extrañas y por ciertas formas del amor cortés, procede más del ideal caballeresco de la Edad Media que del presentimiento o de la afirmación de una nueva concepción de la vida.<sup>2</sup>

Sería, además, pueril pretender que Boccaccio esté fuera de la Edad Media por el hecho de estudiar e imitar a los grandes escritores antiguos, pues en Italia —y esto ya no se discute— los clásicos no fueron nunca olvidados ni menospreciados, ni aun en los siglos más férreos e incultos.<sup>3</sup>

El así llamado Renacimiento del Cuatrocientos y Quinientos es algo muy distinto: en parte una prolongación (con exageraciones) de algunas formas del pensamiento medieval; en parte una reacción contra ciertas tendencias antirreligiosas y antirromanas de los últimos siglos de la Edad Media, en el sentido de un retorno a una mayor disciplina y a una fe más profunda; en parte, en lo que tiene de más original, en el renovado descubrimiento del mundo exterior que se manifiesta tanto con la floración explosiva del gran arte del Cuatrocientos, como con el nuevo impulso dado a la búsqueda científica, con los progresos de las teorías físicas y de los descubrimientos geográficos. La Edad Media había dirigido su atención especialmente a Dios y al yo; el Renacimiento se dirige también al mundo de la naturaleza y de la historia.

Pero Boccaccio, que no fue hombre de ciencia, sino sólo un compilador, ni fue filósofo, sino simplemente un novicio humanista, permanece en-

<sup>1</sup> Graf: *Miti, Leggende e Superstizioni del M. Evo*, Turín, Loescher, 1893, II, 181.

<sup>2</sup> J. Nordstroem: *Moyen Age et Renaissance*, París, Stock, 1933, 167-168.

<sup>3</sup> F. Novatti: *L'influsso del pensiero latino sopra la civiltà ital.* del M. E., Milán - Hoepli.

teramente en la atmósfera medieval: no de la Edad Media moralizante y mística, sino de aquella otra escéptica y burlona, epicúrea y caballeresca, que no es menos real que la primera. así como la *Comedia* es la síntesis de la Edad Media de los apóstoles y santos, el *Decamerón* es el compendio de la Edad Media de los heréticos y noveladores. En aquélla, los pecadores son castigados; en ésta, son justificados. En el Renacimiento, en cambio se irá perdiendo el sentido mismo del pecado; los hombres estarán, en cierto modo, más allá del bien y del mal. Pero también en pleno Renacimiento persistía la oposición de la dúplice alma medieval. Dante tendrá como continuadores a Savonarola y Miguel Ángel; Boccaccio deberá conformarse con Valla y Aretino.

## 8. El último de los tres

A Juan Boccaccio se le sitúa tercero *inter pares* en la magna tríada del Trescientos y con toda probabilidad debe este honor (del cual se asombraría) a su fiel veneración por Dante, a su afectuosa devoción por Petrarca y sobre todo a la popularidad de su *Decamerón* no inferior a la de la *Comedia* y del *Cancionero*. Pero no es lo tercero tan sólo por razones de tiempo. La distancia entre él y los otros dos, es infinitamente mayor que la existencia entre el florentino y el aretino. Es de otra familia, pertenece a otra raza. Se baja con él a un plano espiritual totalmente distinto.

Dante y Petrarca eran épicos y líricos, es decir, ante todo poetas; Boccaccio es cuentista y novelista sobresaliente, pero mediocre rimador. Resulta una simpleza decir que él, también fue, a su manera, poeta en su prosa: el que narra puede ser un artista excelente, pero no puede llamársele poeta, si por poesía se entiende, como siempre se la consideró, el fuego más elevado del alma que se torna luz en el canto.

Dante y Petrarca fueron espíritus esencialmente religiosos, aunque en distinta medida y con opuesta actitud. Dante es dogmático y mesiánico; Petrarca es un contemplativo agustiniano, con tendencias al ascetismo. Para ambos la idea de las relaciones entre el yo y Dios, es dominante y continua. Boccaccio no fue precisamente irreligioso, por lo menos en teoría, pero menos aún religioso: supersticioso a veces, ascético o místico jamás.

Dante y Petrarca eran mentalmente inclinados a la especulación doctrinaria, y se los puede llamar pensadores, aunque no fueron filósofos puros y originales. Boccaccio, en cambio, fue radicalmente refractario a toda forma de pensamiento, tanto abstracto como parenético: su psicología es ingenua y simplista, su ética es tan elemental y contradictoria que casi no existe; sus obras carecen de todo asomo metafísico.

La naturaleza de Dante y Petrarca era melancólica y a menudo severa: más rígido el primero, más elegíaco el segundo. Conocen el entusiasmo y la invectiva; ignoran la sonrisa y más aún la risa. Boccaccio, por el contrario, nunca se acalora demasiado, más que por el amor sensual, y aunque en el fondo sea triste, nunca da la impresión de una verdadera seriedad. Es, in-

distintamente irónico, humorista o feliz caricaturista; sonrío de buena gana y tiene la ambición de hacer reír.

Con todo esto no pretendo en absoluto menoscabar a Boccaccio y sostener que todo escritor debe ser a la fuerza poeta, religioso, filósofo y severo. Quería solamente hacer notar hasta qué punto está íntimamente separado de aquellos grandes que lo anteceden y a los cuales lo vinculan el afecto, la imitación, el renombre, pero nada más.

La diferencia substancial es la misma que existe entre un poeta inspirado que llora, o enseña, o alaba, o reprende, o incita, cerniéndose en las alturas del canto, y un narrador curioso de sucesos novelescos o reideros, que se divierte en contar historias largas y cortas. Se puede narrar también en verso, pero la novela no es epopeya, el cuento no es allí lícito, la anécdota jovial es la negación de la poesía.

Para sentir en toda su magnitud la desproporción ideal existente entre Boccaccio y los otros dos, basta recordar por un instante a sus inspiradoras. Beatriz y Laura, aunque esposas, fueron amadas por sus poetas con un amor exclusivamente contemplativo y casto —más filosófico en Dante, más humano en Petrarca— y sólo por ellos fueron amadas. Fiammetta, en cambio, es también esposa, pero muchas veces adúltera y fue poseída carnalmente por Boccaccio y de los brazos de éste pasó a los de otros amantes. Vemos a las primeras dos transformadas con alguna verosimilitud en mujeres celestiales, intermediarias entre Dios y sus poetas que han quedado sobre la tierra. No puede pensarse en semejante ascensión y promoción de Fiammetta, aunque su enaltecedor, en un soneto de la vejez, se la imagina en el Paraíso, junto con las otras dos. Beatriz no es, en Dante, más que alma; Laura es alma y cuerpo; Fiammetta es carne y nada más que carne.

La relación entre Dante y Boccaccio es algo semejante a la que hay entre Don Quijote y Sancho Panza, y que tantas veces se repite en la vida y el arte. Sancho, gordo y materialista como Boccaccio, está sinceramente encariñado con el caballero flaco y soñador que anda por el mundo socorriendo a los infelices. Pero Sancho no comprende a su amo o lo comprende al revés; así como le acontece a Boccaccio cuando imita torpemente la *Comedia* en la *Amorosa Visione*, reduciendo la magna utopía salvadora a una confusión alegórica más profana que sagrada. Dante, a la par de Don Quijote, quiere redimir al mundo y ve a los hombres mayores de lo que son: Farinata se trueca en un titán que desafía a los dioses, Ulises en un buscador de lo absoluto, Catón en un gigante de la virtud heroica, Beatriz en una segunda Virgen.

Boccaccio, en cambio, no se preocupa en absoluto de salvar a los hombres y sólo desea divertirlos; los ve tales como son y a veces aún más feos y mezquinos de lo que son. Posee al igual que Sancho el buen sentido campesino y la astuta cautela, herencia de los antepasados aldeanos, y si admira de lejos la grandeza temeraria de Dante, a menudo debe considerarla en su corazón cual credulidad y locura. Dante vive enteramente en su grandiosa visión redentora, como Don Quijote es llevado por su visión caballerescas y cristiana; Boccaccio, a la par que Sancho, permanece sobre la tierra y a las mujeres angelicales prefiere mucho más las esposas regordetas que pueden

abrazarse. Más próximo a la naturaleza y a la verdad; más lejos empero, de la poesía y del cielo.

Y sin embargo, empezando por Don Quijote, todos queremos también a Sancho: él también ama y cree, a su manera, en un plano más bajo, y a veces nos sentimos más próximos a él que al exaltado caballero.

Del mismo modo, aunque no por los mismo motivos, queremos también a Boccaccio. Amó mucho y con fidelidad, y no sólo a las mujeres, sino también los estudios deleitosos, lo bello en la naturaleza y el arte, y los dos poetas sumos que le preceden y sobrepasan. Y admiramos, especialmente en él, a uno de los más gustosos y maliciosos pintores y artífices perfectos de la prosa italiana.

GIOVANNI PAPINI

# DECAMERÓN





## Prólogo del autor

*Hay que compadecer a los afligidos: es una ley de humanidad. La compasión la siente todo el mundo, pero nadie mejor que aquellos que tuvieron necesidad de ella y han experimentado sus saludables efectos. Si ha habido algún hombre afortunado, lo he sido yo. Desde mi juventud quedé perdidamente enamorado de una dama de un mérito extraordinario, de nacimiento ilustre, demasiado ilustre sin duda para un hombre de baja condición como yo. De cualquier modo, los discretos confidentes de mi pasión, lejos de desaprobarme mis sentimientos, los alabaron mucho y me consideraron mejor. Experimentaba un violento tormento, no porque me lamentase de las crueldades de mi dama, sino porque el fuego que me devoraba excitaba en mí deseos inextinguibles. En la imposibilidad de satisfacerlos, a causa de lo excesivos que eran, mis torturas fueron espantosas. Hubiera muerto, sin duda, si no hubieran venido en mi ayuda los consuelos de un amigo, quien se empeñó en distraerme de mis penas y me habló de cosas interesantes y agradables.*

*Mas, gracias a Aquél cuya potencia no tiene límites y que quiere que, por ley inmutable, todas las cosas de este mundo tengan un fin, mi amor, cuya efervescencia era tal que ninguna consideración de prudencia, de deshonra evidente o de peligro parecían poder triunfar de él ni apagar su violencia, disminuyó con el tiempo, dejando tan sólo en mi alma un sentimiento dulce.*

*Amo ahora como es preciso amar para ser feliz. Me parezco a aquel que en el mar se contenta con una navegación sin accidentes, y no se lanza en busca de aventuras. Toda fatiga tiene su castigo: gozo, pues, de cuanto hay apetecible en el reposo. Bien que mis tormentos hayan cesado, no he olvidado el bien que recibí de quienes, por el cariño que me tenían, sufrieron con mis dolores. No, nunca los olvidaré, y tan sólo la tumba borrará sus nombres de mi mente.*

*Y como el reconocimiento es, según pienso, la más loable de todas las virtudes, así como la ingratitud es el más odioso de todos los vicios, para no parecer ingrato he resuelto, ahora que he recuperado mi libertad, dar algunos consuelos, si no a quienes me los dieron y que acuso no tengan necesidad de ellos, por lo menos a aquellos otros a los que puedan ser necesarios.*

*Cuanto más desdichado se es, cuanto más se sufre, mejor recibidos son los consuelos. Por lo tanto, debo dirigir los míos, no obstante mi insignificancia, mejor a las mujeres que a los hombres. La delicadeza, el pudor, las hace a menudo disimular la llama amorosa en que arden. Es éste un fuego tanto más vivo, cuanto más escondido está, cosa que sólo saben aquellas que lo han experimentado. Además, siempre contrariadas por tener que esconder en sí mismas sus voluntades y sus deseos, esclavas de los padres, de las madres, de los hermanos, de los maridos, que casi todo el tiempo las tienen prisioneras en el estrecho recinto de su cuarto, donde permanecen ociosas, se entregan a los caprichos de la imaginación, que no cesa de trabajar. Mil pensamientos distintos las asedian constantemente, y no es posible que estos pensamientos sean siempre alegres. Encuéndese entonces en su corazón la pasión amorosa, llega también la melancolía, que se apodera de ellas y aparta cualquier alegre entretenimiento.*

*Debemos, además, coincidir en que las mujeres tienen menos energía que los hombres para soportar las penas de amor. La condición de los amantes es siempre mucho menos lastimosa, y esto es bien fácil de ver. Cuando tienen un grave motivo de tristeza, pueden quejarse, lo que ya es un gran consuelo. Pueden, si así les parece, pasearse, ir a los espectáculos, hacer cien cosas diversas: cazar, pescar, correr, montar a caballo, dedicarse al comercio... Son, éstos, medios de distracción, que pueden curar en todo o en parte, y por un tiempo más o menos largo, el mal de que se sufre. Después, de un modo o de otro, los consuelos llegan y el dolor desaparece.*

*Para reparar en lo que de mí dependa las injusticias de la fortuna, que ha dado tan pocos motivos de distracción al sexo débil, me propongo, para ir en ayuda de aquellas que aman (puesto, que a las otras les basta con la aguja y el huso), contar cien cuentos, o fábulas, o parábolas, o historias, a su gusto.*

*Estas historias se hallan divididas en diez jornadas y fueron relatadas por un grupo compuesto de siete damas y tres caballeros, durante la peste que últimamente causó tan gran mortalidad. De vez en cuando las amables damas cantan sus canciones preferidas. Se hallarán en estos cuentos muchas aventuras galantes, tanto antiguas como modernas. Las damas que las lean encontrarán, al hacerlo, placer y útiles consejos; verán, por los siguientes ejemplos, lo que no les conviene hacer y lo que han de imitar. Si tal cosa sucede (y Dios quiera que así sea), daré gracias al amor, que, al librarme de sus cadenas, me ha puesto en estado de poder intentar algo con que pueda agradar a las damas.*

## Jornada primera

En la cual, después de expuesto el motivo de haber tenido que reunirse las personas que luego se dirán, a conversar juntas, bajo el régimen de Pampinea, se habla de lo que a cada cual más le acomoda.



## Introducción

Cada vez que pensando conmigo mismo, preciosísimas mujeres, en cuán compasivas sois todas por naturaleza, considero que la presente obra tendrá, a vuestro juicio, un principio grave y enojoso, ante el doloroso recuerdo de la pestífera mortandad, terrible para cuantos la presenciaron o de ella supieron y que conservan grabada en su memoria. Mas con ello no pretendo que os asuste el leer lo que escribo más adelante como si siempre debiéramos, al leerlo, pasar por entre lágrimas y suspiros. Este horrible comienzo no os produzca otro efecto que el que produce a los caminantes una montaña yerma y áspera, junto a la cual se extienda una bellísima y deliciosa llanura, tanto más agradable para ellos cuanto mayor habrá sido la pesadez de la subida y del descenso. Y así como la alegría extremada se sobrepone al dolor, así las miserias desaparecen ante la alegría que sobreviene. A este breve disgusto (digo breve, en cuanto en pocas letras se contiene), le seguirán inmediatamente el gusto y el placer que de antemano os prometí, y que tal vez, si no os lo hubiera dicho, no esperaríais. Y a la verdad, si yo os hubiese podido buenamente conducir a lo que deseo por otro sendero menos áspero que éste, con sumo gusto lo habría hecho, pero como quiera que no era posible demostrar, sin este recuerdo, lo que dio lugar a lo que más adelante se leerá, casi la necesidad me obliga a efectuarlo así.

Digo, pues, que los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios, habían llegado ya al número de 1348, cuando en la egregia ciudad de Florencia, la más bella de todas las de Italia, apareció la mortífera peste que, por obra de los cuerpos superiores o de nuestras inicuas obras, fue enviada sobre los mortales por la justa ira de Dios para enmienda nuestra, y que se había anunciado algunos años antes en las partes orientales, habiendo privado de la existencia a una cantidad innumerable de vivientes, habíase extendido sin detenerse de uno a otro lugar, hacia el Occidente. Sin que valiesen contra ella cautelas ni previsión humana alguna, entre las cuales se contaba la limpieza más completa de la población, llevada a cabo por dependientes al efecto, y la prohibición de entrar en ella enfermo alguno, y los muchos consejos dados para conservar la salud como tampoco las humildes súplicas hechas a Dios por devotas personas, no por una vez sola, sino muchísimas, ya en ordenadas procesiones, ya por otros distintos medios;

casi al principio de la primavera del citado año, comenzó a producir sus dolorosos efectos de una manera sobrenatural. Y no como lo hiciera en Oriente, donde a todo aquel a quien le salía sangre de la nariz moría inevitablemente, sino que al iniciarse la enfermedad, formábanseles, lo mismo al varón que a la hembra, en la ingle o debajo de los sobacos, ciertas hinchazones, algunas de las cuales crecían como una manzana de regulares dimensiones, otras como un huevo, y algunas más o menos, a cuyas hinchazones el vulgo daba el nombre de bubones. Y de las dos partes del cuerpo antes citadas, en breve espacio empezó dicho bubón mortífero a aparecer indiferentemente en cualquier parte del cuerpo; y además de esto, la clase de la citada enfermedad empezó a transformarse en manchas negras o lívidas, que en los brazos, en los muslos, y en cualquier otra parte del cuerpo a muchos se les aparecía, siendo en unos grandes y escasas, y en otros muchas y pequeñas. Y como el bubón había sido primeramente y seguía siendo, indicio segurísimo de futura muerte, éranlo igualmente las manchas a aquellos a quienes se les aparecían.

Para curar esta enfermedad, ni consejo de médico ni virtud de medicina parecían valer ni aprovechar; de modo que, o por no permitirlo la índole del mal, o fuera que la ignorancia de los medicantes (de los cuales, sin contar con los inteligentes había un considerable número, así de hombres como de mujeres, que jamás habían tenido noción alguna de medicina) no conocieron de qué se trataba, y de consiguiente, no lo estudiasen debidamente, no sólo eran pocos los que se curaban, sino que casi todos al tercer día de la aparición de dichas señales, fallecían más o menos pronto, y los más sin fiebre ni otro accidente alguno. Y fue mayor la intensidad de esta peste, por cuanto se comunicaba rápidamente de los enfermos a los sanos, cual se comunica el fuego a las casas secas o juntas cuando están muy inmediatas a él. Y más adelante todavía, hubo el mal de que no solamente el hablar y el rozarse con los enfermos les daba a los sanos la enfermedad u ocasión de común muerte, sino basta el tocar las ropas o cualquier otra cosa que aquéllos hubiesen tocado o de que se hubiesen servido, parecía comunicar el mal a quien las tocaba. Cosa asombrosa es oír lo que decir debo: que si los ojos de muchos y los míos propios no lo hubiesen visto, apenas me atrevería a creerlo ni a escribirlo, por más que lo hubiese oído de labios de persona digna de crédito. Digo que fue tan eficaz la cualidad de la citada peste en comunicarse de uno a otro, que no solamente del hombre al hombre, sino lo cual es mucho más, acaecía visiblemente y repetidas veces, que las cosas del hombre que hubiese estado enfermo o hubiese muerto, tocadas por otro animal de especie diferente de la humana, no sólo le contaminaban, sino que le mataban en brevísimo espacio de tiempo. Lo cual, como llevo dicho, presenciaron mis ojos, entre otras ocasiones, un día en que habiendo sido arrojados a la vía pública los andrajos de un pobre hombre fallecido de dicha enfermedad, y habiéndose aproximado a ellos dos cerdos que según su costumbre los cogieron y desgarraron primero con el hocico y luego con los dientes, a las pocas horas, después de dar algunas vueltas como si hubiesen tomado un veneno, cayeron muertos en tierra, encima mis-

mo de los mal tirados andrajos. De cuyas cosas y de bastantes otras parecidas o mayores, nacieron varios pavores y manías en los que quedaron vivos, y casi todos se encaminaban a un fin harto cruel que era el de esquivar y evitar los enfermos y sus cosas; y haciéndolo así creían todos que aseguraban la salud. Y había algunos que observaban que con una vida moderada y con privarse de toda superfluidad, resistían mejor a la invasión; y, congregándose juntos, vivían separados de todos los demás; y recogiendo y encerrándose en casas donde no hubiese enfermo alguno, y para vivir mejor, usando con templanza suma delicados manjares y excelentes vinos y evitando toda lujuria, sin permitir que se les hablase o se les quisiese hablar de muertos o de enfermos, entreteníanse con la música y con las diversiones que podían tener a mano. Otros, opinando de distinto modo, afirmaban que el beber bastante y el gozar, y el ir cantando y recreándose, y el satisfacer todo cuanto les apeteciera y el reírse y burlarse de lo que pasaba, era una medicina segurísima para tan grande mal; y tal como lo decían, poníanlo en ejecución asta donde les era posible, día y noche, yendo de una a otra taberna bebiendo sin moderación ni medida, y no haciendo otras cosas que las que les vinieran de buen grado. Y esto lo podían hacer sin preocuparse, porque cada uno de ellos (cual si no debiera seguir viviendo) tenía tan abandonadas sus cosas como a sí propio, por lo cual la mayor parte de las casas habían venido a ser comunes y así de ellas se servía el extranjero, con sólo presentarse en ellas, con la misma llaneza que su propio señor; y con todo este bestial proceder, siempre huían de su alcance los enfermos. Y en tal aflicción y miseria de nuestra ciudad, hallábanse la respetable autoridad de las leyes, tanto divinas como humanas, cual si caída y disuelta toda por sus propios ministros y ejecutores, los cuales, como los demás hombres, estaban todos muertos o enfermos, o habían quedado tan aislados, que no podían dedicarse a tarea alguna: por lo cual a cada uno le era lícito hacer lo que se le antojaba. Muchos otros guardaban, entre unos y otros un término medio, no ciñéndose al género de alimentación de los primeros, ni entregándose a las bebidas ni demás excesos de los segundos, sino usando de las cosas según apetecían y circulando por la ciudad, llevando en las manos flores y hierbas aromáticas u otros distintos perfumes, que se llevaban a menudo a la nariz, considerando ser muy bueno reforzar el cerebro con tales olores; pues podía ser que todo el aire estuviese infectado de la hediondez de los cadáveres, y del hedor de las enfermedades y el tufo de las medicinas. Había algunos de sentimientos más crueles (si bien acaso anduviesen más acertados), quienes decían que no había medicina mejor ni tan buena contra la peste, como huir de su aproximación; y movidos por esta opinión, sin cuidar de otra cosa que de sí propios, fueron muchos los hombres y las mujeres que abandonaron su ciudad, sus casas, sus parientes y sus cosas, y buscaron la inmunidad en otras regiones, como si la ira de Dios no tuviese que ir a castigar la iniquidad de los hombres con aquella peste dondequiera que ellos estuvieran, sino que tuviese que oprimir no más que a aquellos que se encontrasen dentro de los muros de la ciudad. Y aun cuando los que de tan distinta manera opinaban no murieron todos, no todos, sin embargo, se li-

braban; pues como muchos de cada una de dichas opiniones enfermaban, y esto en todo lugar acaeciese, habiendo éstos mismos, cuando estaban sanos, dado ejemplo a los que sanos quedaban, morían casi completamente abandonados. Y nada decimos de que uno a otro se evitaban los ciudadanos, de que casi ningún vecino se cuidaba del otro y de que hasta los parientes raras veces o nunca se visitaban, y aun de lejos; tal era el terror que esta tribulación había llevado a los pechos de los hombres y de las mujeres, que el hermano al hermano abandonaba y el tío, al sobrino, la hermana al hermano y muchas veces la mujer al marido y (cosa increíble) los padres y las madres a sus hijos como si no fueran tales, evitando juntarse y servirse. Por cuya razón, al considerable número de hombres y mujeres que caían enfermos, ningún otro recurso les quedaba que, o la caridad de los amigos (que fueron pocos), o la codicia de los criados, que servían a trueque de crecido salario y de tratos inconcebibles. Y de este abandono en que se veían los enfermos, de sus parientes, vecinos y amigos, y de la escasez de servidores, nació una costumbre, antes casi nunca oída, de que ninguna mujer, por graciosa, joven o bella que fuese, al enfermar, se preocupase de tener a su servicio a un hombre cualquiera y de descubrirle, sin rubor alguno, cualquier parte de su cuerpo, cual lo hubiera hecho con otra mujer, en cuanto lo reclamaba la necesidad del mal; cosa que, en las que curaron, dio tal vez duda en lo sucesivo o concepto de menor honestidad. Y además de esto, murieron muchas que tal vez si se les hubiese cuidado, no habrían muerto; por lo cual, entre la falta de los servicios oportunos que era imposible prestar a los enfermos y la fuerza de la peste, era tan crecido el número de los que de día y de noche morían en la ciudad, que no causaba menor estupor oírlo decir que verlo. Por lo cual, casi por necesidad, se introdujeron cosas contrarias a las primeras costumbres de los ciudadanos entre los que sobrevivían.

Era habitual (como todavía hoy vemos en uso) reunirse en casa del muerto las mujeres, parientes y vecinas, y llorar allí con las que más de cerca le tocaban; y por otra parte, reuníanse frente a la casa del muerto, con los parientes de éste, sus vecinos y otros varios ciudadanos, y según la categoría del difunto acudía el clero y se conducía al difunto en hombros de los suyos y con funeraria pompa de cera y de cantos a la iglesia por él elegida ya antes de morir. Lo cual, luego que empezó a recrudecer la peste, cesaron en todo o en casi su mayor parte, sobreviniendo otras nuevas en su lugar. Por lo tanto, moríase la gente, no tan sólo sin tener muchas mujeres a su alrededor, sino que hasta había quienes pasaban de esta vida a la otra sin testigo y eran muy contados aquellos a quienes se concedían los piadosos lamentos y las amargas lágrimas de sus allegados; antes por el contrario, en lugar de aquéllas, usábanse por lo común las risas, la agitación y los amigables festejos, costumbre que las mujeres, deponiendo en gran parte su femenino pudor, habían adoptado con entusiasmo por su propia salud. Y eran raros aquellos cuyos cuerpos fueron acompañados a la iglesia por más de diez o doce de sus vecinos, no siendo ninguno de aquellos respetables y nobles ciudadanos quienes le llevaban en hombros, sino una especie de sepulcros salidos del bajo pueblo, que se hacían llamar enterradores, quienes pres-



taban, pagando, estos servicios; entraban a buscar el ataúd y lo conducían, a pasos precipitados, no a la iglesia que el difunto dijera antes de morir, sino a la más inmediata, precedidos de cuatro o seis clérigos con poca luz y a veces sin luz alguna, cuyos clérigos, con la ayuda de dichos enterradores y sin molestarse en oficios demasiado largos o solemnes, lo colocaban en la primera sepultura desocupada que se les venía delante. Esta gente de humilde condición, y tal vez una gran parte de la clase media, era la que se hallaba sumida en mayor miseria; por eso la mayoría de esas gentes, retenidas por esperanza, o por pobreza en sus casas y en sus barrios, enfermaban a millares diariamente; y como no se les servía ni se les cuidaba, casi todos morían irremisiblemente. Y no eran pocos los que de día o de noche fallecían en medio de la calle y otros muchos que fallecieron en sus casas y sólo llegaba a noticia de sus vecinos el que hubiesen muerto cuando percibían éstos el hedor de sus corrompidos cuerpos; de cuyos casos y de muchos otros distintos los había por toda la ciudad. La mayoría de los vecinos, guiados, no tan sólo por la caridad que sentían en pro de los difuntos, sino además por el temor de que les perjudicase la corrupción de sus cadáveres, tenían adoptado un sistema. Por sí propios y con la ayuda de algunos portadores cuando los podían obtener, sacaban de sus casas los cuerpos de los difuntos y los ponían frente a sus puertas, donde quien hubiese recorrido la ciudad, especialmente por las mañanas, los habría podido ver en considerable número; luego hacían traer ataúdes o a falta de éstos los colocaban encima de tablas. Ataúd hubo que llevó dentro dos o tres cadáveres, y más de una vez ocurrió, siendo bastante numerosos los casos, en que la mujer y el marido, los dos o tres hermanos o el padre y el hijo, iban juntos en un ataúd. Y acaeció innumerables veces que, al ir dos sacerdotes con la cruz en busca de algún difunto, fueron en pos de aquél otros tres o cuatro ataúdes llevados por los sepultureros, y luego los sacerdotes, cuando creían tener que enterrar un solo muerto, se encontraban con siete u ocho y a veces más. Ninguna lágrima, ninguna luz ni acompañamiento alguno honraba a esos muertos; a tal punto habían llegado las cosas, que lo mismo se cuidaba entonces de los hombres que morían, que se cuida hoy de los irracionales; porque cosa bien manifiesta es que lo que el curso natural de las cosas no había podido mostrar a los sabios con escaso y raro daño debía soportarse con paciencia, pues los grandes males vuelven también avisados a los ignorantes y a los desdichados. Ante el considerable número de cadáveres que cada día y casi cada hora se conducían a todas las iglesias, no bastando la tierra sagrada para los enterramientos y mayormente queriendo dar a cada uno lugar propio, según en la antigüedad era costumbre, como los cementerios de las iglesias estaban completamente llenos, abríanse en ellos grandes fosas, en las cuales se colocaban a centenares los que iban llegando, y estirados en ellas a la manera como se estiran las mercancías en las naves, en hileras, iban cubriendo con un poco de tierra hasta que se alcanzaba a llenar la fosa. Y para no ir ocupándome más en todas las particularidades de las desdichas sobrevenidas en lo pasado a nuestra ciudad, digo que en el decurso de aquel tiempo tan adverso para ella, no se libró de la calamidad la comarca, circuns-

tancia donde (dejando aparte los castillos que en su pequeñez eran semejantes a la ciudad) por las esparcidas villas y por los campos, los infelices y pobres labradores y sus familias, privados de la asistencia médica o de la ayuda de criados, moríanse por los caminos, por los sembrados y por las casas de día y de noche indistintamente, no como seres humanos, sino casi como irracionales. Por cuyo motivo también ellos adquirieron costumbres lascivas, como las habían adquirido los ciudadanos y no cuidaban de sus casas ni de sus haciendas, de modo que todos ellos, como si aquel día en que se hallaban esperasen que debía venir la muerte, no cuidaban de cooperar a los futuros productos del ganado, de la tierra y de sus pasadas fatigas, sino que ponían todo su empeño en consumir aquello que tenían delante. De modo, que acaeció que los bueyes, asnos, ovejas, cabras, cerdos, pollos y hasta los mismos perros, tan fieles a los hombres, arrojados fuera de las viviendas, andaban a su antojo por los campos, donde estaban abandonados los trigos sin haber sido, no ya cosechados, sino ni segados tan siguiera. Y muchos de estos animales, procediendo casi como seres racionales, después de haber estado paciando bien durante el día, regresaban hartos por la noche a sus viviendas sin necesidad de pastor que los condujese, ¿qué más se puede decir? (dejando aparte el campo y volviendo a la ciudad), sino que fue tanta y tal la crueldad del Cielo y tal vez en parte la de los hombres, que desde marzo hasta el mes de julio siguiente, ya por la fuerza de la pestífera enfermedad, ya por estar muchos enfermos mal servidos y abandonados en sus necesidades a causa del miedo de los que estaban sanos, tienen por cosa cierta que perdieron la vida dentro de los muros de la ciudad de Florencia más de cien mil humanas criaturas. ¡Oh! ¡Cuántos grandes palacios, cuántas hermosas casas, cuántas nobles moradas llenas antes de familias, de señores y de mujeres habían quedado vacías hasta de su último servidor! ¡Oh! ¡Cuántas razas memorables, cuántas riquísimas herencias, cuántas famosas riquezas viéronse quedar sin el debido suceso! ¡Cuántos hombres valerosos, cuántas hermosas mujeres, cuántas deliciosas jóvenes a quienes hasta el mismo Galeno, Hipócrates o Esculapio habrían considerado sumamente sanas, habían comido por la mañana con sus parientes, amigos o compañeros y cenaron por la noche con sus antepasados! Enfádame a mí mismo el ir revolviendo tantas miserias; porque queriendo ahora dejar a un lado esa parte de la que cómodamente puedo prescindir, digo que hallándose nuestra ciudad en tal estado, casi sin habitantes, acaeció (según después supe por persona digna de crédito) que en la venerable iglesia de Santa María Novella, un martes por la mañana, no habiendo allí casi nadie más, encontráronse oyendo los divinos oficios en traje de luto como lo requería semejante época, siete mujeres jóvenes, unidas entre sí por amistad, vecindad o parentesco, ninguna de las cuales había pasado de los veintiocho años, ni eran menores de dieciocho, todas ellas instruidas, de noble familia, bellas, discretas y graciosamente modestas. Citaría sus nombres si una justa causa no me lo impidiese, la de no querer que por las siguientes cosas por ellas referidas y por las oídas, tiempo a venir, alguna de ellas pudiera avergonzarse, ya que hoy las leyes son más rígidas para el placer, mientras que entonces, por los motivos

arriba expuestos, eran muy amplias para todas las edades; ni quiero tampoco dar materia a los envidiosos, siempre dispuestos a morder toda vida digna de alabanza para que rebajen por ningún concepto la honra de las valerosas mujeres con frases desconsideradas. Y por eso, a fin de que pueda conocerse luego sin confusión lo que cada una de ellas diga, les daré nombres que convengan en todo o en parte, a la calidad de cada una de ellas. A la primera, y de mayor edad, la llamaremos Pampinea, a la segunda Fiammetta, Filomena a la tercera y a la cuarta Emilia; a la quinta le daremos el nombre de Lauretta, Neifile a la sexta, y a la última, no sin motivo, la nombraremos Elisa. Habiéndose reunido, no por propósito alguno, sino por casualidad en uno de los lados de la iglesia, sentadas casi formando corro, tras algunos suspiros y dando de mano a sus devociones, empezaron por decir entre sí muchas y variadas cosas sobre la cualidad del tiempo; y en medio del silencio de las demás, tras un espacio de tiempo empezó Pampinea a hablar en estos términos:

—Mis queridas señoras: muchas veces habéis podido decir como yo, que a nadie ofende quien usa honestamente de su razón. Natural es que todo aquel que nace, ajuste, conserve y defienda su vida como pueda. Y es tan admitido esto, que alguna vez ha sucedido ya que para conservar este derecho háyase dado muerte a hombres sin culpa alguna, y si esto conceden las leyes, que miran por el bienestar de todo mortal, con cuánta mayor razón nos será lícito a nosotras y a otra persona cualquiera adoptar, sin ofender a nadie, los remedios que podamos para la conservación de nuestra vida. Siempre que vengo observando atentamente nuestro proceder de esta mañana, lo propio que el de las mañanas pasadas, y pensando en la índole de nuestros propósitos, comprendo, e igualmente lo podéis comprender vosotras, que cada una de nosotras dude de sí misma, lo cual de ningún modo me sorprende; pero lo que sí me sorprende mucho (haciéndome cargo de que tenemos sentimientos de mujer), que no nos proporcionemos alguna compensación a lo que justamente teme cada una de nosotras. Nosotras estamos aquí, en mi opinión, como si quisiéramos o debiéramos ser testigos de cuántos cadáveres son conducidos al sepulcro, o para oír si los padres que aquí dentro están y cuyo número está casi reducido a cero, cantan a las debidas horas su oficio, a poner de manifiesto en nuestras vestiduras la calidad y la cantidad de nuestras miserias a cuantos acuden a estos sitios. Y si de aquí salimos, o vemos cadáveres o enfermos transportados de una a otra parte, o vemos a aquellos a quienes por sus crímenes condenó a destierro la autoridad de las leyes públicas, casi burlándose de éstas, porque comprenden que sus ejecutores o murieron o están enfermos, circular por doquier con desagradable impunidad, o a la vez de nuestra ciudad, engordada con nuestra sangre, tomar el nombre de enterradores, andar cabalgando, escarneciéndonos y recorriéndolo todo e insultando nuestros males con canciones deshonestas. Y no oímos otra cosa más que: *Fulano ha muerto* o *Zutano se está muriendo*, y, si hubiera quien lo pudiese hacer, por todas partes oíríamos dolorosos lamentos. Y si volvemos a nuestras casas (no sé si a vosotras os pasa lo que a mí), yo, al encontrar allí de toda mi familia no más

que a la criada, cojo miedo y siento que casi todos mis cabellos se me erizan y por todas partes a donde voy o donde estoy, paréceme ver las sombras de los que se me han muerto, y no con aquellos semblantes con que los solía ver, sino con unas facciones inexplicables que me llenan de terror. Por esto aquí, y fuera de aquí, y en casa, paréceme estar mal: y tanto más cuanto que me parece que nadie ha quedado que tenga alguna fuerza y que pueda moverse como nosotras, fuera de nosotras mismas. Y no pocas veces he notado y oído a esos tales, no hacer distinción alguna entre lo que es digno y lo que no lo es, cegados sólo por el apetito, y solos y acompañados, a todas horas del día y de la noche, hacer únicamente lo que se les antoja, y no solamente a las personas libres, sino hasta las encerradas en los monasterios, pretendiendo que lo mismo les conviene y les está bien a ellas que a las demás, rotas las leyes de la obediencia, entregadas a los carnales apetitos, se han hecho lascivas y disolutas. Y siendo esto así, como así es en efecto, ¿qué hacemos aquí nosotras?, ¿qué esperamos?, ¿en qué pensamos?, ¿es que somos más perezosas e indolentes para nuestra salud que el resto de los ciudadanos?, ¿o nos consideramos menos dignas de cariño que todas las demás?, ¿o creemos que nuestra vida está ligada a nuestro cuerpo con más fuerte cadena que la de los demás y no debemos preocuparnos de cosa alguna que la pueda perjudicar? Nos equivocamos por completo; ¡qué estupidez la nuestra si esto creemos! Cada vez que queramos recordar cuántas y cuáles habrán sido las jóvenes y las mujeres víctimas de esta cruel peste, tendremos un argumento más en confirmación de nuestra estupidez. Por esto, para que nosotras, por cobardía, no cayéramos en aquello de que, por fortuna, podremos librarnos por algún medio si queremos (no sé si a vosotras os parecerá lo que me parece a mí), yo opinaría que obraríamos perfectamente si tal como nos hallamos y como muchos lo han hecho y lo hacen antes que nosotras, saliéramos de esta inacción y, huyendo como de la muerte de los deshonestos ejemplos de los demás, nos fuéramos a vivir apaciblemente a las posesiones del campo que todas nosotras tenemos de sobra para poder elegir; y allí nos proporcionásemos los goces, la alegría y el placer que pudiéramos sin faltar en acto alguno a las leyes de la razón. Allí se oye cantar a los pajaritos, se ven verdear las colinas y los llanos y agitarse como las olas del mar las espigas de los campos, y árboles de mil especies y mucho más cielo que, aun cuando esté irritado, no por eso niega sus eternas bellezas, mucho más gratas de mirar que los vacíos muros de nuestra ciudad. Y allí hay, a más de esto, el aire mucho más fresco, y aquellas cosas que son necesarias en estos tiempos para la vida, allí hay la mayor abundancia y es menor el número de pesares. Por eso, aun cuando allí se mueran los labradores como aquí se mueren los ciudadanos, es tanto menor el disgusto, cuanto son más raros que en la ciudad las viviendas y los habitantes. Y por otra parte, aquí, por lo que veo, nosotras a nadie abandonamos, antes más bien podemos, en realidad, llamarnos abandonadas, pues que los nuestros, o muriendo o huyendo de la muerte, nos han dejado solas en medio de tan grande aflicción, cual si ningún lazo a ellos nos uniera. Ni se nos puede dirigir censura alguna siguiendo tal opinión; en cambio, de no seguirla, po-

drían acarrearlos dolores, pesares y acaso la muerte. Por lo tanto, cuando os acomode, tomando nuestras criadas y trayendo con nosotras lo que nos haga falta, hoy en este sitio y mañana en otro, proporcionándonos los goces y fiestas que el tiempo puede dar, creo que haremos bien en hacerlo así; y así, viendo transcurrir los días, veremos (si antes no nos alcanza la muerte) qué término reserva el cielo a estas cosas. Y os hago presente que no desdice de nosotras el partir honestamente, como desdice de gran parte de las otras el quedarse deshonestamente aquí.

No solamente elogiaron las demás mujeres el consejo dado por Pampinea, sino que, ansiosas de seguirlo, habían empezado ya a tratar con más detención del modo como, abandonando sus asientos, debían ponerse en camino sin pérdida de momento. Pero Filomena, que era muy discreta, dijo:

—Señoras, aun cuando lo que dice Pampinea esté muy bien dicho, no por esto hay que precipitarse, como parece lo queréis hacer. Acordaos de que todas somos mujeres y no hay entre nosotras una sola, tan niña, que no pueda reconocer perfectamente cuán prudentes son las mujeres juntas y cómo saben regirse sin el auxilio de hombre alguno. Nosotras somos nobles, volubles, caprichosas, desconfiadas, pusilánimes y miedosas; por todo lo cual, temo mucho que, si no tomamos otra guía que la nuestra, se disuelva esta compañía mucho más pronto de lo que es de desear y menos honrosamente para nosotras de lo que preciso fuera; y por eso bueno es prevenirse antes de empezar.

Dijo entonces Elisa: “Verdaderamente, los hombres son la cabeza de las mujeres, y sin la dirección de aquéllos, raras veces llega a loable fin obra alguna nuestra; pero ¿cómo podemos proporcionarnos estos hombres? Todas sabemos que de los nuestros la mayor parte han muerto, y que los que han quedado vivos, desparramados por diversos puntos sin que sepamos dónde, van huyendo de lo mismo de que tratamos de huir nosotras; rogar a los extraños, no sería cosa conveniente, porque, si queremos andar en busca de nuestra salud, nos conviene hallar medio de ordenarnos de tal suerte que no se produzcan disgustos y escándalos allí donde nos vamos a buscar la satisfacción y el reposo.”

Mientras las mujeres sostenían entre sí esta discusión, penetraron en la iglesia tres jóvenes, no tan jóvenes, empero, que no contase menos de veinticinco años el más joven de ellos, en los cuales ni la perversidad del tiempo, ni la pérdida de amigos o parientes, ni el miedo de sí mismos había podido, no ya extinguir, sino ni tan siquiera entibiar el amor. Uno de ellos se llamaba Pánfilo, Filostrato el segundo y Dioneo el último, bastante afables y bien educados los tres; y ansiosos de consuelo, en medio de aquella general perturbación, andaban buscando a sus damas respectivas, quienes, casualmente, se hallaban entre las siete mencionadas, como que algunas de las otras les estaban unidas por lazos de parentesco. Antes de que ellos reparasen en las mujeres, habíanles visto ellas ya, y Pampinea empezó a decir, sonriéndose:

—Ved cómo la fortuna es favorable a nuestros comienzos poniéndonos delante a unos jóvenes discretos y valerosos, que serán con gusto nuestros guías y servidores si no esquivamos aceptarlos para ese objeto.

Entonces Neifile, con el rostro encendido por la vergüenza, por ser una de las que eran amadas por uno de los jóvenes, contestó: "¡Por Dios Pampinea, mira lo que dices! Me consta perfectamente que nada que no sea sino muy bueno puede decirse de cualquiera de ellos; y les creo sobradamente dignos de semejante distinción; opino, igualmente, ser conveniente su buena y honrada compañía, no solamente para nosotras, sino para otras mucho más bellas y dignas de ser queridas. Mas, por ser cosa bastante manifiesta que están enamorados de algunas de las que se hallan entre nosotras, temo que, sin culpa nuestra ni de ellos, no resulte motivo de infamia o de reprensión si con nosotras los llevamos." A lo cual dijo Filomena: "Mientras yo viva honradamente y de nada me remuerda la conciencia, que me diga quienquiera lo contrario; Dios y la verdad tomarán las armas en favor mío; de modo que si éstos, ojalá se hallasen ellos dispuestos a venir, realmente podríamos decir, como dice Pampinea, que se nos habían presentado favorables."

Oyendo hablar a éstas de tal manera las otras damas, no solamente se callaron, sino que todas estuvieron acordes en que se llamase a los jóvenes y se les expusiera su intención y que se les debía rogar que les diesen la satisfacción en tal viaje. Por lo cual, sin añadir palabra, Pampinea, que estaba unida con lazos de parentesco con alguno de aquellos jóvenes, púsose de pie, dirigióse hacia ellos, que se habían detenido a mirarla y, después de saludarles con afable rostro, les expuso su plan y les rogó en nombre de todas que consintieran en acompañarlas con intención pura y fraternal. De momento, los jóvenes lo tomaron a broma; mas, cuando vieron que la dama hablaba de veras, contestaron con tono jovial que se hallaban dispuestos a servirles sin dilación alguna, y que, de consiguiente, fueran a dar las órdenes necesarias para la marcha. Y dispuestas ordenadamente todas las cosas oportunas y habiendo antes mandado aviso a donde se proponían ir, al amanecer del siguiente día, que era un miércoles, las damas, con algunas de sus criadas y los tres jóvenes con sus tres familiares, saliendo de la ciudad, pusieronse en camino, y como cosa de dos millas cortas habíanse alejado de ésta, cuando llegaron al primer punto acordado. Estaba dicho punto situado en lo alto de una colina, algo separada por todos lados de nuestros caminos, cubiertos de arbustos y plantas frondosísimas que recreaban la vista. En su cima levantábase un palacio con bello y espacioso patio en el centro, y con habitaciones, salas y cámaras, todas a cual más preciosas y notables por sus alegres pinturas y decorado, rodeado de pequeños prados y de maravillosos jardines, con pozos de agua sumamente fresca y cuevas llenas de preciosos vinos: cosas más a propósito para curiosos bebedores que para sobrias y honradas mujeres. Cuyo palacio halló la recién llegada comitiva, con no poca satisfacción, completamente arreglado y dispuestos los lechos en las cámaras y con profusión de flores de la estación por todas partes distribuidas. Apenas hubo llegado y tomado asiento, dijo Dioneo, que era más afable y más agudo que los otros jóvenes: "Vuestro criterio, señoras, más que nuestra previsión, es lo que aquí nos ha guiado: yo no sé lo que os proponéis hacer; por mi parte, dejé mis propósitos a la puerta de la ciudad cuando poco ha salí de ella con vosotras; por eso, o vosotras os disponéis a solazaros, a reír y a cantar conmi-

go (por de contado, hasta donde lo consienta vuestra dignidad), o me dais licencia para volverme con mis pensamientos a la atribulada ciudad y a quedarme en ella." A lo cual Pampinea, como si también ella hubiese echado lejos de sí su pensamientos, contestó afablemente: "Habláis admirablemente, Dioneo; hay que vivir festivamente, ya que las tristezas son, y no otra cosa, las que nos han hecho huir de la ciudad. Mas, por lo mismo que las cosas que se hacen sin moderación no pueden durar mucho, ya que fui la iniciadora de esos planes, que dieron lugar a la formación de ésta tan bella compañía, pensando en la continuación de nuestra alegría, considero que es indispensable acordemos que haya entre nosotros un jefe a quien honremos y obedezcamos como a mayor, y que no tenga otro pensamiento que el de procurar que vivamos todos a placer. Y a fin de que cada cual pruebe el peso de la solicitud junto con el placer de la superioridad, y de consiguiente, no pueda haber envidia alguna en quien no lo probase, propongo que a cada uno de nosotros se le encomienden por un día la carga y el honor, y que nosotros mismos debamos elegir al que deba ser el primero entre nosotros; para los días sucesivos, al aproximarse la primera noche, el que haya tenido el señorio durante el día elegirá a su gusto a aquel o a aquella que le deba reemplazar; y el que ocupe la señoría dispondrá a su albedrío mientras aquella dure, el lugar o el modo dónde y cómo debamos vivir".

Mucho agradaron estas palabras, y por unanimidad la eligieron a ella para el primer día; Filomena, corriendo precipitadamente a un laurel, por haber oído decir con bastante frecuencia cuán dignas de honor eran las hojas de aquel árbol y cuán digna de ser honrada hacían a quien merecidamente era coronada con ellas, cogió algunas ramas de aquel árbol, formó una respetable y vistosa guirnalda, y colocándola en la cabeza de Pampinea, fue desde aquel momento y mientras duró su compañía, la señal de la supremacía entre ellas.

Pampinea, elevada a reina, ordenó que callasen todos los hombres, habiendo hecho llamar de antemano a los familiares de los tres jóvenes y a las criadas de ella, que eran cuatro, y en medio del general silencio, dijo: "Debiendo ser yo la primera en daros ejemplo y procediendo de bien a mejor para que nuestra compañía dure cuanto nos acomode con orden, con placer y sin desdoro alguno, ante todo, instituyo a Parmeno, familiar de Dioneo, como mi senescal, y le encomiendo el cuidado y la protección de toda nuestra familia y cuanto al servicio de la sala corresponde. Quiero que Sirisco, familiar de Páfilo, sea nuestro expendedor y tesorero, siguiendo las órdenes de Parmeno. Tindaro, que está al servicio de Filostrato y de los otros dos, atenderá a sus habitaciones siempre y cuando las atenciones de sus respectivos cargos les impida a los otros atenderlas. Mi criada Misia, y Licisca, que lo es de Filomena, estarán perennes en la cocina y aparejarán diligentes las viandas que les sean entregadas por Parmeno. Chimera y Stratilia, criadas de Lauretta y de Fiammetta, atenderán al gobierno de las habitaciones de las mujeres y a la limpieza de los sitios que ocupemos; y mandamos que todos en general, si les es grata nuestra amistad, se abstengan de traer del exterior noticia alguna que no sea agradable, oigan o vean lo que fuere

o donde fueren o de donde vinieren." Y dadas sumariamente estas órdenes, que fueron por todos aplaudidas, poniéndose de pie con aire afable, añadió: "Aquí hay jardines, prados y otros lugares bastante deliciosos, por donde cada cual pueda ir a solazarse a su gusto hasta la hora de tercia, en que libres del calor, nos sentaremos a la mesa."

Despedida, pues, por la reina la amable comitiva, los jóvenes, junto con las bellas damas, encamináronse, en agradable conversación y a paso lento, hacia un jardín, entreteniéndose en formar preciosas guirnaldas de variadas hojas y entonando amorosas canciones. Y cuando hubieron permanecido en él durante el tiempo que la reina les había concedido, de vuelta a casa, encontraron que Parmeno había dado concienzudo principio a su tarea, pues, habiendo entrado en una sala baja, vieron allí puesta la mesa con blanquísimos manteles y con vasos que parecían de plata, con todas las copas cubiertas de flores de retama; por lo cual, después de lavadas las manos al gusto de la reina, según la opinión de Parmeno, fueron todos a ocupar sus asientos. Vinieron los manjares delicadamente hechos y rociados con finísimos vinos; estando quedamente servida la mesa por los tres familiares. De todo lo cual, por su orden y buen gusto, quedaron todos tan satisfechos, que lo expresaron en halagadoras frases e hicieron honor a los manjares. Y quitadas las mesas (como todas las damas, lo propio que los jóvenes, supiesen bailar y parte de ellos tocar y cantar admirablemente), la reina ordenó que se trajesen instrumentos; y por orden suya, habiendo tomado luego Dioneo un laúd y Fiammetta una viola, empezaron a tocar una danza campestre, que la reina, con las demás damas y los dos jóvenes, se pusieron a bailar a paso lento, después que hubieron enviado a comer a la servidumbre; y terminada la danza, comenzaron a cantar bonitas y alegres canciones. Y de esta suerte tal se entretuvieron, que a la reina le pareció ser tiempo ya de ir a acostarse; por lo cual, previa su licencia, los tres jóvenes se fueron a sus cámaras, separadas de las de las damas, encontrando sus lechos bien dispuestos y llenas de flores las habitaciones como lo estaba la sala, lo propio que lo estaban las de las damas; de modo que, habiéndose desnudado, se pusieron a descansar.

No había sonado hacía mucho la hora nona, cuando la reina, habiéndose levantado, hizo levantar a todas las demás, lo propio que a los jóvenes, asegurando que era nocivo dormir demasiado durante el día; y trasladándose a un pequeño prado donde era verde y alta la hierba y donde por ningún lado podía penetrar el sol, y percibiendo un airecillo suave, accediendo a la voluntad de su reina, sentáronse todos en la hierba formando corro, y Pampinea les dijo así: "Como veis, el sol está alto y el calor es grande y sólo se percibe a las cigarras en los olivares; de modo que el ir ahora a algún sitio sería indudablemente un disparate. Aquí hace fresco y se está bien, y hay, como veis, tableros de ajedrez, y cada cual puede hacer lo que más a gusto le venga. Pero, si en esto se siguiera mi parecer, pasaríamos esta parte calurosa del día, no jugando, porque en el juego el ánimo de una de las partes debe precisamente turbarse sin gran satisfacción de la otra o de quien mira jugar, sino contando historias, por cuyo medio, hablando uno, puede lle-



varse el placer al ánimo de todos. Antes que haya contado cada uno de vosotros su historia, habrá declinado el sol y desaparecido el calor, y podremos ir a distraernos donde mejor nos acomode; y en esto que os digo, haced lo que os plazca (que dispuesta estoy a seguir vuestro gusto); y cuando no os acomodase, cada cual haga durante la velada lo que mejor le acomode." Hombres y mujeres aplaudieron todos la idea de contar historietas. "Pues que esto os agrada —dijo la reina—, quiero que, por esta primera jornada, sea libre cada cual para tratar del asunto que sea más a su gusto." Y volviéndose a Pánfilo, que estaba sentado a su derecha, le dijo con tono afable, que diese principio con una de sus historietas. Por lo cual, ante tal orden, Pánfilo, en medio de la general atención, se apresuró a principiar de esta suerte.



## Cuento primero

### *La confesión de San Ciappelletto*

Un señor Ciappelletto engaña a un santo religioso con una falsa confesión y se muere, y habiendo sido en vida un hombre pésimo, en muerte es reputado por santo y llamado San Ciappelletto.

—Cosa conveniente es, queridísimas señoras, que cuantas cosas hace el hombre, les dé principio con el admirable y santo nombre de Aquél que fue el autor de ellas, por lo cual, tocándome a mí ser el primero en la relación de nuestras historietas, me propongo empezar por una de sus cosas maravillosas, a fin de que, después de oír mi relato, se afirme nuestra esperanza en Él, cómo en cosa inmutable, y sea siempre su nombre alabado por nosotros. Cosa evidente es, que como todas las cosas temporales son transitorias y mortales, y en sí y fuera de sí están llenas de enojos, angustias y fatigas, y sometidas a infinidad de peligros a los cuales indefectiblemente no podremos nosotros, que vivimos mezclados con ellas y que somos parte de ellas, continuar ni separarlos si una especial gracia de Dios no nos prestase fuerza y perspicacia. La cual no es de creer que descienda a nosotros pecadores, por algún mérito nuestro, sino movida por su propia benignidad e impetrada por las súplicas de aquellos que fueron mortales como lo somos hoy nosotros, y que habiendo seguido bien sus gustos, mientras vivieron, ahora han venido a ser con Él eternos y bienaventurados; a los cuales, nosotros mismos, como a procuradores persuadidos por experiencia de nuestra fragilidad (acaso sin atrevernos a llevar nuestras súplicas a presencia de tan grande juez), les consultamos sobre las cosas que consideramos sernos oportunas. Y todavía más lleno de piadosa liberalidad hacia nosotros, discernimos que, no pudiendo la agudeza del ojo mortal penetrar en lo secreto de la divina mente, en modo alguno, acaezca acaso alguna vez, que engañados por la opinión, a tal hagamos patrono nuestro ante la Majestad divina que esté eternamente desterrado de ella; y sin embargo, Ése para quien nada hay oculto, atendiendo más a la pureza del postulante que a su ignorancia o al destierro del postulado, atiende a los que le ruegan, como si Éste se hallara en su beatífica presencia. Ésta podrá aparecer claramente en la historia que voy a referiros; y digo claramente, no siguiendo el juicio de Dios, sino el de los hombres.

Cuéntase, pues, que habiendo Musciatto Franceschi llegado a ser de riquísimo y gran mercader un caballero, y debiendo venir a Toscana con Monseñor Carlos Sin-Tierra, hermano del rey de Francia, inducido a venir a petición del papa Bonifacio, comprendiendo que sus actos, como generalmente los de los mercaderes son embrollados, y no pudiendo desembrollarlos de ligero ni de repente, pensó encomendarlos a varias personas; y para todos halló modo; únicamente encontró dificultad en la persona que fuese suficientemente capaz para reembolsar sus créditos sobre los borgoñones. El motivo de su dificultad consistía en saber que los borgoñones eran hombres pendencieros de mala condición y desleales; y no se le ocurría un hombre de tan mala índole y en quien pudiera depositar alguna confianza, para poderlo oponer a la mala fe de aquéllos. Y habiendo pensado largamente sobre este punto, acudió a la memoria un señor, Ciapperello de Prato, que paraba a menudo en su casa de París. El cual, como era bajo de estatura y muy atildado, no sabiendo él, Franceschi, que quisiera llamarse Ciapperello, creyendo que, según su lengua vulgar venía a significar Cappello, esto es, guirnalda, por ser pequeño como hemos dicho, llamábanle no Cappello, sino Cappelletto; y era conocido en todas partes por Ciappelletto, siendo pocos los que le conocían por Ciapperello. Ese tal Ciappelletto tenía su género de vida especial: siendo notario experimentaba inmensa turbación cuando alguno de sus instrumentos (que hacía pocos) no hubiera sido hallado falso; de los cuales habría hecho tantos como se le hubieran pedido, y más gustosamente éstos de balde, que otro alguno espléndidamente pagado. Prestaba declaraciones falsas con sumo gusto, tanto si se las pedían como si no se las pedían; y como en aquella época se prestaba suma fe en Francia a los juramentos y no vacilaba él en hacerlos falsos, ganaba todas las cuestiones en las cuales era llamado a jurar que diría la verdad sobre su fe. Tenía especial gusto, y acaso ponía estudio especial en promover enemistades y escándalo entre amigos, parientes y otras personas cualesquiera, siendo tanto mayor su alegría cuanto mayores males veía seguirse a sus enredos. Invitado a un homicidio o a cualquier otro acto criminal, prestábase siempre voluntariamente a ejecutarlo, y no pocas veces se halló en el caso voluntario de herir y matar hombres con sus propias manos. Era un gran blasfemador de Dios y de los Santos; y la más pequeña cosa le ponía furioso hasta lo indecible Jamás acudía a la iglesia; y escarnecía con abominables frases, como cosa vil, los sacramentos de aquélla; y, en cambio, visitaba y usaba con sumo gusto las tabernas y otros parajes deshonestos. Les tenía tanta afección a las mujeres, como la tienen los perros al palo; en cambio se recreaba más que otro miserable cualquiera. Había robado con la tranquilidad de un santo varón; gran glotón y bebedor era, hasta el punto de que a veces le causaba daño su pasión; era jugador y echador de dados falsos. ¿Por qué desciendo a tantos detalles, cuando basta decir que era tal vez el hombre peor que hubiese nacido? Su malicia sostuvo por largo tiempo el poder y el estado de Musciatto, merced al cual, muchas veces fue considerado, ya por los particulares a quienes con bastante frecuencia injuriaba, ya por la corte, a la cual injuriaba todavía más. Habiéndole, pues, acudido ese señor Ciappelletto a la mente de maese Musciatto, que conocía sobradamente su vi-

da, pensó dicho maese Musciatto que ése debía ser tal cual lo requería la mala fe de los borgoñones; y mandándole llamar, le dijo: “Señor Ciappelletto, yo, como sabes, quiero retirarme del todo de aquí y teniendo que habérmelas, entre otros, con los borgoñones, hombres de completa mala fe, no sé a quién pueda encomendar mejor que a ti, el cobro de lo que ellos me deben; y puesto que actualmente nada haces, ocúpate en eso, y te haré alcanzar el favor de la corte, y te daré la parte que convenga de lo que tú cobres”. El señor Ciappelletto, que estaba ocioso y mal avenido con las cosas del mundo, y veía alejarse al que había sido por largo tiempo su sostén, decidióse sin demora y casi impelido por la necesidad, y dijo que aceptaba con gusto. Por lo cual, convenidos ambos, recibida por Ciappelletto la procura y las cartas favorables del rey, una vez partido maese Musciatto, partió a Borgoña, donde casi nadie le conocía; y allí, contra su costumbre, empezó a querer cobrar a las buenas y mansamente, y a hacer aquello para lo que había ido, como si aguardase para última hora el irritarse. Y obrando así, hospedándose en casa de dos hermanos florentinos que prestaban allí con usura y que le honraban mucho por cariño a maese Musciatto, acaeció que se puso enfermo, con cuyo motivo los dos hermanos se apresuraron a hacer venir médicos y criados que le sirviesen y todo lo necesario para que recobrase la salud. Pero todo auxilio era inútil, pues el buen hombre, que era viejo ya y había llevado una vida desordenada, iba poniéndose, al decir de los médicos, de día en día de mal en peor, como quien tenía el mal de la muerte; cosa de que los dos hermanos se lamentaban en gran manera. Y un día, bastante cerca de la habitación donde yacía enfermo el señor Ciappelletto, empezaron a hablar entre ellos: “¿Qué haremos de ese hombre?” preguntábase el uno al otro. “Tenemos que obrar con él con gran cautela, porque el echarle de nuestra casa en tal estado, daría lugar a grandes censuras, y se nos tendría por muy desconsiderados viendo que le habíamos recibido antes y luego le hemos hecho servir y medicinar con tanta solicitud y que ahora, sin haber hecho él cosa alguna que nos pudiera desagradar, viesen que le echábamos de casa tan súbitamente y moribundo. Por otra parte, ha sido un hombre tan malo, que no querrá confesarse ni tomar sacramento alguno de la iglesia; y muriendo sin confesión, ninguna iglesia querrá recibir su cuerpo y le echarán al foso común a manera de perro. Y si por otra parte se confiesa, son tantos y tan horribles sus pecados, que no habrá quien los aventaje, por lo cual no habrá monje ni sacerdote que quiera ni pueda absolvérselos; con lo cual, no estando absuelto, se le echará también al foso. Y si sucede esto, la gente de esta tierra, ya por nuestro oficio, que se tiene por muy inicuo, y del cual todo el día se habla mal, ya por ganas que tienen de robarnos, al ver esto, se pondrá a murmurar y a gritar: ‘Estos perros lombardos, a quienes en la iglesia no quieren recibir, no queremos que vivan entre nosotros’; y acudirán a nuestra casa, y tal vez no solamente nos robarán la fortuna, sino que se ensañarán además con nuestras personas; de modo, que de todas maneras estamos mal si este hombre se muere”.

El señor Ciappelletto que, como decimos, yacía cerca de allí, como tenía fino el oído cual las más de las veces vemos lo tienen los enfermos, oyó lo que aquellos de él decían. Hízoles llamar, y les dijo: “No quiero que ten-

gáis vacilación alguna respecto a mí, ni temáis os sobrevenga por mi causa daño alguno; he oído lo que habéis hablado de mí, y estoy sumamente seguro de que sucedería lo que decís si la cosa fuera como pensáis, pero irá de otra manera. Tanto he ofendido durante mi vida al Señor Dios, que bien puedo hacerle una nueva ofensa a la hora de mi muerte; no vendrá de una más o una menos. Y para mi objeto, hacedme venir a un monje tan santo y animoso como lo podáis hallar, si es que hay alguno, dejadme hacer, que os doy la seguridad de que todo se arreglará en bien vuestro y en el mío y quedaréis contentos". Los dos hermanos, a pesar de no tener gran confianza en aquello, encamináronse, sin embargo, a un convento de religiosos y pidieron a un santo y sabio varón para que confesase a un lombardo que estaba enfermo en su casa; y se les dio un padre anciano, de santa y buena vida, gran maestro en Escritura y muy venerable, a quien profesaban especial e inmensa devoción todos los ciudadanos. Llegado a la cámara donde yacía el señor Ciappelletto y luego que se había sentado al lado de éste, empezó por darle ánimo, y le preguntó luego cuánto tiempo había transcurrido desde su última confesión. A lo cual el señor Ciappelletto, que jamás se había confesado, contestó: "Padre, yo acostumbro a confesarme a lo menos una vez cada semana y son bastantes las en que me confieso más de una vez; pero desde que caí enfermo, que hace más de ocho días, no me he confesado por el malestar que me ha producido mi enfermedad". Dijo entonces el padre: "Haces bien, hijo mío, y así debes hacerlo en adelante; y ya veo que, si tan a menudo te confiesas, poca cosa tendré que oír y preguntarte". Replicó el señor Ciappelletto: "No digáis eso, reverendo padre; jamás me confieso, por a menudo que sea, sin hacer confesión general de todos los pecados de que me acuerdo cometidos desde el día en que nací hasta el día en que me vuelvo a confesar; y por lo tanto, mi buen padre, no precisa que me preguntéis punto por punto sobre cada cosa como si jamás me hubiese confesado; y no me tengáis consideraciones porque esté enfermo, que yo prefiero mucho más desagradar a éstas mis carnes, que, para complacerlas, hacer cosa que pueda causar la perdición de esta alma mía, que mi Salvador redimió con su preciosa sangre". Estas palabras agradaron mucho al santo varón y parecióle prueba de mente bien dispuesta; y después de haber recomendado mucho al señor Ciappelletto aquella costumbre, empezó a preguntarle si había cometido alguna vez con mujer el pecado de lujuria. A lo cual el señor Ciappelletto contestó suspirando: "Padre, de esta parte me da vergüenza decir la verdad por temor de caer en pecado de vanagloria". A lo cual respondió el santo religioso: "Habla sin temor; en el decir la verdad, lo mismo en confesión que fuera de ella, jamás hubo pecado". Dijo entonces el señor Ciappelletto: "Puesto que me dais esta seguridad, os la diré: soy tan virgen como salí del cuerpo de mi madre". "¡Oh! Dios le bendiga —exclamó el religioso—; cuán bien has hecho; y haciéndolo tanto has merecido, cuanto, a quererlo, tenías más medios para hacer lo contrario de los que tenemos nosotros y otros cualesquiera que se hallen cohibidos por la estrechez de las reglas". Y después de esto, le preguntó si había desagradado a Dios en el pecado de la gula, a lo cual, entre fuertes suspiros, el señor Ciappelletto con-

testó que sí, y muchas veces, pues a pesar de que él, además de los ayunos de cuaresma que cada año hacen las personas devotas, acostumbraba a ayunar a pan y agua a lo menos tres días por semana, había bebido con tal gusto y tal apetito el agua especialmente cuando había hecho alguna fatiga o adorando o yendo de peregrinación, como hacen los bebedores con el vino; y muchas veces había deseado oler esas ensaladas de hierbas que hacen las mujeres cuando van a la ciudad, y otras muchas veces le había parecido mejor comer que ayunar. A lo cual dijo el religioso:

“Estos pecados, hijo mío, son naturales y bastante tenues, y de consiguiente, no quiero que cargue más con ellos tu conciencia. A todos los hombres les acaece, por muy piadosos que sean, parecerles buena la comida después de un largo ayuno y, buena la bebida después de la fatiga”. “Oh, padre mío —replica el señor Ciappelletto—, no me digáis esto para mi consuelo; bien sabéis que yo sé que las cosas que se hacen para el servicio de Dios tienen que hacerse con perfección y sin frialdad alguna de ánimo; y que quien así no lo hace, peca”. Sumamente contento, dijo el religioso: “Y ya estoy contento de que así lo comprendas y mucho me place tu pura y buena conciencia en este punto. Pero, dime: ¿caíste en el pecado de avaricia, deseando más de lo convenido, o teniendo lo que no debiste tener?” A lo cual el señor Ciappelletto contestó: “No quisiera padre, que os causase prevención el verme en casa de estos usureros: nada tengo que ver con ellos; antes bien, había venido por tener que amonestarles y reprenderles y hacerles abandonar este abominable negocio; y creo que lo habría conseguido, si Dios no hubiese venido a visitarme. Debéis saber que mi padre me dejó rico y que, una vez muerto él, di la mayor parte de sus bienes para Dios; y luego, para atender a mi sustento y para poder ayudar a los pobres de Cristo, he hecho mis pequeños negocios, y en ellos he deseado ganar y siempre he ido a medias en mis ganancias con los pobres de Dios, invirtiendo mi parte en mis necesidades, y entregándoles la otra; y en esto me ha ayudado tan perfectamente mi Criador, que siempre he ido de bien en mejor en mis asuntos”. “Bien has obrado —dijo el religioso—; y di: ¿te has encolerizado alguna vez?” Contestó el señor Ciappelletto: “Confieso que lo he hecho muy a menudo. ¿Y quién podría contenerse, viendo todo el día a los hombres hacer indignidades, no cumplir los mandamientos de Dios y no temer sus juicios? Ha habido bastantes ocasiones al día en que quisiera estar más bien muerto que vivo, al ver los jóvenes ir en pos de las vanidades y viéndoles jurar y perjurarse, ir a las tabernas, no visitar los templos y seguir más bien el camino del mundo que el de Dios”. Dijo entonces el religioso: “Buena es esta cólera, hijo mío, y no he de ser yo quien por ella te imponga penitencia. ¿Mas no podría tal vez en algún caso haberte inducido la cólera a cometer algún homicidio o a maltratar a alguien de palabra, o a inferir alguna otra ofensa?” A lo cual respondió el señor Ciappelletto: “¿Cómo decís tales palabras vos, padre, que me parecéis un ministro del Señor? ¡Oh! Si me hubiese ocurrido tan sólo un pequeño pensamiento de hacer con cualquiera una de las cosas que decís, ¿creéis que puedo creer que Dios me habría sostenido tanto? Estas cosas son hechas para hombres malvados y criminales, de los cuales, siempre

que he visto alguno, he dicho: anda, que Dios le convierta". Dijo entonces el religioso: "Dime ahora, hijo mío, así Dios te bendiga, si has hecho alguna declaración falsa contra alguien, o hablado mal del prójimo, o quitado cosas ajenas sin consentimiento de su dueño". "Verdaderamente, padre—respondió el señor Ciappelletto—, he dicho mal del prójimo; pues tuve en otro tiempo un vecino que, sin razón alguna, no hacía otra cosa que pegar a su mujer; y de él hablé mal, una vez, a los padres de la mujer por la gran compasión que me inspiró aquella pobrecita, a quien él, cada vez que había bebido demasiado, la ponía hecha una lástima". "Esta bien—repuso el religioso—; me dices que has sido mercader; ¿engañaste alguna vez a alguien como los mercaderes hacen?". "Ciertamente que sí, padre mío—contestó el señor Ciappelletto—; pero no sé a quién fue, sólo sé que habiéndome entregado una cantidad que me debía dar por paño que yo le había vendido, y habiéndolo puesto yo en la caja sin contarle, al cabo de más de un mes noté que había en ella cuatro dineros más de los que había de haber; por lo cual, no volviendo a ver a aquel sujeto, y después de haberlos guardado durante más de un año para devolvérselos, los di a los pobres". "Esto es poca cosa—dijo el padre—, e hiciste bien en hacer de ellos lo que hiciste." Sobre otras varias cosas le preguntó el santo varón, recibiendo contestaciones por el estilo. Y, como se dispusiese ya a darle la absolución, dijo el señor Ciappelletto: "Mi venerable padre tengo todavía algún pecado que no os he dicho". Preguntóle el religioso cuál era este pecado, y aquél repuso: "Recuerdo que un sábado, después de la hora nona, mandé a mi criada barrer la casa sin tener la debida reverencia al santo domingo". "Esto, hijo mío—dijo el religioso—, es cosa leve". "No—replicó el señor Ciappelletto—, no digáis tal, pues el domingo merece ser muy venerado, porque en tal día resucitó de muerte a vida nuestro Señor". Preguntó el padre: "¿Has hecho algo más?" "Sí, padre—respondió el señor Ciappelletto—, una vez escupí, distraídamente, en la casa de Dios". Empezó a sonreírse el religioso, y dijo: "Hijo mío, esto no merece la pena: nosotros, que somos religiosos, escupimos todo el día". A lo cual replicó el señor Ciappelletto: "Pues hacéis una acción muy fea, porque nada debe tenerse tan limpio como el santo templo donde se rinde sacrificio a Dios". Y para abreviar, díjole muchas cosas por el estilo y al fin empezó a suspirar y a llorar después con vehemencia, cosa que sabía hacer admirablemente cuando quería." "¿Qué tienes, hijo mío?", preguntó el santo varón. "¡Ay de mí!—respondió el señor Ciappelletto—, que me ha quedado un pecado del cual jamás me confesé, por la gran vergüenza que me da el tenerlo que decir: y cada vez que de él me acuerdo, échome a llorar como veis, y me parece ser cosa muy cierta que Dios jamás tendrá misericordia de mí por este pecado". "Veamos, hijo mío—dijo entonces el religioso—, ¿qué pecado es ése? Si todos los pecados que han sido cometidos por todos los hombres y que todos los hombres han de cometer mientras dure el mundo, se hallasen reunidos en un solo hombre, y éste sintiese por él el arrepentimiento y la contrición que en ti veo, es tanta la benignidad y la misericordia de Dios, que, confesándolos, se los perdonaría generosamente: habla, pues, con entera confianza". Entonces el señor Ciappelletto, sin dejar de llorar copio-



samente, dijo: “¡Ay de mí, padre, mi pecado es demasiado grande y apenas puedo creer que jamás deba ser perdonado por Dios, si no interponéis vuestras oraciones!” A lo cual, dijo el padre: “Dilo confiado, que yo te prometo rogar a Dios por ti”. Mas el señor Ciappelletto lloraba y no lo decía; y el religioso seguía animándole a hablar. Y después que, sin cesar de llorar, le hubo tenido por larguísimo espacio de tiempo en suspenso, lanzó el señor Ciappelletto un gran suspiro y dijo: “Ya que vos, padre mío, prometéis rogar a Dios por mí, os lo diré: sabed que cuando yo era muy niño le dirigí a mi madre una blasfemia”. Y dicho esto púsose de nuevo a llorar copiosamente. “¿Esto, hijo mío —dijo el monje—, lo consideras tú tan gran pecado? Los hombres blasfeman de Dios todo el día, y se perdona sin dificultad al que se arrepienta de haberlo blasfemado; ¿y tú no crees que Él te perdone esto a ti? No llores, ámate y cree firmemente que aun cuando hubieras sido uno de los que le clavaron en la cruz, teniendo la contrición que en ti veo, serías perdonado”. “¿Qué estáis diciendo? —exclamó el señor Ciappelletto—. A mi dulce madre que me llevó nueve meses día y noche en su seno, y me llevó más de cien veces en brazos, hice muy mal en injuriarla: este pecado es demasiado grande; y si vos no rogáis a Dios por mí, no me será perdonado”. Viendo el religioso que ya nada le quedaba por decir al enfermo, absolvióle y le dio la bendición, teniéndole por hombre de gran santidad, como que creía plenamente ser verdad lo que el señor Ciappelletto le había dicho. ¿Y quién no lo creyera, viendo a un hombre expresarse así a la hora de su muerte? Y luego, terminada toda la ceremonia, le dijo: “Señor Ciappelletto, con la ayuda de Dios no tardaréis en recobrar la salud; pero si acaeciese que Dios llamara a sí vuestra bendita y bien dispuesta alma, ¿tendréis inconveniente en que vuestro cuerpo sea sepultado en nuestro convento?”. A lo cual contestó el señor Ciappelletto: “Indudablemente, no quisiera hallarme en otro sitio, después que me habéis prometido orar a Dios por mí; sin contar con que siempre he tenido especial predilección por vuestra Orden. Por lo cual os ruego que cuando os halléis de vuelta en vuestro convento, hagáis que venga a mí ese verdadero cuerpo de Cristo que por la mañana consagráis vosotros sobre el altar; pues aun cuando no sea digno yo de ello, deseo, con licencia vuestra, tomar y recibir después la santa y última Unción, a fin de que, si como pecador he vivido, muera a lo menos como cristiano”. Dijo el santo varón que mucho le placía y que decía bien y que haría que se le trajese en seguida; y así fue. Los dos hermanos, temerosos de que el señor Ciappelletto les engañase, habíanse apostado junto a un tabique que separaba de otra habitación la que su huésped ocupaba, y prestando oído, ligeramente oían y entendían lo que su huésped le decía al religioso, y tales ganas de reír veníanles de vez en cuando, oyendo las cosas que aquél confesaba haber hecho, que casi no podían contenerse, y entre sí a veces decían: “¿Qué hombre es éste, a quien ni la vejez, ni la enfermedad, ni el miedo a la muerte, que tan cerca ve, ni el miedo siquiera a Dios, ante cuyo tribunal espera debe hallarse antes de poco, han podido apartarle de su maldad, ni hacer que no quiera morir como ha vivido?”. Mas en cuanto vieron que iba a ser enterrado en la misma iglesia, ya nada más les preocupó.

Poco después, el señor Ciappelletto comulgó, y como empeorara extraordinariamente, se le administró la extremaunción, ya que el mismo día en que tan buena confesión había hecho, a las primeras horas de la noche falleció. Por cuyo motivo, los dos hermanos, habiendo dispuesto la manera como debía ser honrosamente enterrado en vista de sus haberes, enviáronlo a decir al convento y ordenaron todo lo necesario para que los religiosos vinieran a velar el cadáver durante la noche, según era costumbre, y a buscarle por la mañana. El santo varón que le había confesado, sabedor de su fallecimiento, fue a reunirse al prior del convento, y habiendo hecho tocar a capítulo expuso a los religiosos allí reunidos que el señor Ciappelletto había sido un santo varón, según había podido deducirlo de su confesión, y en la esperanza de que el Señor Dios obraría muchos milagros para demostrarlo, les persuadió de que con suma reverencia y devoción debía recibirse aquel cadáver. A lo cual se adhirieron el prior y los demás crédulos religiosos, y por la noche, habiendo ido a donde yacía el cadáver del señor Ciappelletto, le velaron con toda solemnidad y reverencia, y por la mañana, revestidos todos de alba y capa pluvial, con sendos libros en las manos y precedidos de cruces, fueron cantando en busca de aquel cuerpo, y con extraordinaria solemnidad y aparato lo condujeron a su iglesia yendo en pos casi todo el pueblo, hombres y mujeres; y colocado en la iglesia, el venerable padre que le había confesado subió al púlpito y empezó a predicar cosas maravillosas del difunto, de su vida, de sus ayunos, de su virginidad, de su simplicidad y de su inocencia y santidad, refiriendo, entre otras cosas, lo que el señor Ciappelletto le había confesado, llorando por el mayor de sus pecados y lo difícil que le había sido convencerle de que Dios se lo había de perdonar, y tomó pie de esto para reprender al pueblo que escuchaba, diciéndole: "Y vosotros, malditos de Dios, por cada manojo de paja que se os cae a los pies blasfemáis de Dios y de su divina Madre y de toda la corte celestial". Y otras muchas cosas dijo a más de éstas, sobre su lealtad y su pureza; y en suma, fue tanta la fe que la gente del país dio a sus palabras, lo recomendó de tal manera a la devoción de cuantos estaban allí congregados, que después que hubo terminado el funeral, acudieron todos, en medio de las mayores apreturas, a besar los pies y las manos del difunto, y le fueron destrozadas todas las ropas que traía puestas, considerándose dichoso quien podía alcanzar un pequeño trozo de ellas; y hubo precisión de tenerlo expuesto todo el día para que de todos pudiese ser visto y visitado. Llegada la noche, fue colocado en un arca de mármol y honrosamente sepultado en una capilla, y ya desde el siguiente día empezó la gente a ir y encenderle luces y adorarle y, de consiguiente, a encomendarse a él y a dedicarle ex votos de cera, de conformidad con las promesas o votos que se le habían hecho. Y entretanto, creció la fama de su santidad y la devoción hacia él, hasta el punto de que casi no había nadie que, hallándose con alguna adversidad, no se encomendase a otro santo que no fuera él. Le llamaron, y le llaman aún, San Ciappelletto; y afirman que Dios ha obrado muchos milagros por su intercesión y los obra todos los días en favor de quienes devotamente se encomiendan a él. Así, pues, vivió y murió el señor Ciappelletto de Prato y llegó a ser santo de la

manera que acabáis de oír. El cual no quiero negar la posibilidad de que sea santo en la presencia de Dios, puesto que, aun cuando su vida fuese una cadena de crímenes y maldades, pudo él, en su última hora, tener tal contrición, que acaso Dios tuvo misericordia de él y le recibió en su reino; pero, como esto no se sabe, por lo que aparece a la vista discurro y digo que ese tal, más bien estará en poder del demonio, en el infierno, que en el paraíso. Y si es así, debe reconocerse que es inmensa la benignidad de Dios hacia nosotros, pues atendiendo, no a nuestro yerro, sino a la pureza de nuestra fe, al tomar por intercesor nuestro a un enemigo suyo, creyéndole amigo, nos atiende como si recurriésemos a un santo de verdad, para que fuese él el mediador de su gracia. Y por eso, a fin de que por su gracia nos conservemos sanos y salvos en las presentes adversidades, y en ésta tan deliciosa compañía, alabando a Aquél en cuyo nombre lo hemos principiado, encomendémonos a El con toda reverencia en nuestras necesidades, en la completa seguridad de que seremos atendidos.

## Cuento segundo

### *El judío converso*

El judío Abraham, estimulado por Giannotto di Civigni, va a la corte de Roma; y al ver la maldad de los clérigos, regresa a París, y se hace cristiano.

La historieta de Pánfilo provocó en parte la risa y fue toda celebrada por las damas; y como, después de atentamente oída y llegada a su fin, estuviese sentada Neifile junto al narrador, la reina le ordenó que siguiese el orden iniciado, contando ella otra. Neifile, que era tan cortés como hermosa, contestó sin vacilar que era gustosa de obedecerla, y empezó en estos términos:

—Pánfilo ha demostrado en su relato que la benignidad de Dios no atiende a nuestros errores, cuando proceden de cosa que nosotros no podemos ver; y yo en el mío, pienso demostraros cuánta y cuán grande es esta misma benignidad soportando pacientemente las faltas de aquellos que deben dar verdadero testimonio de ella con las obras y con las palabras, haciendo lo contrario, y esto lo demostraré con argumentos de verdad infalible, a fin de que sigamos con mayor firmeza lo que creemos.

Según oí contar, tiempo atrás hubo en París un gran mercader y hombre de bien que se llamaba Giannotto di Civigni, de suma lealtad y rectitud y que traficaba mucho en telas de todas clases, el cual tenía estrecha amistad con un acaudalado judío llamado Abraham, que también era mercader y hombre bastante recto y leal. Viendo Giannotto su rectitud y lealtad, empezó a condolerse de que el alma de un hombre de tanto valer, saber y bondad, fuera a su perdición por falta de fe. Por cuyo motivo empezó a rogar-

le amigablemente que dejase los errores del judaísmo y volviese a la verdad cristiana, la cual, por ser santa y buena, podía ver que prosperaba y aumentaba siempre, mientras que, por el contrario, podía observar que la suya disminuía e iba a la nada. El judío contestaba que ninguna religión creía santa ni buena, fuera de la judaica, y que había nacido en ella y en ella quería vivir y morir; y que nada habría que le hiciese cambiar de propósito. Esto no fue obstáculo para que Giannotto, al cabo de algunos días, le volviese a hablar de lo mismo, demostrándole, con la elocuencia propia de la mayoría de los mercaderes, las razones por las cuales nuestra religión era mejor que la judaica. Y a pesar de que el judío era un consumado maestro en la ley judaica, fuese que le moviese la gran amistad que le unía a Giannotto, o fuesen tal vez las palabras que el Espíritu Santo ponía en boca del hombre idiota, al judío empezaron a serle muy agradables las demostraciones de Giannotto; sin embargo, obstinado en su creencia, no se dejaba convencer. Cuanto mayor era su pertinacia, tanto mayor era la insistencia de Giannotto, hasta el punto de que el judío, dominado por tanta insistencia, dijo: "Oye, Giannotto, a ti te place que yo me haga cristiano, y yo estoy dispuesto a serlo, mas con la condición de que antes quiero ir a Roma y ver allí a ése que tú dices ser Vicario de Dios en la tierra, y observar sus maneras y sus costumbres, lo propio que las de sus hermanos los cardenales; y si éstas me parecen tales que, por tus palabras y por ellas, pueda comprender que vuestra religión sea mejor que la mía, como tú te has empeñado en demostrarme, haré lo que te he dicho; de no ser así, me quedaré judío como soy". Mucho le afligió a Giannotto oír estas palabras, diciendo para sí: "He perdido el trabajo que me parecía haber empezado admirablemente, creyendo haber convertido a ése; porque si va a la corte de Roma y ve la vida perversa y asquerosa de los clérigos no es de esperar que de judío se haga cristiano; antes por el contrario, si se hubiese hecho cristiano, indefectiblemente volvería al judaísmo". Y volviéndose a Abraham, le dijo: "¡Ay, amigo mío! ¿Por qué quieres tomarte este trabajo y hacer tal gasto, como los que te ocasionará el ir de aquí a Roma? Sin contar que para un hombre rico como eres tú, tanto por mar como por tierra, todo está lleno de peligros. ¿Crees que no encontrarás aquí quien te dé el bautismo? Y si acaso tienes algunas dudas sobre la religión que te expongo, ¿dónde hay mejores maestros, y hombres más sabios en ella de los que hay aquí para poder darte luz sobre lo que tú quieres o preguntas? Por esto, a mi entender, está de sobra este viaje tuyo. Piensa que allí los prelados son tales como los has podido ver aquí, y hasta tanto mejores, cuanto que se hallan más cerca del Pastor principal. Yo te aconsejaría que aplazases esta molestia para otra ocasión, cuando haya algún jubileo y entonces acaso te acompañaré yo". A lo cual contestó el judío: "Creo, Giannotto, que es tal como tú dices, Pero, resumiendo, te diré que estoy completamente dispuesto a ir allá (si es que tú quieres que yo haga lo que tanto me has rogado) y de no ser así, jamás haré cosa alguna". Giannotto, viendo su terquedad, repuso: "Anda en buena hora". Y para sus adentros consideró que aquel hombre nunca se haría cristiano como llegase a ver la corte de Roma; pero no insistió en desacon-

sejárselo. El judío montó a caballo y, lo más rápidamente que pudo, se trasladó a la corte de Roma donde, a su llegada, fue honrosamente recibido por sus correligionarios y permaneciendo allí, sin decir a nadie el porqué había ido, cautelosamente empezó a estudiar las costumbres del Papa y los cardenales, de los prelados y de todos los cortesanos, y entre lo que él observó como hombre muy avisado que era, y los informes que alguien le comunicó, pudo notar que desde el más elevado hasta el más bajo, casi todos, en general, cometían sin rubor el pecado de la lujuria, y no sólo en lo natural, sino sodómicamente, sin freno alguno de remordimiento ni de vergüenza, en tanto que no era escaso el poder de las meretrices y de los mozos al tratarse de obtener algo importante. Además de eso, los conoció abierta y universalmente glotones, bebedores, ebrios y sirviendo más al vientre, a manera de irracionales, después de la lujuria, que a lo demás. Y mirando más adelante, les vio a todos tan avaros y tan ávidos de dinero, que lo mismo traficaban con la sangre humana, aun con la cristiana, que con las cosas divinas, fueran las que fueran, perteneciente a los sacrificios o a los beneficios, vendiéndolo y comprándolo todo, y habiendo más negociantes allí de estos artículos, que no los había de paños y otros géneros de París, habiendo dado a la simonía manifiesta, el nombre de procuraduría, y a la glotonería, sustento, como si Dios no conociese, no ya el significado de los vocablos, sino la intención de los ánimos perversos, y como si debiese dejarse engañar, como los hombres, por los nombres de las cosas. Todo lo cual, lo propio que muchas otras cosas que callarse deben, desagradó en gran manera al judío, como hombre sobrio y modesto que era, y pareciéndole haber visto bastante, se propuso regresar a París y así lo hizo. Cuando Giannotto supo que había regresado, fue a verle y cambiaron grandes demostraciones de cariño; y después de haberlo dejado descansar por unos días, Giannotto le preguntó que le parecía del Santo Padre, de los cardenales y de los demás cortesanos. A lo cual el judío se apresuró a contestar: "Pareceme que Dios debiera confundirlos a todos; y dígame esto, porque si bien lo supe examinar, allí no me pareció ver santidad ni devoción, ni obra buena, o ejemplo alguno de ningún clérigo, antes por el contrario, lujuria, avaricia, gula y cosas parecidas y peores (si peores las puede haber en alguien), de manera, que más bien tengo aquella corte por centro de diabólicas operaciones, que de obras santas y divinas. Y a mi modo de entender, no parece que vuestro Pastor, y de consiguiente todos los otros, emplean todo su interés, todo su ingenio y toda su astucia, en reducir a la nada y en arrojar del mundo la religión cristiana, cuando ellos debieran ser su fundamento y su sostén. Y al ver que no acontece lo que ellos se proponen, sino que vuestra religión aumenta sin cesar y aparece cada vez más brillante y más clara, justamente me parece discernir que el Espíritu Santo es el fundamento y sostén de ella, por ser más verdadera y más santa que otra alguna. Por lo cual, así como me mostraba duro y rígido a tus consejos y no me quería hacer cristiano, ahora te digo con toda llaneza que por nada del mundo dejaría yo de hacerme cristiano. Vamos, pues, a la iglesia y hazme bautizar allí, según la costumbre establecida en vuestra santa religión".

Giannotto, que esperaba una conclusión diametralmente contraria a ésta, al oírle hablar así se puso tan contento como jamás hombre alguno hubo. Y encaminándose con él a Nuestra Señora de París, pidió a los clérigos de allá que diesen el bautismo a Abraham. Y éstos, oyendo que aquél lo pedía, se apresuraron a complacerle, apadrinándole Giannotto y poniéndole por nombre Juan; y haciéndolo luego amaestrar completamente por hombres muy ilustrados en las enseñanzas de nuestra fe, enseñanzas que no tardó en aprender, llegando a ser un hombre bueno, ilustrado y de vida santa.

## Cuento tercero

### *Los tres anillos*

El judío Melquisedec evita con una historia de tres anillos un gran peligro que Saladino le había preparado.

Cuando Neifile hubo terminado su cuento, en medio de los aplausos de todos, cumpliendo las órdenes de la reina, empezó Filomena a hablar así:

—La historia contada por Neifile me trae a la memoria el singular caso acaecido en otro tiempo a un judío; puesto que bastante se ha dicho ya de Dios y de la verdad de nuestra religión, no deberemos desdeñarnos de descender ahora a los acontecimientos y a los actos de los hombres; os referiré una historia que, después de que la hayáis oído, tal vez os haga ser más cautas en contestar a las preguntas que se os hicieren. Vosotras, mis cariñosas compañeras, debéis saber que así como la locura saca con frecuencia de un estado feliz a unos y sume a los otros en una miseria extrema, así la sensatez saca al sabio de innumerables peligros y le pone en grande y seguro reposo. Y de que sea cierto que la locura lleva a veces de un estado feliz a la miseria, muchos ejemplos se han visto que no es cosa nuestra relatar ahora, teniendo en cuenta que cada día se presentan mil de esos efectos. Mas de que la sensatez sea motivo de consuelo voy a demostrároslo brevemente, cual os lo he prometido, por medio de una historieta.

Saladino, cuyo valor fue tan grande que no solamente de hombre insignificante le hizo sultán de Babilonia, sino que además le hizo alcanzar muchas victorias sobre los reyes sarracenos y cristianos, habiendo gastado todo su tesoro en diversas guerras y en sus incomparables magnificencias, y haciéndole falta para un compromiso que le había sobrevenido, una buena suma de dinero, y no viendo de dónde poder sacarlo tan pronto como lo necesitaba, acudió a la memoria un acaudalado judío llamado Melquisedec, que prestaba con usura en Alejandría, y creyó que éste tendría medio de servirle, con tal de que quisiera; mas era tan avaro, que de su propia voluntad jamás lo habría hecho, y el sultán no quería emplear la fuerza; por lo cual, apremiado por la necesidad y decidido a encontrar la manera de que el ju-

dío le sirviese, decidióse a emplear una artimaña que tuviese las apariencias de razonable. Y habiéndole mandado llamar y recibéndole con familiaridad, le hizo sentar a su lado, y después le dijo: "Buen hombre, a muchos he oído decir que eres muy sabio y que estás muy adelantado en el conocimiento de las cosas de Dios; por lo cual, me gustaría que me dijeras cuál de las tres religiones consideras ser la verdadera, la judía, la sarracena o la cristiana". El judío, que verdaderamente era un sabio, comprendió de sobra que Saladino miraba de atraparle en sus palabras para promoverle alguna cuestión, y discurrió que no podía alabar a la una más que a la otra de esas tres religiones si no quería que Saladino consiguiera lo que se proponía. Por lo cual, aguzando el ingenio, ocurriósele lo que debía contestar, y dijo: "Señor, bella es la pregunta que me hacéis, y para poderos decir mi modo de sentir, me veo en el caso de contaros la historieta que vais a oír. Si no me equivoco, recuerdo haber oído decir muchas veces que en otro tiempo hubo un hombre grande y rico, el cual, entre otras joyas de gran valor que existían en su tesoro, poseía un anillo hermosísimo y precioso, y que queriéndolo hacer venerar y dejarlo a perpetuidad a sus descendientes por su valor y por su belleza, ordenó que aquel de sus hijos en cuyo poder, como dejándole por él, se encontrase dicho anillo, se entendiera ser aquel su heredero y debiera ser venerado y respetado por todos los demás como el mayor. El hijo a quien fue legada la sortija mantuvo semejante orden entre sus descendientes, haciendo lo que había hecho su antecesor; y en resumen, aquel anillo pasó de mano en mano a muchos sucesores, llegando por último, al poder de uno que tenía tres hijos bellos y virtuosos y muy obedientes a su padre, por cuya razón éste les amaba a los tres de igual manera. Y los jóvenes, que sabían la costumbre del anillo, deseoso cada uno de ellos de ser el honrado entre los tres, separadamente y como mejor sabían, rogaban al padre, que era ya viejo, que, cuando llegase a morir, les dejase aquel anillo. El buen hombre, que de igual manera les quería a los tres y no acertaba a decidirse sobre cuál de los tres sería el elegido, pensó en dejar contentos a los tres, puesto que a cada uno de ellos se lo había prometido; y secretamente encargó a un buen maestro que hiciera otros dos que se pareciesen tanto al primero que ni él mismo, que los había mandado hacer, conociese cuál fuese el verdadero. Y llegada la hora de su muerte, entregó secretamente el suyo a cada uno de los hijos, quienes, después que el padre hubo fallecido, al querer separadamente ocupar la herencia y el honor, y al negárselos mutuamente, cada uno de ellos sacó su anillo, como prueba del derecho que razonablemente le asistía. Y al hallar los anillos tan semejantes entre sí, no fue posible conocer cuál fuera el verdadero heredero de su padre, cuestión que sigue pendiente todavía. Y esto mismo os digo, señor, sobre las tres Leyes dadas por Dios Padre a los tres pueblos, que son el objeto de vuestra pregunta: cada uno cree tener que habérselas con su herencia, con su verdadera Ley y con sus mandamientos; pero en esto, como en lo de los anillos, todavía está pendiente la cuestión de quién las tenga". Saladino conoció que el judío había sabido librarse astutamente del lazo que a sus pies había tendido; y, por lo tanto, resolvió confiarle su necesidad y ver si le quería servir; hízolo así, dicién-

le lo que había pensado hacer si él no le hubiese contestado tan discretamente como lo había hecho. Sirvióle generosamente el judío toda la suma que el sultán le pidió, y éste, después, le satisfizo por entero, haciéndole además valiosos regalos, teniéndole siempre más por amigo, conservándole junto a él y colmándole de honores y distinciones.

## Cuento cuarto

### *El pecado compartido*

Un monje caído en pecado digno de gravísimo castigo, se libra de la pena reprochando prudentemente a su abad aquella misma culpa.

Guardaba silencio Filomena, terminada ya su historieta, cuando Diono, que junto a ella hallábase sentado, sin esperar mandato alguno de la reina, conociendo ya por el orden establecido, que era a él a quien le tocaba hablar, empezó a expresarse en los términos siguientes:

—Si no he comprendido mal, amabilísimas señoras, la intención de todos, nosotros estamos aquí para divertirnos a nosotros mismos contando historias, y para eso, bastando no hacer caso a esta apuesta, opino que a cada cual le debe ser lícito (y así dijo, poco antes, nuestra reina que debía ser), contar aquella historia que crea deleitar mejor; por lo cual, después de haber oído cómo Abraham salvó su alma gracias a los buenos consejos de Giannotto di Civigni, y cómo Melquisedec defendió sus riquezas de las mañas de Saladino gracias a su talento; pretendo referir con brevedad, esperando que no lo llevaréis a mal, la astucia con que un monje libró su puerta de gravísimo castigo.

En Lunigiana, país no muy distante de aquí, hubo un monasterio más abundante en santidad y en monjes en otro tiempo de lo que lo es hoy, en el cual había, entre los otros, un monje joven, cuyo vigor, ni las austeridades, ni los ayunos, ni las vigiliass, podían macerar. Acació que este tal, habiéndose ido solo, a eso de mediodía, cuando todos los demás monjes dormían alrededor de la iglesia, que se levantaba en paraje bastante solitario, vio a una jovencita bastante hermosa, hija tal vez de alguno de los labradores del país, que iba cogiendo ciertas hierbas por los campos; y apenas la hubo visto, cuando se sintió fieramente asaltado por la concupiscencia carnal. Por lo que, aproximándose a ella, púsose a hablarla, y a tal punto llegó su conversación, que se entendió con ella y la llevó consigo a su celda sin que persona alguna lo notase; y mientras con sobrado entusiasmo y con menos cautela estaba conversando con ella, acació que el abad, habiéndose levantado de dormir y pasando sin hacer ruido por delante de la celda del joven monje, oyó rumor de voces, y para mejor conocer de quiénes fueran éstas, acercóse cautelosamente a la puerta de la celda a escuchar, y conoció, desde lue-



go, que allí dentro había una mujer; tentado estuvo de hacerse abrir, pero luego pensó proceder de otra manera, y volviéndose a su habitación, esperó a que el monje saliese. El monje, a pesar de lo agradablemente distraído que con aquella joven se hallaba, no por esto dejaba de estar alerta; y pareciéndole haber oído algún roce de pies por el dormitorio, aplicó el ojo a un pequeño agujero, y vio perfectísimamente al abad que estaba escuchando, y ya no le cupo duda de que el abad había podido enterarse de que aquella joven estaba en su celda. Lo cual sintió sobremedida, sabiendo que esto debía acarrearle gran castigo; no obstante, sin dejar comprender a la joven sus angustias, empezó a cavilar mucho para ver si podía dar con alguna idea salvadora; y se le ocurrió un nuevo ardid, que se dispuso poner en ejecución. Aparentando parecerle haber estado ya bastante con aquella joven, le dijo: "Quiero ir a buscar la manera cómo salgas de aquí dentro sin ser vista, y por lo tanto, estate quieta hasta mi vuelta." Y saliendo de la celda y cerrándola con llave, encaminóse directamente a la habitación del abad, y presentándosele, como lo hacían todos los monjes cuando salían, y sin inmutarse, le dijo: "Señor, esta mañana no he podido hacer traer toda la leña que había hecho cortar, y por lo tanto, si me dais vuestra venia, iré al bosque y la haré traer." Ganoso el abad de poderse enterar más plenamente de la falta cometida por el joven monje y comprendiendo que éste no se había percatado de que él le hubiera visto, alegróse de este accidente y tomó gustoso la llave, dándole al propio tiempo su licencia. Cuando vio que se había marchado, empezó a pensar qué era lo que convenía mejor hacer, si abrir en presencia de todos los monjes la celda de éste y hacerles ver su falta, a fin de que luego no tuviesen ocasión de murmurar contra él cuando castigase al monje, o enterarse antes por sí solo de lo que había ocurrido. Mas, pensando entre sí que la mujer aquella pudiera ser la esposa o la hija de algún hombre a quien no quisiera hacer pasar por la vergüenza de ponerla a la vista de toda la comunidad, resolvió ir antes a ver quién era ella, y tomar luego su partido; y encaminándose cautelosamente a la celda, la abrió, penetró en ella, y volvió a cerrar la puerta. Al ver venir al abad, la joven, asustada y avergonzada, empezó a llorar. Habiendo fijado en ella los ojos el señor abad, y viéndola hermosa y fresca, aun cuando era ya viejo, no por eso se sintió menos impresionado de lo que se sintiera su joven monje, y empezó a pensar para sus adentros, que bien podía aprovecharse del placer cuando tan a mano se le venía, y que no siempre se presentaban tales ocasiones; y se dijo: "Es hermosa la muchacha y nadie sabe que está aquí; si puedo decidirla a que me complazca, no sé por qué no he de hacerlo; ¿quién lo sabrá?, nadie." Y en medio de estas reflexiones y habiendo cambiado por completo el propósito que trajera al ir allá, acercándose más a la joven, empezó a consolarla y a decirle que no llorase; y llevando una palabra a la otra como de la mano, acabó por exponerle su pretensión. La joven, que no era de hierro ni de diamante, acomodóse a complacer al abad. El monje, que había fingido que se marchaba al bosque, se había ocultado en el dormitorio, y cuando vio al abad entrar solo en su celda, comprendió que no se había equivocado; y mayor fue su seguridad cuando le vio cerrar por dentro. Y sa-

biendo dónde se hallaba oculto, aproximóse cautelosamente a un agujero por donde oyó y vio cuanto decía y hacía el abad. Pareciéndole a éste haber permanecido bastante tiempo con la joven, la volvió a encerrar en la celda, y se volvió a su habitación; y cuando volvió más tarde el monje, creyendo que éste regresaba del bosque, trató de reprenderle severamente y de hacerle encerrar en un calabozo, a fin de poseer por sí solo la conquistada presa; y mandándole llamar, reprendióle severamente y con mal talante, y mandó que se le encerrase en un calabozo. Mas el monje se apresuró a contestar: "He estado muy poco aún en la Orden de San Benito, y no estoy al corriente de todas sus particularidades; y vos no me habíais enterado aún que los monjes debían someterse a las mujeres, como se someten a los ayunos y a las vigiliass; mas ahora que me lo habéis mostrado, os prometo, si me perdonáis esta vez, jamás pecar en esto, antes bien, hacer siempre lo que a vos os he visto hacer." El abad, que era hombre listo, desde luego comprendió que el joven monje no solamente había sabido más que él, sino que había visto lo que él había hecho. Por lo cual, remordiéndole su propia culpa, no se atrevió a imponer al monje la pena que también él había merecido. Y perdonándole e imponiéndole silencio sobre lo que había visto, sacaron cautelosamente a la joven, siendo de creer que no fue aquella vez la única que estuvo en el monasterio.

## Cuento quinto

### *Las gallinas*

La marquesa de Monferrato reprime con un convite de gallina y con algunas palabras intencionadas el loco amor del rey de Francia.

El cuento de Dioneo, afectó de momento a las damas que lo escuchaban, dándolo a conocer por el rubor que asomó a sus semblantes; mas luego, mirándose unas a otras, y pudiendo apenas contener la risa, lo escucharon sonriéndose. Una vez terminado, después que le hubieron reprendido con dulzura, con intento de darle a entender que tales cuentos no eran para referidos entre damas, la reina, volviéndose a Fiammetta, que estaba sentada cerca de ella, encima de la hierba revuelta, le mandó que siguiera el orden establecido. Y Fiammetta tomó la palabra con gracioso aire y rostro afable, diciendo:

—Tanto para demostrar por medio de historietas, cuánta fuerza tienen las contestaciones buenas y a tiempo, quanto porque así como los hombres tienen gran cautela en procurar amar a mujer de linaje más elevado que el suyo, así también en las mujeres es gran perspicacia saber evitar el enamorarse de hombre que sea de más elevada posición que ella, me propongo, hermosas damas, demostraros en la historieta que a mí me toca referir, la

manera cómo una gentil dama supo, con obras y con palabras, guardarse, sin esquivar a quien la pretendía.

El marqués de Monferrato era hombre de gran valía, portaestandarte de la Iglesia en una expedición allende los mares, hecha por los cristianos. Y hablando de su valor en la corte de Felipe el Tuerto, que se disponía a ir a formar parte de la misma expedición, dijo un caballero que bajo el firmamento no existía una pareja semejante a la del marqués y su esposa, y que así como el marqués tenía fama entre los caballeros de ser un conjunto de toda clase de virtudes, su mujer era la más hermosa entre todas las mujeres. Tal impresión causaron en el cinismo del rey de Francia estas palabras que, sin haberla visto jamás, empezó súbitamente a sentir un intenso amor por ella, y dispuso que, para reunirse a la expedición, se haría a la mar en Génova, a fin de que, yendo por tierra, pudiera llevar a efecto su deseo. Y puso en ejecución inmediata lo que se proponía, a cuyo objeto, habiendo enviado delante todas sus gentes, púsose en camino acompañado de unos pocos gentileshombres; y acercándose a las tierras del marqués, con un día de anticipación envió a decir a la dama que le aguardase al siguiente día a comer. La prudente y avisada dama contestó afablemente que le era sumamente agradable aquella gracia y que sería bien recibido. Y luego empezó a cavilar sobre lo que significaba el que viniera a visitarla el rey de Francia estando ausente su marido; sin que en esto la engañase la noticia de que allí le traía la fama de su belleza. No obstante, como señora de su casa, dispuesta a honrarle, mandó venir a su presencia a los leales servidores que con ella habían quedado y después de consultarles sobre todo lo que convenía hacer, dio las órdenes oportunas; lo único que tenía a su exclusivo cuidado, fue el convite y las viandas. Haciendo reunir a toda prisa cuantas gallinas había en el país, dispuso que sus cocineros aparejasen sólo con ellas varios guisados para el convite real.

Llegó, pues, el rey en el día señalado, siendo recibido por la dama con gran honor y cortesía. Al verla, el rey la halló más bella, prudente y bien educada de lo que las palabras del caballero le habían hecho suponer, de lo cual se maravilló tanto, y tanto se impresionó, y tanto más acrecentóse su deseo cuanto mayores fueron los encantos que en ella encontró. Y después que hubo tomado algún reposo en la habitación adornada cual correspondía para recibir a un tan gran soberano, llegada la hora de comer, sentáronse a una mesa el rey y la marquesa, mientras los demás eran servidos en otras mesas cual correspondía a su categoría. Habiéndosele servido al rey muchos manjares y vinos excelentes y, preciosos, complacíase éste contemplando de vez en cuando a la marquesa, a la cual encontraba extraordinariamente bella. A todo esto, sucediéronse los platos y, empezó el rey a admirarse, conociendo que, si bien eran diferentes los guisados, únicamente estaban compuestos de gallina. Y como el rey conociese que en el país donde se hallaba debía haber gran abundancia y variedad de caza, y por otra parte, habiéndose anunciado de antemano a la dama su venida, tiempo habríale sobrado a ella para poder hacer cazar; y tomando pie de que sólo la gallina se le sirviera, volviéndose a la marquesa, exclamó con afable tono: "Señora, ¿en este país no nacen más que ga-

llinas sin gallo alguno?" La marquesa, que comprendió perfectamente la pregunta, juzgando que Dios le había proporcionado a la medida de su deseo la ocasión oportuna de poder manifestar sus sentimientos, volviéndose resueltamente hacia el rey, contestó: "No, monseñor, pero todas las mujeres están hechas aquí lo mismo que en otras partes, aun cuando exista entre ellas y las otras alguna diferencia en los ropajes que usen y en los honores que se les dispensen." Al oír estas palabras, comprendió bien el rey la razón del banquete de las gallinas y la virtud que ocultaban tales expresiones, y convencido de que con tal mujer eran inútiles las pláticas y las exigencias, juzgó prudente apagar el fuego de la pasión que en mal hora había alimentado en su pecho. Y temiendo sus respuestas, siguió comiendo sin esperanza alguna y sin osar dirigirle nuevas pullas, y terminada la comida, queriendo disimular el verdadero objeto de su visita con la rapidez de la partida, dio las gracias a la marquesa por los honores que de ella había recibido y se despidió de ella, continuando su camino hacia Génova.

## Cuento sexto

### *Ciento por uno*

Un hombre de talento confunde con una acertada frase la malvada hipocresía de los religiosos.

Después que hubo sido elogiado por todos el valor de la marquesa y el gracioso castigo que le diera al rey de Francia, Emilia, que estaba sentada al lado de Fiammetta, siguiendo la indicación de la reina, empezó a decir con tono resuelto:

—También yo voy a contaros la lección que un seglar de talento le dio a un avaro religioso, con una frase no menos humorística que digna de alabanza.

Hubo en nuestra ciudad, no hace mucho tiempo, un fraile menor, inquisidor de las heréticas maldades, que como hiciera todos los medios para aparecer santo y tierno amante de la fe cristiana, como lo hacen todos, era no menos excelente investigador de quienes tenían la bolsa llena, que de aquellos que hacían burla de la fe, cuyo cargo le hizo encontrarse casualmente con un buen hombre, mucho más rico de dinero que de saber, el cual, no por falta de fe, sino animado por el vino o por la satisfacción, hubo de decir cierto día en una tertulia, que él tenía un vino tan bueno como no lo bebía Cristo. Lo cual, como le hubiese sido contado al inquisidor y sabiendo que era muy poderoso y que tenía buena bolsa, dióse prisa a procesarle *cum gladiis est fustibus*, no porque creyese que eso debiera aumentar la fe del procesado, sino confiando, como así fue, hacer gran cosecha de florines. Y haciéndole comparecer, le preguntó con severo talante qué era lo que se venía

diciendo contra él. El buen hombre contestó afirmativamente y explicó el modo como lo dijera. A lo cual, el inquisidor piadosísimo y gran devoto de San Juan Barba de Oro, replicó: "De modo, que has hecho a Cristo bebedor y aficionado a los vinos exquisitos como un Enciglione o algún otro de vosotros, bebedores empedernidos y borrachos, y ahora, en términos humildes pretendes demostrar que se trata de una cosa muy baladí, y sin embargo, no lo es como te figuras, y si quisiéramos, deberíamos condenarte al fuego a que te has hecho acreedor". Con éstas y otras frases, le hablaba con tono amenazador, como si se tratase de Epicuro negando la eternidad de las almas. Tanto al fin le metió miedo, que el buen hombre buscó la manera de propinarle en las manos unas fuertes fricciones del ungüento de San Juan Barba de Oro (lo cual alivia mucho la pestilente avaricia de los clérigos, y especialmente la de los menores que no se atreven a tocar el dinero), a fin de que le tratase misericordiosamente. Cuyas fricciones, de gran virtud, por más que de ellas no hable Galeno en sus tratados de medicina, tanto y tan bien operaron, que la hoguera fue permutada en la pena de cruz; y, como si debiera hacer la travesía a Tierra Santa, púsosele la cruz amarilla sobre fondo negro para que fuera más visible. Y después de recibido el dinero se libró de esta pena a los pocos días, a condición de que cada mañana oyese una misa en Santa Croce, y de que se le presentase a la hora de comer, pudiendo hacer durante el resto del día lo que le acomodase. Como el buen hombre se apresurara a cumplir esta penitencia, acaeció que cierta mañana hubo de oír en la misa un Evangelio, en el cual se cantaban estas palabras: *recibiréis ciento por uno, y poseeréis la vida eterna*, cuyas palabras retuvo firmemente en la memoria, y al presentarse ante el inquisidor a la hora de comer, según se le tenía mandado, le encontró comiendo. Preguntóle el inquisidor si aquella mañana había oído misa, apresurándose el interrogado a contestar afirmativamente. Preguntóle entonces el inquisidor: "¿Oíste en ella alguna cosa de la cual dudes o sobre la cual quieras hacerme una pregunta?" "Ciertamente -contestó el buen hombre-, de nada dudo de cuanto oí y todas las cosas las tengo por muy verdaderas. Alguna oí perfectamente, que me ha hecho y me hace teneros suma compasión a vos y a los demás hermanos vuestros, pensando en la lastimosa suerte que os espera por ello en la otra vida." "¿Y cuál es -repuso el inquisidor- esa cosa que te ha movido a compadecernos?" El buen hombre contestó: "Han sido, padre, aquellas palabras del Evangelio que dicen: *recibiréis ciento por uno*". "Es verdad -dijo el inquisidor-, mas, ¿por qué te han conmovido estas palabras?" "Padre -contestó el buen hombre-, os lo diré. Desde que vengo aquí, cada día he visto dar ahí fuera a muchos pobres, ya una, ya dos numerosas calderas de caldo, que es lo que os sobra a vos y a los religiosos de este convento; ahora bien: si por cada una de ellas, se os devuelven ciento, tendréis tanto caldo que llegaréis a ahogaros todos dentro de él." Como se echasen a reír todos los que estaban a la mesa del inquisidor, turbóse éste, sintiéndose herido por la solapada hipocresía de aquéllos; y a no haber sido por las críticas de que se le hiciera objeto por lo que había hecho, hubiera entablado un nuevo proceso a su penitente por la censura que en broma les había dirigido a él y a los demás holgazanes que

con él se hallaban; y le mandó, en su despecho, que hiciera lo que le acomodase sin volver a presentársele delante.

## Cuento séptimo

### *Bergamino*

Con una historieta sobre el Primarso y el abate de Cluny censura discretamente Bergamino la avaricia sobrevenida a maese Can de la Scala.

El gracejo de Emilia y su cuento, excitaron la hilaridad de sus oyentes, quienes elogiaron el nuevo aviso del cruzado. Cuando hubieron cesado las risas, Filostrato, a quien le tocaba ahora hablar, empezó a hacerlo en estos términos:

—Bella cosa es, estimables señoras, zaherir un defecto permanente; pero es casi obra maravillosa cuando aparece de improviso alguna cosa acostumbrada y se la ataca repentinamente. La viciosa y sucia vida de los clérigos, señal casi inequívoca de maldad en muchas cosas, da que hablar de sí sin gran dificultad, y es ocasionada a críticas y a reprensiones para cuantos tienen ganas de hacerlo, y por eso, como hiciese bien el animoso hombre que echó en cara al inquisidor la poca caridad de los frailes, que dan a los pobres lo que deberían tirar o dar al puerco, considero más digno de elogio a aquel de quien, tomando pie del cuento precedente, voy a hablar, y que censuró a maese Can de la Scala, magnífico señor, por una súbita y desusada avaricia que le acometiera, con una graciosa historieta, atribuyendo a otros lo que se proponía decir de sí y de él; y cuya historia es como sigue:

Según es fama generalizada casi por todo el universo, maese Can de la Scala, a quien en bastantes cosas le fue favorable la fortuna, fue uno de los señores más notables y más magníficos de que se haya tenido noticia en Italia desde los tiempos de Federico II para acá. Este señor, habiendo dispuesto hacer una notable y maravillosa fiesta en Verona, y como hubiesen acudido a ella muchas gentes y de muchas partes y principalmente juglares y trovadores de toda especie, de repente (llegada la ocasión) renunció a ella, indemnizando en parte y despidiendo a los que habían acudido. Solamente uno, llamado Bergamino, hombre de fácil palabra y de tal ingenio que era preciso haberle oído para creerlo, quedó sin haber sido ni reintegrado ni despedido, esperando que no se le habría hecho venir sin futuro provecho alguno. Pero al señor Can se le ocurrió pensar que cualquier cosa que le diera venía a ser más perdida que si se la hubiese arrojado al fuego, y de consiguiente, seguía manteniéndose quieto. Transcurridos algunos días, viendo Bergamino que ni se le llamaba ni se le pedía cosa correspondiente a su oficio y que a todo eso iba aburriéndose en la posada con sus caballos y con sus criados, empezó a ponerse de malhumor; a pesar de lo cual, seguía es-

perando, pareciéndole que no hacía bien en partir. Y habiendo llevado consigo tres preciosos y ricos trajes, que le habían sido dados por otros señores para presentarse dignamente en la fiesta, como su huésped quisiera cobrar, empezó por darle uno de aquéllos, y después, como siguiese todavía permaneciendo allí muchos más días, fue preciso que le entregara el segundo si quería ir viviendo allí; y empezó a comer a cuenta del tercero, dispuesto a seguir esperando hasta ver consumido el valor de este último y a marcharse después. Mientras iba comiendo el importe del tercer vestido, acaeció que cierto día, estando comiendo el señor Can, se encontró en su presencia con aire bastante melancólico. Al verle, maese Can le dijo, más para hacer burla de él que para recrearse con una de sus salidas: "Bergamino, ¿qué te pasa? Cuéntame algo de tu malhumor." Entonces Bergamino, sin detenerse a pensar lo que desde largo tiempo tenía pensado, tomando pie de lo que le pasaba a él, refirió esta historia: "Vos, señor, debéis saber que Primarso fue un hombre de gran talento en gramática latina, y que, además, fue un notable y rápido versificador, cuyas cualidades le hicieron tan considerado y tan famoso que, aun cuando de vista no en todas partes le conocían, casi nadie había que de nombre o de fama no supiese quién era Primarso. Acaeció, pues, que, hallándose una vez en París en crítica situación, lo cual le sucedía la mayor parte del tiempo, por ser poco recompensado el mérito por quienes lo pueden hacer, oyó hablar del abate de Cluny, que se cree haber sido el prelado más rico en rentas que exista en la iglesia de Dios, no contando al Papa; y oyó decir de él cosas maravillosas y magníficas: que tenía siempre corte, que a cualquiera que se presentase donde él se hallaba, no le faltaba de comer ni de beber, bastando que preguntase por él cuando estaba comiendo. Lo cual, oído por Primarso, que se complacía en ver a los hombres y señores de valer, resolvió ir a ver la magnificencia de aquel abad, y preguntó a cuánta distancia de París residía entonces. Contestósele que a unas seis millas, en una posesión suya; con lo cual, Primarso pensó que, saliendo por la mañana temprano, podría estar allí a la hora de comer. Hágase enseñar el camino; mas, temeroso de no encontrar a nadie que siguiese la misma dirección y, de consiguiente, se extraviase y llegara a algún sitio donde no hubiese qué comer, tuvo la precaución de llevar consigo tres panes, pensando que agua (que poco le gustaba), encontraría en cualquier parte, y colocadoselos en el pecho, echó a andar, estando tan acertado que, antes de la hora de comer, llegó a donde hallábase el abad. Entrando en la casa, anduvo mirando por todos lados, y al ver la gran multitud de mesas y los grandes preparativos de la cocina y otras cosas dispuestas para la comida, dijo para sus adentros: "Realmente, ese hombre es tan espléndido como dicen". Hallándose en esto entretenido, y como fuese hora de comer, el senescal del abad dispuso que se diera el agua para las manos; y, una vez dada el agua, colocó a todos a la mesa. Quiso la casualidad que a Primarso le hicieran sentar precisamente enfrente de la puerta de la habitación por donde debía salir el abad para venir al comedor. En aquella corte había la costumbre de que jamás se ponía encima de la mesa ni pan ni vino, ni cosa alguna de comer o de beber hasta que el abad se sentaba a la mesa. Teniendo, pues,

las mesas puestas, el senescal hizo decir al abad que estaba dispuesta la comida para cuando él quisiera. El abad mandó abrir la habitación para ir a la sala: al entrar, miró enfrente suyo, y por casualidad, el primer hombre que a su vista se presentó fue Primarso, que estaba bastante mal vestido y a quien de vista no conocía; apenas le hubo visto, acudióle en seguida a la imaginación un mal pensamiento, y se dijo: "Mira a quién doy a comer lo mío". Luego, haciéndose atrás, mandó que cerrasen la habitación, y preguntó a los que se hallaban cerca de él si había alguno que conociera a aquel perdido que estaba sentado a la mesa frente a la puerta de su habitación, contestándole todos negativamente. Primarso, que tenía hambre, como quien había andado y no tenía la costumbre de ayunar, después que hubo esperado un rato y vio que el abate no venía, sacóse del pecho uno de los tres panes que había traído, y empezó a comer. Al cabo de un rato, el abad envió a uno de sus familiares a ver si Primarso se había marchado. El familiar le contestó: "No, señor abad; antes por el contrario, está comiendo pan, lo cual prueba que lo ha traído consigo". "Pues que coma de lo suyo, si tiene —dijo entonces el abad—; que de lo nuestro no comerá hoy él." El abad hubiera querido que Primarso se hubiese marchado espontáneamente, porque no le parecía bien hecho despedirle. Una vez comido el primer pan, y como el abad no viniera, Primarso empezó a comer el segundo; cosa que también le dijeron al abad cuando de nuevo envió a ver si se había ido. Por último, y como el abad no viniese, Primarso, una vez comido el segundo pan, comenzó a comer el tercero; cosa que le dijeron asimismo al abad, quien empezó a pensar y a decirse: "¿Qué singular idea se me ha venido hoy a la imaginación? ¿A qué se debe esta avaricia y ese menosprecio? No me lo explico. Desde hace muchos años vengo dando a comer lo mío a todo aquel que de él ha querido comer, sin mirar si es noble o villano, pobre o rico, lo mismo al negociante que al trapacero, y a no pocos perillanes les he visto burlarse de lo mismo que se les servía, sin que jamás me hubiese asaltado este pensamiento que me ha asaltado para ése; positivamente, ese instinto de avaricia no debe haberme asaltado, no debe habérmelo inspirado un cualquiera, cuando tanta repugnancia siento en honrarle, algo grande debe ser ése a quien yo un perdido considero." Y dominado por estas ideas, quiso saber quién era aquel hombre, y al enterarse de que era Primarso, que había ido allí para presenciar lo que había oído decir de su magnificencia, y al considerar que por su fama le había conocido mucho tiempo antes como a un hombre notable, se avergonzó, y deseoso de enmendar su falta, imaginó todas las maneras de honrarle. Y después que hubo dejado que comiese como correspondía a la importancia de Primarso, le mandó vestir ricamente, le entregó dinero y caballo y dejó a su albedrío el quedarse o el marchar, de lo cual, contento Primarso, después que le hubo mostrado como supo su gratitud, regresó a caballo a París, de donde partiera a pie. Maese Can, que era hombre de inteligencia, comprendió perfectamente, sin necesitar más completas explicaciones, lo que Bergamino quería decir, y le dijo sonriendo: "Admirablemente me has mostrado, Bergamino, tus quebrantos, tu virtud y mi avaricia, y lo que de mí deseas; verdaderamente, jamás me vi asaltado de



esta falta sino esta vez contigo; pero yo la echaré de mi ánimo con ese bastón que tú mismo me has descrito.” Y mandando pagar al huésped de Bergamino y vistiéndole con uno de sus más ricos trajes, entrególe dinero y un caballo y por aquella vez le autorizó para que se fuera o se quedara, como mejor le acomodase.

## Cuento octavo

### *El avaro castigado*

Don Guillermo Borsiere vitupera con delicadas frases la avaricia de maese Herminio de Grimaldi.

Junto a Filostrato hallábase sentada Lauretta, la cual, después que hubo oído elogiar la astucia de Bergamino, y comprendiendo que le atañía a ella decir algo, sin esperar orden alguna empezó a hablar así:

—La historieta que acabamos de oír, mis queridas compañeras, me induce a explicar la manera cómo un hombre hábil, también cortesano, combatió, no sin fruto, la avaricia de un riquísimo mercader. Y aun cuando sea parecido el resultado de esta historia al de la anterior, espero que no por eso habrá de agradaros menos, al considerar que al fin resulta de ella un bien.

Hubo, pues, en Génova, hace ya mucho tiempo, un caballero llamado maese Herminio de Grimaldi, quien (según todos creían) sobrepujaba en mucho en numerosas posesiones y en dinero a la riqueza de cualquier otro ciudadano, el más rico que se conociera entonces en Italia, y no sólo avanzaba en riqueza a cualquier otro que existiera en Italia, sino que aventajaba también desmesuradamente en avaricia y en miseria a cualquier otro miserable y avaro que en el mundo existiera; por lo cual, no sólo tenía cerrada la bolsa para servir al prójimo, sino hasta para las cosas que se convenían a su propia persona; contra la costumbre general de los genoveses, que suelen vestir bien, simulaba inconcebibles privaciones para no gastar en ello, y otro tanto hacía en el comer y el beber. Por cuyos motivos y con razón, había dejado de dársele su apellido de Grimaldi, y todos, en cambio, le llamaban maese Herminio Avaricia. Durante esta época en que maese Herminio, no haciendo gastos, multiplicaba su fortuna, llegó a Génova un cortesano llamado Guillermo Borsiere, hombre que vestía y hablaba bien, en nada parecido a los de hoy que, no sin gran vergüenza de las corrompidas y vituperadas costumbres de los que en la actualidad quieren ser llamados gentilhombres y caballeros, merecen más bien que se les llame amos, y semejan educados en la asquerosidad de toda la maldad de los hombres más viles de la corte. Y mientras en aquellos tiempos solían tener éstos por misión emplear sus esfuerzos en llevar la paz adonde se hubiese promovido guerras u odios entre gentilhombres, o en concertar matrimonios, parentescos y amistades,

y en recrear los ánimos de los abatidos y solazar las cortes con frases bonitas y graciosas, y censurar las faltas de los malos, como padres, con agrias reprensiones, y todo eso escasamente recompensado; ponen todo su estudio y pierden su tiempo en hablar mal uno de otro, en sembrar cizaña, en contar sólo maldades y tristezas y, lo que es peor, en hacerlas en presencia de los hombres y en echarse mutuamente en cara los excesos, torpezas y maldades ciertas o no ciertas; y es más querido, más honrado por los miserables y relajados señores y con extraordinarias recompensas exaltado, quien dice palabras o ejecuta actos más abominables: grande y vituperable vergüenza de la época actual, y prueba harto evidente de que desde hace tiempo desapareció de entre nosotros, de que las virtudes, habiendo partido de este suelo, han abandonado a los infelices vivientes sumidos en el lodazal de los vicios. Mas, volviendo a lo que había empezado a relatar, y de lo cual una justa indignación me ha desviado algo más de lo que yo creía, digo que el ya citado Guillermo fue honrado y bien visto por todos los hidalgos de Génova, y que habiendo permanecido por algunos días en la ciudad y habiendo oído contar muchas cosas de la mezquindad y avaricia de maese Herminio, quiso verle. Maese Herminio había oído decir ya que el tal Guillermo Borsiere era un hombre excelente, y como interiormente, a pesar de ser avaro, tenía alguna chispita de galantería, le recibió con frases bastante cariñosas y rostro afable, y sostuvo con él animada y variada conversación, y conversando lo llevó consigo junto con otros genoveses que con él se hallaban, a una casa nueva de su propiedad que había hecho construir, bastante bonita, y después de habérsela enseñado toda, dijo: "Y bien señor Guillermo, vos que habéis visto y oído tantas cosas, ¿podríais enseñarme algo que jamás se hubiese visto, para poderlo hacer pintar en el salón de esta casa?" A lo cual, Guillermo, ante la inconveniencia de la pregunta, contestó: "No es fácil, caballero, que pueda enseñaros yo cosa que jamás haya sido vista, como no fueran estornudos o cosas parecidas a éstos; pero, si lo deseáis, no tengo inconveniente en enseñaros una que presumo no habréis visto jamás vos." "Decidme cuál es, os lo ruego", se apresuró a decir maese Herminio, no esperándose la respuesta que el otro le dio. "Haced pintar la cortesía", dijo entonces con viveza Guillermo. Al oír maese Herminio esta frase, apoderóse súbitamente de él una vergüenza tal, que tuvo la eficacia suficiente para inspirarle un modo de sentir casi totalmente contrario al que había tenido hasta entonces, y dijo: "Señor Guillermo, de tal manera la haré pintar, que ni vos ni nadie más podrá volver jamás a decir, y con razón, que no la haya visto ni conocido." Y fue tanto el efecto de la frase dicha por Guillermo, que desde entonces maese Herminio fue el hidalgo más espléndido y afable y el que más obsequió a forasteros y a ciudadanos, no habiendo otro que le superase en Génova en su tiempo.

## Cuento noveno

### *El rey de Chipre*

El rey de Chipre, zaherido por una mujer de Gascuña, se transforma de vil en pundonoroso.

Tocábale a Elisa recibir la última orden de la reina, y, sin esperar a recibirla, empezó con tono festivo:

—Jóvenes damas, acaece con mucha frecuencia que lo que varias reprensiones y muchos castigos impuestos a alguno no han podido conseguir en él, lo ha logrado una palabra o frase, dicha muchas veces por casualidad y sin propósito deliberado. Lo cual aparece bien probado en el cuento referido por Lauretta, y yo pretendo demostrároslo también con otro bastante corto, por cuanto desde el momento en que los buenos siempre pueden ser de utilidad, conviene escucharlos con atención, sea quien fuere el narrador.

Digo, pues, que en tiempo del primer rey de Chipre, después de haber conquistado Godofredo de Buillón la Tierra Santa, acaeció que una gentil dama de Gascuña fue en peregrinación al Santo Sepulcro, y que a su regreso, habiendo llegado a Chipre, fue villanamente ultrajada por unos miserables; habiéndose quejado desconsoladamente de ello, pensó en ir a recurrir al rey; mas alguien le dijo que sería trabajo perdido, porque el rey era tan indolente y tan débil, que no sólo no hacía justicia a las ofensas ajenas, sino que consentía que a él mismo le fuesen inferidas con vituperable bajeza, hasta el punto de que si alguno era castigado, desahogábase éste dirigiéndole frases irrespetuosas e indecorosas. Como oyese esto la dama, desconfiando de su venganza, hizo el propósito de escarnecer la vileza de aquel rey, para obtener algún consuelo en su aflicción, y, yendo a quejarse en su presencia, le dijo: "Señor, no acudo a tu presencia para alcanzar la venganza de la injuria que se me ha hecho, sino para rogarte que, ya que de otro modo no me des satisfacción, me enseñes la manera cómo tú sufres las que tengo entendido que se te hacen, a fin de que, aprendiéndolo de ti, pueda soportar con paciencia la mía, de la cual bien sabe Dios que, a ser posible, te haría yo un presente, ya que tan bien las sabes aguantar." El rey, hasta entonces tardío e indolente, cual si despertase de un sueño, y principiando por la injuria hecha a aquella dama, y que vengó cumplidamente, se convirtió en un hombre sumamente rígido y siempre pronto a castigar a cualquiera que desde aquel día en adelante cometiera falta alguna que pudiera redundar en deshonor de su corona.

## Cuento décimo

### *El viejo enamorado*

El maestro Alberto de Bolonia hace con delicadeza avergonzarse a una dama que pretendía que él estaba enamorado de ella.

Habiendo terminado ya Elisa, quedaba el último cuento a cargo de la reina, la cual, con noble aire empezó a hablar así:

—Así como, amables jóvenes, en las noches serenas son las estrellas el ornamento del cielo, y en la primavera las flores lo son de los verdes prados, así también las frases galantes son loables costumbres y agradables conversaciones. Cuyas frases, por lo mismo que son breves, mucho mejor les sientan a las mujeres que a los hombres, por cuanto desdice más de las mujeres que de los hombres el hablar largo y tendido, tanto más, cuando de ello se puede prescindir; como que hoy pocas o ninguna mujer ha quedado que o no oiga alguna galantería u oyéndola no sepa contestar; general pudor nuestro o de todas cuantas viven. Por lo mismo que esa virtud, que en otros tiempos era el patrimonio de nuestras antepasadas, las modernas la han trocado en adornos corporales; y la que se ve llevando encima los trajes más elegantes, más abigarrados y más adornados, se imagina que debe ser tenida en mucho más y más honrada que las otras, sin pensar que un asno llevaría muchos más ricos adornos y muchas más ricas telas que algunas de ellas, si se los ponían encima, y sin embargo, no se le dispensaría mayor honor que un asno se merece. Me avergüenzo de decirlo por cuanto no puedo hablar en contra de las demás, que no hablando también en contra mía. Éstas tan adornadas, tan pintadas y tan elegantemente puestas, o están mudas o insensibles como estatuas de mármol, o responden de tal suerte si son preguntadas, que valiera mucho más que se hubieran callado, y llegan a figurarse que es indicio de imaginación cándida el no saber hablar entre ellas o con los hombres que hablar saben, y así, le han dado el nombre de dignidad o modestia, como si no hubiese más mujeres modestas que las que habían con la criada o con la lavandera o con su panadera; que si la naturaleza hubiera querido, como ellas pretenden creerlo, de otro medio se hubiera valido para hacerlas menos charlatanas. La verdad es que, como en las otras cosas, hay que observar en ésta el tiempo y el lugar y la persona con quien se habla, pues alguna vez ocurre que, figurándose alguna mujer o algún hombre hacer ruborizar a otro u otra con alguna palabrota, y no habiendo medido bien sus fuerzas con las ajenas, ha sentido caer sobre sí propio aquel rubor que creyó producir en otro. Por lo cual, a fin de que sepáis guardaros y a más de eso no se pueda aplicar aquel proverbio que tan generalizado está, y según el cual las mujeres llevan siempre en todo la peor parte, quiero que este cuento, el último de los de hoy y que a mí me toca referir, os sirva de enseñanza, para que ya que por nobleza de ánimo estáis separadas de las demás, demostréis que lo estáis también por excelencia de costumbres.

Pocos años atrás hubo en Bolonia un médico muy esclarecido y muy

célebre en casi todo el mundo, y que acaso vive todavía, llamado el maestro Alberto; contando ya cerca de setenta años, fue tal la nobleza de su espíritu que, a pesar de haber desaparecido casi por completo de todo su cuerpo el calor natural, no se desdeñó de dejarse impresionar por el fuego del amor a consecuencia de haber visto en una fiesta a una hermosísima viuda, llamada, según dicen algunos, la señora Margarita de Ghisolieri. Como le agradase en extremo, dio cabida a la imagen de aquella mujer en su maduro pecho, ni más ni menos que si fuera un hombre joven, hasta el punto de que le parecía que no podía descansar bien por la noche, si durante el día precedente no había logrado ver el bonito y delicado rostro de aquella mujer. Esto hizo que empezase a pasearse, ora a pie, ora a caballo, según mejor le venía, por delante de la casa donde vivía ella. Por lo cual, ella y muchas otras mujeres se apercibieron de aquella insistencia en pasar y no pocas veces se burlaron juntas viendo de amanecida a un hombre tan viejo en años y en seso, creyendo que agradabilísima pasión sólo podía tener cabida y subsistir en las locas mentes de los jóvenes y no en otra parte alguna. Por lo cual, como el maestro Alberto continuase pasando, cierto día de fiesta acaeció que, hallándose aquella dama, con muchas otras, sentada frente a su puerta y viese desde lejos al maestro Alberto venir hacia ellas, propusieronse todas juntas recibirle y obsequiarle y burlarse y hacerle luego burlas de su pasión; y así lo hicieron. A este fin, pusieronse todas de pie y le invitaron a pasar a un fresco patio, donde hicieron traer exquisitos vinos y dulces; y al fin, con palabras bastante atentas y graciosas, le preguntaron cómo era posible que se hubiese enamorado él de aquella hermosa dama, sabiendo él que ella era amada de muchos jóvenes guapos, amables y elegantes. El maestro, comprendiendo la cortés pulla que se le dirigía, puso buena cara y contestó: "Señora, el que yo ame no puede sorprender a sabio alguno, y mucho menos a vos, puesto que lo merecéis. Y si bien a los viejos les faltan las fuerzas que se requieren para los ejercicios amorosos, no por eso les falta la buena voluntad ni comprender lo que sea ser amado, pues conocen tanto más su naturaleza, cuanto mayor conocimiento tienen de él que no lo tienen los jóvenes. La esperanza que me induce a mí, viejo, a amaros a vos, amada por muchos jóvenes, vedla ahí: yo he estado muchas veces en sitios donde he visto a las mujeres merendar y comer puerros y altramuces; y si bien en el puerro no hay cosa alguna buena, a excepción de la cabeza, que es lo menos malo y lo más agradable al paladar, sin embargo, generalmente, llevadas por avieso apetito, tomáis con la mano la cabeza y coméis las hojas, que no solamente nada valen, sino que por añadidura saben mal. ¿Qué sé yo, señora, si al elegir entre vuestros amantes, haréis vos otro tanto? Y si lo hicieseis, yo sería el elegido por vos, y serían tirados los demás." Corrida la gentil dama, lo propio que sus compañeras, dijo: "Maestro, hartó bien y cortésmente habéis castigado nuestra presuntuosa empresa; vuestro amor, sin embargo, me halaga, como halagar debe el de un hombre sabio y de talento; y por lo tanto, mandad completamente en mí, en cuanto sea de vuestro agrado, y salve mi dignidad de mujer." Poniéndose entonces de pie el maestro junto con sus compañeros, dio las gracias a la dama y se alejó riendo y cariñosamente des-

pedido por ella. Ved ahí cómo aquella dama, no teniendo en cuenta la persona de quien hacía burla, creyó ser vencedora y resultó vencida; si sois prudentes, vosotras procuraréis evitar que os suceda otro tanto.

Habíase inclinado ya el sol hacia el ocaso y había menguado notablemente el calor, cuando hubieron terminado los cuentos referidos por las siete damas y los tres jóvenes; por cuya razón, su reina dijo afablemente: "Ahora, mis queridas compañeras, nada más queda que hacer bajo mis órdenes, por la presente jornada, como no sea daros reina nueva que disponga, según su juicio, de lo que en ella y nosotros debamos emplear, siempre en honesto recreo, el día de mañana, y aun cuando parezca que el día dura hasta llegada la noche, sin embargo, quien no toma algún tiempo anticipado, parece que no pueda atender bien al porvenir, y a fin de que se pueda preparar lo que la nueva reina disponga convenir para mañana, opino que las jornadas siguientes debieran principiarse a esta hora. Por lo tanto, reverenciando a Aquél por quien todas las cosas viven, y para nuestro solaz, durante la jornada siguiente será la reina que guíe nuestro reino, la discretísima joven Filomena". Dicho esto, poniéndose de pie y quitándose la guirnalda de laurel, púsose la reverentemente a Filomena, que fue saludada por todos como reina, y, recordando las palabras pronunciadas poco antes por Pampinea, para que no se la creyese demasiado tímida, recobró su osadía y empezó por confirmar todos los cargos dados por Pampinea, y dispuso lo que se debía hacer para la próxima cena y para la mañana siguiente, sobre el terreno; y después dijo: "Queridísimas compañeras: aun cuando Pampinea, más por cortesía suya que por merecimiento mío, me ha hecho vuestra reina, no por ello me hallo dispuesta a seguir exclusivamente mis inspiraciones en nuestro modo debido, sino unir las vuestras a las mías, y a fin de que conozcáis lo que me parece debe hacerse y podáis, de consiguiente, añadir y quitar lo que os acomode, voy a exponéroslo en pocas palabras. Fijándome bien hoy en las disposiciones de Pampinea, me han parecido dignas de elogio y agradables, y por lo tanto, opino que no deben cambiarse mientras no lleguen a hacerse enojosas, o por demasiado continuadas o por otra causa cualquiera. Ordenando, pues, lo que hemos empezado ya a hacer, puesto que estamos de pie, iremos a solazarnos un rato y cuando el sol esté por desaparecer, cenaremos al aire libre, y después de algunas cantinelas y alguna otra distracción, bueno será que nos vayamos a dormir. Por la mañana, levantándonos a la hora del fresco, iremos también a distraernos a algún sitio, y según a cada cual mejor le agrade y tal como hoy hemos hecho a la hora debida, volveremos a comer, bailaremos, y después de echar la siesta, volveremos como hoy aquí a contar cuentos, en lo cual me parece haber, a la vez, una gran parte de placer y utilidad. Es verdad que lo que Pampinea no ha podido hacer por haberse hecho tarde su elección, quiero empezar a hacerlo yo y es restringir, dentro de cierto límite, lo que debamos contar y manifestároslo antes, a fin de que a cada cual le quede tiempo para pensar en alguna bonita historia que se relacione con el tema propuesto, cuyo tema, si os parece bien, será el siguiente: que, como quiera que desde el principio del mundo

los hombres han sido zarandeados de diferentes maneras por la fortuna y lo serán hasta el fin, cada cual deba decir sobre esto: quién por varios modos molestado, haya logrado, contra lo que se esperaba, llegar a feliz término". Mujeres y hombres elogiaron de consuno este programa y quedaron en seguirlo. Únicamente Dioneo, una vez restablecido el silencio, dijo: "Señora, al igual que todos los demás, digo yo que es sumamente agradable y digno de elogio el programa por vos dictado; mas, por especial favor os pido una gracia que deseo me sea confirmada para mientras dure nuestra tertulia, y es, que yo no me vea obligado a tener que decir cuento apropiado al tema propuesto si no quiero, y sino al que a mí me acomode. Y para que nadie crea que pido esta gracia por no tener a mano cuentos, desde este instante me conformo en ser el último que hable." La reina, que sabía que Dioneo era hombre festivo y divertido y comprendió perfectamente que esto únicamente lo pedía para poder alegrar a la comitiva cuando estuviese cansada de lo que se contara, con alguna historieta de risa, previo el consentimiento de los demás, le otorgó gustosa esta gracia. Y levantándose, encamináronse lentamente hacia un arroyo de agua sumamente clara, que de una colina descendía a un valle sombreado por muchos árboles, entre duras piedras y verdes yerbecitas. Una vez allí, andando por el agua, descalzos y con los brazos desnudos, empezaron a hacer entre ellos varios juegos, hasta que, al acercarse la hora de la cena, regresaron al palacio, donde cenaron con buen apetito. Terminada la cena, trajéronse los instrumentos y la reina dispuso que se efectuase una danza dirigida por Lauretta, mientras Emilia cantaba una canción, acompañándola Dioneo en el laúd. En su consecuencia, apresuróse Lauretta a organizar y dirigir una danza, mientras Emilia cantaba una balada amorosa.

*Io son sì vaga della mia bellezza,  
che d'altro amor giammai  
non curerò, nè credo aver vaghezza.*

*Io veggio in quella, ogn'ora ch'io mi specchio,  
quel ben che fa contento lo'ntelletto,  
nè accidente nuovo ò pensier vecchio,  
mi può privar di sì caro diletto.  
Qual altro dunque piacevole oggetto  
potrei veder giammai,  
che mi mettesse in cuor nuova vaghezza?*

*Non fugge questo ben, qualor disio  
di rimirarlo in mia consolazione;  
anzi si fa incontro al piacer mio  
tanto soave a sentir, che sermone  
dir nol poria, nè prendere intenzione  
d'alcun mortal giammai  
che non ardesse di cotal vaghezza.*

*Et io che ciascun'ora più m'accendo,  
quanto più fiso tengo gli occhi in esso,  
tutta mi dono a lui, tutta mi rendo,  
gustando già di ciò ch'el m'ha promesso,  
e maggior gioia spero più da presso  
sì fatta, che giammai  
simil non si sentì qui di vaghezza.*

Terminada esta canción, que todos corearon alegremente, si bien a algunos les dio mucho en qué pensar la letra, después de haber ejecutado algunas otras danzas, y como hubiese pasado ya una parte de la breve noche, tuvo a bien la reina poner término a aquella primera jornada, y habiendo mandado encender los hachones, dispuso que cada cual se fuera a descansar hasta la mañana siguiente, como así se hizo, retirándose cada cual a su habitación.



## Jornada segunda

En la que, con la presidencia de Filomena, se cuenta de aquellas personas que tras de verse expuestas a varios peligros y diversas aventuras, lograron escapar con felicidad.



## Introducción

Había extendido ya por doquier el sol su luz, y los pájaros, cantando agradables trinos sobre las verdes ramas de los árboles, daban fe del nuevo día a los oídos, cuando, habiéndose levantado todas las damas y los tres jóvenes, penetraron en los jardines, hollando con lento paso las rociadas yerbas en distintas direcciones y formando preciosas guirnaldas, estuvieron paseando por largo espacio de tiempo. Y cual lo hicieron el día anterior, efectuaron el consabido presente, y luego de haber comido al aire libre y de haber bailado algo, fuéronse a descansar y se levantaron después del mediodía, según la reina dispusiera, encaminándose al fresco prado y sentándose cerca de él.

La reina, que era de buenas formas y de aspecto muy agradable, coronada con su corona de laurel, después de permanecer silenciosa durante unos instantes y paseando una mirada por toda su compañía, ordenó a Neifile que diese principio a los futuros cuentos con uno suyo, la cual, sin excusarse, con tono jovial, empezó a hablar:



## Cuento primero

### *El falso tullido*

Martellino, fingiendo estar tullido, aparenta curarse sobre el cuerpo de San Arrigo, y, conocido su engaño, es apaleado y después reducido a prisión y llegado al riesgo de ser ahorcado, logra salvarse al fin.

—Acaece con frecuencia, queridísimas damas, que quien ha tratado de hacer burla de otro, y sobre todo, cuando se trata de cosas dignas de veneración, se ha encontrado al fin con que ha sido él el burlado y a veces hasta perjudicado. Lo cual, a fin de obedecer el mandato de la reina y para dar principio con mi cuento al desarrollo del tema propuesto, pienso referiros el lance, desgraciado en un principio, y bastante afortunado después, cuando menos se lo figuraba, que le aconteció a un conciudadano nuestro.

Poco tiempo atrás vivía en Trevira un tudesco llamado Arrigo que, como era pobre, se dedicaba al oficio de demandadero y que era tenido por todos por hombre de vida muy santa y buena. Por lo cual, fuera verdad o no lo fuera, acaeció, según afirman los trevireños, que a la hora de su muerte, todas las campanas de la iglesia mayor de Trevira empezaron a tañir sin que nadie las tocase. Y como esto se considerase como un milagro, todos decían que aquel Arrigo era un santo, y habiendo acudido todo el pueblo a la casa donde su cuerpo yacía, lleváronlo a manera de cuerpo santo a la iglesia mayor, acudiendo allí, cojos, tullidos, ciegos y otros atacados de cualquier defecto o enfermedad, cual si con el contacto de aquel cuerpo debieran ponerse todos sanos. En medio de tanto tumulto y de tanto concurso de gente, acaeció que llegaron a Trevira tres conciudadanos nuestros, llamados el uno, Stecchi, el otro Martellino y el tercero, Marchese, los cuales visitaban las cortes de los señores, donde contrahaciéndose y escarneciendo los defectos físicos de los demás divertían a sus espectadores. Como jamás habían estado en Trevira, al ver que todos corrían, se asombraron, y al enterarse de la causa, viniéronles ganas de ir a verlo, y dejando su equipaje en un mesón, dijo Marchese: “Nosotros queremos ir a ver a este santo; mas no sé si lo podremos conseguir, porque he oído decir que la plaza estaba llena de tudescos y de otra gente armada que el señor de este país tiene apostada allí para evitar todo alboroto, y además de esto, la iglesia, según dicen, está tan llena de gente, que casi ya ni una sola persona puede entrar en ella.” En-

tonces Martellino, que deseaba ver aquello, dijo: "Por esto no hay que dejar de ir, que yo hallaré la manera de llegar hasta el cuerpo santo." "¿Cómo?" preguntó Marchese, y Martellino le contestó: "Te lo voy a decir. Me fingiré tullido y, tú por un lado y Stecchi por el otro, como si yo no pudiese valerme de las piernas, iréis sosteniéndome, haciendo ver que me queréis conducir allí para que el santo me cure; nadie habrá, que al vernos, no nos haga sitio y no nos deje pasar." Agradóles a Marchese y a Stecchi el plan; y, saliendo sin demora del mesón, llegado que hubieron los tres a un paraje solitario, Martellino se retorció las manos, los dedos, los brazos y las piernas, y además, la boca, los ojos y todo el semblante, de tal suerte, que era cosa horrible verlo; nadie de cuantos lo hubiesen visto habría dudado de que estaba tullido de todos sus miembros. Marchese y Stecchi, llevándole entre los dos, encamináronse hacia la iglesia, aparentando estar poseídos de viva compasión y pidiendo humildemente y por el amor de Dios a cuantos delante de ellos se detenían, que les dejasen pasar, cosa que conseguían sin dificultad; en breve, mirados por todos con respeto, y oyéndose por todas partes voces de *¡abrid paso, abrid paso!* llegaron al sitio donde estaba colocado el cuerpo de San Arrigo. Algunos hidalgos que permanecían alrededor del cadáver se apresuraron a tomar a Martellino y a colocarlo encima del cuerpo del santo, a fin de que por él obtuviese el beneficio de la salud. En medio de la general expectación y del deseo que todos tenían de ver lo que a Martellino le ocurriría, éste, al cabo de un rato, haciendo admirablemente su papel, como sabía hacerlo, empezó a hacer como que se le alargaba un dedo, luego la mano, después el brazo y así hasta llegar a aflojarse todos los miembros. Al ver esto la gente, prodújose tan gran vocerío en alabanza de San Arrigo, que los sordos lo habrían podido oír. Por casualidad, estaba cerca de allí un florentino que conocía mucho a Martellino, pero que no le había reconocido cuando le trajeron, por lo desfigurado que estaba, mas cuando le vio enderezado, y le hubo reconocido, empezó repentinamente a reír y a decir: "¡Mal rayo le pata! ¿Quién hubiera creído, al verle venir, que estaba tullido de verdad?" Oyeron estas palabras algunos trevireños, quienes, con viveza, le preguntaron: "¡Cómo! ¿Ése no era tullido?" Contestóles el florentino: "No, por cierto; ha estado siempre tan derecho como cualquiera de nosotros, sólo que, como habéis podido ver, tiene una habilidad especial para dar estas bromas de aparecer contrahecho en cualquier forma que le acomoda." Apenas hubieron oído esto los trevireños, tuvieron ya lo bastante para adelantarse a la fuerza y empezar a gritar: "Prended a ese traidor y escarnecedor de Dios y de los santos, que sin ser tullido, ha fingido serlo para burlarse de nuestro santo y de nosotros." Esto diciendo, se apoderaron de él, le sacaron fuera de donde se hallaba, y asiéndole por los cabellos y desgarrándole las ropas que llevaba puestas, empezaron a darle puñadas y puntapiés, cual si no se tuviese por hombre quien no se daba prisa en hacerlo. Martellino gritaba *¡misericordia!* y hacía lo posible para librarse, pero de nada le servía: los mojicones que sobre él llovían iban aumentando por momentos. Al ver esto Stecchi y Marchese, empezaron a decirse que iba mal la cosa y no se atrevieron a ayudarlo por temor de que también

les alcanzase la paliza, y por lo tanto, pusieron a gritar con los demás, que le matasen, no sin que les guiase la idea de ver cómo podrían arrancarle de manos del pueblo, el cual, de seguro le habría matado, a no haber sido por una resolución que súbitamente tomó Marchese, y fue que, hallándose fuera de allí todos los familiares de la Señoría, corrió, lo más de prisa que pudo, a encontrar al que se hallaba en lugar del podestá, y dijo: “¡Socorro! Hay aquí un malvado que me ha cortado la bolsa con más de cien florines de oro; os ruego que lo prendáis y que me hagáis recobrar lo mío.” Apenas oyeron esto, más de una docena de agentes corrieron a donde a Martellino le estaban poniendo como nuevo. Y abriéndose paso entre la multitud con los mayores apuros del mundo, lo arrebataron todo destrozado y maltrecho de las manos del pueblo, y lo llevaron a palacio, a donde le siguieron muchos que se consideraban escarnecidos por él al enterarse de que le prendían por ladrón, pareciéndoles que no podía dársele título más justo para hacerle condenar, y no fueron pocos los que de él empezaron también a decir que les había cortado la bolsa.

Al oír esto el juez del podestá, que era un hombre rudo, llevándole aparte, le empezó a interrogar. Pero Martellino contestaba bromeando, como si ningún caso hiciera de su apurada situación; lo cual, incomodando al juez, hízole atar al tormento y darle algunos buenos azotes con la idea de hacerle confesar lo que de él decían, para mandarle ahorcar después, cuando le hubieran sacado del tormento, y como el juez le preguntase si era cierto lo que de él decían sus acusadores, sin que le valiera el negarlo, dijo:

—Dispuesto estoy, señor, a confesaros la verdad, mas antes, haced decir a cada uno de los que me acusan, cuándo y dónde les corté yo la bolsa, y luego os diré lo que he hecho y lo que no.

Acomodóse a esto el juez y, habiendo hecho llamar a algunos, el uno decía que se la había cortado ocho días atrás, el otro seis, el otro cuatro y algunos decían que aquel día mismo.

Oyendo lo cual, repuso Martellino:

—Todos éstos, señor, mienten con toda la boca; y de que digo la verdad, puedo probároslo diciéndoos que ojalá nunca hubiese venido a esta tierra, donde jamás había estado, y donde llegué hace poco; y al llegar, fui, por mi desgracia, a ver aquel cuerpo santo, donde me han puesto como podéis ver; y de que es cierto lo que digo, os puede convencer el oficial del Señor que hay en la oficina de las presentaciones, y su libro, y hasta mi paradero. Y si encontráis que la cosa sea tal como os lo digo, desistid de atormentarme y darme muerte a instancias de esos miserables.

Mientras en tal estado se hallaban las cosas, Marchese y Stecchi, que se habían enterado de que el juez del podestá procedía rigurosamente contra él, se alarmaron de gran manera, diciendo entre sí:

—Mal hemos procedido; le hemos sacado del fuego y le hemos echado en las brasas.

Por lo cual, despachándose con gran solicitud y yendo a encontrar a su posadero, le contaron lo ocurrido. Riéndose éste del caso, acompañóles hasta la casa de un tal Sancho Agolanti, que residía en Trevira y que tenía

gran autoridad cerca del Señor y, después de contárselo todo por su orden, junto con ellos le rogó que se interesase por Martellino. Sancho, después de haber reído mucho, fue a ver al Señor, interesóse para que se diera libertad a Martellino y así se hizo.

Los que fueron a buscarle, encontráronle todavía delante del juez, y muy asustado y lleno de miedo porque el juez no quería admitir excusa alguna, y como cabalmente les tenía alguna ojeriza a los florentinos, estaba empeñado en quererlo mandar ahorcar y de ninguna manera quería entregarlo al Señor, hasta que, a despecho suyo, se vio obligado a entregarlo. En cuanto se halló en presencia del Señor y se lo hubo contado detalladamente todo, le suplicó que, como favor especial, le dejase marcharse de la población, pues mientras no estuviera en Florencia, siempre la parecería tener la cuerda alrededor del cuello. Mucho le hizo reír al Señor aquel suceso, y habiendo hecho regalar un traje a cada uno, les despidió a los tres, regresando éstos sanos y salvos a sus casas, después de haberse librado, contra todas sus esperanzas, de tan gran peligro.

## Cuento segundo

### *La oración de San Julián*

Rinaldo de Asti, después de haber sido robado, llega a Castel Guglielmo, y es albergado por una mujer viuda, y después de rehecho el daño recibido regresa sano y salvo a su casa.

Los percances de Martellino referidos por Neifile, hicieron reír mucho a las damas, y principalmente entre los jóvenes a Filostrato, a quien la reina le mandó que, pues se hallaba junto a Neifile, la siguiera en el contar. Filostrato empezó diciendo sin demora:

—Voy a referiros, hermosas damas, una historia de cosas católicas, con su poquito de desgracias y de amor, que tal vez no deje de seros útil el haberla oído; especialmente a aquellos que discurren por los inseguros países del amor, en los cuales, a quien no ha dicho el padrenuestro de San Julián, le acaece muchas veces hospedarse mal, incluso cuando tenga buena cama.

Había, pues, en tiempo del marqués de Azzo de Ferrara, un mercader llamado Rinaldo de Asti, que había ido a Bolonia para sus asuntos; cuando los hubo despachado decidió volverse a su casa, y aconteció que habiendo salido de Ferrara y cabalgando hacia Verona, encontróse con algunos que le parecieron mercaderes y que eran salteadores de caminos y hombres de mala vida y condición, con quienes hablando incautamente se acompañó. Éstos, viéndole mercader, y suponiendo que debía llevar dinero, resolvieron entre sí robarle a la primera ocasión que se les presentase, y para no infundirle sos-



pecha alguna iban hablando con él, como hombres modestos y de buena condición sobre honor y lealtad, presentándosele humildes y benignos en lo que podían y sabían; de suerte que consideraba él como una gran fortuna el habérselos encontrado, mayormente cuando a él sólo le acompañaba un criado suyo a caballo. Y haciendo su camino, y pasando de una cosa a otra, como acaece en las conversaciones, vinieron a hablar de las oraciones que los hombres dirigen a Dios, y uno de los salteadores, pues eran tres, díjole a Rinaldo: “¿Y vos, amigo, qué oraciones soléis decir cuando vais de camino?” A lo cual Rinaldo contestó: “A decir verdad, en estas cosas soy hombre material y tosco, y pocas oraciones me sé al dedillo, pues estoy chapado a la antigua y no me preocupan estas cosas; a pesar de lo cual, cuando viajo he tenido siempre la costumbre de decir por la mañana en cuanto salgo de la posada, un *Paternoster* y un *Ave María*<sup>1</sup> por el alma de los padres de San Julián, y después les pido a Dios y a él que me den buena posada para la noche siguiente. Y bastantes veces me he encontrado durante el día en grandes peligros, de los cuales me he librado por completo, hallándome en la siguiente noche en buen sitio y bien albergado; por cuya razón creo firmemente que San Julián, en cuyo honor rezo, me ha impetrado de Dios esta gracia, de modo que si no le hubiese rezado por la mañana mi padrenuestro, me parecería que no iba la siguiente noche.” Díjole entonces el que le hiciera a poder viajar bien durante el día, ni llegaría bien a la pregunta anterior: “¿Y esta mañana, le habéis rezado?” Y como contestase Rinaldo afirmativamente, él, que sabía ya cómo debía ir la cosa, le dijo: “Gran suerte tendrás si viene en tu ayuda, pues, o mucho me equivoco, o me parece que vas a hospedarte mal.” Y luego le dijo: “También yo viajé mucho en otro tiempo, y nunca lo dije, por más que a muchos se lo había oído recomendar en gran manera, sin que por eso dejara de estar bien hospedado; y bien pudiera ser que esta misma noche pudieseis ver quién de los dos se albergará mejor, si vos que lo habéis dicho, o yo que no lo dije. Bien es verdad que yo uso, en lugar de esa oración, el *Doniusti* o la *Intemerata*, o el *De profundis* que, según solía decirme una abuela mía, tienen una virtud admirable.”

Y así, hablando de varias cosas, y siguiendo su camino, y esperando lugar y tiempo oportunos para su malvado intento, acaeció que, siendo ya tarde y pasado ya Castel Guglielmo, viendo los tres bandidos lo avanzado de la hora y lo solitario y errado del lugar, al vadear un río le asaltaron, le robaron y dejándole a pie y en camisa, se marcharon diciendo: “Anda a ver si esta noche tu San Julián te dará buena posada, pues a nosotros bien parece que nos la dará buena.”

Y acabando de vadear el río, siguieron su camino. El criado de Rinaldo, al ver que asaltaban a éste, nada hizo para ayudarle, antes bien, haciendo dar la vuelta al caballo que montaba, huyó cobardemente, sin parar de correr hasta que estuvo en Castel Guglielmo, y entrando en él, por ser ya de noche, hos-

<sup>1</sup> La leyenda de San Julián, llamado *el hospitalario*, cuenta que este santo, dio hospedaje a todos los viajeros en expiación de una falta involuntaria. De aquí vino la costumbre de rezarle todos los viajeros.

pedóse allí sin preocuparse por lo acaecido. Como hacía mucho frío y estaba nevando de lo lindo, Rinaldo, descalzo y en paños menores, sin saber qué hacer, viendo llegada ya la noche, temblando y chocándole los dientes, empezó a mirar si se divisaba en torno suyo algún asilo donde poder pasar la noche, para no morir de frío; mas como ninguno viese (pues, habiendo habido guerra poco antes en el país, todo había sido arrasado), impulsado por el frío, encaminóse trotando hasta Castel Guglielmo, sin saber que su criado hubiese ido a refugiarse allí y pensando que, si lograba entrar en la posada, algún socorro le mandaría Dios. Pero la noche oscura le sorprendió casi a una milla de distancia del castillo; por lo cual llegó tan tarde, que estando cerradas las puertas y levantados los puentes, no pudo penetrar dentro. Adolorido y desconsolado, miraba llorando en torno suyo dónde poderse cobijar, para que, al menos, no le cayese la nieve encima. Y por casualidad vio un edificio construido sobre el muro del castillo que se adelantaba algo hacia fuera formando un cobertizo, bajo el cual resolvió ir a refugiarse hasta que llegase el día, y yendo a él, encontrando debajo del cobertizo una puerta que parecía cerrada, amontonando al pie de ella alguna paja que había por allí cerca, quedóse allí triste y dolorido, lamentándose repetidas veces a San Julián y diciendo de él que no era merecedor de la fe que en él tenía. Mas San Julián no tardó en proporcionarle buen albergue.

Había en aquel castillo una mujer viuda, hermosa como no había otra, a la cual el marqués de Azzo amaba como su propia vida, y la hacía vivir allí, cerca de él; dicha mujer habitaba en aquella casa, bajo cuyo cobertizo había ido Rinaldo a refugiarse, y por casualidad, había pensado el marqués pasar con ella la noche, y en la vivienda misma de ella había mandado preparar sigilosamente un baño y una excelente cena; y cuando todo estaba dispuesto, y ella ya no esperaba otra cosa que la llegada del marqués, llegó a la puerta una criada de éste con noticias de su amo, según las cuales había tenido que partir inesperadamente; por lo cual, después de enviar a decir a la dama que no le esperase, partió sin demora. Algo desconsolada la viuda, no sabiendo qué hacer, decidió meterse en el baño que había dispuesto para el marqués, cenar luego, e irse a acostar. Dicho baño estaba inmediato a la puerta, junto a la cual se había tendido el infeliz Rinaldo; esto hizo que, estando ella en el baño, oyera los lamentos y el temblar de Rinaldo. Llamando a su criada, le dijo:

—Anda arriba y mira a la parte de afuera del muro quién hay al pie de esta puerta, quién es y qué hace ahí.

La criada obedeció, y con el auxilio de la claridad de la nieve vio al mercader en camisa y descalzo, sentado donde queda dicho y temblando como un azogado, y preguntóle ella quién era, y Rinaldo, temblando con tal violencia que apenas podía articular las palabras, le dijo, lo más brevemente que pudo, quién era y por qué se encontraba allí, y luego empezó con lastimero tono a rogarle que, si podía ser, no le dejase morir allí de frío durante la noche. Compadecida la criada, volvió a su ama y se lo refirió todo. Compadecida igualmente ésta, recordando que tenía la llave de aquella puerta, que algunas veces servía para las ocultas visitas del marqués, dijo:

—Anda, y ábrele sin hacer ruido; aquí hay otra cena que tampoco habría quién la comiese, y hay medio suficiente para poderle dar albergue.

La criada, después de elogiar mucho este acto de humanidad, fue a abrirle y una vez lo hubo hecho entrar, al verle tan aterido de frío, díjole:

—Buen hombre, métete en seguida en este baño, que todavía está caliente.

Sin esperar nueva invitación, hízolo él de buen grado, y reanimado con su calor, parecióle haber vuelto de muerte a vida. La dama le hizo preparar ropas que habían pertenecido a su marido, muerto poco tiempo antes, y que, cuando se las hubo puesto, parecían hechas para él. Mientras esperaba lo que le mandara la dama, empezó a dar gracias a Dios y a San Julián que, como él esperaba, le habían librado de tan mala noche y conducido, a su modo de entender, a buen albergue. Algo descansado después, la dama, habiendo mandado encender un gran fuego en una de sus salas, trasladóse a ella y preguntó qué era de aquel buen hombre. A lo cual la criada contestó:

—Señora, se ha vestido y es un buen mozo y parece persona muy buena y muy educada.

—Anda, pues —dijo la dama—, y llámale, y dile que venga aquí a calentarse y cenaremos, pues supongo que no ha cenado.

Entró Rinaldo en la sala, y al ver a la dama, parecióle ver una gran señora y la saludó respetuosamente y le dio las gracias por el favor que le hacía, lo mejor que supo. La dama, al verle y oírle, y pareciéndole tal como dijera la criada, recibióle con amabilidad hízole sentar familiarmente a su lado junto a la lumbre y le preguntó por el accidente que allí le había conducido. Rinaldo se lo refirió todo detalladamente. La viuda había oído algo de esto a la llegada del criado de Rinaldo al castillo, por lo cual dio entero crédito a lo que éste había dicho; y le dijo lo que sabía de su criado y cómo a la mañana siguiente le sería fácil encontrarle. Cuando estuvo puesta la mesa, Rinaldo, accediendo a la voluntad de la dama, después de haberse lavado las manos, púsose a cenar con ella. El mercader era de elevada estatura, de rostro bello y agradable, de maneras bastante loables y graciosas, y hombre de mediana edad; había fijado la dama muchas veces la mirada en él, y le había elogiado mucho y habiéndole despertado ya el apetito de la concupiscencia el marqués, que con ella debía venir a pasar la noche, habíalo recibido ya mentalmente. Después de cenar, levantándose de la mesa, consultó con su criada si le parecía bien que, pues el marqués la había burlado, aprovecharse aquella oportunidad que le había enviado la suerte. Comprendiendo los deseos de su ama, la criada la animó cuanto pudo y supo a que los satisficiera; por lo cual la viuda, volvió a la lumbre, junto a la cual había dejado solo a Rinaldo, y empezando a dirigirle tiernas miradas, le dijo:

—Vaya, Rinaldo, ¿por qué estáis tan pensativo? ¿No creéis poder volver a haceros con un caballo y con las pocas ropas que habéis perdido? Animaos y no paséis cuidado; estáis en vuestra casa: hasta os diré más, que al veros vestido con este traje que perteneció a mi difunto marido, haciéndome la ilusión de que érais él, esta noche más de cien veces me han veni-

do ganas de abrazaros y de cubriros de besos, y creedme, Rinaldo, que lo habría hecho si no hubiera temido que esto pudiera desagradaros.

Al oír Rinaldo estas palabras, y al ver el centelleo de los ojos de la dama, como hombre que no era tonto, yendo a ella con los brazos abiertos, dijo:

—Señora, al pensar que siempre podré decir que os debo la vida gran vileza sería la mía si no me apresurase a hacer todo lo que a vos os fuera agradable; satisface, pues, vuestro gusto, vuestro deseo de abrazarme y de besarme, que yo haré mucho más gustosamente con vos lo propio.

Ya no fueron necesarias más palabras. La dama, que se abrasaba en amorosos deseos, apresuróse a arrojarle en sus brazos; y después que mil veces le hubo estrechado contra su pecho, encamináronse juntos a su habitación, donde les sorprendió la aurora. Al aparecer ésta, para que nada se pudiera sospechar, la dama le entregó algunas ropas bastante malas, llenó le de dinero la bolsa, rogándole que lo tuviese bien guardado, indicóle el camino que debía seguir para ir a encontrar a su criado en el castillo, y le hizo salir por la misma puerta por donde había entrado. Cuando fue de día claro, y cuando estuvieron abiertas las puertas, Rinaldo, fingiendo venir de lejos, penetró en el castillo y encontró allí a su criado; púsose ropas suyas que tenía en la maleta, y al ir a montar en el caballo de su criado, acaeció que, como por milagro divino, los tres salteadores que en la tarde anterior le habían robado, habiendo sido hechos prisioneros por otra fechoría por ellos cometida, fueron conducidos a aquel castillo, y a consecuencia de confesión hecha por ellos mismos, le fue restituido a Rinaldo su caballo, sus ropas y su dinero, sin haber perdido otra cosa que un par de fajas, de las cuales los bandidos no sabían qué se habían hecho. Dando, pues, gracias a Dios y a San Julián, montó a caballo el mercader, y sano y salvo regresó a su casa. Al día siguiente, los tres salteadores iban a balancear sus cuerpos en el aire.

## Cuento tercero

### *El casamiento imprevisto*

Tres jóvenes, malgastando su hacienda, se empobrecen; un sobrino de éstos, al volverse desesperado a casa, encuéntrase con un abad, que resulta ser la hija del rey de Inglaterra, la cual le toma por marido, y vuelve a poner a sus tíos en buena posición.

Admiradas escucharon las damas lo acaecido a Rinaldo de Asti, elogiando su devoción y dando también ellas gracias a Dios y a San Julián, que tanta prisa se habían dado en atender a sus apremiantes necesidades y tampoco juzgaron tonta a la mujer (si bien esto se lo decían ellas reservadamente), en haber sabido atrapar la suerte que Dios le había enviado a su propia

casa. Y mientras estaban hablando entre sí de la buena noche que la viuda había tenido, Pampinea, que estaba sentada al lado de Filostrato, haciéndose cargo ya de que entonces le tocaba a ella el turno, concentrándose en sí misma, empezó a pensar en lo que debía decir; y recibida la orden de la reina, con no menor osadía que complacencia, empezó a hablar en estos términos:

—Cuanto más se habla de los hechos de la Fortuna, mis buenas amigas, tanto más, a quien quiere mirar bien sus cosas, le queda por decir, y esto a nadie debe admirar, si discretamente piensa que todas las cosas que desatentadamente llamamos nuestras están en sus manos y, de consiguiente, son suyas, según su criterio oculto, sin interrupción alguna de uno a otro y de éste a aquél sucesivamente, sin orden alguno por nosotras conocido, son por ella transformadas. Lo cual aun cuando con entera fe en todas las cosas, diariamente se demuestre y se haya demostrado además en alguna de las historias anteriormente referidas; sin embargo, ya que a nuestra reina le acomoda que se trate de esto, agregaré a las ya referidas, acaso sin utilidad de los oyentes, otra historia mía que creo agradará.

Hubo en otro tiempo en nuestra ciudad un caballero llamado maese Tedaldo, que según algunos fue de la familia de los Lamberti, y según otros afirman, había pertenecido a la de los Agolanti, acaso fundándose, más que en otra cosa, en la ocupación a que después se, dedicaron sus hijos, conforme a la que se han dedicado siempre y se dedican los Agolanti. Pero prescindiendo de si fue de una o de otra familia, digo que en su tiempo fue un caballero sumamente rico y tuvo tres hijos, de los cuales, el primero se llamó Lamberto, el segundo Tedaldo y el tercero Agolante, jóvenes guapos y simpáticos, aun cuando el mayor no llegaba a los dieciocho años, cuando murió ese riquísimo señor Tedaldo y les dejó, como a legítimos herederos suyos, todos sus bienes muebles e inmuebles. Al ver éstos que estaban inmensamente ricos de dinero y de haciendas, sin otra dirección que su propio capricho, empezaron a gastar a troche y moche, teniendo muchísima servidumbre, muchos y buenos caballos, perros y pájaros, y a banquetear, regalando y justando y haciendo, no solamente lo que a gentilhombres corresponde, sino además, lo que a sus juveniles apetitos se les antojaba hacer. No hicieron tal género de vida por largo tiempo, pues vino a menos el tesoro que les dejó su padre; y no siendo ya bastantes sus rentas para atender a los empezados dispendios, empezaron a vender y a empeñar las posesiones, y vendiendo hoy una y mañana otra, llegaron casi a la nada sin percibirse de ello. Y entonces la miseria les abrió los ojos que les había tenido cerrados la riqueza. Por cuyo motivo, Lamberto, llamando a los otros dos, les dijo cuál había sido la respetabilidad de su padre y cuánta la suya, y cuál su riqueza y cuán grande la pobreza en que por sus desordenados dispendios habían venido a parar; y antes de que se hiciese más visible su miseria, animóles lo mejor que supo y se animó a sí mismo para vender lo poco que les había quedado y marcharse del país; y así lo hicieron. Y habiendo salido de Florencia sin despedirse de nadie y sin aparato alguno, no se detuvieron hasta llegar a Inglaterra, y una vez allí, tomando una casita en Londres y haciendo los menores gastos posibles, empezaron a dedicarse a hacer préstamos usurarios; y les fue tan favorable en esto la For-

tuna, que en pocos años adelantaron una considerable cantidad de dinero. Por cuyo motivo, regresando sucesivamente uno tras otro a Florencia, volvieron a adquirir con aquel dinero gran parte de sus posesiones, y compraron además otras muchas, y tomaron mujer; y como seguían prestando en Inglaterra, mandaron allá para que aprendiese sus asuntos, a un joven sobrino suyo llamado Alejandro. Y ya los tres en Florencia, habiendo olvidado la situación en que su desordenado derrochar les había conducido la primera vez y a pesar de que todos se habían formado su familia, derrochaban más que nunca y tenían gran crédito con todos los negociantes y se les tenía por muy ricos. Cuyos gastos ayudólos a sostener por algunos años el dinero que les enviaba Alejandro, quien se había puesto a prestar a los barones sobre castillos y otros ingresos suyos que le garantizaban sobradamente sus préstamos. Y mientras así, pródigamente, gastaban los tres hermanos y faltándoles dinero, lo tomaban a préstamo, siempre firmemente puesta su esperanza en Inglaterra, acaeció que, contra la general opinión, suscitóse en Inglaterra una guerra entre el rey y un hijo suyo, merced a la cual dividióse toda la isla, estando unos con el padre y otros con el hijo; esto dio lugar a que les fuesen quitados a Alejandro todos los castillos de los barones y a que ninguna renta le diese ya producto alguno. Y en la esperanza de que de un día a otro debería haber paz entre el hijo y el padre, y de consiguiente todo le sería restituido a Alejandro, capital e intereses, el joven sobrino no abandonaba la isla, y los tres hermanos que seguían en Florencia, no cuidaban de limitar sus gastos, empeñándose, por el contrario, más cada día.

Pero cuando después de algunos años se vio que no se realizaban las esperanzas concebidas, los tres hermanos, no solamente perdieron el crédito, sino que, queriendo cobrar sus acreedores, fueron reducidos súbitamente a prisión por los primeros; y como para el pago no bastaban sus posesiones, se les retuvo en la cárcel por el resto, y sus mujeres y sus hijos pequeños, unos se marcharon al campo y otros a distintos puntos, harto pobremente equipados, sin saber lo que podían ya esperar, como no fuese una perpetua vida de miseria. Alejandro, que durante algunos años había permanecido en Inglaterra esperando la paz, viendo que ésta no venía y pareciéndole que no solamente permanecía allí en vano, sino hasta con peligro de su vida, resolvió volverse a Italia y se puso solito en camino; y al salir de Brujas vio que casualmente de allí salía también un abad blanco o benedictino, acompañado de muchos monjes, llevando por delante mucha servidumbre y muchos equipajes, junto a quien iban dos caballeros ancianos y parientes del rey, a los cuales, agregándose Alejandro como si se tratase de personas conocidas, fue por ellos recibido con gusto en su compañía. Caminando, pues, con ellos, les preguntó mañosamente quiénes eran aquellos monjes que con tanta servidumbre cabalgando les precedían y a dónde iban. A lo cual uno de ellos contestó:

—Ése que cabalga delante es un joven pariente nuestro, recién elegido abad de una de las mejores abadías de Inglaterra, y como es más joven de lo que las leyes consienten para tal dignidad vamos nosotros con él a Roma a impetrar del Santo Padre que le dispense de este impedimento de ser de-

masiado joven y le confirme luego en su dignidad; pero esto no queremos que nadie lo sepa.

Caminando, pues, el novel abad, unas veces delante y otras al lado de su familia, como todos los días se ve con los que van de camino, reparó en Alejandro, que era bastante joven, guapo de persona y de figura, educado, afable y de tan buenas maneras como lo pudiera ser otro cualquiera. Agrádóle admirablemente a primera vista como jamás cosa alguna habíale agraddo, y llamándole a su lado empezó a hablar familiarmente con él y a preguntarle quién era, de dónde venía y a dónde iba. Alejandro le expuso claramente su situación y satisfizo todas sus preguntas y se le ofreció para servirle en cuanto le pudiera ser de utilidad. Oyendo el abad su conversación agradable y ordenada, y fijándose más especialmente en sus maneras y presumiendo que debía ser persona distinguida, a pesar de lo bajo de la profesión que ejerciera, sintióse más vivamente atraído hacia él; y plenamente compadecido de su desgracia, animóle con bastante familiaridad y le dijo que tuviese buena esperanza, pues si era bueno, todavía Dios podía volverle a colocar en el punto de donde la fortuna le había echado y hasta más arriba, y le rogó que, pues se dirigía a Toscana, le diera el gusto de ir en su compañía, puesto que también él allí se encaminaba. Diole gracias Alejandro por sus consuelos y dijo que estaba dispuesto a cuanto él le mandase. Siguiendo, pues, su camino el abad, en cuyo pecho imponíase cada vez más Alejandro, acaeció que, al cabo de algunos días, llegaron a una población que no estaba demasiado provista de posadas, y como el abad quisiera hacer alto allí, Alejandro le hizo desmontar en casa de un posadero que era bastante amigo suyo, y le hizo preparar su habitación en el punto menos incómodo de la casa y como si fuera ya el administrador del abad y como hombre muy práctico en ello, alojó lo mejor posible por la población a toda su familia. Habiendo cenado el abad y estando muy adelantada la noche y cuando todos se habían acostado, Alejandro preguntó al posadero dónde podría dormir él. A lo cual el huésped contestó:

—La verdad es que no lo sé; ya ves que todo está lleno y puede que yo y mi familia hayamos de dormir encima de bancos; sin embargo, en la habitación del abad hay unos graneros a los cuales te puedo conducir y ponerte allí una camita y te echas en ella, si te acomoda, lo mejor que puedas por esta noche.

—¿Pero cómo voy a ir por la habitación del abad —objetó Alejandro—, cuando tú sabes que es pequeña y que por su estrechez ninguno de sus monjes ha pedido dormir en ella? Si hubiese notado yo esto cuando se tiraron las cortinas, ya habría hecho dormir a sus monjes en los graneros, y yo me habría colocado donde duermen los monjes.

—La cosa ya no tiene remedio; mas si tú quieres, puedes estar aquí lo mejor del mundo; el abad duerme y las cortinas están corridas, te pondré allí sin meter ruido un colchoncito de pluma y podrás dormir en él.

Alejandro, viendo que esto podía hacerse sin dar molestia alguna al abad, consintió en ello y se acostó lo más quietamente que pudo. El abad, que no dormía pensando en sus recientes impresiones, oía lo que el posade-

ro y Alejandro estaban hablando, y había oído también dónde este último se había echado a dormir; por lo cual, con gran alegría empezó a decirse:

—Dios ha satisfecho oportunamente mis deseos; si no aprovecho esta oportunidad, tal vez tardará mucho tiempo en volverse a presentar.

Y completamente resuelto a aprovecharla, pareciéndole que todo estaba en silencio en la posada, llamó en voz baja a Alejandro y le dijo que fuera a acostarse con él, lo cual hizo éste después de muchas negativas. El abad, poniéndole la mano sobre el pecho, empezó a tocarle como suelen hacerlo ciertas jóvenes con sus amantes, cosa que sorprendió en gran manera a Alejandro y le hizo sospechar si tal vez el abad se sentiría poseído de deshonesto amor. Cuya sospecha, o por presunción o por alguna acción de Alejandro, conoció súbitamente el abad y, sonriéndose, cogió una de las manos de Alejandro, y colocándosela sobre su propio pecho, le dijo:

—Rechaza, Alejandro, tu loco pensamiento, y reconoce, tentando aquí, lo que vengo ocultando.

Puesta la mano sobre el pecho del abad, encontró Alejandro dos pechos pequeños, redondos, duros y finos, como si hubieran sido dos bolas de marfil; por lo cual, conociendo que el supuesto abad era una mujer, sin aguardar nueva invitación, apresuróse a abrazarla y besarla, cuando ella le contuvo, diciéndole:

—Antes de que te aproximes más, oye lo que te quiero decir. Como puedes conocer, soy mujer y no hombre; y habiendo partido doncella de mi casa, iba a pedirle al Papa que me casase; sea por dicha tuya o por desventura mía, al verte el otro día me sentí presa de tan ardiente amor por ti, como jamás hubo mujer que a hombre amase tanto; y por esto he resuelto quererte por marido a ti antes que a otro alguno; si tú no me quieres por mujer, vete inmediatamente de aquí y vuélvete a tu lugar.

Alejandro, aun cuando no la conocía, teniendo en cuenta el acompañamiento que con ella iba, presumió que debía ser noble y rica; veíala, además, extraordinariamente bella; por todo lo cual, sin detenerse a pensarlo mucho, contestó que si esto le agradaba a ella, a él le era también muy de su agrado. Entonces ella, sentándose en la cama, frente a un pequeño cuadro donde había una efigie de Nuestro Señor y colocándole un anillo en la mano, hízoselo poner en señal de desposorio; y después, confundiéndose en un abrazo, con gran satisfacción para ambas partes, pasaron solazándose el resto de la noche; y después de haber tomado sus medidas para que se ignorase lo pasado entre ellos, como se aproximase el día, levantóse Alejandro, y saliendo luego de la habitación donde había entrado, sin que nadie supiese dónde había dormido por la noche, satisfecho hasta lo increíble, volvió a ponerse en camino con el abad y su comitiva, llegando a Roma después de muchas jornadas. En cuanto hubo permanecido allí algunos días, el abad entró en la cámara del Papa sin más compañía que Alejandro y los dos caballeros; y después de hecha la debida reverencia, empezó a expresarse en estos términos:

—Santo Padre: como debéis saber vos, mejor que otro cualquiera, todo aquel que quiere vivir bien y honestamente, debe, en lo posible, evitar to-



da ocasión que pudiera llevarle a obrar de otra manera; por esto yo, que deseo vivir honradamente, a fin de que pudiera completamente obrar, habiendo huido en secreto bajo el hábito en que me veis, con una considerable parte de los tesoros de mi padre, el rey de Inglaterra (quien, siendo yo tan joven como me veis, quería entregarme por mujer al rey de Escocia, que es un señor muy viejo), me puse en camino para venir aquí a fin de que vuestra Santidad me casase. No tanto me hizo huir la ancianidad del rey de Escocia, como el temor de hacer por la fragilidad de mi juventud, si me casasen con él, cosa que fuese contraria a las leyes divinas y al honor de la real sangre de mi padre. Y viniendo así dispuesta, Dios, que es el único que conoce perfectamente lo que a cada cual le es menester, creo que por su misericordia me puso ante los ojos al hombre que a Él le place sea mi marido; y aquel hombre fue este joven —añadió señalando a Alejandro—, que veis a mi lado, cuyas costumbres y cuyo valor son dignos de cualquiera gran señora, aun cuando tal vez la nobleza de su sangre no sea tan clara como lo es la sangre real. A él, pues, he tomado y quiero, y jamás tendré otro alguno, a pesar de lo que opinen mi padre y otro cualquiera. No existe ya el motivo principal que me indujo a venir; pero me acomoda terminar mi viaje, tanto para visitar los lugares santos y venerables de que está llena esta ciudad y para visitar a vuestra Santidad, como para que el contrato matrimonial entre Alejandro y yo, que concertamos únicamente en presencia de Dios, lo ratifique yo en vuestra presencia y, por consiguiente, en presencia de los demás hombres. Por lo cual, humildemente os ruego que lo que a Dios y a mí nos plugo, sea también de vuestro agrado y lo bendigáis, a fin de que con vuestra bendición, más íntimamente convencidos del agrado de Aquél cuyo Vicario sois, podamos nosotros vivir juntos y, finalmente, morir en honra de Dios y en honra vuestra.

Asombróse Alejandro al oír que aquella mujer era hija del rey de Inglaterra, y se sintió lleno de secreta y admirable alegría. Pero más se asombraron los dos caballeros, y tal fue su turbación, que a haberse encontrado en otro sitio que no hubiera sido en presencia del Papa, habrían ultrajado a Alejandro y hasta tal vez a la dama. Por su parte, se asombró bastante el Papa, tanto del hábito de la dama como de su elección; mas comprendiendo que no era posible volver atrás, consintió en acceder a sus ruegos. Y habiendo primeramente tranquilizado a los caballeros, cuya turbación no se le ocultaba, y puéstoles en buena paz con la dama y con Alejandro, ordenó lo que se debía hacer. Y habiendo llegado el día señalado por él, en presencia de todos los cardenales y de otros muchos hombres de gran valer, que habían acudido invitados a una gran fiesta por él dispuesta, hizo comparecer a la dama vestida con su traje real, que tan bella y agradable aparecía, que merecidamente era de todos elogiada, y al propio tiempo a Alejandro, tan ricamente vestido, que en su aspecto y en sus maneras más bien parecía un joven de estirpe real, que un hombre que se hubiese dedicado a la profesión de usurero. Por lo cual, le distinguieron en gran manera los dos caballeros y allí mandó el Papa celebrar de nuevo y solemnemente los esponsales, y después de celebradas con esplendidez y magnificencia las bodas, les despi-

dió con su bendición. De vuelta de Roma, plúgole a Alejandro y asimismo le plugo a la dama, venir a Florencia, a donde la fama había llevado ya la noticia del suceso; y estando allí, habiendo sido recibidos con grandes honores por los ciudadanos, la dama hizo dar la libertad a los tres hermanos, después de haber hecho pagar sus deudas, y les reintegró a ellos y a sus mujeres en sus posesiones. Por lo cual, en medio de la general gratitud, Alejandro y su esposa partieron de Florencia, llevando consigo a Agolante, y llegados a París, fueron honrosamente recibidos por el rey. De allí pasaron a Inglaterra los dos caballeros, y tanto se interesaron con el rey, que éste devolvió su gracia a su hija y recibió con espléndidas fiestas a ella y a su yerno, al cual poco después le nombró caballero con gran ceremonia y le donó el condado de Cornouailles. Tal se condujo Alejandro y tanto supo hacer, que hizo poner en paz al hijo con el padre, siguiéndose de esto gran bien a la isla y conquistándose el amor y la gracia de todos los del país; y Agolante recobró por completo todo cuanto les estaban debiendo y regresó rico a Florencia, habiéndole hecho antes caballero el conde Alejandro. Gloriosamente vivieron después el conde y su mujer, y según algunos afirman, que con su prudencia y valor y con la ayuda de su suegro, conquistó después la Escocia y fue coronado rey de ella.

## Cuento cuarto

### *Landolfo Ruffolo*

Landolfo Ruffolo, habiendo empobrecido, se hace corsario, y apresado por los genoveses, naufraga y se salva encima de una caja llena de valiosísimas joyas, y recibido en Corfú por una mujer, regresa rico a su casa.

Lauretta estaba sentada al lado de Pampinea, y al ver que ésta se hallaba al feliz término de su cuento, sin aguardar orden alguna, empezó a hablar de esta suerte:

A mi modo de entender, graciosísimas damas, no puede darse acto mejor de la Fortuna, que el ver elevar a un hombre, desde la extrema miseria a una posición real, como la historia de Pampinea nos ha demostrado haber acaecido a su Alejandro. Y como que a cualquiera que de aquí en adelante refiera algo relativo al tema propuesto, le convendrá expresarse dentro de estos términos, no me avergonzaré de contar una historia que aun cuando contenga en sí mayores miserias, no por eso deja de obtener un tan espléndido resultado. Ya sé que si con aquélla se la compara, la mía será oída con menor atención, pero, no pudiendo hacer otra cosa, se me dispensará.

Créese que la playa marítima de Reggio a Gaeta, es, casi, la parte más deliciosa de Italia; en ella, bastante cerca de Salerno, hay una costa que mi-

ra al mar, y a la que los habitantes dan el nombre de costa de Amalfi, llena de pueblos pequeños, de jardines y de fuentes, y de hombres ricos y hábiles en el comercio; entre dichas ciudades, hay una, llamada Ravello, en la cual, si bien en la actualidad hay hombres ricos, hubo en otro tiempo uno, llamado Landolfo Ruffolo, que fue riquísimo. No bastándole a éste su riqueza, y deseoso de doblarla, estuvo a punto de perderla toda y de perderse a sí mismo.

Éste, pues, luego de hechos sus cálculos, como suelen hacerlo los comerciantes, compró un buque muy grande, lo cargó todo de varias mercancías adquiridas con su dinero, y se fue con ellas a Chipre. Allí encontróse con que habían ido muchos otros barcos llevando la misma clase de mercancías que había traído él; por cuyo motivo, no solamente se vio precisado a vender barato lo que había llevado, sino que si quiso despachar su género, se vio casi precisado a tirarlo; de modo que estuvo a punto de arruinarse. Vivamente consternado por esta contrariedad, no sabiendo qué hacer y viéndose convertido en breve espacio de tiempo de inmensamente rico, en poco menos que pobre, pensó en morir o resarcir sus pérdidas robando, para no tener que volver pobre a la población de donde había partido rico. Y, habiendo encontrado comprador para su buque, con este dinero y el que había sacado de sus géneros, compró un buque ligero para hacer el corso, lo armó y proveyó completamente de todo lo necesario para tal servicio y se dedicó a apropiarse de cuanto pudo y, especialmente, atacando a los turcos. En esta industria le fue la fortuna mucho más benévola de lo que le había sido en el comercio. Casi en menos de un año, robó y apresó tantos buques turcos, que se encontró con que no solamente había recobrado lo que había perdido en su negocio, sino que lo había multiplicado considerablemente. Por lo cual, reprimido el primer dolor de la pérdida, conociendo que tenía bastante, para no caer en el segundo, demostróse a sí propio que debía darse por satisfecho con lo que tenía, sin pretender alcanzar más; y por lo tanto, dispúsose a volver a su casa con aquello, y teniéndole miedo a las mercancías, no pensó en volver a emplear su dinero, sino que, azotando el agua con los remos, emprendió el regreso en aquel mismo buquecillo con que lo había ganado. Llegado ya al Archipiélago, levantóse por la tarde un siroco, impetuoso viento, que no solamente era contrario a su camino, sino que hacía tan gruesa la mar, que su pequeña embarcación no la habría podido resistir; por cuyo motivo se refugió en una ensenada que una pequeña isla ponía al cubierto de aquel viento, proponiéndose esperar allí a que soplase otro mejor. Poco después llegaron con gran trabajo a aquella ensenada dos grandes gabarras genovesas, que venían de Constantinopla, para librarse de lo que Landolfo se había librado. Los tripulantes de aquellos barcos, al ver la pequeñez del buque, cerráronle el camino de salida, y sabedores de quién era su dueño y conociendo ya su fama de acaudalado, como hombres naturalmente ávidos de dinero y rapaces, dispusieronse a apoderarse de él. Y habiendo hecho saltar a tierra parte de su gente provista de ballestas y bien armada, hicieronle ir a un sitio desde el cual nadie podía saltar del pequeño buque si

no quería ser arrestado, y embarcándose en botes de remo y ayudados por el mar, acercáronse a la pequeña embarcación de Landolfo, con poco trabajo y en breve espacio de tiempo, sin perder un hombre, se apoderaron de ella a mansalva; y haciendo subir a Landolfo a una de sus gabarras, y sacando del buque todo lo que contenía, lo echaron a pique. Al día siguiente, habiendo mudado el viento, hiciéronse a la vela las gabarras, tomando rumbo hacia poniente, y todo aquel día tuvieron próspero viaje, pero a la caída de la tarde, se levantó un viento tempestuoso, que, encrespando las olas, separó una de otra las dos gabarras. La fuerza del viento hizo que la en que iba el desdichado y pobre Landolfo, fuese a chocar con gran ímpetu contra un bajío sobre la isla de Cefalonia, y que se abriese y triturasen lo mismo que un vidrio al dar contra una pared; por lo cual, los infelices que iban en ella, como estuviese lleno el mar de mercancías, cajas y cuadros que flotaban, como suele acontecer en tales casos, aun cuando la noche fuese muy oscura y la mar muy gruesa y embravecida, nadando, los que sabían nadar, empezaron a agarrarse a los objetos que por casualidad les venían delante. El infeliz Landolfo, entre ellos, aun cuando durante el día anterior había llamado muchas veces la muerte, ante la alternativa de aceptarla o de volver pobre como se encontraba a su casa, al verla dispuesta, tuvo miedo; y, obrando como los demás, habiéndole venido a mano una tabla, agarróse a ella, pensando que tal vez Dios, haciendo él por no ahogarse, le enviaría algún auxilio para su salvación, y cabalgando en ella lo mejor que pudo, juguete del viento y de las olas, se sostuvo hasta que amaneció el día, llegado el cual, y mirando en torno suyo, nada más vio que nubes y mar y una caja que, nadando sobre las olas del mar, se le acercaba a veces con gran miedo de Landolfo, temeroso de que aquella caja fuese a chocar tal vez contra él y le lastimase; y cada vez que se le venía cerca, la alejaba cuanto podía con una mano, si bien poca fuerza podía hacer con ella. Mas, a todo esto, desatóse súbitamente en el aire un torbelino de viento que, yendo a dar en el mar, con tal fuerza empujó aquella caja, arrojándola sobre la tabla donde se hallaba Landolfo, que, tumbada ésta, fue el náufrago a parar bajo las olas; mas éste volvió a subir nadando a la superficie, ayudado más por el miedo que por la fuerza y vio la tabla muy lejos de él; por lo cual, temiendo no poder alcanzarla, se cogió a la caja, que tenía bastante cerca, y apoyando en su tapa el pecho, mantenía la derecha con los brazos lo mejor que le era posible. En esta posición, traído y llevado por las olas, no comiendo porque no tenía de qué, y bebiendo más de lo que hubiera querido, sin saber dónde estaba y ver otra cosa que mar, pasó todo aquel día y la siguiente noche. Al otro día, fuese por voluntad del Cielo o fuese por la fuerza del viento, empapado de agua como una esponja y aguantándose fuertemente con ambas manos en los bordes de la caja, como vemos lo hacen los que están a punto de ahogarse cuando se apoderan de algo, llegó Landolfo a la isla Corfú, donde una pobrecita mujer estaba casualmente lavando y pulimentando con arenilla y agua salada su batería de cocina. Esta mujer, al verle aproximarse, como no reconociese en él forma humana, retrocedió azorada y

dando gritos. Landolfo no podía hablar y veía apenas, y por esto nada le dijo; pero cuando el mar le llevó hacia la tierra, conoció ella la forma de la caja y, mirando después con más detención, logró ver primeramente los brazos tendidos sobre la caja, distinguió luego el rostro, y se imaginó quién fuera aquel ser. Por lo cual, movida a compasión y avanzando algo hacia el mar, que estaba ya tranquilo y cogiéndole por los cabellos, atrájole hacia tierra con la caja y todo, y allí, haciéndole desprender con gran trabajo las manos de la caja y colocando ésta en la cabeza de una hija suya que con ella estaba, llevóle a él a tierra, como si llevase un niño, y metiéndole en un baño caliente, tanto le frotó y le lavó con agua caliente, que le devolvió su perdido color y algunas de sus perdidas fuerzas; y habiéndole secado cuando le pareció oportuno, reanimóle con un poco de carne y de buen vino, y le tuvo en su casa lo mejor que pudo durante algunos días, llegando éste al fin, ya recobradas las fuerzas, a conocer dónde se hallaba. Por lo cual, parecióle a la buena mujer que debía devolverle su caja, que le había salvado, y decirle que bendijese su buena suerte, y así lo hizo. Éste, que no recordaba tal caja, la aceptó al presentársela la buena mujer, calculando que no sería tan escaso su valor, que no pudiera atender algunos días a sus necesidades; algo desesperanzado se sintió al notar su poco peso; no obstante, mientras la buena mujer se hallaba ausente, la desclavó para ver qué había dentro, y encontró en ella muchas piedras preciosas, sueltas y engarzadas; y como entendía algo en pedrerías, al verlas y conocer su gran valor, cobró ánimos, alabando a Dios que no había querido abandonarle todavía. Pero como en poco tiempo había sido cruelmente maltratado dos veces por la fortuna, temiendo la tercera, juzgó conveniente tener mucha cautela si quería poder llevar aquello a su casa; por lo cual, envolviendo las piedras lo mejor que supo en algunos andrajos, le dijo a la buena mujer que ya no tenía necesidad de la caja y que si le parecía bien se quedase con ella y le diese en cambio un saco. Hízolo con mucho gusto la mujer y Landolfo, después de haberle dado las más expresivas gracias por el favor que de ella había recibido, echóse el saco al hombro, despidiéndose de ella y entrando en una barca, pasó a Brindis, y siguiendo la costa, llegó hasta Trani, donde habiendo encontrado a unos paisanos suyos que eran negociantes de paños, refirióles todos los accidentes que le habían acaecido, a excepción del de la caja, y ellos le vistieron casi por amor de Dios, prestándole además cabalgadura y acompañándole hasta Ravello, a donde decíales que deseaba volver. Una vez llegado, considerándose ya seguro, dio gracias a Dios por haberle conducido allí, tomó su saquito, y examinando con mayor atención lo que éste contenía, vio que tenía tantas y tales piedras que, vendiéndolas a buen precio y aun a menos de su valor, era él dos veces más rico que cuando partiera. Después que hubo encontrado el medio de despachar sus piedras, envió a Corfú una buena suma de dinero a la buena mujer que le había sacado del mar, en pago del servicio recibido, y otro tanto hizo con los de Trani que le habían vestido, y, sin querer hacer nuevos negocios, quedóse con lo restante y vivió honradamente hasta el fin de sus días.

## Cuento quinto

### *El rubí*

Habiendo ido Andreuccio de Perugia a Nápoles para comprar caballos, se salva de tres accidentes que le sobrevienen en una sola noche y vuelve a su casa con un rubí.

—Las piedras encontradas por Landolfo Ruffolo —empieza diciendo Fiammetta, a quien le tocaba el turno—, me han traído a la memoria una historia que no contiene muchos menos peligros que la referida por Lauretta; mas con la diferencia de que aquellos fueron en algunos años y éstos acaecieron en el espacio de una sola noche, como vais a oír.

Según me contaron, hubo en Perugia un joven llamado Andreuccio di Pietro, corredor de caballos, el cual, habiendo oído decir que en Nápoles había un buen mercado de ellos, púsose quinientos florines de oro en la bolsa, no habiendo estado jamás fuera de su casa y se fue allá con otros mercaderes; llegados a Nápoles un domingo al anochecer, y ya bien informado por su huésped, a la mañana siguiente se dirigió al mercado, donde vio muchos equinos, y siendo bastantes los que le agradaron, quiso comprar, sin poder hacer tratos con ninguno; para demostrar que tenía ganas de comprar, y, obrando tontamente y sin cautela, sacó varias veces aquella bolsa donde tenía sus florines, en presencia de los que por allí iban y venían. Mientras estaba en estos tratos y como hubiese dejado ver su bolsa, acaeció que pasó por su lado sin que él lo notara, una joven siciliana hermosísima, pero dispuesta a complacer por poco dinero a cualquier hombre, y como vio su bolsa, súbitamente se dijo:

—¿Quién estaría mejor que yo si ese dinero fuese mío? —y pasó adelante.

Iba con esta joven una vieja, también siciliana, la cual, al ver a Andreuccio, dejando que la joven siguiera adelante, corrió a abrazarle afectuosamente, viendo lo cual la joven, púsose a observarla aparte y sin decir palabra. Volvióse Andreuccio hacia la vieja, y, habiéndola conocido, la obsequió mucho y ella, después de prometerle que le iría a ver en su posada, separóse de él sin tener gran conversación, mientras Andreuccio seguía en sus tratos, aun cuando nada compró aquella mañana. La joven, que había visto primeramente la bolsa de Andreuccio y luego la familiaridad de su vieja con él, para probar si encontraba algún medio para hacer suyo todo o parte de aquel dinero, empezó a enterarse cautelosamente quién era él y de dónde y qué hacía allí y cómo le conocía la vieja. Contestó ésta a sus preguntas sobre el chálán con tantos detalles como él mismo los hubiera podido dar, por haber ella vivido largo tiempo en Sicilia y luego en Perugia con su padre; contóle, además, dónde se hospedaba y a lo que había venido. La joven, perfectamente enterada de su parentela y de sus nombres, sirvióse de esto para satisfacer su codicia, y volviéndose a casa, dio faena a la vieja para todo el día, a fin de que no pudiera ir a ver a Andreuccio, y llamando a una muchacha que tenía bien

amaestrada para tales servicios, envióla al anochecer a la posada donde Andreuccio se hospedaba. Llegada ésta allí, encontróle casualmente solo en la puerta y le preguntó por él mismo, y como éste le contestara que era él, abrazóle ella aparte y le dijo:

—Señor una gentil dama de esta tierra tendría sumo gusto en hablar con vos cuando a vos os pareciese bien.

Al oír a la muchacha sintióse halagado y creyéndose buen mozo, figuróse que aquella dama estaba enamorada de él, y se apresuró a contestar que estaba dispuesto a ir y le preguntó dónde y cuándo quería hablarle aquella dama, a lo cual respondió la muchacha:

—Señor, cuando a vos os plazca venir, ella os aguarda en su casa.

Sin decir cosa alguna en la posada, apresuróse Andreuccio a decir:

—Anda, pues, adelante; yo iré detrás de ti.

Guióle la chicuela a la casa donde vivía la joven, que la tenía en la calle de Malpertugio, cuyo sólo nombre demuestra ya lo que aquella calle era. Pero nuestro chalán, que nada de esto sabía ni sospechaba, creyendo ir a un paraje muy decente y a una mujer apreciable, penetró sin recelo en la casa precedido por la muchacha, y, al subir las escaleras, como la chicuela hubiese llamado ya a su ama y le hubiese dicho: *Aquí está Andreuccio*, vio a la que él creía gran señora, aguardándole en lo alto de la escalera. Bastante joven era todavía ésta, de elevada estatura y hermosísimo semblante y vestida y adornada con bastante buen gusto. Cuando Andreuccio llegó cerca de ella, salióle ésta al encuentro descendiendo tres escalones, con los brazos abiertos, y rodeándole con ellos el cuello, permaneció unos instantes sin decir palabra, cual si se lo impidiera el exceso de su ternura; después, llorando, le besó la frente y con voz algo entrecortada, dijo:

—Bienvenido, bienvenido seas, Andreuccio mío.

—Vos debéis ser, señora, la bien hallada.

Tomándole luego ésta por la mano, condújole a su salón, y luego, sin cambiar con él nuevas palabras, penetró en su habitación, donde se aspiraba el perfume de las rosas, de la flor de azahar y de otros muchos varios agradables olores, divisando él allí un precioso lecho cubierto con cortinajes y muchos vestidos en las perchas, según allí es costumbre, y otros bastante hermosos y ricos muebles; por todo lo cual, como hombre novel, firmemente creyó que debía ser ella una gran Señora; y habiendo ido a sentarse juntos en una caja que había al pie del lecho, así empezó ella a expresarse:

—Tengo por muy seguro, Andreuccio, que te maraville, tanto de las caricias que te hago como de mis lágrimas, porque no me conoces, ni tal vez jamás me has oído nombrar; pero en breve oirás cosa que acaso te haga maravillillar más, y es que yo soy hermana tuya, y dígotte que, puesto que Dios me ha otorgado tan gran beneficio de que antes de mi muerte haya visto a alguno de mis hermanos (como que deseo veros a todos), a cualquier hora que muera moriré consolada, y si tal vez tú jamás oíste eso, voy a decírtelo yo. Pietro, tu padre y el mío, vivió largo tiempo en Palermo, como creo lo has podido saber, y por su bondad y amabilidad fue y es aún, bastante querido de

cuantos le conocieron, mas entre los que mucho le quisieron, mi madre, que fue noble señora y era viuda entonces, fue quien más le quiso. Tanto, que olvidando el temor a su padre, a sus hermanos y a su propio honor, hasta tal punto se familiarizó con él, que de aquella familiaridad nació yo y soy tal y conforme tú me ves. Después, habiendo tenido Pietro necesidad de marcharse de Palermo y volver a Perugia, me dejó siendo aún muy niña con mi madre, sin que jamás, que yo sepa, volviera a acordarse ni de ella ni de mí; de lo cual, yo, si no hubiera sido mi padre, duramente le reprendería en vista de su ingratitud, manifestada hacia mi madre (haciendo caso omiso del cariño que me debía tener a mí como a hija suya que no nació de criada ni de mujer vil), la cual, movida por fidelísimo amor, puso sus cosas y se puso ella misma en sus manos sin saber quién fuese él. ¿Pero qué? Las cosas mal hechas y de fecha larga, es más fácil reprenderlas que enmendarlas; la cosa no tiene remedio. Dejóme él pequeñita en Palermo, donde, siendo ya tan crecida casi como ahora, mi madre, que era una rica dama, me dio por esposo a un amable y excelente hombre de Gergenti, quien por amor a mi madre y a mí, vino a vivir en Palermo, y aquí, siendo güelfo apasionado, empezó a conspirar con nuestro rey Carlos, lo cual, sabido por el rey Federico antes de que se pudiese poner en ejecución lo proyectado, fue causa de que debiéramos huir de Sicilia cuando yo esperaba ser la más gran señora que jamás hubiera habido en aquella isla, por cuyo motivo, llevando con nosotros las pocas cosas que recoger pudimos (y digo pocas por las muchas que teníamos), abandonando tierras y palacios, vinimos a refugiarnos en este país, donde encontramos al rey Carlos, tan bueno para con nosotros que, habiendo resarcido en parte los perjuicios que por él habíamos tenido, nos ha dado casas y hacienda y continuamente le da a mi marido, que es tu cuñado, buena provisión, como podrás ver todavía, y de esta suerte estoy aquí donde tú ves, dulce hermano mío, gracias a la bondad de Dios y no a la suya.

Dicho esto, nuevamente le abrazó, y llorando aún con ternura, le besó en la frente. Andreuccio, al oír fábula tan bien ordenada y con tanta seriedad referida por la joven siciliana, sin que ni por un momento expiráisen en sus labios las palabras y se le trabase la lengua y recordando ser verdad que su padre había residido en Palermo y conociendo por sí propio las costumbres de los jóvenes, que fácilmente se enamoran, y viendo las tiernas lágrimas, los abrazos y los pudorosos besos de la siciliana, tuvo por sobradamente cierto lo que ella decía; y cuando ella hubo dejado de hablar, le contestó:

—No debe pareceros extraño, señora que yo me asombre, pues realmente, fuese que mi padre, porque así le conviniera, jamás me dijera cosa alguna de vuestra madre ni de vos, o fuese que, si algo dijo, no haya llegado a mi noticia, yo por mí, ningún conocimiento tenía de vos, como si no existierais, y me es tanto más grato haberos encontrado aquí, hermana mía, cuanto más solo estoy y menos me esperaba esto. Y en realidad, no ya a mí, obscuro negociante que soy, sino hasta al hombre de más elevada alcurnia debe serle grato este descubrimiento. Mas una cosa os ruego que me pongáis en claro: ¿cómo supisteis vos que me hallaba yo aquí?

A cuya pregunta respondió la joven:



—Me lo hizo saber esta mañana una pobre mujer que viene con frecuencia a mi casa, porque (a lo que ella me dice), vivió largo tiempo con nuestro padre en Palermo y en Perugia, y a no haber sido que me pareció cosa más digna que vinieses tú a verme en mi casa que yo a verte en la ajena, mucho rato ha que te habría ido a encontrar.

Después de estas palabras, empezó ella a preguntar distintamente por todos sus parientes, nombrándolos uno a uno, contestando Andreuccio a todas sus preguntas, haciéndole esto creer todavía más lo que menos creer debía. Habiendo sido larga la conversación y muy grande el calor, ella hizo traer vino de Grecia y confituras, e hizo dar de beber a Andreuccio, y como después de esto quisiera él marcharse por ser la hora de cenar, no se opuso ella, pero aparentando suma turbación y abrazándole, dijo:

—¡Ay, desdichada de mí, qué bien claro conozco lo poco que me quieres! ¿Qué hay que pensar si hallándote con una hermana a quien jamás viste y en su casa, donde al venir aquí debiste haberte hospedado, quieres salir de esta casa para ir a cenar a la posada? Positivamente cenarás conmigo, y aun cuando se halle ausente mi marido, cosa que siento mucho, yo, en lo que como mujer pueda, te obsequiaré bien.

No sabiendo Andreuccio qué contestar a estas palabras, dijo:

—Os quiero tanto como debe quererse a una hermana, pero si no voy allá, me estarán esperando toda la noche para cenar y cometeré una descortesía.

—A Dios gracias —repuso entonces ella—; tengo en casa a quien mandar a decir que no se te espere, aun cuando obrarías más cortésmente y cumplirías mejor tu deber con mandar a decir a tus compañeros que vinieran a cenar aquí y después, si te quisieras marchar, podríais ir todos juntos.

Andreuccio contestó que aquella noche no necesitaba compañeros, pero que, puesto que éste era su gusto, se acomodaba a su voluntad. Entonces ella fingió mandar a decir a la posada que no le aguardasen a cenar; y luego, tras otro largo rato de conversación, pusieron a la mesa, donde les fueron servidos exquisitos manjares, procurando ella astutamente prolongar la cena hasta cerrada la noche, y, habiéndose levantado ya la mesa, y queriendo Andreuccio marcharse, dijo ella que por ningún concepto lo consentiría, porque Nápoles no era población por donde se pudiera andar de noche, y mayormente tratándose de un forastero que, al mandar él a decir que no le esperasen a cenar, había dicho también que no le esperasen a dormir. Creyendo Andreuccio esto y complaciéndole (engañado por su falsa creencia) estar con ella, se quedó. Mucho más larga fue, después de la cena, la conversación que sostuvieron, no sin asunto, y habiendo transcurrido parte de la noche, ella, dejando a Andreuccio que durmiese en su habitación junto con un criadito que le sirviera si algo necesitaba, se fue con sus mujeres a otra habitación. El calor era excesivo, por lo cual, Andreuccio en cuanto se vio solo, desnudóse a toda prisa y quitóse los calzones, colocándolos a la cabecera de la cama, y como necesitase aligerarse del peso sobrante de su vientre, preguntó al chico dónde debía ir para ello; mostróle éste una puerta en uno de los ángulos de la habitación, y dijo:

—Id allá dentro.

Penetrando sin desconfianza, puso Andreuccio el pie encima de una tabla, la cual, como estuviese desclavada por su extremo opuesto, se hundió con él; mas tanto le quiso Dios, que ningún daño le produjo la caída, a pesar de haber caído de cierta altura, pero quedó revestido de la porquería de que aquel sitio estaba lleno.

Para que mejor comprendáis lo que queda dicho y lo que sigue, os diré cómo estaba dicho sitio. En un pequeño y estrecho callejón (como los vemos con frecuencia entre dos casas) y encima de dos travesaños colocados entre una y otra casa, descansaban algunas tablas y el sitio para sentarse; una de estas tablas fue la que cayó con él. Al hallarse, pues, allá abajo, Andreuccio empezó a llamar al muchacho, mas éste en cuanto le oyó caer, corrió a decírselo a la siciliana, la cual, corriendo a su habitación se dio prisa en buscar las ropas del caído, habiéndolas encontrado junto con el dinero que el desconfiado joven llevara siempre encima. Teniendo ya aquello para que había tendido ella aquel lazo, fingiéndose nacida en Palermo y hermana de un perugiano, no cuidándose ya más de él, dióse prisa en cerrar la puerta por donde saliera él al caer. Como el muchacho no le respondiese, empezó Andreuccio a llamar más recio, pero era en vano. Por lo cual, empezando ya a sospechar y a apercibirse tarde del engaño, subiendo encima de un pequeño muro, que separaba de la calle el callejón y saltando a ella, encaminóse a la puerta de la casa, que conocía perfectamente, y llamó a ella en vano, y durante largo rato llamó, gritó y golpeó. Lamentándose de ello al ver tan clara su desventura, empezó a decir:

—¡Desdichado de mí! ¡En cuán breve plazo he perdido quinientos florines y una hermana!...

Y después de muchas otras palabras, empezó de nuevo a golpear la puerta y a gritar; y tanto hizo, que muchos vecinos de las casas inmediatas, a quienes despertó, no pudiendo soportar aquella molestia, se levantaron, y una de las criadas de la siciliana, haciéndose la soñolienta, asomóse a la ventana y dijo en malhumorado tono:

—¿Quién llama ahí abajo?

—¿No me conoces? —respondió Andreuccio—. Soy Andreuccio, hermano de la señora Fiordaliso.

A lo cual respondió ella:

—Buen hombre, si has bebido demasiado, vete a dormir y vuelve mañana por la mañana; no sé qué Andreuccio ni qué tonterías son esas que dices, vete en buena hora y déjame dormir, si quieres.

—¡Cómo! —exclamó Andreuccio— ¿No sabes lo que digo? Bien que lo sabes; pero si los parientes de Sicilia son de tal especie que en tan breve espacio de tiempo se olvidan, devolvedme a lo menos mis ropas que os he dejado ahí y me iré de buena gana.

A lo cual contestó ella riendo:

—Paréceme, buen hombre, que estás soñando.

Decir esto, meterse dentro y cerrar la ventana, fue todo uno.

Convencido ya de su desgracia, Andreuccio, su dolor estuvo a punto de convertir en rabia su enojo, y se propuso obtener a la fuerza lo que con

palabras no podía recobrar; por lo cual, cogiendo una enorme piedra, comenzó a golpear bravamente la puerta, con golpes mucho más recios que antes. Muchos de los vecinos que antes se habían despertado y levantado, cansados de que fuese algún malintencionado que soltase estas palabras para fastidiar a aquella buena mujer, incomodados por su manera de llamar, asomáronse a las ventanas y a la manera como se le echan encima a un perro forastero todos los del país, empezaron a decir:

—Es una indignidad esto de venir a tal hora a hacer tales burlas en casa de unas mujeres de bien: ¡ea, buen hombre, anda con Dios, déjanos dormir, si quieres; y si algo tienes que habértelas con ella, vuelve mañana, y no nos des a estas horas tan mal rato!

Animado por tales palabras, uno que estaba dentro de la casa, alcahuete de la damisela a quien él no había visto ni oído, asomóse a la ventana y con voz horrible y fiera dijo:

—¿Quién esta ahí abajo?

Levantando Andreuccio la cabeza al oír aquella voz, vio a un individuo que, por lo poco que distinguir pudo, parecía ser un hombrón, con una barba negra y espesa y que bostezaba y se frotaba los ojos como si acabase de salir de la cama o de despertar.

Contestóle Andreuccio, no sin miedo:

—Soy un hermano de la mujer de ahí adentro.

Sin esperar el otro a que Andreuccio terminase su respuesta, replicóle con voz más enérgica que antes:

—No sé lo que me detiene, para que no vaya ahí abajo y te dé tantos palos como puedan aguantar tus espaldas, asno, fastidioso y borracho, que no vas a dejarnos dormir esta noche.

Y haciéndose atrás, cerró la ventana. Algunos de los vecinos, que conocían mejor la clase de hombre que era aquél, hablando buenamente a Andreuccio, le dijeron:

—¡Por Dios, buen hombre, márchate, no quieras que te maten aquí esta noche; por tu bien te lo decimos!

Asustado Andreuccio por la voz y el aspecto del alcahuete e impulsado por las exortaciones de los otros que parecía le hablasen movidos por la caridad, incomparablemente acongojado y sin esperanza de recobrar su dinero, echó a andar, sin saber a dónde iba, hacia el lado por donde había seguido a la chicuela, para volverse a la posada. Y no pudiendo soportar el hervor que sentía de sí mismo, deseoso de ir al mar para lavarse, dobló a mano izquierda y echó a andar por una calle llamada Ruga Catalana; y mientras se dirigía a la parte alta de la ciudad vio delante de él a dos sujetos que venían hacia él con una linterna en la mano, y temiendo que no fuesen patrulladores o malhechores, cautelosamente fue a ocultarse para evitarlos, en una casa arruinada que vio allí cerca. Pero aquéllos, cual si hubieran sido enviados precisamente allí mismo, penetraron en aquellas mismas ruinas; y allí, uno de ellos, descargándose ciertas herramientas que llevaba al cuello, empezó a mirarlas junto con el otro, diciendo varias cosas con aquéllas relacionadas. Mientras estaban hablando, dijo el uno:

—¿Qué significa esto? Siento un mal olor como no me parece haberlo sentido mayor.

Y dicho esto, levantaron la linterna, vieron al infeliz Andreuccio y preguntaron sorprendidos:

—¿Quién está ahí?

Callaba Andreuccio: pero acercándose ellos con la luz, le preguntaron qué hacía allí tan sucio, y Andreuccio les refirió detalladamente lo que le había acontecido. Presumiendo ellos dónde podía haberle acaecido aquello, dijeron entre sí: “Indudablemente ha pasado esto en casa del mesnadero Butafuoco”. Y dirigiéndose a él, añadió uno de ellos:

—Buen hombre: con todo y haber perdido tu dinero, muchas gracias debes dar a Dios de que te sobreviniese esa caída y no pudieses volver a penetrar en la casa; porque, si no hubieras caído, ten la seguridad de que, en cuanto hubieras cogido el sueño, habrías sido asesinado y, con el dinero, habrías perdido la vida. Pero ¿de qué te sirve ya tu llanto? Tan difícil te será recobrar un solo florín, como atrapar estrellas del cielo; y hasta puedes ser asesinado, si el otro llega a saber que has hecho público este suceso.

Y luego de haberse hablado entre los dos, le dijeron:

—Mira, nos hemos compadecido de ti, y por eso, si quieres ayudarnos a hacer cierta cosa que vamos a hacer, nos parece poder asegurar que la parte que te tocará equivaldrá de sobra a lo que has perdido.

Andreuccio, en su desesperación, contestó que estaba dispuesto a seguirles. Aquel día enterraban a un arzobispo de Nápoles, llamado Monseñor Felipe Minutolo y le habían enterrado con riquísimos ornamentos y con un rubí en un dedo, que valía más de quinientos florines de oro, que era lo de que aquellos sujetos querían ir a apoderarse; y así se lo manifestaron a Andreuccio. Éste, con más codicia que prudencia, echó a andar con ellos, y encaminándose hacia la iglesia mayor, y como Andreuccio despidiese muy mal olor, dijo uno de ellos:

—¿No podremos hallar manera de que ése se lave un poco en cualquier parte para que no huela tan atrozmente?

—Ahí, cerca —contestó el otro— hay un pozo en el cual suele quedar puesta la garrucha y un gran cubo; vamos allá y le lavaremos en un momento.

Llegados a aquel pozo, vieron que realmente estaba puesta la cuerda, pero que habían quitado el cubo; por lo cual, juntos acordaron atarle a la cuerda y deslizarle al pozo, y que él, una vez abajo, se lavase y una vez estuviese lavado, moviese la cuerda y ellos le sacarían arriba; y así lo hicieron. Acaeció que cuando los dos sujetos le habían bajado al pozo, algunos patrulleros de la señoría, que tenían sed, por el calor que hacía y por haber perseguido a alguien, vinieron a beber a aquel pozo. Al verles, los dos sujetos echaron a huir más que de prisa, sin ser vistos por los patrulleros que iban a beber allí. Habiéndose lavado ya, Andreuccio, que se hallaba en el fondo del pozo, meneó la cuerda, y los sedientos patrulleros, dejando a un lado sus escudos, armas y jubones, empezaron a tirar de la cuerda, creyendo que estaba atado a ella el cubo lleno de agua. Cuando se vio cerca del brocal del pozo, Andreuccio, soltando la cuerda, cogióse a aquél con las manos. Lo cual, visto por los patru-

llos, poseídos de repentino miedo, abandonaron la cuerda sin decir palabra, y empezaron a huir a toda prisa; cosa que asombró de tal manera a Andreuccio que, a no haberse agarrado bien, habría caído al fondo del pozo, no sin riesgo de hallar en él gran daño o tal vez la muerte; y habiendo salido del pozo y encontrado aquellas armas, que sabía no llevaban sus compañeros, fue todavía mayor su asombro. Atemorizado y no sabiendo qué significaba aquello, lamentándose de su mala suerte, resolvió marcharse de allí sin tocar cosa alguna y echó a andar sin dirección fija. Así andando, encontróse con aquellos dos compañeros que iban a sacarle del pozo; al verle, llenos de asombro le preguntaron quién le había sacado, contestándoles Andreuccio que no lo sabía, y contándoles detalladamente lo acaecido y lo que fuera del pozo había hallado. Comprendieron el porqué habían huido, y quiénes habían sido los que le subieron; y sin añadir palabra, como estuviesen ya a medianoche, dirigieronse a la iglesia mayor, penetraron sigilosamente en ella y fueron al sepulcro, que era de mármol y muy espacioso, y levantaron con un hierro la cubierta, que era muy pesada, lo suficiente para que pudiera pasar un hombre, apuntalándola en seguida. Hecho esto, preguntó el uno:

—¿Quién se meterá dentro?

A lo cual respondió el otro:

—No seré yo.

—Ni yo —repuso el primero—, entra tú, Andreuccio.

—No hago yo eso —dijo Andreuccio.

Volviéndose a él los dos sujetos replicaron:

—¿Que no entras? A fe de Dios, que si no entras ahí, te daremos tal tanda de golpes en la cabeza con uno de estos palos de hierro que te dejaremos sin vida.

Obedeció por miedo Andreuccio, y mientras entraba, iba pensando: "Ésos me hacen entrar aquí para engañarme, para cuando se lo haya entregado todo, mientras yo intente salir de la tumba, se marcharán ellos por su lado y me quedará yo sin cosa alguna". Propúsose, de consiguiente, de hacerse primeramente su parte, y acordándose de la rica sortija de que había oído hablar, en cuanto hubo bajado al fondo, sacóse la del dedo al Arzobispo y se la puso él; y luego, desnudó al difunto del pastoral, de la mitra, de los guantes y de sus vestiduras hasta dejarle en camisa, y se lo entregó todo a los otros, diciendo que nada más había allí. Éstos, sosteniendo que debía haber la sortija, dijéronle que buscara por todos lados; mas él les hizo estar aguardando un rato, fingiendo que estaba buscando y diciéndoles que no la hallaba. Los de fuera, tan maliciosos como él, insistieron en que buscara bien, para ganar tiempo y, sacando afuera el puntal que sostenía la losa, huyeron, dejándole encerrado en la tumba.

Calcúlese lo que le pasó a Andreuccio al apercebirse de esto. Repetidas veces probó de levantar la losa con la cabeza y con las espaldas, pero en vano se fatigaba; abrumado de dolor y de fatiga, cayó sobre el inanimado, cuerpo del Arzobispo, y quien entonces le hubiera visto, difícilmente hubiera conocido si era el Arzobispo o él quien más muerto estaba. Cuando hubo vuelto en sí, empezó a llorar desconsoladamente, comprendiendo que allí debía es-

perarse sin duda alguna, uno de estos dos fines; o tener que morir de hambre y de hedor entre los gusanos del cadáver, en aquella tumba, si nadie acudía a abrirla, o si iba alguien y le encontraban dentro, le ahorcarían por ladrón.

Mientras así estaba discurriendo, presa de vivo dolor, oyó andar gente por la iglesia y hablar a muchas personas que, por lo que llegaba a sus oídos, comprendió que iban a hacer lo que él con sus compañeros había hecho ya; cosa que hizo subir de punto sus temores. Cuando los recién llegados hubieron abierto la tumba y la hubieron apuntalado, suscitóse entre ellos la discusión sobre quién debía meterse dentro, sin que hubiese quien lo quisiera hacer; pero tras larga discusión, dijo un sacerdote:

—¿De qué tenéis miedo? ¿Creéis que se os comerá? Los muertos no se comen a los hombres; entraré yo.

Dicho esto, apoyado el pecho sobre el borde de la tumba, y volviéndose de espaldas, sacó hacia afuera la cabeza y metió bien dentro las piernas con el propósito de bajar. Al ver esto Andreuccio, poniéndose de pie, tomó al cura por una pierna e hizo ademán de querer tirar de él; el cura, al sentirse apresado, soltó un estridente grito y se lanzó rápidamente fuera de la tumba. De lo cual, asustados los demás, dejando abierta la tumba, echaron a huir como si les persiguiera una legión de demonios. Al ver esto Andreuccio, más satisfecho de lo que se esperaba, lanzóse rápidamente fuera y salió de la iglesia por donde había venido. Y como se acercase ya el día, andando al azar llevando en el dedo la sortija, llegó a la plaza y de allí regresó de nuevo a su posada, donde encontró a sus compañeros y al posadero que habían estado ansiosos durante toda la noche por lo que podía haberle acaecido. Habiéndoles contado él lo que le había pasado, opinó el posadero que debía salir de Nápoles sin demora, cosa que Andreuccio se apresuró a hacer, regresando a Perugia, después de haber invertido en una sortija lo que había llevado para comprar caballos.

## Cuento sexto

### *Desgracia y fortuna de la señora Beritola*

La señora Beritola, hallada en una isla con dos corzos, habiendo perdido dos hijos, pasa a Lunigiana; aquí, uno de sus hijos se coloca con su señor y se acuesta con la hija de éste y es reducido a prisión. Habiéndose levantado Sicilia, entra el rey Carlos, y habiendo sido reconocido el hijo por su madre, cácase con la hija del señor, y, al encontrarse con su hermano, vuelve a ocupar una gran posición.

Jóvenes y damas habían reído mucho con la historia de Andreuccio contada por Fiammetta, cuando Emilia, comprendiendo que estaba terminado el cuento, y recibida orden de la reina, empezó a hablar así:

—Graves y desagradables son los movimientos varios de la fortuna, de los cuales cuantas veces algo se dice, tantas veces es un despertar de nuestra mente, que con facilidad se duerme en sus ilusiones, por lo cual juzgo que jamás deben, ni los afortunados ni los desdichados, tomar a mal el escucharla, puesto que hace avisados a los primeros y consuela a los segundos. Y por eso, aun cuando grandes cosas se hayan dicho precedentemente, voy a contaros una historia no menos verdadera que lastimosa, en la cual, aun cuando tuvo agradable término, hubo tantas y tan prolongadas amarguras, que apenas pudiera yo creer que por mucha alegría que le siguiera, se pudiese suavizar.

Imperando Federico II, fue coronado rey de Sicilia Manfredo, cerca del cual gozaba de gran crédito y posición un noble napolitano llamado Arrighetto Capece, quien tenía por esposa a una bella y gentil dama, también napolitana, llamada Beritola Caracciola. Cuyo Arrighetto, que tenía en sus manos el gobierno de la isla, sabedor de que el rey Carlos I había vencido en Benevento y dado muerte a Manfredo, y que todo el reino abrazaba el partido del senador, teniendo poca confianza en la escasa lealtad de los sicilianos, y no queriendo ser súbdito del enemigo de su señor, se disponía a huir. Pero sabido esto por los sicilianos, él y muchos otros amigos y servidores del rey Manfredo, fueron súbitamente entregados prisioneros al rey Carlos, a quien dieron luego posesión de la isla.

No sabiendo Beritola, en medio de tantos cambios, lo que era de Arrighetto, y temerosa siempre de lo que acaecido había, abandonando todos sus bienes, por temor a nuevos ultrajes, entrando en una barquilla con un hijo suyo de ocho años, llamado Giusfredi, y estando embarazada y pobre, huyó a Lípári, donde dio a luz otro hijo varón, a quien llamó el Scacciato, y tomando una nodriza, embárcase con todos en una pequeña nave, para volver a reunirse con sus parientes de Nápoles. Pero sucedió lo contrario de lo que ella se proponía, pues la fuerza del viento transportó a la isla Ponza la nave que debía ir a Nápoles, y penetrando allí en una pequeña ensenada, estuvieron esperando que el tiempo les dejara continuar su viaje. Beritola que, al igual que los demás pasajeros, había desembarcado en la isla, como hallara en ella un lugar remoto y solitario, púsose a lamentarse allí a solas de su Arrighetto. Y como cada día hiciese otro tanto, acaeció que, hallándose ella ocupada en sus lamentaciones, se les vino encima, sin que nadie se apercibiese de ella, una galera de corsarios, apoderándose de todo y de todos y siguiendo luego su camino.

Terminada su diaria lamentación, y al volver a la orilla del mar para volver a ver a sus hijos, como solía hacer, a nadie encontró allí, de lo cual se sorprendió al principio. Luego, sospechando de pronto lo que había sucedido, dirigió al mar los ojos y vio la galera, no muy lejos todavía, llevando a remolque la pequeña nave; por lo cual comprendió perfectamente que, cual al marido perdiera, a los hijos también había perdido; y pobre, sola y abandonada, sin saber dónde jamás podría volver a encontrarles, viéndose en tal situación, llamando a voces al marido y a los hijos, desvanecida cayó sobre la arena. No había allí quien con agua fría o por otro medio la hiciese recobrar

las perdidas fuerzas; pudiendo a su antojo los espíritus vitales andar vagando por donde mejor les plugo; mas cuando junto con las lágrimas y los quejidos hubieron vuelto al mísero cuerpo las perdidas fuerzas, por largo tiempo llamó a sus hijos y los anduvo buscando anhelante por todas las cavernas.

Mas cuando conoció que en vano se fatigaba y vio venir la noche encima, esperando sin saber qué, pensó en sí propia y, alejándose de la orilla, volvióse a aquella caverna a donde solía ir a llorar y a lamentarse. Y después que hubo pasado la noche entre gran miedo e incalculable dolor, venido el nuevo día y transcurrida ya la hora tercia, Beritola, que la noche antes no había cenado, impelida por el hambre, púsose a comer hierbas; y luego de haberse alimentado como pudo, empezó a formar, entre lágrimas, variados pensamientos sobre su futura vida. Mientras a ellos se entregaba, vio venir una corza, entrar en una caverna inmediata, salir de ella algo después y ponerse a recorrer el bosque; levantándose Beritola, penetró en la gruta de donde saliera la corza y vio allí dos pequeños corzos, nacidos tal vez aquel mismo día y que le parecieron la cosa más dulce y bonita del mundo; y como todavía a ella no se le había retirado la leche, tomólos con ternura y se los puso al pecho.

Sin rehusar tal servicio, mamaban de ella los pequeños corzos como con su madre lo hubieran hecho; y desde aquel instante, ninguna distinción hicieron entre su madre y ella. Por lo cual, pareciéndole a la gentil dama haber encontrado en aquel desierto lugar alguna compañía, comiendo hierbas y bebiendo agua y llorando tantas veces cuantas se acordaba del marido y de los hijos y de su pasada vida, hallábase dispuesta a vivir y a morir allí, habiéndose familiarizado tanto con la corza como con los hijos. Y llevando esta vida, la gentil dama había llegado a hacerse salvaje, cuando acaeció, al cabo de muchos meses, que una tempestad hizo arribar al sitio mismo de la costa, a donde antes había arribado ella, una pequeña nave de Pisa, que permaneció allí algunos días.

Iban en aquel buque un caballero llamado Currado, marqués de Malespini, con su mujer, dama animosa y santa; venían de una peregrinación a todos los santos lugares que existen en el reino de Pulla y regresaban a su casa.

Para distraer su fastidio, Currado púsose a recorrer cierto día la isla, en compañía de su esposa y de algunos de sus criados, y con sus perros; y al hallarse a corta distancia del sitio donde se hallaba Beritola, empezaron los perros de Currado a seguir a los dos corzos, que crecinitos ya, estaban paciendo, y que, acosados por los perros, a ninguna parte huyeron sino a la caverna donde hallábase Beritola. Al ver ésta lo que ocurría, poniéndose de pie y tomando un palo, obligó a los perros a retroceder, y al llegar allí Currado y su esposa, que siguieron a los perros, y ver a aquella mujer, que se había vuelto morena, delgada y velluda, asombráronse en gran manera, asombrándose mucho más ella a su vista. Después que, accediendo a los ruegos de ésta, hubo Currado hecho retroceder sus perros, él y su esposa, tras muchas instancias, lograron hacerle decir quién era y qué hacía allí, exponiéndoles Beritola sin rodeos su nombre, su condición, todo cuanto le ocurriera y su silvestre resolución.



Al oírla, Currado, que había conocido mucho a Arrighetto Capece, lloró compadecido y se esforzó en hacerla renunciar a tan extremado propósito, ofreciéndole restituirla a su casa, a tenerla en la suya, honrándola como a una hermana, permaneciendo allí hasta que Dios le procurase más adelante mejor suerte.

Como la dama no aceptase estas ofertas, Currado dejó con ella a su esposa, y le dijo que mandase traer de comer y que le proporcionasen ropas con que cubrir su desnudez y que emplease todos los medios para lograr llevársela consigo.

Habiéndose quedado con ella la gentil dama, después de llorar mucho con ella sus infortunios, y de hacer que trajeran ropas y manjares, con los mayores trabajos del mundo, la decidió al fin a vestirse y a comer, y al fin, tras muchos ruegos, como dijese ella que no quería ir jamás a donde la reconocieran, indújola a irse con ella a Lunigiana junto con los dos corzos y la corza, que durante aquel intervalo de tiempo había vuelto y le había prodigado a Beritola grandes caricias con gran asombro de la noble dama. Y llegado el buen tiempo, Beritola se embarcó en la nave con Currado y su esposa, llevando consigo la corza y los dos corzos (lo cual dio lugar a que como todos ignoraban su nombre, se le diese el de Cabrinola, que significaba corza), y gracias al buen viento, no tardaron en llegar al fin a la embocadura del Magra, desembarcando allí y subiendo a su castillo.

Allí permaneció Beritola al lado de la esposa de Currado, vistiendo ropas de luto y fingiendo ser su dama de honor, honrada, humilde y obediente, queriendo siempre a sus corzos y cuidando siempre de su alimentación.

Los corsarios que en Ponza habían apresado el buque donde había venido Beritola, dejándola, por no haberla visto, hicieron rumbo hacia Génova con toda la demás gente; y una vez allí, repartida la presa entre los dueños de la galera, tocóle casualmente en suerte a un señor, Gasparini de Oria, entre otras cosas, la nodriza de Beritola y con ella los dos niños, y éste la envió a su casa junto con los pequeños, con la intención de tenerlos como esclavos al servicio de la casa. Sumamente apesurada la nodriza por la pérdida de su señora y por la desventura en que habían caído ella y los dos niños, no cesaba de llorar; mas cuando vio que las lágrimas de nada aprovechaban y que era esclava junto con ellos, como que aun cuando fuese pobre era también prudente y perspicaz, empezó por animarse lo mejor que pudo y después de darse cuenta del país donde habían llegado, comprendió que si los dos niños llegasen a ser reconocidos, tal vez podría ocasionárseles algún perjuicio: y esperando además que un día u otro podría cambiar la fortuna y que ellos, si seguían viviendo, podrían volver a su perdida posición, decidió no comunicar a nadie quiénes eran, mientras no viera oportunidad para ello: y a cuantos sobre esto la interrogaban, decía que eran hijos suyos. Al mayor no le llamaba Giusfredi, sino Giannotto de Prócida; al menor no cuidó de cambiarle el nombre, y se apresuró a manifestar a Giusfredi el motivo porque le había cambiado el nombre y los peligros que podía correr si se le conociere; y esto se lo recordaba no una vez, sino muchas y con mucha frecuencia, secundando el muchacho que era muy inteligente, las lecciones de su prudente nodriza.

Mal vestidos y peor calzados, ocupados en toda clase de servicios bajos, permanecieron resignados los dos hermanos con la nodriza largos años en casa de Gasparini. Pero Giannotto, llegado ya a la edad de dieciséis años, como tenía más grande alma de la que a un esclavo le corresponde, desdenando la vida de su servil condición, embarcándose en galeras que iban a Alejandría, abandonó el servicio de Gasparini, y fue a muchos países sin que lograra adelantar.

Al fin, después de tres o cuatro años de la época en que había abandonado el servicio de Gasparini, como se hubiese hecho guapo y buen mozo y hubiese oído decir que su padre, a quien creía muerto, vivía aún, pero prisionero y cautivo en poder del rey Carlos, desesperando ya de la suerte y andando errante, llegó a Lunigiana, y allí se puso casualmente al servicio de Currado Malespini, sirviéndole con afabilidad y de buen grado. Y como varias veces viera a su madre, que siempre estaba con la esposa de Currado, ni la conoció, ni ella le reconoció a él; tanto a uno como a otro, les había transformado la edad desde que no se habían visto. Estando, pues, Giannotto al servicio de Currado, acaeció que una hija de éste llamada Spina que había enviudado de Nicolás de Grignana, volvió a casa de sus padres; como era bastante bella y agradable y contaba poco más de dieciséis años, puso casualmente los ojos en Giannotto y éste en ella, y ardientemente se enamoraron uno de otro. Este amor no tardó en producir sus efectos durando algunos meses antes de que nadie se enterase de él; lo cual hizo que los dos amantes, demasiado confiados, empezaran a tener menos discreción de la que tal cosa reclamaba.

Yendo cierto día la joven y Giannotto por un bosque hermoso y cubierto de árboles, habiéndose separado del resto de la comitiva se adelantaron, y creídos de que llevaban gran ventaja a los demás, detuviéronse en un paraje delicioso, alfombrado de hierbas y flores y cerrado por los árboles, y se abandonaron a recíprocas y amorosas expansiones. Y como largo rato hacía ya que estaban juntos, rato que el exceso del placer les hiciera juzgar muy breve, vinieron a sorprenderles, primero la madre de la joven y luego Currado.

En gran manera afligido éste al presenciar tal espectáculo, sin dar explicación alguna, mandó a tres servidores suyos que se apoderasen de ellos y les condujeran atados a un castillo suyo; y trémulo de ira y de indignación, hallábase dispuesto a hacerles morir ignominiosamente.

La madre de la joven, aun cuando estuviera muy turbada y considerase a su hija digna del más cruel castigo por su falta, habiendo comprendido, por alguna palabra de Currado, cuál era su intención respecto de los culpables, y no pudiendo consentirlo, apresuróse a reunirse a su airado esposo y empezó a suplicarle que por favor no se precipitara furiosamente a ser en su vejez el matador de su hija, y a mancharse las manos con la sangre de un criado suyo, y que buscara otra manera de satisfacer su ira, haciéndoles, por ejemplo, encarcelar, haciéndoles purgar y llorar en la cárcel el pecado cometido; y con tanta insistencia fue la piadosa señora diciéndole éstas y otras muchas palabras, que logró arrancar de su mente la idea de matarles; por lo cual, Currado ordenó que a él y a ella se les encerrase en distintos parajes y

que estuvieran bien custodiados, con poca comida y muchas privaciones, hasta tanto que él dispusiera sobre ellos otra cosa; y así se hizo.

Bien se deja comprender cuál sería su vida en cautiverio, entre continuas lágrimas y en ayunos más prolongados de lo que ellos hubieran necesitar. Llevando, pues, tan dolorosa vida Giannotto y Spina y habiendo transcurrido un año ya sin que Currado se acordase de ellos, acaeció que el rey Pedro de Aragón, valiéndose del señor Juan de Prócida, logró sublevar la isla de Sicilia y destronó al rey Carlos, suceso que Currado, como buen gibelino, solemnizó con grandes fiestas.

Al oírsele contar a alguno de sus guardianes, Giannotto lanzó un gran suspiro y dijo:

—¡Ay, triste de mí!, que he pasado catorce años arrastrando por el mundo una vida miserable sin esperar otra cosa que esta hora que acaba de llegar y para que ahora pierda la esperanza de todo bien, esta hora me ha encontrado encerrado en una cárcel, de la cual sólo muerto espero salir.

—¿Y qué? —preguntóle el carcelero—. ¿Qué te importa a ti lo que entre sí se hacen los grandes soberanos? ¿Qué tienes tú que ver con Sicilia?

A lo cual Giannotto contestó:

—Parece que se me rompe el corazón al acordarme de lo que era allí mi padre: pues aun cuando yo era muy niño cuando de allí huí, recuerdo todavía que le vi gran señor.

—¿Y quién fue tu padre? —insistió el carcelero.

A lo cual repuso Giannotto:

—Puesto que ahora lo puedo declarar sin ningún temor, sabrás que mi padre se llamaba y se llama si acaso vive, Arrigheto Capece, y que mi nombre no es Giannotto, sino Giusfredi; y no me cabe duda alguna de que si yo me hallase fuera de aquí y volviese a Sicilia, alcanzaría allí aún un puesto elevadísimo.

El buen hombre, sin hacer nuevas preguntas, corrió a contarle a Currado tan pronto como pudo este diálogo. Al oír esto Currado, aun cuando aparentó no hacer caso de lo que le decía el carcelero, yendo a avistarse con Beritola, le preguntó con tono afable si había tenido de Arrighetto algún hijo que llevase el nombre de Giusfredi. Llorando contestó la dama que si el mayor de los dos que había tenido viviera, se llamarla así y contaría veintidós años de edad. Apenas esto hubo oído, Currado comprendió que debía decir verdad su prisionero, y discurrió que siendo así, podía a un tiempo mismo ejercer un gran acto de misericordia y reparar su deshonor y la de su hija, dándosela a aquél por esposa; y a este fin, haciendo comparecer secretamente a Giannotto en su presencia, le interrogó detenidamente sobre su vida pasada, y encontrando por indicios sobradamente manifiestos que realmente era Giusfredi, hijo de Arrighetto Capece, le dijo:

—Tú sabes, Giannotto, cuál y cuán grande sea la injuria que me inferiste en mi propia hija, siendo así que tratándote yo bien y amigablemente cual debe hacerse con un servidor, tú debías buscar y hacer siempre cuanto redundase en honra mía y de todo lo mío, y habrían sido muchos los que, si tú les hubieses hecho lo que a mí me hiciste, te habrían hecho morir ignominio-

samente, cosa que mi piedad no consintió. Ahora, puesto que es verdad lo que me dices y eres hijo de hombre noble y de ilustre dama, quiero poner fin a tus angustias cuando tú mismo quieras y sacarte de la miseria y del cautiverio en que te hallas, volviendo a poner en su debido lugar tu honra y la mía a un tiempo mismo. Como tú sabes, Spina, a quien tú engañaste con amorosa amistad, que ni a ti ni a ella convenía, es viuda y lleva dote crecida y buena: tú sabes cuáles sean sus costumbres y conoces a sus padres; de tu situación presente nada digo. Así, pues, estoy dispuesto a que cuando tú quieras sea honestamente tu esposa allí donde deshonestamente fue tu amiga y a que vivas aquí con nosotros y con ella todo el tiempo que te plazca y como hijo mío.

El encierro había macerado las carnes de Giannotto, pero en nada había disminuido el generoso ánimo nacido de su origen, ni tampoco el firme amor que sentía por su amada. Y aun cuando ardientemente deseaba lo que Currado le ofrecía, en nada se doblegó en lo que la grandeza de su ánimo le indicaba deber decir, y respondió:

—Currado, ni el afán de señoría, ni el deseo de dinero, ni otra razón alguna, me hicieron poner jamás asechanzas como traidor a tu vida ni a tus cosas. Amé a tu hija y la amo y la amaré siempre, porque la juzgo digna de mi amor; y si yo hice con ella tratos poco honestos, según opinión vulgar, cometí aquel pecado que siempre la juventud lleva consigo y que si debiese suprimirse, fuera precisó suprimir también la juventud, y que si los viejos quisieran acordarse de haber sido jóvenes y medir las faltas ajenas con las suyas y las suyas con las ajenas, no sería tan grave como tú y muchos otros lo presentáis; y como amigo lo cometí, no como enemigo. Siempre he deseado lo que tú me ofreces, y si yo hubiera creído que se me debiera haber otorgado, mucho tiempo ha que la hubiera pedido; y ahora me será tanto más agradable cuanto menos lo esperaba. Si no tienes la intención que tus palabras me demuestran, no me hagas alimentar inútiles esperanzas, hazme volver a mi encierro y hazme sufrir en él cuanto te plazca, que cuanto amaré a Spina tanto te amaré siempre a ti por amor suyo y te respetaré, sea lo que fuere lo que conmigo hiciereis.

Asombróse Currado al oírle y comprendió que era un gran corazón y consideró ferviente su amor, por lo cual, poniéndose de pie, le abrazó y besó; sin más dilaciones ordenó trajesen secretamente a Spina a su presencia. La joven, en su prisión, se había puesto flaca, pálida y débil, parecía otra mujer, como Giannotto parecía otro hombre; de común acuerdo, en presencia de Currado, contrajeron esponsales según se usa entre nosotros. Y al cabo de algunos días, cuando, sin que nadie se enterase de lo acaecido, les hubo dado todo lo que necesitaban y podía serles agradable, pareciéndole ser ya ocasión oportuna de hacer contentas a las madres de ambos, mandó llamar a su esposa y a Beritola, y dirigiéndose a esta última le preguntó:

—¿Qué diríais, señora, si yo os hiciese volver a ver a vuestro hijo mayor, casado con una de mis hijas?

A lo cual contestó Beritola:

—Únicamente podré deciros que si yo pudiera estaros más agradecida de lo que lo estoy, tanto más os lo estaría cuanto que me daríais cosa que

me es más cara de lo que me lo es mi propia vida; y dándomela tal como decís, me devolveríais algo de mi perdida esperanza.

Y calló, anegada en llanto. Entonces, Currado le dijo a su esposa:

—Y a ti, esposa mía, ¿qué te parecería si te diera un tal yerno?

A lo cual la dama contestó:

—No ya un caballero, sino hasta un hombre de humilde cuna me agradaría a mí si fuera del agrado vuestro.

—Dentro de poco —repuso entonces Currado— espero daros esta alegría.

Y viendo que los dos jóvenes habían recobrado ya su primera lozanía, hízoles vestir como correspondía y le preguntó a Giusfredi:

—¿Te agradaría el que, a más de la alegría que experimentas, alcanzas la de ver aquí a tu madre?

A lo cual Giusfredi contestó:

—No acierto a creer que los dolores de su accidentada vida la hayan dejado vivir tanto; pero si así fuera, tanto placer me daría como que con sus consejos creería poder recobrar aún gran parte de mi antigua posesión en Sicilia.

Entonces Currado llamó de nuevo a las dos damas, quienes acariciaron extraordinariamente a la nueva esposa, no acertando a explicarse qué clase de inspiración le hubiese movido a Currado a tal extremo de benignidad que se hubiera decidido a unirla con Giannotto. Beritola, recordando las palabras de Currado, empezó a mirar a Giannotto, y despertando un secreto instinto en ella algún recuerdo de las infantiles líneas del rostro de su hijo, sin aguardar nuevas pruebas, corrió a echarle los brazos al cuello, sin que la superabundante piedad y alegría maternal le permitiera poder articular palabra alguna, y tal se impresionó su sensibilidad, que cayó casi muerta en los brazos de su hijo. Éste, aun cuando muy sorprendido, recordando haberla visto antes muchas veces en aquel mismo castillo, sin jamás reconocerla, no por eso dejó de percibir inmediatamente el aroma maternal, reprochándose así el no haberlo adivinado antes.

Llorando tiernamente la cubrió de besos. Cuando solícitamente auxiliada por la esposa de Currado y por Spina con agua fría y con otras artes, Beritola hubo vuelto en sí, volvió a abrazar a su hijo llorando mucho y dirigiéndole muchas ternezas; y llena de maternal amor, más de mil veces le besó, tratándola él y recibéndola con grandes demostraciones de veneración. Después que tres y cuatro veces hubiéronse repetido estas demostraciones con gran placer y alegría de los circunstantes y mutuamente se hubieron referido sus percances, habiendo Currado significado ya a sus amigos con gran satisfacción de todos el nuevo parentesco por él contraído y disponiendo una hermosa y magnífica fiesta, díjole Giusfredi:

—Vos, Currado, me habéis dado gusto en muchas cosas y habéis honrado largamente a mi madre; ahora, a fin de que nada quede por hacer en lo que está a vuestro alcance, os ruego que completéis la alegría de mi madre, la de la fiesta y la mía propia, con la presencia de mi hermano, a quien como criado tiene en su casa el señor Gasparini de Oria, que fue quien como os dije ya se apoderó de nosotros pirateando; y que después que enviéis

a Sicilia a alguna persona, que se entere detenidamente de las condiciones y de la situación del país y que adquiriera noticias sobre Arrighetto, mi padre, y sepa si está vivo o muerto; y si es que vive, en qué estado, y que una vez completamente enterado de todo, nos lo vuelva a comunicar. Plúgole a Currado la petición de Giusfredi, y sin dilación alguna envió a personas muy discretas a Génova y a Sicilia. La que fue a Génova a encontrar al señor Gasparini, rogándole encarecidamente de parte de Currado que le enviase al Scacciato y a su nodriza, refiriéndole al propio tiempo lo que Currado había hecho con Giusfredi y con su madre. En gran manera se sorprendió Gasparini al oír esto y dijo:

—Ciertamente haré por Currado todo lo que yo pueda y le sea a él agradable; es verdad que desde hace catorce años tengo en mi casa al muchacho por quien preguntas y a su madre, a quienes enviaré con mucho gusto; pero le dirás de mi parte que procure no dar demasiado crédito a las fábulas de Giannotto, que dice hacerse llamar hoy Giusfredi, porque es de peor condición de la que él se figura.

Dicho esto y después de haber hecho obsequiar al mensajero, mandó llamar en secreto a la nodriza interrogándola cautelosamente sobre este punto. Ésta, habiéndose enterado de la sublevación de Sicilia y sabiendo que Arrighetto estaba vivo, perdiendo el miedo que hasta entonces tuviera, se lo refirió detalladamente todo y le manifestó el motivo porque se había hecho pasar por madre de los dos hermanos. Viendo Gasparini que el relato de la nodriza coincidía perfectamente con el del mensajero de Currado, empezó a dar crédito a las palabras, y haciendo averiguaciones por distintos medios, como hombre que era sumamente astuto, y hallando siempre nuevos motivos de dar crédito al hecho, avergonzose del vil trato dado al muchacho y para enmendar su falta, como tuviese una hermosísima hija de once años de edad—enterado de lo que Arrighetto había sido y era—, se la dio por esposa, dotándola espléndidamente, y después de haber celebrado este suceso con grandes festejos, embarcóse en una galeota bien armada, con el mozo, con la hija, con la nodriza y con el mensajero de Currado y se fue a Lérici donde, recibido por Currado, encaminóse con toda la comitiva a un castillo de éste no muy distante de allí y en el cual estaba preparada la gran fiesta. Cuál fuese la alegría de la madre al ver de nuevo a su segundo hijo, cuál la de los dos hermanos, cuál la de todos tres a la vista de la fiel nodriza y cuáles las demostraciones de cariño hechas a Gasparini y a su hijo, las de éstos a todos y las de todos juntos con Currado y su esposa y con los hijos y con sus amigos, imposible sería explicarlo con palabras; por lo cual, a vosotras, señoras, deo que las imaginéis. Para que la fiesta fuese completa quiso Dios, que todo lo da en abundancia cuando empieza, agregar las agradables noticias de la existencia y de la buena situación de Arrighetto Capece. Cuando era mayor la animación y los convidados (hombres y mujeres) se hallaban todavía en el primer plato, llegó el mensajero que había ido a Sicilia, y sobre otras cosas refirió de Arrighetto que, estando cautivo en poder del rey Carlos, cuando se levantó en el país el rumor contra el rey el pueblo corrió furioso a la cárcel y matando a los guardianes, habíanle sacado fuera de ella y siendo enemigo capital del rey

Carlos, habíale hecho su jefe y le había seguido a arrojar y a matar a los franceses. Por lo cual obtuvo gran valimiento cerca del rey Pedro, quien le había vuelto a reintegrar en todos sus bienes y honores; de manera que se hallaba en grande y buena situación, añadiendo que le había recibido con grandes atenciones y se había alegrado muchísimo al saber de su esposa y de su hijo, de quienes nada había sabido desde su prisión, y además enviaba para ellos un bergantín con algunos caballeros que vendrían después. Con gran alegría fue recibido y escuchado este mensajero, y Currado se apresuró, acompañado de algunos de sus amigos, a ir al encuentro de los caballeros que venían en busca de Beritola haciéndoles tomar parte en el banquete que no había llegado todavía a la mitad. Fue inaudita la alegría con que les acogieron Beritola y Giusfredi y todos los allí reunidos, y ellos, antes de ponerse a comer, saludaron de parte de Arrigheto y dieron gracias, como mejor supieron y pudieron, a Currado y a su esposa por las atenciones dispensadas a su esposa y a su hijo, ofreciéndoseles incondicionalmente en persona y en todo cuanto él pudiera hacer. Después, volviéndose a Gasparini, con cuyos favores no habían contado, dijéronle que estaban muy seguros de que en cuanto Arrighetto supiera lo que él había hecho por el Scacciato, le daría gracias semejantes y mayores. Después de esto, tomaron alegremente parte en la fiesta de los dos nuevos esposos, comiendo con los nuevos maridos. Y no fue aquél el único día en que Currado festejó a su yerno y a sus demás parientes y amigos, sino que los prolongó durante muchos otros días. Terminados éstos y después de haber tomado algún descanso, pareciéndole a Beritola, a Giusfredi y a los demás que era hora de partir, y después de haberse despedido, entre muchas lágrimas, de Currado, de su esposa y de Gasparini, embarcándose en el bergantín y llevándose consigo a Spina, se hicieron a la vela y siéndoles favorable el viento, no tardaron en llegar a Sicilia, donde fueron recibidos en Palermo por Arrighetto, todos, hijos y mujeres, con tantos festejos que no hubo medio de explicarlos; y allí se cree que después, todos ellos por largo tiempo vivieron sumamente felices y amigos del Señor, Dios, a cuyos beneficios estaban reconocidos.

## Cuento séptimo

### *El casamiento del rey de Garbe*

El sultán de Babilonia envía por mujer al rey de Garbe, a una hija suya, la cual, a consecuencia de diversos accidentes, en el espacio de cuatro años cae en poder de nueve hombres en distintos lugares; restituida a su padre, doncella, es nuevamente enviada por esposa al rey de Garbe.

Por poco más larga que hubiese sido la historia de Emilia, la compasión que a las jóvenes damas inspiraban las aventuras de Beritola, habrían

provocado sus lágrimas. Pero cuando ésta hubo terminado, plúgole a la reina encomendar a Pánfilo el nuevo cuento; por lo cual éste, que era en extremo obediente, empezó diciendo:

—Difícilmente podemos conocer, amables damas, lo que a nosotros mismos nos conviene, pues, como bastantes veces se ha podido ver, muchos figurándose que, si llegaran a ser ricos, podrían vivir tranquilos y sin cuidados, no solamente le piden con insistencia a Dios esta gracia sino que, sin economizar fatiga ni peligro alguno, trabajan afanosamente para conseguirlo, y cuando lo hubieron realizado, encontraron quien les mató por desear tan buena herencia, siendo su matador quien antes de que se hubiesen enriquecido les deseaba larga vida. Otros, de baja condición, habiendo escalado el trono por medio de mil peligros, batallas o por medio de la sangre de sus hermanos y de sus amigos creyendo existir en él la felicidad suprema sin los infinitos cuidados y temores de que la vieron y encontraron llena, conocieron a costa de su vida que en las mesas reales bebíase el veneno en copas de oro. Muchos hubo que muy ardientemente desearon la fuerza corporal, la belleza y otras ciertas dotes, sin que antes de haber tenido este mal deseo, observaran que tales cosas eran para ellos causa de muerte o de dolorosa vida. Y para no hablar separadamente de todos los humanos deseos, afirmo que ninguno pueda haber que plenamente pueda ser elegido por los mortales como libre de casos fortuitos, pues si rectamente quisiéramos obrar, deberíamos estar dispuestos a aceptar y poseer lo que nos diera Dios, que es el único que conoce y puede darnos lo que nos hace falta. Mas por cuanto, como los hombres pecan en varias cosas por el deseo, vosotras, graciosas damas, pecáis sumamente en una, a saber: en el deseo de ser bellas hasta el punto de que, no bastándoos las bellezas que por la naturaleza os fueron concedidas, pretendéis acrecentarlas todavía con maravillosas artes, acomódame referiros cuán desventuradamente fue bella una sarracena a quien su hermosura obligó, en cuatro años, a contraer por nueve veces nuevas bodas.

Mucho tiempo atrás hubo un sultán de Babilonia, que se llamó Beminedab, a quien bastantes cosas le salieron a medida de sus deseos. Tenía éste entre sus muchos hijos, hembras y varones, una hija llamada Alatiel, de la cual cuantos la veían afirmaban ser la mujer más bella que existía en aquellos tiempos en el mundo; y como quiera que en una gran irrupción que una considerable multitud de árabes hiciera en sus Estados, hubiese auxiliado admirablemente al rey de Garbe, habiéndosela éste pedido como a especial favor, se la cedió por mujer, y se la envió con respetable acompañamiento de hombres y mujeres y con gran número de nobles y ricos atavíos, haciéndola embarcar en una nave bien armada y bien provista y encomendándola a Dios. Los marineros, como vieron el tiempo bien dispuesto, dieron las velas al viento y partieron del puerto de Alejandría navegando felizmente durante muchos días. Habían pasado ya la isla de Cerdeña, y contaban estar ya próximos al fin de su travesía, cuando cierto día se levantaron de improviso encontrados vientos que siendo a cuál más impetuoso, azotaron de tal suerte la nave donde iban Alatiel y los marineros, que va-



rias veces se dieron por perdidos. Sin embargo, maniobrando con arte y fuerza los marineros, como hombres hábiles y esforzados, dos días se sostuvieron luchando contra la fuerte tempestad que les combatía; y como llegase la tercera noche sin que cesase la tempestad, antes por el contrario aumentara por momentos, no sabiendo dónde se hallaban ni pudiéndolo comprender por cálculo náutico ni por la vista porque el cielo estaba obscurecido por las nubes y por las tinieblas de la noche, al hallarse a poca distancia de Mallorca sintieron abrirse la nave.

Por lo cual, no viendo medio alguno de salvación y pensando cada uno únicamente en sí mismo y no en los demás, echaron un bote al agua y disponiéndose a fiarse más de él que de la abierta nave, saltaron a dicho bote los patrones, a quienes después uno tras otro siguieron todos cuantos hombres había en el buque, a pesar de que los que primeramente bajaron al bote les oponían resistencia con los cuchillos en la mano, y, creyendo huir de la muerte, en ella fueron a caer, pues no pudiendo sostener tantos el bote, ante la reciedumbre del temporal, se fue a fondo y perecieron cuantos en él iban; mientras que la nave que era impelida por impetuoso viento, con todo y estar abierta y llena casi de agua (no habiendo quedado en ella más que Alatiel y sus mujeres, todas las cuales dominadas por la tempestad del mar y por el miedo, yacían medio muertas sobre cubierta), corriendo con velocidad suma fue a parar a una playa de la isla de Mallorca; y fue tal y tan grande el ímpetu con que abordó, que casi toda penetró en la arena distante apenas de la orilla un tiro de piedra; y combatida allí por el mar, permaneció durante la noche, sin que moverla pudiese el viento.

Llegada la mañana y algo aquietada la tempestad, Alatiel, que yacía medio muerta, levantó la cabeza y tan débil como estaba, empezó a llamar uno tras otro a sus acompañantes; pero en vano llamaba porque los llamados se hallaban demasiado lejos. Por lo cual, no recibiendo contestación de nadie, ni a nadie viendo, asombróse en gran manera y empezó a sentir un miedo atroz; y habiéndose levantado, vio tendidas a las mujeres que iban en su compañía y a todas las demás mujeres, y tentándolas una tras otra, después de mucho llamarlas, a pocas encontró que dieran señales de vida, habiendo fallecido algunas a consecuencia de las crueles angustias del mareo y del miedo, cosa que hizo acrecentarse todavía más el que sentía Alatiel; no obstante, apremiándola la necesidad de pedir consejo, por verse allí completamente sola, sin conocer ni saber dónde se hallaba, tanto estimuló a las que estaban vivas que las obligó a levantarse; y al hallarse éstas sin saber a dónde habían ido los hombres, y al ver la nave encallada y llena de agua, juntas prorrumpieron en dolorosos lamentos. Era ya media tarde sin que vieran persona alguna ni por la orilla del mar ni por otra parte que pudiera apiadarse algo de ellas y auxiliarlas.

A esa hora pasó casualmente por allí de regreso de una hacienda suya, un caballero llamado Pericón de Visalgo, con sus criados, todos a caballo; al ver éste la nave, inmediatamente se figuró lo que había ocurrido y mandó a uno de sus criados que sin demora procurase penetrar en el buque y le refiriese lo que ocurría.

Hízolo así el criado, aunque no sin dificultad y encontró a la graciosa joven, con la poca compañía que le quedaba, refugiada tímidamente bajo el botarel de la proa del buque, y al ver ellas al criado, repetidas veces llorando pidiéronle misericordia; mas notando que no las entendía y que tampoco a él le entendían procuraron demostrarle con gestos su desventura.

Después que todo lo hubo examinado lo mejor que pudo, refirió el criado a Pericón lo que allí había, y este, apresurándose a hacer desembarcar a las mujeres y todo lo más precioso que en la nave había y fuese posible sacar, dirigióse con ellas a uno de sus castillos; y después de haber reanimado allí a las mujeres con manjares y con descanso, comprendió por sus ricos aderezos que la joven que había encontrado debía ser una gran señora, conociéndolo asimismo por las distinciones que únicamente a ella hacían las demás mujeres.

Y aun cuando bastante pálida y desmejorada por las angustias pasadas en el mar apareciese entonces, hallóla Pericón preciosamente formada; por lo cual acudióle súbitamente la idea de hacerla su mujer, si ella no tenía marido, y pedirle su amistad, si no podía tenerla por mujer. Era Pericón hombre robusto y de fiero aspecto, y después que durante algunos días hubo hecho servir espléndidamente a la joven y llegó ésta por tal medio a rehacerse por completo, al verla incomparablemente hermosa, sintiendo sobremanera que ni él la pudiese entender a ella, ni ella a él, lo cual no le permitía saber quién ella fuese, dominado sin embargo por su incomparable belleza, ingenióse con actos afables y amorosos a inducir la a acceder sin reparo a sus deseos; mas era en vano, la joven rechazaba todas sus familiaridades, con lo cual acrecentábase más el ardor de Pericón.

Viendo esto la joven y haciendo ya algunos días que allí permanecía, conoció, por los trajes, que se hallaba entre cristianos y en paraje donde no le convenía darse a conocer; y comprendiendo que a la larga, o por fuerza o por amor, le convendría acabar por satisfacer los deseos de Pericón, con gran entereza de ánimo se propuso sobreponerse a su menguada fortuna; y encargó a sus mujeres, que sólo a tres habían quedado reducidas, que a nadie jamás manifestaran quién ella fuese, salvo si se hallaran en paraje donde conocieran que eso pudiera servirles manifestamente para su libertad; animándolas además con gran firmeza a conservar su castidad, y afirmando que ella se había formado el propósito de que jamás gozaría de ella otro hombre que el que fuera su marido. Sus mujeres la elogiaron por esto y prometieron cumplir su mandato en lo posible. Pericón, cada vez más enardecido y tanto más cuanto que más próximo veía el objeto de su deseo y más se le negaba, viendo que de nada valían sus halagos decidió emplear la astucia, reservando para el fin la violencia.

Y como hubiese notado alguna vez que a la joven le gustaba el vino, al cual no estaba acostumbrada por prohibírselo su ley, pensó valerse de él como de ministro de Venus, para poderla hacer suya; y aparentando no apercibirse de que ella se mostraba esquiva, cierta noche, pretextando una fiesta extraordinaria, dispuso una succulenta cena a la cual la joven asistió; y como la cena estaba compuesta de variados platos, ordenó al que la servía que le diese a beber una mezcla de varios vinos.

Hízolo así el servidor; y ella, que no sospechaba esto, atraída por el agradable sabor del brebaje tomó de él más de lo que a su honestidad hubiera convenido: esto hizo que, la joven, olvidando todas las adversidades pasadas, se pusiera alegre, y que, viendo algunas mujeres bailar al estilo de Mallorca, bailara ella al estilo alejandrino.

Al ver Pericón esto, parecióle estar próximo a obtener lo que deseaba; y continuando con mayor abundancia de manjares y de vino la cena, la prolongó hasta muy adelantada la noche.

Cuando al fin partieron los invitados, penetró él solo con la joven en la habitación; más excitada ésta por el vino que retenida por la honestidad, desnudóse y se acostó en presencia de Pericón, sin que la contuviera el rubor y como si fuera él una de sus mujeres.

No tardó en seguirla Pericón; mas no sin antes apagar todas las luces, y dirigiéndose al lecho por la parte opuesta, se acostó al lado de ella, y tomándola en sus brazos, sin que ella opusiera resistencia alguna, empezó a solazarse amorosamente con ella; en lo cual encontró la joven tal placer que casi se arrepintió de no haber más pronto accedido a los halagos de Pericón.

Desde entonces, ya no esperó a que fuese Pericón quien la invitara, sino que ella misma le invitaba a él, no con palabras, porque no sabía hacerse entender, sino con hechos.

En medio de esta dicha que saboreaban, Pericón y Alatiel, no contenta la fortuna con haberla convertido de esposa de un rey en amiga de un castellano, preparó a ésta una más cruel amistad. Tenía Pericón un hermano de veinticinco años de edad, bello y lozano como una rosa, que se llamaba Marato; éste, habiendo visto a Alatiel y habiéndole agradado en extremo, y pareciéndole por lo que podría comprender por sus actos, que no le miraba con malos ojos, y considerando que lo único que le privaba de obtener lo que ella deseaba, era la rigurosa vigilancia que sobre ella ejercía Pericón, cayó en un cruel pensamiento, y a este pensamiento siguió en breve su malvada ejecución. Hallábase entonces, por casualidad, en el puerto de la ciudad, una nave cargada de mercancías, que debía salir para Chiarenza en la Romanía, de la cual eran dueños dos jóvenes genoveses y que tenía izadas las velas para partir en cuanto soplasen el viento favorable: poniéndose de acuerdo con ellos, acordóse que la noche siguiente le recibieran a bordo a él y a la joven sarracena.

Hecho esto y habiendo meditado lo que debía hacer, encaminóse al anochecer a la morada de Pericón que nada de él recelaba, con algunos de sus compañeros más leales, a quienes tenía dispuestos para ayudarle en lo que intentaba hacer, y siguiendo el plan que se había formado, se ocultó sigilosamente en la casa. Transcurrida una parte de la noche, dio entrada a sus compañeros, encaminóse con ellos a donde descansaban Pericón y la sarracena y penetrando en la habitación, asesinaron a Pericón dormido y, amenazando de muerte a la joven que despierta y llorando estaba, si hacía ruido alguno, se apoderaron de ella, y provistos de una gran parte de lo que Pericón tenía de mayor precio, salieron sin ser vistos, dirigiéndose presurosos a la playa, y una vez allí, Marato y la joven penetraron sin demora en la nave, mientras se retiraban sus compañeros.

Como el viento era bueno y fresco, los marineros se hicieron a la mar en seguida, emprendiendo su viaje.

Mucho y muy amargamente se conolió Alatiel de su primera desdicha y de esta segunda; pero Marato, le prodigó tales consuelos, que familiarizada al fin con él, echó en olvido a Pericón; y parecíale a ella estar ya bien, cuando la fortuna le preparó un nuevo pesar, como si no estuviese satisfecha con los anteriores; pues siendo ella bellísimamente formada, como varias veces hemos dicho ya, y teniendo maneras muy agradables, de tal suerte se enamoraron de ella los dos jóvenes propietarios de la nave, que, olvidándolo todo, se dedicaban a servirla y a complacerla, procurando siempre evitar que Marato no lo advirtiera. Y como uno de otro se hubiesen dado cuenta de este amor, trataron secretamente de ello, y convinieron en hacer la adquisición de aquel amor común, cual si el amor debiera consentir que se le tratase como se tratan las mercancías y las ganancias.

Como la vigilancia de Marato no les permitiera realizar sus propósitos, cierto día en que la nave era impelida velozmente por el viento y Marato se hallaba en la popa y mirando al mar, sin recelarse de cosa alguna, pusiéronse de acuerdo los dos hermanos, y cogiéndole rápidamente por la espalda, le arrojaron al agua; y habían navegado ya por espacio de una milla antes que nadie se hubiera apercibido de que Marato hubiera caído al mar; al saberlo Alatiel y ante la imposibilidad de poderlo recobrar, empezó a dar nuevas muestras de aflicción. A consolarla acudieron inmediatamente los dos hermanos, con dulces palabras y extraordinarias promesas que ella apenas comprendía, esforzándose en tranquilizar a aquella mujer que no sólo lloraba a su perdido esposo, sino además su propia desventura. Después que la hubieron largamente sermoneado repetidas veces, cuando les pareció que la habían casi consolado, pusiéronse nuevamente a hablar entre sí sobre quién de los dos sería el que primero la debería poseer. Y, como uno y otro quisiera ser el primero y no pudiesen llegar a avenencia alguna entre ellos, sobre este punto, empezaron primero con palabras graves y duras frases y, montando luego en cólera, echaron mano a los cuchillos, acometiéronse furiosamente, y tantos golpes se dieron uno a otro (no pudiendo separarles los que en la nave se hallaban), que a consecuencia de ello, uno cayó muerto inmediatamente, y el otro quedó con vida, pero gravemente herido en muchas partes del cuerpo; cosa que mucho desagradó a la joven, como que se veía allí sola sin ayuda ni consejo de nadie, y temía mucho que no descargase sobre ella la cólera de los parientes y amigos de los dos hermanos; pero las súplicas del herido y la pronta llegada a Chiarenza, la libraron del peligro de muerte que corría.

Allí saltó a tierra junto con el herido, y viviendo con él en una posada, súbitamente circuló por la ciudad la fama de su extraordinaria belleza y llegó a oídos del príncipe de la Morea, que se hallaba a la sazón en Chiarenza; por lo cual, quiso éste verla, y cuando la vio, pareciéndole mucho más bella de lo que pregonaba la fama, de tal suerte se enamoró en seguida de ella, que no podía pensar en otra cosa. Y habiéndose enterado de la manera como allí había llegado, propúsose poseerla. Y como buscase la manera

de realizarlo, y lo supieran los parientes del herido, apresuráronse a enviársela sin demora: lo cual satisfizo en gran manera al príncipe y también a la sarracena, por parecerle que se hallaba libre de un gran peligro.

Al observar el príncipe que, además de su belleza, estaba adornada de costumbres reales, aun cuando no le fue posible saber quién fuera, conceptuó que debía ser una dama noble, y esto redobló en él su amor; y teniéndole mucho respeto, tratábala, no como amiga, sino como a mujer propia. Por lo cual, considerando ella los males pasados y comparándolos con su actual estado, y pareciéndole estar bastante bien, reanimándose y poniéndose tranquila, multiplicáronse de tal suerte sus gracias naturales, que de ninguna otra cosa parecía tenerse que hablar en toda la Romanía.

Esto dio lugar a que al duque de Atenas, joven, guapo y valeroso, amigo y pariente del príncipe, le vinieran deseos de verla; y aparentando ir a visitarle como solía efectuarlo a veces, vino a Chiarenza con un acompañamiento distinguido y numeroso, siendo allí recibido con grandes festejos. Algunos días después de su llegada, como él y el príncipe salieran a hablar de las gracias de aquella mujer, preguntó el duque si era tan admirablemente bella como se decía.

A lo cual el príncipe respondió.

—Mucho más; pero no quiero que des crédito a mis palabras sobre esto, sino a tus propios ojos.

Dicho esto, encamináronse juntos a donde ella estaba: preparada ésta de antemano de su venida, les recibió con suma cortesía y afabilidad; y si bien entre los dos la hicieron tomar asiento, no les fue posible tener la satisfacción de hablar con ella, porque poco o nada entendía de su idioma.

Mirábanla ambos como cosa maravillosa, y muy especialmente el duque, que apenas podía creer que aquella mujer fuera un ser mortal, y no dándose cuenta del amoroso veneno que, mirándola, estaba bebiendo con los ojos, creyéndose que de esta suerte daba satisfacción a su gusto, dejóse tontamente coger en las redes del amor, prendándose apasionadamente de ella.

Después que, junto con el príncipe, se hubo separado de ella y tuvo ocasión de discurrir consigo mismo, consideraba el más feliz de los mortales al príncipe, ser dueño de tan bella joya; y, tras muchos y variados pensamientos, cediendo más a su fogoso amor que a su dignidad, resolvió privar a toda costa al príncipe de esta felicidad y disfrutar él de ella a su vez.

Y decidido a apresurarse, prescindiendo de toda razón y de toda justicia, ocupó todo su pensamiento en buscar la manera de lograrlo; y cierto día, poniendo en ejecución su malvado proyecto, puesto de acuerdo con un camarero particular del príncipe, llamado Ciuriaci, con mucho secreto hizo preparar todos sus caballos y sus cosas para la marcha, y llegada la noche, el mencionado Ciuriaci le introdujo sigilosamente junto con otro de su comitiva, armados ambos, en la habitación del príncipe, y vieron que mientras Alatiel dormía, él, enteramente desnudo a causa del gran calor que hacía, hallábase asomado a una ventana que daba al mar, disfrutando de la brisa que de aquel lado venía. Como había enterado ya de antemano a su acompañante de lo que debía hacer, avanzó él por la habitación hasta llegar junto a la venta-

na, y una vez allí, hirió al príncipe con un cuchillo, atravesándole los riñones, y cogiéndolo luego rápidamente, lo arrojó por la ventana.

El palacio se hallaba al pie del mar y en sitio muy elevado, y aquella ventana a la cual estaba a la sazón asomado el príncipe, caía sobre ciertas casas derribadas por el ímpetu del mar, y raras veces, o nunca, iba por allí persona alguna, lo cual hizo que, como de antemano lo había ya previsto el duque, nadie pudo ver la caída del cuerpo del príncipe.

En cuanto vio el compañero del duque realizado aquel acto, echó rápidamente al cuello de Ciuriaci aparentando acariciarle, una cuerda que llevaba al efecto, y tiró de ella con tal fuerza, que el camarero no pudo hacer exclamación alguna, y agregándosele el duque, lo estrangularon y lo arrojaron donde habían arrojado al príncipe. Hecho esto, claramente convencidos de que no habían sido oídos ni por la sarracena ni por nadie, cogió el duque una luz, la colocó encima del lecho y desabrigó cautelosamente a la dama, que estaba profundamente dormida, y contemplándola a su sabor, si vestida habíale agradado incomparablemente, más le agradó desnuda. Acrecentados de esta suerte sus deseos, sin temor al crimen que acababa de cometer y con las manos todavía ensangrentadas, acostóse a su lado y holgó con ella, que, soñolienta como estaba, creía ser el príncipe quien la acariciaba. Después que con ella agradablemente había permanecido durante unos momentos, abandonó el lecho, y llamando a algunos de sus acompañantes, hizo coger a la dama de manera que no pudiera hacer ruido, sacándola por una puerta secreta, la misma por donde él había entrado, y colocándola encima de un caballo, púsose lo más silenciosamente posible en camino con todo su séquito y se volvió hacia Atenas. Pero como tenía mujer, no a Atenas, sino a una hermosísima mansión que a poca distancia de la ciudad y junto al mar poseía, condujo a la profundamente afligida dama, guardándola oculta allí y haciéndola servir con gran respeto todo que le hacía falta.

A la mañana siguiente los cortesanos del príncipe aguardaron hasta llegada la media tarde que éste se levantara, pero como nada oían, empujaron las puertas de las habitaciones, que sólo estaban entornadas, y encontrándolas desiertas, presumieron que debía haberse marchado secretamente a algún sitio para pasar tranquilamente unos días al lado de su hermosa dama, y dejaron de preocuparse. En tal estado de cosas, acaeció que al día siguiente, como un loco penetrase en las ruinas donde se hallaban los cadáveres del príncipe y de Ciuriaci, sacó de ellas al segundo tirando de la cuerda y echó a andar llevándolo tras él.

Con vivo asombro reconocieron todos aquel cadáver, y seduciendo al loco por medio de halagos a que les condujera al sitio de donde lo había sacado, encontraron allí el cadáver del príncipe con inmenso dolor de toda la ciudad y le dieron honrosa sepultura; y tratando de averiguar quiénes fueron los autores de tan enormes crímenes y notando que el duque de Atenas había partido furtivamente, calcularon, como así era, que él debía haberlo cometido, llevándose al mismo tiempo a la dama, por lo cual, apresurándose en reemplazar al príncipe muerto con un hermano de éste, le incitaron a que tomase venganza con todo su poder, y comprendiendo éste, por otras

muchas cosas que se fueron averiguando, que era tal como lo habían supuesto, llamó a sí a amigos, parientes y servidores de diversas partes; en breve reunió un magnífico, grande y poderoso ejército y se dirigió a declarar la guerra al duque de Atenas.

El duque, al saber esto, preparó también todas sus fuerzas para la defensa, y acudieron en su ayuda muchos señores, entre los cuales se hallaban enviados por el emperador de Constantinopla, su hijo Constantino y su sobrino Manovello, con gran número de escogida gente, siendo éstos con gran agasajo recibidos por el duque y también por la duquesa, por ser hermana del emperador.

Mientras de día en día iban haciendo más preparativos para la guerra, la duquesa, aprovechando una oportunidad, llamó a su habitación a entrambos, y allí, derramando abundantes lágrimas, les explicó la causa de la guerra y les expuso la ofensa que el duque le hacía con aquella mujer que él se figuraba poseer sin que lo supiese ella; y como ellos sintieran vivamente esto, les rogó que por el honor del duque y por consuelo de ella aplicaran a tal mal el remedio que mejor pudieran ellos emplear. Los jóvenes sabían todo lo que había acontecido, y por eso, sin hacerle muchas preguntas, consolaron como mejor supieron a la duquesa, haciéndole concebir buenas esperanzas; y enterados por ella del sitio donde se hallaba la dama, se despidieron de ella; y habiendo oído elogiar mucho a aquella dama de maravillosa hermosura, desearon verla y rogaron al duque que se la mostrase. Olvidando éste lo que al príncipe le había acaecido por habérsela mostrado a él, prometió hacerlo, y mandando preparar un magnífico almuerzo en un delicioso jardín que había en la mansión donde la dama residía, a la mañana siguiente llevóles consigo a almorzar, junto con otros pocos compañeros. Sentado Constantino cerca de ella, empezó a mirarla lleno de asombro, confesándose a sí mismo que jamás había visto cara más bella y que realmente debía excusarse al duque y a otro cualquiera que, para obtener tan precioso tesoro, hiciese traición o cometiese otro acto cualquiera indigno; y mirándola una y otra vez y escuchando los elogios que de ella hacían todos, acaecióle exactamente lo mismo que al duque le acaeció, por lo cual, partiendo enamorado de ella y no acordándose ya de la guerra, púsose a pensar cómo podría quitársela al duque, ocultando cuidadosamente a todos su amor.

Mientras en este fuego se abrasaba, llegó la ocasión de salir contra el príncipe, que a las tierras del duque se aproximaba ya, por cuya razón, el duque Constantino y todos los demás, saliendo de Atenas según estaba ordenado, fueron a tomar posición en las fronteras a fin de que el príncipe no pudiera pasar más adelante. Allí permanecieron muchos días, teniendo siempre Constantino en la mente y en el corazón a la mujer aquella, y discurriendo que, pues entonces no tenía cerca al duque, fácilmente podría ir a satisfacer su pasión; y para tener un pretexto para volverse a Atenas, fingió que se sentía indispuesto, por lo cual, obtenida la licencia del duque y confiando todo su poder a Manovello, fue a reunirse con su hermana en Atenas, y después de algunos días de estar allí, sacando la conversación de la ofensa que a ella

le parecía recibir del duque por causa de aquella mujer, díjole que cuando ella quisiera la ayudaría, haciéndola sacar de donde él la tenía y llevándosela. Imaginando la duquesa que Constantino hacía esto por cariño a ella y no por amor a Alatiel, dijo que era muy de su agrado con tal que se hiciera de modo que el duque jamás llegara a averiguar que ella hubiera consentido en eso, cosa que Constantino le prometió formalmente. De consiguiente, la duquesa consintió en que obrara como mejor le pareciera. Constantino hizo armar secretamente una ligera embarcación, y cierta noche la envió a un punto del mar inmediato al jardín donde la dama residía, habiendo enterado a los que la tripulaban de lo que tenían que hacer; y con algunos otros se encaminó luego al palacio, donde se hallaba la sarracena; afablemente recibido fue por los que estaban al servicio de ella y por ésta también, y juntos ella y él, acompañada ella de dos servidores suyos y seguido él por dos de sus compañeros, empezaron a pasearse por el jardín.

Como si quisiera decirle algo a la dama de parte del duque, condújola hacia una puerta que daba al mar y que había sido abierta ya por uno de los suyos, y una vez allí, llamando con una seña convenida la embarcación, hizo coger a la joven y llevarla a bordo y volviéndose luego a los criados de ésta les dijo:

—Nadie se mueva ni diga palabra alguna si no quiere morir, pues no me propongo robarle al duque su querida, sino vengar la ofensa que le infiere a mi hermana.

Nadie osó replicar a esas palabras. Constantino, subido a bordo con los suyos y acercándose a la dama que llorando estaba, mandó que se remase y se emprendiera la travesía. No remando, sino volando, llegaron a Egina casi al amanecer del siguiente día. Saltando allí a tierra y descansando Constantino se solazó con la dama, que lloraba su desventurada belleza; y reembarcándose de nuevo, en pocos días llegaron a Chío, y por temor a las represiones de su padre y a que le fuese quitada la dama, plúgole a Constantino quedarse allí, como paraje seguro; durante muchos días lloró la hermosa dama su desventura; pero reiterando Constantino sus consuelos, acabó por tomar a gusto lo que la Fortuna le ponía delante. Entretanto, Osbech, rey entonces de Turquía, que estaba en continua guerra con el emperador, vino casualmente por aquellos tiempos a Esmirna; y enterándose de que Constantino se hallaba en Chío descuidadamente entregado a lasciva vida con una mujer que había robado, dirigiéndose allá una noche con algunas pequeñas naves y saltando sigilosamente en tierra con su gente, a muchos sorprendió en sus lechos antes de que se dieran cuenta de la aparición del enemigo, y algunos que habiendo notado su presencia habían corrido a las armas, los mataron; y pegando fuego a la población y trasladando el botín y los prisioneros a las naves, encamináronse de nuevo hacia Esmirna. Llegados aquí, encontrando Osbech al examinar el botín que era joven la bella dama, y comprendiendo que debiera ser la que viviera con Constantino, durmiendo en su lecho entre los prisioneros, gran contento prodújole su vista, la hizo inmediatamente su mujer, celebrando las bodas y conservándola largos meses a su lado. El emperador, que antes de que ocurrieran estas cosas, había celebrado un tratado de ayuda con



Basano, rey de Capadocia, para caer por un lado sobre Osbech con sus fuerzas, mientras él con las suyas le asaltaría por el opuesto, no se la había proporcionado aún por completo, porque no había querido hacer, por considerarlas poco convenientes, algunas cosas que Basano pedía; al saber lo que le había acaecido a su hijo, presa de inmenso dolor, accedió sin demora alguna a lo que el rey de Capadocia pedía y le incitó a atacar lo más pronto posible a Osbech, disponiéndose él a efectuarlo por la parte opuesta. Sabedor de esto Osbech, reuniendo su ejército, fue a atacar al rey de Capadocia antes de que los dos poderosísimos señores le cogieran en medio, dejando en Esmirna a su bella dama al cuidado de un fiel servidor y amigo suyo, y habiéndose poco tiempo después encontrado con el rey de Capadocia, combatió, muriendo en la batalla y siendo derrotado y dispersado su ejército. Victorioso Basano, empezó a encaminarse libremente hacia Esmirna y en todas partes donde llegaba se le obedecía como a vencedor. El servidor de Osbech, que se llamaba Antíoco, bajo cuya custodia había quedado la hermosa dama, aun cuando era viejo, al verla tan hermosa, sin guardar fidelidad a su amigo y señor, se enamoró de ella, y como sabía su idioma (lo cual mucho le agradaba, como que durante algunos años había tenido que vivir como si fuera sorda y muda, por no entender a nadie y por no ser de nadie entendida), incitada por el amor, empezó a adquirir en pocos días tanta familiaridad con ella, que poco después, sin tener consideraciones a su señor, que peleando estaba en la guerra, llegó su familiaridad a ser, no sólo amigable, sino completamente amorosa. Pero sabiendo éstos que Osbech había sido vencido y muerto y que Basano lo venía saqueando todo, tomaron el partido de no esperarle; antes por el contrario, reuniendo la mayor parte de los tesoros que Osbech tenía allí, secretamente se fueron a Rodas, donde al poco tiempo Antíoco cayó enfermo y murió; con ellos, casualmente viniera un mercader de Chipre, a quien él quería mucho y que era gran amigo suyo; y conociendo que se aproximaba su fin, resolvió dejarle sus bienes y su estimada dama. Próximo ya a a muerte, llamóles a ambos y les dijo:

—Me siento indefectiblemente desfallecer; cosa que me pesa; porque jamás había gozado de la vida como ahora. La verdad es que estoy sumamente contento de una cosa, y es, que debiendo morir, veo venir la muerte en los brazos de las dos personas a quienes más amo en el mundo: esto es, en los tuyos, queridísimo amigo, y en los de esta mujer a quien he amado más que a mí mismo desde que la conocí. La verdad es que me es muy doloroso, sabiendo que muriendo yo, queda ella aquí extranjera, sin ayuda y sin consejo; y me sería aún más doloroso si no estuvieras aquí tú y que no tuviese la seguridad de que por amor mío cuidarás de ella como de mí mismo habrías cuidado; y por esto te ruego muy encarecidamente que si llego a morir te intereses por mis cosas y por ella y que hagas de ésta y de aquéllas lo que creas pueda ser para mayor consuelo de mi alma. Y a ti, amadísima mujer, te ruego que después de mi muerte no me olvides, para que desde allá pueda alabarme de que aquí soy amado de la más hermosa mujer que jamás fue formada por la Naturaleza. Si vosotros me dais entera seguridad de estas dos cosas, moriré indudablemente consolado.

Lloraban a la par el amigo y la mujer al oír estas palabras, y cuando él hubo terminado, le animaron y le prometieron bajo palabra hacer lo que les pedía, si llegaba a morir. Poco tardó éste en fallecer, dándosele por ellos honrosa sepultura. Pocos días después, habiendo el mercader Cipriano despachado todos sus asuntos en Rodas, regresó a Chipre en una gabarra de catalanes que allí se hallaba, y preguntó a la hermosa dama qué era lo que quería hacer, puesto que a él le convenía regresar a Chipre. La dama contestó que si era de su agrado ella partiría con él, confiando en que por amor a Antíoco la trataría y la consideraría como a una hermana. Dijo el mercader que consentía con toda satisfacción; y para poder defenderla de cualquier contratiempo que pudiera sobrevenirle antes de que se hallasen en Chipre, dijo que era su mujer. Y cuando estuvieron a bordo, como se les diera un camarote en la popa, a fin de que los hechos no desmintieran las palabras, dormían en una camita bastante reducida. Con cuyo motivo acaeció lo que ni al uno ni a la otra al partir de Rodas les viniera a la mente, es a saber, que incitados por la obscuridad, por la ocasión y por el calor del lecho, cuyas fuerzas no son escasas, dando al olvido la amistad y el amor del difunto Antíoco, atraídos por apetito casi igual, empezando a estimularse mutuamente antes de llegar a Baffa, de donde él era natural, habían emparentado ya de verdad; y llegados a Baffa permaneció ella bastante tiempo con el mercader. Dio la casualidad que viniese a Baffa para algún asunto suyo un caballero llamado Antígono, hombre de edad madura y grandísimo talento, aunque de riqueza escasa; porque habiéndose entrometido en varias cosas para el servicio del rey de Chipre, habíale sido contraria la fortuna. Pasando éste cierto día por delante de la casa donde habitaba la hermosa dama, en ocasión en que el joven mercader de Chipre había ido a Armenia con sus mercancías, vio casualmente asomada a una ventana de la casa a la sarracena, y ante su extraordinaria belleza, empezó a mirarla fijamente y a recapacitar que antes de entonces la había visto, pero sin poder acordarse de ninguna manera dónde. La hermosa joven, que por tan largo tiempo había sido juguete de la Fortuna y cuyas desdichas debían en breve plazo tocar a su término, al ver a Antígono recordó haberlo visto en Alejandría y en buena posición al servicio de su padre. Sintiendo súbitamente nacer en ella la esperanza de poder volver aún a su posición real, y aprovechando la ausencia de su mercader, mandó llamar lo más pronto que pudo a Antígono, para que la aconsejase. Y en cuanto lo tuvo en su presencia, tímidamente le preguntó si era él Antígono de Famagosta, como presumía ella.

Contestó Antígono afirmativamente y añadió:

—Paréceme, señora, reconocerlos, mas por ningún medio logro recordar dónde os he visto: por consiguiente os ruego que si esto no ha de ofenderos, me hagáis memoria de quién sois.

Convencida de que realmente era quien ella se figuraba, Alatiel, llorando copiosamente le echó los brazos al cuello y poco después preguntó al asombrado caballero si la había visto alguna vez en Alejandría. Apenas oída esta pregunta reconoció Antígono inmediatamente en ella a Alatiel, hija del sultán, de la cual se creía que hubiese muerto en el mar y quiso tributarle los respetos que le eran debidos; mas ella no lo consintió, suplicándo-

le que se sentara unos instantes a su lado. Luego que hubo hecho lo que ella deseaba, Antígono le preguntó respetuosamente cómo, cuándo y de dónde había venido a parar allí, ya que por todo el Egipto se tenía como cosa cierta que ella había muerto ahogada en el mar algunos años atrás.

A lo cual contestó la sarracena:

—Más quisiera que así hubiese sido que haber tenido la vida que he tenido y creo que lo mismo quisiera mi padre si algún día lo llegara a saber. Y rompió nuevamente a llorar.

—Señora —le dijo Antígono—, no os aflijáis antes de tiempo; referidme, si os place, vuestras aventuras y cuál haya sido vuestra vida: tal vez podrá llevarse la cosa de manera que, con la ayuda de Dios, podamos encontrarle buen remedio.

—Cuando te vi, Antígono —contestó la hermosa Alatiel—, me pareció ver a mi padre, e impulsada por aquel amor y aquella ternura que tengo el deber de sentir por él, pudiéndome ocultar de ti, me hice visible y de cuantas personas hubiera podido ver, de ninguna me hubiera alegrado tanto como me alegro de haberte visto y reconocido a ti antes que a otro, y por esto te pondré de manifiesto a ti, cual si fueras mi padre, lo que en mi mala fortuna he mantenido siempre oculto. Si después de haberme oído crees que puedas por algún medio hacerme volver a mi primitivo estado, ruégote lo ejecutes; si no lo crees así, ruégote que jamás a nadie le digas que me has visto ni que cosa alguna hayas oído decir de mí.

Dicho esto, le refirió llorando cuanto le había acontecido desde el día en que arribó a la isla de Mallorca hasta aquel momento.

Antígono se conmovió hasta el punto de derramar lágrimas, mas después que por un instante hubo estado discurriendo dijo:

—Señora, puesto que en vuestros infortunios habéis mantenido oculto quién vos fuisteis, no os quepa duda de que os restituirá más querida que nunca, primero a vuestro padre, y después por esposa al rey de Garbe.

Y como ella le preguntase cómo lo haría, expúsole detalladamente todo lo que debía hacerse; a fin de que demorándolo no pudiera sobrevenir nueva contrariedad, regresó Antígono inmediatamente a Famagosta, presentóse al rey y le dijo:

—Señor, si a vos os place, podéis a un tiempo mismo proporcionaros a vos suma honra y proporcionarme a mí, que por vos me he empobrecido, gran provecho sin que gran cosa os cueste.

Preguntóle el rey la manera como esto podría ser, y Antígono añadió:

—Ha llegado a Raffa la bella joven hija del sultán de quien por tan largo tiempo habíase creído haber muerto ahogada y que para conservar su honestidad, inmensos y prolongados pesares ha sufrido, hallándose hoy en pobre situación y ansiosa de volverse a ver al lado de su padre. Si a vos os pluguiera enviársela bajo mi custodia, esto sería un gran honor para vos y un gran provecho para mí; pues no creo que jamás llegará a olvidar el sultán tan gran servicio.

Movido el rey por una real nobleza de alma, contestó inmediatamente que consentía, y enviándola a buscar con gran consideración, hízola ve-

nir a Famagosta, donde él y la reina la recibierón con grandes fiestas y magníficos honores. Como el rey y la reina desearan conocer sus aventuras, contestó refiriéndolo todo a tenor de las lecciones que Antígono le diera. Y pocos días después, pidiéndolo ella, el rey la remitió al sultán con magnífico y respetable séquito de hombres y mujeres, bajo la custodia de Antígono. No hay que preguntar con cuántos festejos recibió el último a su hija, a Antígono y a todo su acompañamiento. Después que ésta hubo descansado algunos días, quiso saber su padre a qué se debía que estuviera viva y dónde había pasado todo aquel tiempo sin que jamás le hubiera hecho saber cosa alguna de su situación. Alatiel, que había conservado fielmente en la memoria las lecciones de Antígono, díjole a su padre:

—Veinte días debían haber transcurrido, padre mío, desde el que me separé de vos, cuando destrozada nuestra nave por terrible tempestad, fue cierta noche a encallar en ciertas playas de poniente inmediatas a un lugar llamado Agnamorta, sin que jamás haya sabido qué fue de los hombres que en nuestra nave se hallaban. Sólo recuerdo que, llegado el día y volviendo ya casi de muerte a vida, habiendo sido vista ya por los campesinos la destrozada nave y habiendo acudido de todas partes a saquearla, yo, con dos de mis mujeres, fuimos colocadas sobre la orilla y cogidas luego por jóvenes que éste con una y aquél con otra empezaron a huir. Jamás supe lo que fue de ellas, y como yo me resistiera a dejarme llevar, apoderáronse de mí dos jóvenes tirándome por los cabellos mientras no cesaba yo de oponer resistencia; al pasar éstos por un camino para hacerme penetrar en un inmenso bosque, aparecieron entonces cuatro hombres que andaban a caballo por aquel sitio, y al verles los que me arrastraban, echaron a huir abandonándome de repente. Al ver esto los cuatro hombres, que por su semblante parecían hombres de gran autoridad, corrieron a donde yo estaba y me dirigieron muchas preguntas y les dije muchas cosas yo, pero ni ellos me entendieron ni yo les entendí a ellos. Después de conferenciar largamente entre sí, colocáronme encima de uno de sus caballos, condujéronme a un monasterio de mujeres religiosas según su ley, y allí, sin que yo sepa lo que dijeron ellos, fui benévolamente recibida y siempre considerada por todas, y con ellas serví luego con gran devoción a san Cresci in Valcava, a quien las mujeres de aquel país veneran mucho. Después que por algún tiempo hube aprendido algo de su idioma, me preguntaron quién era yo y de dónde era, y conociendo yo dónde me hallaba y temiendo que si decía la verdad me despedirían como a enemiga de su religión, respondí que era hija de un gran caballero de Chipre, el cual me enviaba a Creta para casarme, cuando una tempestad nos había arrastrado y hecho naufragar en aquellos parajes. No pocas veces observé sus costumbres en bastantes cosas por miedo de cosa peor, y como la mayor de aquellas mujeres a la cual daban el nombre de abadesa, me preguntara si quería yo volver a Chipre, le contesté que nada deseaba tanto como esto; más ella celosa de mi honra, jamás quiso confiarme a persona alguna de las que se dirigían a Chipre hasta que, hace cosa de dos meses, habiendo ido allá ciertos buenos hombres de Francia con sus mujeres, alguna de las cuales estaba emparentada con la abadesa, y habiéndose

enterado ésta de que iban a Jerusalén a visitar el Sepulcro donde fue sepultado Aquel a quien tienen por Dios después que le hubieron matado los judíos, me recomendó a ellos y les rogó que en Chipre me presentaran a mi padre. Largo sería de contar cuánto me agasajaron y aun gustosos me recibieron aquellos señores y sus esposas. Embarcados, pues, en una nave, al cabo de algunos días llegamos a Baffa, y al verme allí sin que nadie me conociera y sin saber qué debía decirles a aquellos caballeros que querían presentarme a mi padre, según se lo había exigido la respetable abadesa, Dios, que sin duda se compadecía de mí, hizo que en el momento en que nos encaminábamos abajo se me apareciera Antígono a la orilla del mar; me apresuré a llamarle, le dije en mi lengua para que no me entendieran ni los caballeros ni sus esposas, que me recibiera como a su hija.

Comprendíome él en seguida y haciéndome grandes caricias, obsequió a mis acompañantes en la medida de su pobre situación y me acompañó al rey de Chipre, que me recibió con tales honores que jamás podría yo expresar y que a vuestro lado me envió después. Si algo os falta saber, Antígono, que muchas veces ha oído de mí esta historia, os la referirá.

Dirigiéndose entonces Antígono al sultán, le dijo:

—Señor, tal como repetidas veces me la ha explicado a mí y como me lo dijeron aquellos nobles señores y aquellas damas con quienes ella vino, os lo acaba de referir a vos. Una sola cosa ha dejado de deciros y presumo que lo ha hecho, porque no le está bien a ella el decirlo; y es los elogios que aquellos nobles señores y sus esposas con quienes vino hicieron de la honesta vida que llevó con aquellas religiosas mujeres, de su virtud, de sus lables costumbres y de las abundantes lágrimas que vertieron las damas y los caballeros, cuando habiéndomela devuelto, se despidieron de ella. Si yo quisiera contar extensamente todo lo que ellos me dijeron no ya el día presente sino que ni toda la próxima noche no serían suficientes: baste decir que (según daban a entender en sus palabras, y aun por lo que yo he podido ver), podéis enorgulleceros de tener la hija más hermosa, más honrada y más apreciada que cualquiera otra testa coronada.

Extraordinariamente solemnizó el sultán estas cosas, y repetidas veces rogó a Dios que le concediera la gracia de poder recompensar dignamente a cuantos habían honrado a su hija, y de un modo especial al rey de Chipre que con tan grandes honores se la había devuelto; y transcurridos algunos días, habiendo hecho disponer valiosos regalos para Antígono, le dio licencia para regresar a Chipre, dando muy expresivas gracias, por medio de carta y por medio de embajadores especiales, al rey, por cuanto había hecho por su hija.

Después de esto, queriendo que se llevase a efecto lo que se había principiado, a saber que fuera esposa del rey de Garbe se lo contó todo a éste, escribiéndole además que si era de su agrado poseerla, mandase por ella. Satisfizo esto en gran manera al rey de Garbe, que la mandó a buscar con gran agasajo, y la recibió con indecible alegría. Y la que con ocho hombres acaso diez mil veces había tenido tratos, como doncella se acostó a su lado e hizo creer que así era: y durante largos años compartió el trono con él.

## Cuento octavo

### *La inocencia triunfante*

El conde de Angers, falsamente acusado, parte al destierro y deja en distintos puntos de Inglaterra a dos hijos suyos, y al regresar desconocido, les halla en buena posición; ingresa como criado en el ejército del rey de Francia, y reconocida su inocencia, se le reintegra a su primer estado.

Muchos suspiros arrancó a las damas la historia de la hermosa sarracena, pero ¿quién sabe qué era lo que aquellos suspiros motivaba? Acaso algunas de ellas no menos suspiraban por el deseo de tan frecuentes bodas, como por la piedad que la joven les inspiraba. Mas dejando ahora esto aparte, habiéndose reído ellas al oír las últimas palabras pronunciadas por Pánfilo y por éstas comprendiendo la reina que él había terminado su historia, volviéndose a Elisa, dispuso que con una de las suyas siguiera el orden establecido. Obedeciendo ésta gustosa, empezó diciendo:

—Muy vasto es el campo por donde hoy nos vamos espaciando; y como en él ha sembrado la fortuna lances siempre nuevos e interesantes, tomando al azar uno entre los infinitos que hay para contar, digo:

Que habiendo pasado el imperio de Roma de manos de los franceses al dominio de los tudescos, nació entre ambas naciones una gran enemistad y una guerra cruel e incesante con cuyo motivo, tanto para defender su país como para ofender al país enemigo, el rey de Francia y un hijo suyo, con todas las fuerzas de su reino y las que pudieron reunir sus amigos y parientes, formaron un numeroso ejército para atacar al enemigo, y antes de proceder a eso, para no dejar el reino sin gobierno, teniendo a Gualtieri, conde de Angers por hombre noble y sabio, y muy fiel amigo y servidor suyo y aun cuando estaba bastante adiestrado en el arte de la guerra le parecía más apto para las cosas delicadas que para aquellas fatigas, le dejaron encargado, en representación suya, del gobierno del reino de Francia, emprendiendo luego ellos su camino. Empezó, pues, Gualtieri a ejercer, con orden y prudencia, el cargo que se le había encomendado, consultándolo siempre todo con la reina y con la nuera, y aun cuando hubieran sido encomendadas a su custodia y jurisdicción, las respetaba sin embargo como a mujeres y a superiores suyas.

Era dicho Gualtieri de arrogante figura y de unos cuarenta años de edad, tan agradable y tan fino, que más no podía serlo gentilhomme alguno; y además de todo esto, era el caballero más galán y más delicado que en aquellos tiempos se conocía y el que más cuidaba de su persona. Acaeció que, hallándose en la guerra el rey de Francia y su hijo, como muriese la esposa de Gualtieri y a éste le quedaran únicamente un hijo varón y una hembra, ambos pequeños, y acostumbrando él ir a la residencia de las mencionadas damas, hablando frecuentemente con ellas de las necesidades del reino, la esposa del hijo del rey le puso encima los ojos y fijándose con sumo cariño en su persona y en sus maneras, se enamoró secreta y ardiente-

mente de él; y viéndose ella joven y lozana, y viéndole a él sin mujer, abrigó el ligero pensamiento de manifestarle su deseo, y creyendo que nada se oponía a esto, más que el rubor, se dispuso a prescindir de éste y a manifestarle sin rodeos su deseo. Y hallándose un día sola, y pareciéndole oportuna la ocasión, le mandó a llamar, cual si quisiera hablar con él de otras cosas.

El conde, cuyo pensamiento estaba muy distante del de la dama, se presentó a ella sin dilación; y sentándose, por invitación suya a su lado en un sofá, en una habitación los dos solos, cuando ya dos veces le hubo preguntado el conde el motivo por el cual le había hecho venir, sin obtener contestación, impelida finalmente por el amor, y con el rostro encendido de vergüenza, casi llorando y toda trémula, con palabras entrecortadas, empezó a decir:

—Muy amado y dulce amigo y señor mío, fácilmente podéis conocer, con vuestro talento, cuánta sea la fragilidad de los hombres y de las mujeres, y por diversas causas más en una que en otra; por lo cual debidamente ante el justo juez un mismo pecado no debe recibir una misma pena en personas de diferente categoría. ¿Y quién sería el que dijese que no debe ser mucho más reprehensible un pobre hombre o una pobre mujer a quienes con su trabajo conviniera ganar lo que necesitaran para su sustento, si se sintieran estimulados por el amor y a dicho estímulo cedieran, que una mujer que sea rica y esté ociosa y a quien nada faltase de lo que pudiera apetecer?

Yo, a la verdad, no lo creo. Por cuya razón opino que dichas cosas deben tener una muy grande parte de excusa a la que disfruta de ellas, si por acaso se deja llevar al amor; y más aún deben tenerla si la que ama ha elegido un adorador sabio y discreto. Y como a mi entender todas estas cosas se hallan reunidas en mí, y muchas otras además de éstas, que deben inducirme a amar, como son la juventud y la ausencia de mi marido, conviene que surjan ahora a mi servicio, en defensa de mi fogoso amor en vuestra presencia y si ellas tienen para vos el valor que delante de los sabios deben tener, os ruego que me deis consejo y auxilio en lo que os voy a pedir. La verdad es que, no pudiendo yo por la ausencia de mi marido hacer frente a los estímulos de la carne ni a la fuerza del amor, los cuales tanto poder tienen, que muchas veces han vencido y vencen todos los días, no sólo a las débiles mujeres, sino hasta a los hombres más fuertes, y hallándome yo en medio de las comodidades y de la ociosidad en que me veis, me he dejado llevar a secundar los placeres amorosos y a enamorar; y si bien comprendo que tal cosa, si fuera sabida, no sería honrosa, sin embargo, siendo y manteniéndose oculta, juzgo que casi nada puede tener de deshonesto. Además ha sido conmigo tan bueno el amor, que solamente no me ha privado del discernimiento debido en la elección del amante sino que me ha servido mucho en esto, mostrándome que vos sois digno de ser amado de una mujer de mi calidad; pues si no me engaña mi modo de ver os tengo por el caballero más bello, más agradable, más galante y más juicioso que en el reino de Francia hallarse pueda; y cabalmente os encontráis sin mujer, como puedo yo decir que me encuentro sin marido. Por lo cual, os ruego que por la intensidad del amor que os profeso, no os neguéis a corresponder a él y apiadaos de mi juventud, que verdaderamente por vos se consume, como el hielo junto al fuego.

Con tanta abundancia sucedieron las lágrimas a estas palabras, que la joven, que todavía estaba dispuesta a proseguir sus súplicas, no pudo seguir hablando, y bajando la cabeza y casi desfallecida, dejó caer sollozando su cabeza sobre el pecho del conde. Éste, que era un caballero muy leal, reprendió severamente tan loco amor y la rechazó cuando ella quería echársele al cuello; y declaró bajo juramento que antes consentiría ser descuartizado que permitir tal cosa, ni en él ni en otro, contra la honra de su señor. Al oír esto la dama, olvidando súbitamente su amor y abrasándose en indecible cólera, exclamo:

—¿De modo que vos, mal caballero, escarnecéis de esta suerte mis deseos? Puesto que queréis causar mi muerte, os perderé.

Dicho esto, llevándose súbitamente las manos a los cabellos, sembró el desorden en ellos, y desgarrándose luego los vestidos por el pecho, empezó a dar grandes gritos de:

—¡Socorro, socorro, que el conde de Angers me quiere violentar!

Al ver esto el conde y temiendo mucho más la envidia cortesana que a su propia conciencia, y presumiendo que se daría más crédito a la maldad de aquella mujer que a su inocencia, levantándose con cuanta rapidez pudo, salió de la estancia y del palacio y huyó a su casa, y sin más reflexionarlo, puso a sus hijos a caballo y montando también él partió lo más pronto posible hacia Calais. A las voces de la dama, acudieron muchos que, viéndola en tal estado y sabedores de la causa de sus gritos, no solamente dieron crédito a sus palabras, sino que supusieron que la galantería y el atildamiento del conde sólo obedecían al deseo de obtener el amor de aquella dama y hacerla más fácilmente suya. Corrieron, pues, indignados a la morada del conde para reducirle a prisión; y como allí no le encontrasen, empezaron por robárselo todo y acabaron por echar abajo su palacio hasta los cimientos. La noticia, considerada sumamente grave, llegó al campamento a oídos del rey y de su hijo, quienes en su turbación condenaron al conde y a sus descendientes a destierro perpetuo, prometiendo importantes premios a quien vivo o muerto se los presentara. El conde, pesaroso de que huyendo, de inocente se había hecho culpable, llegó a Calais con sus hijos sin darse a conocer ni ser conocido, se trasladó inmediatamente a Inglaterra y, miserablemente vestido, se encaminó a Londres, aleccionando antes de penetrar en la ciudad a sus dos hijitos, especialmente en dos cosas: la primera en que soportasen con paciencia la pobre situación a que sin culpa suya, junto con él les había reducido la fortuna; y luego, que pusieran suma cautela en no manifestar ya más a nadie su origen ni su familia si tenían cariño a la vida. El hijo, llamado Luis, contaba unos nueve años, y la hija, llamada Violante, contaba apenas siete. Ambos comprendieron perfectamente, según su tierna edad lo permitía, la lección de su padre, y más tarde lo demostraron con los hechos. Para que pudieran hacerlo mejor, juzgaron oportuno cambiar sus nombres, y así lo hicieron, dándose el varón el de Perotto y la niña el de Giannetta; y habiendo llegado a Londres pobremente vestidos, como vemos lo hacen esos pordioseros franceses, pusiéronse a pedir limosna. Dedicándose cierta mañana a esto en una iglesia, acaeció que una gran señora, que



era la esposa de uno de los mariscales del rey de Inglaterra, vio al salir del templo al conde y a sus dos hijos pidiendo limosna. Preguntóle de dónde era y si aquellos niños eran suyos. Respondióle el conde que era de Picardía y por una mala acción de su hijo mayor, que era un bribón, se había visto obligado a marcharse del país con aquellos dos niños que eran hijos suyos. La dama, que era compasiva, fijó los ojos en la niña y se hechizó de ella porque era bonita, graciosa y agradable y dijo:

—Buen hombre, si consientes en dejar a mi lado esta hijita tuya, que me parece muy buena, me encargaré de ella con mucho gusto; y si llega a ser mujer de bien yo la casaré a su tiempo de manera que esté bien.

Mucho le plugo al conde esta petición, y se apresuró a acceder a ella, y se la entregó llorando y recomendándosela mucho. Colocada así su hija, sabiendo perfectamente a quién la dejaba confiada, resolvió no permanecer más allí y atravesó la isla mendigando y llegó a Gales con Perotto, no sin fatigarse mucho, por no estar acostumbrados a andar a pie. Había allí otro de los mariscales del rey que tenía gran pensión y mucha servidumbre, al patio de cuya casa algunas veces el conde y su hijo acudían para tener de qué alimentarse. En dicho patio había algún hijo del citado mariscal y otros niños de familia noble que se ensayaban a correr y a saltar, y Perotto empezó a mezclarse con ellos y a ejecutar los saltos y las carreras con tanta o mayor destreza que los otros. Como el mariscal le viera alguna vez y le agradaran mucho las maneras y modales del niño, preguntó quién era, y le contestaron que era hijo de un pobre hombre que a veces entraba allí a pedir limosna. Hizo llamar a éste el mariscal y le pidió el niño; y el conde, que no otra cosa le pedía a Dios, se lo concedió sin dificultad, a pesar de lo doloroso que le era separarse de él. Teniendo, pues, colocados a sus hijos, resolvió el conde no seguir viviendo en Inglaterra; trasladóse como mejor pudo a Irlanda y llegado a Strangford entró de criado en casa de un conde del país, haciendo todas las faenas correspondientes a un criado y a un mozo de cuadra, sirviendo allí largo tiempo con gran incomodidad y fatiga, sin ser jamás de nadie conocido. Violante, llamada Giannetta, al lado de la gentil dama de Londres, fue creciendo en edad, en figura y en belleza, y tan a gusto de la dama, de su marido, de todos los de la casa y de cuantos la conocían, que maravillaba el verla, y ninguno había que al observar sus costumbres y sus modales, no la juzgara digna de una gran fortuna y de elevado rango. Por lo cual la noble dama que de su padre la había recibido, sin haber jamás podido averiguar su origen, fuera de lo que él le dijera, habíase propuesto casarla convenientemente, según la condición o clase a que juzgaba debía pertenecer. Mas Dios, que siempre atiende con justicia a los merecimientos ajenos, sabiendo que era mujer noble y que padecía sin culpa por pecado ajeno, dispuso lo contrario, y para que la gentil joven no fuese a parar a manos de hombre villano, debe creerse que fue Él quien permitió en su benignidad, que sucediese. La noble dama con quien Giannetta vivía tenía de su marido un solo hijo, a quien tanto ella como su padre amaban extraordinariamente ya por ser hijo, ya también por merecerlo por sus méritos y virtudes, distinguiéndose

por su educación, su nobleza y su buena figura. Contaba éste seis años más que Giannetta, y al verla tan sumamente bella y graciosa, de tal suerte se enamoró de ella, que solamente para ella tenía ojos y corazón. Y como se figuraba que la joven debía ser de baja condición, no solamente no se atrevía a pedir a sus padres que le permitieran tomarla por esposa, sino que, temiendo que se le reprendiera por haber puesto su amor en mujer de tan humilde condición, mantenía oculto su amor cuanto le era posible; siendo esto causa de que se estimulara más que si lo hubiese puesto de manifiesto. De ahí resultó que consumido por su pasión, cayera gravemente enfermo, y como fueran llamados muchos médicos para que le cuidaran y éstos examinaron unos y otros síntomas sin que les fuese posible conocer su enfermedad, desconfiaban todos de poderle devolver la salud. En gran manera les afligía y apenas esto a los padres del joven y repetidas veces con plañideras súplicas le pedían la causa de su mal, respondiéndoles él, o suspirando o diciendo que se sentía consumir. Acaeció un cierto día que sentándose junto a él un médico bastante joven, pero de gran saber, y mientras le tenía cogido el brazo por el sitio donde los médicos buscan el pulso, Giannetta, que por deferencia a la madre del enfermo servía a éste con viva solicitud, penetró para algo en la habitación donde yacía el joven.

Al verla éste, sin pronunciar palabra ni hacer acción alguna, sintió con más fuerza en el corazón el amoroso ardor, por lo cual el pulso le empezó a latir con desusada violencia; observó en seguida esto el médico; pero ocultando su sorpresa, permaneció quieto para observar cuánto durarían aquellas pulsaciones.

En cuanto Giannetta salió de la estancia calmáronse las pulsaciones; esto le hizo presumir al médico cuál era la causa de la enfermedad del joven, y dejando transcurrir un rato, hizo llamar a Giannetta, como si quisiera preguntarle algo reteniendo siempre al enfermo por el brazo. Inmediatamente compareció la joven, y apenas penetró en la estancia, volvió a latir con fuerza el pulso del enfermo, aquietándose de nuevo en cuanto ella hubo salido. Como le pareciese al médico tener plena seguridad sobre la causa de la enfermedad del joven, púsose de pie, y llamando aparte a los padres de éste, les dijo:

—La salud de vuestro hijo no depende de los cuidados de los médicos; está en manos de Giannetta, a quien, por lo que he podido averiguar por ciertos síntomas, ama con delirio el joven, sin que, por lo que veo, lo haya notado ella. Ahora ya sabéis lo que os toca hacer si deseáis salvarle.

Alegráronse el mariscal y su esposa al oír esto, pues se les ofrecía modo de curar la enfermedad de su hijo, aun cuando sentían mucho que se vieran en la precisión de dar a Giannetta por esposa a su hijo. Así, pues, en cuanto el médico se hubo marchado, acercáronse al enfermo y la dama le habló así:

—Jamás hubiera creído, hijo mío, que me ocultaras deseo alguno tuyo, y sobre todo viendo que, por no poderlo realizar, estás enfermo, puesto que debías y debes tener la seguridad de que nada hay que hacerse pueda para contentarte, como no sea cosa digna, que yo no hiciera cual, si fuese para mí misma; mas como tú no lo has hecho, Dios ha sido tan misericordioso que de

ti, más que tú mismo se ha compadecido, y para que de esta enfermedad no mueras, me ha manifestado la causa de tu mal, que no es otra que el loco amor que sientes por alguna joven, sea la que fuere. No debiste avergonzarte al poner de manifiesto la verdad, puesto que tu edad lo reclama, y te juzgaría desprovisto de sentimientos si no estuvieras enamorado. De consiguiente, hijo mío, no te recates de mí, antes bien, háblame con toda confianza cuánto deseas; rechaza la melancolía y los pensamientos de donde procede esta enfermedad; ámate, y ten por seguro que nada habrá que tú me pidas para tu satisfacción que, yo pudiendo, no lo haga, puesto que te amo más que a mi vida. Aleja la vergüenza y el miedo, y dime si puedo hacer algo en pro de este amor tuyo, y si no encuentras que yo sea solícita en hacerlo y en realizar tu deseo, júzgame por la madre más cruel de cuantas parieron hijo.

Al oír el joven lo que le decía su madre, empezó por avergonzarse; mas luego, considerando que nadie mejor que ella podría satisfacer su afán, echando al lado la vergüenza, le contestó:

—Señora, lo único que me ha hecho mantener oculto mi amor, ha sido el haber observado en la mayoría de las personas que cuando se hallan en la edad madura no quieren acordarse de haber sido jóvenes. Mas puesto que os veo discreta en esto, no solamente no negaré que sea cierto lo que vos decís haberos dado cuenta, sino que os diré quién sea ella, a condición de que, a seros posible, cumpliréis vuestra promesa, con lo cual podréis devolverme la salud.

La madre, confiando demasiado en lo que debía efectuarse en la forma que ella se figuraba, respondió sin vacilar que le expusiera confiadamente todo cuanto deseara, añadiendo que sin tardanza procuraría hacer su gusto.

—Señora —dijo entonces el joven—, la extraordinaria belleza y las finas maneras de nuestra Giannetta, y el no poder intentar darle cuenta de mi amor y corresponderlo, como también el no haberme atrevido jamás a revelárselo a persona alguna, me han conducido a donde me veis; y si de un modo u otro no se realiza lo que me habéis prometido, estad segura de que no ha de ser duradera mi salud.

Considerando la dama que eran más oportunos los consuelos que las reprensiones, le contestó sonriéndose:

—¡Ay hijo mío! ¿Y por eso padeces? Ámate y déjame hacer a mí cuando estés curado.

Lleno de halagadoras esperanzas, dio muestras el joven de gran mejoría en muy breve tiempo, por lo cual, muy contenta la dama, dispúsose a buscar el modo de poder cumplir lo que había prometido. Llamó cierto día a Giannetta, y empleando frases bastante corteses, le preguntó si no tenía algún amante. Muy ruborosa la niña, contestó:

—A una señorita pobre y despedida de su casa, como yo, y que está al servicio de los demás como ahora estoy, no le corresponde ni le está bien pensar en el amor.

—Pues si no le tenéis —repuso la dama— nosotros queremos daros uno, del cual quedaréis satisfecha y que será cual vuestra belleza merece, pues no es conveniente que una señorita tan hermosa como vos no tenga amante.

A lo cual replicó Giannetta:

—Vos, señora, al sacarme del pobre estado en que con mi padre me hallaba, me habéis hecho educar como hija, y, por lo tanto, podéis hacer lo que os plazca; pero creo obrar bien no complaciéndoos en esto. Si sois gustosa de darme marido, dispuesta estoy a amarle; pero a un amante, no, pues de la herencia de mis antepasados no me ha quedado otra cosa que la honra, y estoy resuelta a conservarla mientras viva.

Estas palabras parecieron contrariar a la dama en lo que se proponía hacer para cumplir la promesa hecha a su hijo, por más que, como amiga prudente, en su interior elogiase a la joven.

—¡Cómo! —exclamó—. Si monseñor el rey, que es un gallardo joven, viéndote tan extraordinariamente hermosa, quisiera que le concedieses tu amor, ¿se lo negarías?

Giannetta se apresuró a responder:

—A la fuerza podría exigírmelo el rey; pero consintiéndolo yo, jamás podría obtener de mí cosa que no fuese honrosa.

Comprendiendo la dama aquella entereza, renunció a las palabras y pensó ponerla a prueba, y a este fin díjole a su hijo que, cuando estuviera curado, la hiciese entrar con él en una habitación y procurara obtener de ella lo que fuese de su agrado, diciendo que no le parecía cosa digna de ella trabajar para su hijo y solicitar a la muchacha como si fuera una alcahuetta. Bajo ningún concepto le agradó al joven esta proposición, y recayó súbitamente en su enfermedad, viendo lo cual la dama expuso claramente a Giannetta su intención. Pero, hallándola más firme que nunca, refirió a su marido lo que había hecho; y aun cuando consideraba grave el caso, resolvieron unánimemente dársela por esposa, prefiriendo al hijo vivo con mujer que no fuera de su rango, que muerto sin mujer alguna, y así lo hicieron, de lo cual estuvo Giannetta muy contenta, y de todo corazón le dio gracias a Dios por no haberla olvidado; mas, a pesar de todo, continuó siempre fingiéndose hija de un natural de Picardía.

Curó el joven, hiciéronse las bodas con indecible alegría y empezó a gozar con ella. Perotto, que había quedado en Gales con el mariscal del rey de Inglaterra, habiendo crecido también, vino a alcanzar la gracia de su señor, y se hizo tan arrogante y distinguido como no había otro en la isla, no existiendo uno solo en aquel país que le igualase en torneos, ni en justas, ni en cualquier otro ejercicio de armas, por cuya razón era conocido y célebre por todas partes, llamándosele Perotto el Picardo. Y cual no había olvidado Dios a su hermana, demostró que tampoco a él le había echado en olvido: pues como apareciese en aquella región una mortífera peste, dejó sin vida a la mitad de sus habitantes, sin contar que la mayoría de los restantes huyeron a otros países, a impulso del miedo, de tal suerte, que todo el país parecía abandonado.

Víctimas de aquella enfermedad fallecieron su señor el mariscal, la esposa y el hijo de éste y muchos otros hermanos, sobrinos y parientes, sin quedar de él más que una joven casadera ya y Perotto con algunos otros servidores. Una vez calmada algo la peste, la joven, con el beneplácito y el consejo de algunos pocos del país que habían quedado vivos, tomó por marido

a Perotto y le hizo dueño de todo cuanto le había correspondido a ella por herencia. Poco tiempo después, enterado el rey de Inglaterra del fallecimiento del mariscal, y teniendo noticia del valor de Perotto el Picardo, nombróle para sustituir al difunto y le hizo su mariscal.

Esto fue lo que les acaeció, en suma, a los dos inocentes hijos del conde de Angers a quienes él había dejado abandonados.

Dieciocho años habían transcurrido desde que saliera de París el conde fugitivo, cuando mientras residía en Irlanda, donde había sufrido mucho llevando una vida miserable, y viéndose viejo, viniéronle deseos de saber, si le era posible, lo que había sido de sus hijos. Por lo cual, viéndose completamente transformado en su persona, y sintiéndose, a consecuencia de su prolongado ejercicio, más robusto que, cuando siendo joven, vivía en la indolencia, despidióse, desprovisto de dinero y de equipaje, del amo con quien durante largos años había vivido, vínose a Inglaterra, encaminóse al punto donde dejara a Perotto, y le encontró mariscal y gran señor, y le vio sano, robusto y bien formado: mucho le agradó, mas no se le quiso dar a conocer, hasta que hubiese tenido noticias de Giannetta.

A este objeto, poniéndose en camino, no paró hasta llegar a Londres, y una vez allí, preguntando sigilosamente por la dama a quien había dejado encomendada a su hija, y por su posición, encontró a Giannetta, esposa del hijo de aquélla, cosa que le agradó en gran manera, y consideró poca cosa las adversidades que habían llovido sobre él, puesto que encontraba a sus hijos vivos y en buena posición.

Deseoso de poder ver a su hija, andaba mendigando por las inmediaciones de su morada.

Cierto día le vio Giachetto Lamyens, que así se llamaba el marido de Giannetta y, compadecido de él al verle pobre y viejo, mandó a uno de sus criados que e le condujera a su casa y le hiciera dar de comer, cosa que hizo el criado.

Giannetta había tenido ya de Giachetto varios hijos, el mayor de los cuales no tenía más allá de ocho años y que eran los niños más hermosos y graciosos del mundo. Éstos, al ver comer al conde, acudieron todos a su alrededor y empezaron a hacerle caricias, como si, impelidos por un poder oculto, hubieran comprendido que aquel hombre era su abuelo. Reconociendo éste a sus nietos, empezó a manifestarles cariño y a acariciarles; por lo cual, los muchachos no querían separarse de él, por más que el que cuidaba de ellos les llamase.

Enterada Giannetta de lo que pasaba, salió de una habitación inmediata, vino a donde estaba el conde y les amenazó con castigarles, si no hacían lo que les mandaba su maestro. Los niños empezaron a llorar y a decir que querían permanecer cerca de aquel buen hombre que les quería más que su maestro, cosa que hizo reír a la dama y al conde. Éste se había levantado, no como padre, sino como un mendigo, para saludar a su hija como a la señora de la casa, experimentando al verla un verdadero placer.

Ni entonces ni después le reconoció ella, porque estaba completamente desconocido, por haberse vuelto viejo, cano, barbudo, flaco y moreno; de

suerte que no era posible presumir que fuera el conde. Viendo la dama que los niños no querían separarse de él y que al verle partir lloraban, dijo al maestro que les dejase allí un rato.

Mientras con él se hallaban, volvió el padre de Giachetto y el maestro le enteró de lo que pasaba y, como despreciaba a Giannetta, dijo:

—Déjales con la mala suerte que Dios les dé, que de casta les viene. De pordiosero descenden de parte de madre, y por eso no es de extrañar que les guste rozarse con pordioseros.

Oyó el conde estas palabras y lo sintió en gran manera pero encogiéndose de hombros, aguantó esta injuria como había aguantado otras muchas.

Giachetto, que se había enterado de las caricias que sus hijos le hacían al mendigo, esto es, al conde, no las veía muy a gusto, pero les quería tanto, que antes de verles llorar, ordenó que si aquel hombre quería quedarse allí para hacer alguna faena, que le admitiesen. Respondió el conde que muy gustoso se quedaría, pero que él no sabía hacer otra cosa que cuidar caballos, que era lo que durante toda su vida había hecho.

Encomendósele, pues, el cuidado de un caballo, y en cuanto lo hubo arreglado, entretúvose en jugar con los niños.

Mientras la fortuna conducía, como hemos visto, al conde de Angers y sus dos hijos, acaeció que el rey de Francia, después de haber pactado largas treguas con los alemanes, murió, y en su lugar fue coronado el hijo de quien era esposa aquella mujer, por cuya causa había sido desterrado el conde. Terminada la última tregua concertada con los tudescos, el nuevo rey volvió a emprender ruda guerra: el rey de Inglaterra, como nuevo pariente suyo, envió mucha gente en su auxilio al mando de su mariscal Perotto, y de Giachetto Lamyens, hijo del otro mariscal, yendo con éste el conde, quien, sin ser reconocido, permaneció largo espacio de tiempo como criado en el campamento, donde como hombre, animoso, realizó con consejos y con hechos, más actos buenos de los que podían pedirse de él.

Durante la guerra, acaeció que la reina de Francia se puso gravemente enferma; y conociendo ella misma que se le aproximaba la muerte, arrepentida de todos sus pecados, se confesó con el arzobispo de Rouen informándole lo que por su culpa le había acaecido inmerecidamente al conde de Angers.

Y no se contentó con decírselo a él, sino que lo refirió tal como había pasado, en presencia de muchos otros hombres de valía, rogándoles que trabajasen con el rey para que el conde, si vivía aún, y si no vivía, alguno de sus hijos, fuesen restituidos a su antigua posición; muriendo poco después y siendo sepultada con gran solemnidad.

Referida esta confesión al rey, éste, después de haber lamentado dolorosamente las ofensas injustamente inferidas a aquel noble caballero, mandó hacer un pregón por todo el ejército y por muchas otras partes, diciendo que cualquiera que le diera noticias del conde de Angers o de alguno de sus hijos, sería por él espléndidamente recompensado, puesto que le tenía por inocente del crimen por el cual había sido desterrado, por confesión hecha por la reina, y tenía el propósito de reintegrarle en su antigua posición y aun

colocarle en otra mayor. Oído esto por el conde que seguía sirviendo de criado y sabedor de que era cierto lo que se pregonaba, apresuróse a ir a encontrar a Giachetto, y le rogó que fuese con él a reunirse con Perotto, porque quería revelarles lo que el rey iba buscando.

Reunidos, pues, los tres, el conde le dijo a Perotto de quien pensaba ya darse a conocer:

—Perotto, Giachetto aquí presente, tiene por esposa a tu hermana, sin que ésta tuviera dote alguna; por lo cual, a fin de que tu hermana no carezca de dote, deseo que él, y nadie más obtenga este beneficio que el rey promete tan grande para ti; y te denuncie como hijo del conde de Angers, y a Violante, tu hermana, y mujer suya, y a mí, que soy vuestro padre, el conde de Angers.

Al oír esas palabras, Perotto miró fijamente al conde, le reconoció al instante, y llorando, se arrojó a sus pies y le abrazó, diciendo.

—¡Bien hallado seáis, padre mío!

Giachetto, al oír primero lo que había dicho el conde y al ver luego lo que Perotto hacía, sintióse a la vez poseído de tanto asombro y de tanta alegría, que apenas sabía lo que debía hacer; dando, sin embargo fe a las palabras, y muy avergonzado de las frases ofensivas que con su criado empleara, dejóse caer llorando a sus pies, y le pidió humildemente perdón por todas sus pasadas ofensas, perdón que el conde le otorgó con benevolencia, haciéndole poner de pie.

Y después de haber hablado largamente los tres de sus respectivas aventuras y de haberse lamentado y alegrado mucho juntos, como Perotto y Giachetto quisieran poner al conde el traje que le correspondía, de ninguna manera lo consintió éste, antes bien, quiso que, después que Giachetto tuviera la seguridad de recibir la recompensa ofrecida, le presentase al rey, para mayor vergüenza de éste, en el mismo traje de criado que llevara puesto.

Presentóse, pues, Giachetto al rey, con el conde y con Perotto, y ofreció presentarle al conde y a sus hijos, en cuanto le recompensare tal como había hecho pregonar.

Apresuró el rey a mandar que le fuese presentada a Giachetto la maravillosa recompensa ofrecida y le ordenó que le condujera sin dilación, tal como lo prometía, al sitio donde pudiera presentarle al conde y a sus hijos.

Volviéndose entonces Giachetto hacia atrás, y poniéndose delante del conde, su criado, y de Perotto, dijo:

—Aquí tenéis, monseñor, al padre y al hijo; la hija que es mi esposa y no está aquí, la veréis pronto, Dios mediante.

Al oír el rey estas palabras, miró al conde y, a pesar de que estaba más cambiado de lo que se creería, después de haberle contemplado unos instantes, le reconoció, y casi con lágrimas en los ojos, alzóle del suelo donde se había puesto de hinojos, le besó, le abrazó y recibió amigablemente a Perotto, y dispuso que sin dilación se proveyese al conde de ropas, servidumbre, caballos y ajuar, según correspondía a su nobleza, órdenes éstas que fueron inmediatamente cumplidas.

Mucho, además, honró el rey a Giachetto: quiso que le enteraran todos de sus pasadas aventuras. Y cuando Giachetto recibió las suntuosas recompensas que el rey ofreciera por haberle presentado al conde y a sus hijos, díjole el conde:

—Toma estos dones que recibes de la magnificencia de monseñor el rey, y no te olvides de decir a tu padre que tus hijos y nietos suyos y míos, no descienden, por su madre, de pordioseros.

Tomó Giachetto los regalos, e hizo venir a París a su esposa, a su madre, y vino también la esposa de Perotto, celebrándose grandes fiestas junto con el conde, a quien el rey había puesto en posesión de todos sus bienes, y héchole más grande de lo que jamás había sido.

Después regresó cada cual con su permiso a su casa; él vivió en París hasta su muerte, rodeado de glorias y de honores más grandes de los de que antes estuviera rodeado.

## Cuento noveno

### *El engañador castigado*

Bernabó de Génova, engañado por Ambrosio, pierde su hacienda y manda matar a su esposa, que es inocente. Ésta se pone en salvo y vestida de hombre sirve al sultán; descubre al engañador y conduce a Bernabó a Alejandría, donde el engañador es castigado, recobra ella su traje femenino y, seguidamente, ambos esposos regresan a Génova.

Habiendo cumplido Elisa su deber con su enternecedora historia, Filomena, que era bella, de elevada estatura y de rostro extraordinariamente afable y risueño, dijo:

—Con la intención de no faltar a lo convenido con Dioneo, ya que únicamente a él y a mí nos falta contar una historia, diré primero yo la mía y él, como me lo pide, será el último en decir la suya. —Y dicho esto continuó: Suele decirse con frecuencia que el engañador acaba por caer vencido por el engañado: lo cual parecería inverosímil si los acontecimientos no lo demostrasen. Por lo que, siguiendo nuestro propósito, me han venido ganas de demostraros a un mismo tiempo, queridísimas damas, que es tal como se dice, y no creo que os desagrade oírme a fin de que sepáis guardaros de los engañadores.

En una posada de París hallábanse varios mercaderes italianos que, según costumbre, habían ido allí a sus respectivos quehaceres, y cierta noche entre otras en que juntos alegremente habían cenado, empezaron a hablar de diferentes cosas, y pasando de una conversación a otra, llegaron a hablar de sus mujeres que habían dejado en sus moradas y en broma empezó a decir alguno de ellos:



—Yo no sé la mía cómo se arregla; pero de mí sé decir que cuando aquí me viene entre manos alguna jovencita que me guste, dejo a un lado el amor que le tengo a mi mujer y saco de la otra lo que puedo.

—Y yo hago otro tanto —añadió otro—; porque tanto si creo que mi mujer se aprovecha, como si no lo creo, del mismo modo lo hará ella, y de consiguiente estamos a la recíproca; donde las dan las toman.

Habló un tercero en este mismo sentido y en una palabra, parecía como que todos opinaran de una misma manera, únicamente uno de ellos, llamado Bernabó Lomellín, de Génova, dijo lo contrario, afirmando que, por especial gracia de Dios, tenía por esposa una mujer, verdadero conjunto de todas las virtudes que una mujer o hasta un caballero o doncel deba tener y que tal vez no existía otra como ella en Italia, pues era hermosa, bastante joven aún, diestra y robusta, sin que existiera cosa propia de mujer que ella no la hiciera mejor que otra alguna. Decía además, que no podía hallarse criado que mejor y con más acierto sirviera la mesa de un gran señor, de lo que ella lo hacía, por ser muy educada, muy prudente y muy discreta. Después añadió que sabía montar mejor un caballo, llevar un halcón, leer, escribir y hacer una cuenta, que si fuera comerciante; y tras muchas otras alabanzas, vino a lo de que allí se hablaba, afirmando bajo juramento, que no podía encontrarse otra mujer más honrada y más casta que ella. Por lo cual, creía ciegamente que si él permanecía diez años fuera de casa o a casa no volviera, ella jamás pensaría en faltarle con otro hombre alguno.

Entre los mercaderes que de esto hablaban, hallábase un joven mercader de Piacenza llamado Ambrosio, quien empezó a reírse a carcajadas al oír este último elogio que Bernabó había hecho de su mujer, y en son de burla le preguntó si el emperador le había concedido a él este privilegio sobre todos los demás hombres. Bernabó, algo turbado, contestó que no había sido el emperador quien le había concedido esta gracia, sino Dios, que tenía algo más de poder que el emperador.

Entonces Ambrosio dijo:

—No me cabe duda, Bernabó, de que tú crees decir la verdad; pero a mi entender, te has fijado poco en la naturaleza de las cosas, pues, si en ella te hubieses fijado, no te creo tan corto de ingenio que no hubieses notado en ella cosas que te harían hablar con más cautela sobre esta materia. Y para que no te creas que nosotros, que largamente hemos hablado de nuestras mujeres nos figuremos tener mujer distinta o diferentemente constituida que la tuya sino que hemos hablado movidos con natural perspicacia, quiero hablar contigo un poco de esta materia. Yo siempre he opinado que el hombre es el animal más noble entre los mortales que Dios ha criado, y después del hombre la mujer; pero por lo que generalmente se cree y se ve por las obras, el hombre es más perfecto, y teniendo más perfección debe sin duda alguna tener más firmeza y más constancia, pues universalmente las mujeres son más inconstantes, cosa que se podría demostrar por muchas razones naturales de que ahora no me quiero ocupar. Si el hombre, pues, tiene mejor firmeza, y sin embargo no puede abstenerse de condescender, no ya tan solamente a las excitaciones de una mujer, sino al de-

seo de poseer a la que sea de su agrado y además al deseo de hacer lo posible para ponerse en combate con ella y esto le sucede, no una vez al mes sino mil veces al día; ¿qué esperas tú que pueda hacer una mujer, naturalmente inconstante ante las súplicas, los halagos, las dádivas y los otros mil medios que pondrá en juego el hombre astuto que la quiera? ¿Crees que ella podrá resistir? Positivamente por más que digan, no creo que lo creas tú, y que tú mismo digas que tu esposa es mujer y de carne y hueso como las demás lo son; pues si es así, debe tener ella los mismos deseos y las mismas fuerzas que las otras tienen para resistir a estos naturales apetitos: de modo que es posible por muy honrada que ella sea que haga lo que las otras y no hay cosa que se pueda sostener tan categóricamente ni que permita afirmar lo contrario de ella como lo haces tú.

Respondió a esto Bernabó, diciendo:

—Yo soy mercader y no filósofo y como mercader responderé, diciendo que comprendo que lo que tú dices les puede acaecer a las necias en quienes no hay vergüenza alguna; pero las que son prudentes atienden tanto a su honra que llegan a ser más fuertes en guardarla que los hombres que se cuidan de esto, y la mía es una de éstas.

—Verdaderamente —replicó Ambrosio—, si cada vez que ellas ceden a la tentación les naciera un cuerno en la frente que diera testimonio de lo que han hecho, creo que pocas serían las que no los ostentaran, pero como el cuerno no nace, no puede afirmarse con verdad, cuáles sean las prudentes, y la vergüenza y el deshonor sólo resaltan en las cosas que se ven; por lo cual, cuando lo pueden hacer ocultamente, lo hacen, y sólo por estupidez dejan de hacerlo. Y ten por cosa segura que únicamente es casta la que o fue mal solicitada o si solicitó ella, no fue atendida. Y aun cuando conozco por razones naturales y positivas que así debe ser, no hablaría con tanto aplomo como lo hago si no hubiera hecho la prueba muchas veces y con muchas. Y te digo que, si yo me hallara cerca de esa esposa tuya tan santísima, tengo la seguridad de que con ella me pasaría lo mismo que me ha pasado con las otras.

Turbado, Bernabó repuso:

—Esta conversación se haría interminable; tú dirías una cosa, yo diría otra y nada sacaríamos en claro; ya que tú dices que todas son iguales y eres tan irresistible, para que te convenzas de la honestidad de mi esposa, estoy dispuesto a dejarme cortar la cabeza si puedes inducirla a que satisfaga tu capricho, y, si no lo consigues, me contento con que pierdas mil florines de oro.

Ambrosio, que había ido animándose por momentos, replicó:

—No sé, Bernabó, lo que haría yo de tu cabeza si ganase; pero si tienes ganas de ver prueba de lo que te he dicho, apuesta cinco mil florines de oro tuyos, que siempre los debes querer menos que a tu cabeza, contra los míos; y así como tú ningún plazo impones, yo quiero comprometerme a ir a Génova y a los tres meses después de mi partida, haber hecho de tu mujer lo que haya querido, y llevar conmigo como prueba lo que a ella le sea más querido, y tales y tantos indicios, que tú mismo confesarás ser verdad, a condición de que me prometas, bajo tu palabra, no venir a Génova ni escribirle cosa alguna sobre este asunto durante estos tres meses.

Consintió gustoso Bernabó, pese a que los demás mercaderes que allí estaban se esforzaran en disuadirle, conociendo que de ello podían originarse grandes males.

Tan excitados se hallaban los ánimos de los dos contendientes que, a despecho de los demás, mutuamente se comprometieron bajo escritura en toda regla. Firmado el convenio, quedóse Bernabó, y Ambrosio se fue sin dilación a Génova. Habiendo permanecido allí algunos días, y enterándose con cautela del nombre de la calle y de las costumbres de la mujer, supo de ella tanto y aun más de lo que a Bernabó le había oído decir, por lo cual le pareció haber intentado mala empresa.

Poniéndose, sin embargo, de acuerdo con una pobre mujer que frecuentaba mucho la casa y a quien profesaba gran cariño la dama, no pudiendo inducir la a otra cosa, la sobornó por medio de dinero. Y se hizo conducir dentro de una caja arreglada a su manera, no sólo a la casa sino a la habitación de la gentil dama, y una vez allí, la buena mujer la dejó, siguiendo las órdenes de Ambrosio, que la encomendó a la dama, por tener ella precisión de salir de la ciudad por algunos días.

Quedóse, pues, la caja en la habitación y, llegada la noche, Ambrosio, cuando notó que la dama dormía, abriendo la caja por ingenioso medio, cautelosamente salió a la habitación, donde había una luz encendida. Púsose a examinar detenidamente la situación del dormitorio, las pinturas y las demás cosas notables que en la habitación había, reteniéndolas en su memoria. Luego, aproximándose al lecho y asegurándose de que la dama y una muchachita que con ella estaba, dormían profundamente, la destapó, y la contempló detenidamente, sin ver especialidad alguna en su cuerpo que mencionar pudiera, a excepción de un lunar debajo de la teta izquierda a cuyo alrededor aparecían algunos pelitos rubios como el oro; visto esto, volvió a cubrirla con cautela aun cuando al verla tan hermosa, deseos tuviera de arriesgar su vida y acostarse a su lado. Pero habiendo oído decir que era tan dura y tan esquivia tratándose de tales cosas, no se aventuró; y habiendo pasado la noche recorriendo a sus anchas la habitación sacó de un cofre una bolsa y una bata, algún cinturón, y, metiéndolo todo en su caja, volvió a penetrar en ella y la cerró como lo estaba antes: y de esta suerte se condujo, durante dos noches más, sin que la dama cosa alguna advirtiera.

Al tercer día, la buena mujer, cumpliendo las órdenes recibidas, vino en busca de su caja y la volvió a llevar al paraje de donde la había sacado, y saliendo Ambrosio de ella y habiendo satisfecho a la mujer la suma que le había prometido, regresó a toda prisa a París antes del plazo que se había tomado. Una vez allí, llamados los mercaderes que habían asistido a la discusión y al contrato, en presencia de Bernabó dijo haber ganado la apuesta hecha entre ellos, pues que había llevado a cabo lo que se propusiera; y en prueba de la verdad de su aserto, detalló la forma de la habitación y sus pinturas, y después presentó las cosas que de ella trajera consigo, asegurando de ella haberlas recibido. Bernabó confesó que la habitación era tal como él la describía y además reconoció que aquellos objetos habían pertenecido realmente a su esposa; pero añadió que su contendiente podía haber sabido por

alguno de los criados de la casa lo referente a la habitación, y que por igual medio podía haber obtenido los demás objetos, por lo cual le parecía que, si no decía otra cosa, aquello no bastaba para declararle vencedor.

Entonces Ambrosio dijo:

—Esto debería realmente bastar, pero, pues quieres que yo vaya aún más adelante, te complaceré. Dígame que la señora Ginebra, tu mujer, tiene debajo de su teta izquierda un lunar bastante crecido, a cuyo alrededor hay unos seis pelillos rubios como el oro.

Cuando Bernabó oyó esto, tan vivo dolor experimentó, que pareció como si le hubiera dado una cuchillada en el corazón; y con las facciones completamente alteradas aun cuando no había pronunciado palabra, señales dio harto manifiestas de que era cierto lo que Ambrosio afirmaba, y tras unos instantes, dijo:

—Señores, lo que Ambrosio dice es verdad; y por lo tanto, puesto que ha ganado, venga cuando guste y se le pagará.

Y, en efecto, al siguiente día se le pagó religiosamente. Y Bernabó, marchándose de París llevando en su ánimo terribles propósitos contra su esposa, a Génova se encaminó, pero no quiso penetrar en la ciudad, quedándose a unas veinte millas de distancia, en una posesión suya, y envió a Génova a un criado suyo en quien tenía mucha confianza, con dos caballos y dos cartas suyas, en las cuales anunciaba a su esposa que había regresado y que fuera a reunirse con él, y reservadamente ordenó al criado que, cuando la dama se hallara en el sitio que más oportuno le pareciera, la matase sin clemencia alguna y volviese.

Llegado, pues, el criado a Génova y entregadas las cartas y cumplida su misión, fue recibido con grandes agasajos por la dama, quien, a la mañana siguiente, montando a caballo con el criado tomó el camino de su hacienda: siguiendo juntos su camino, y entretenidos en variada conversación, llegaron a un pequeño valle muy profundo y solitario y cerrado por elevadas rocas y copudos árboles, cuyo lugar le pareció al familiar el más seguro para dar cumplimiento a las órdenes de su amo, y sacando el cuchillo y tomando a la dama por un brazo, le dijo:

—Señora, encomendad vuestra alma a Dios, pues debéis morir sin pasar más adelante.

Al ver el cuchillo y oír estas palabras, azorada exclamó la dama:

—Una gracia por Dios te pido: antes que me mates, dime en qué te he ofendido para que me debas matar.

—Señora —contestó el criado—, a mí en nada me habéis ofendido; pero no sé en qué habéis ofendido a vuestro esposo, cuando él me mandó que, sin tener de vos piedad alguna, os matara en este camino, amenazándome con hacerme ahorcar si no lo ejecutaba. Bien sabéis vos cuán adicto le soy, y que nada puedo negar de cuanto él me exige: bien sabe Dios cuánto os compadezco, pero no puedo obrar de otra manera.

—¡Ah! ¡Apídate de mí! —repuso llorando la dama— No quieras ser el asesino de quien jamás te ha ofendido, para servir a otro. Dios, que lo sabe todo, sabe que jamás hice cosa alguna por la cual haya merecido yo recibir

de mi marido tal castigo. Mas dejemos esto, ahora: si quieres, puedes complacer a un mismo tiempo a Dios, a tu señor y a mí por este medio: toma estas ropas mías y dame únicamente tu jubón y tu capuchón; llévale a mi esposo esas ropas y dile que me has matado, y yo te juro, por esta vida que me habrás conservado, alejarme, e ir a un paraje desde donde jamás llegará noticia alguna mía ni a él, ni a ti, ni a este país.

El criado, que de mala gana la mataba, volvióse fácilmente compasivo, por lo cual, aceptando sus ropas y entregándole los objetos que ella le había pedido, y dejando en su poder el dinero que ella llevaba encima, después de rogarle que se alejase del país, la dejó en el valle y a pie, y volvió a presentarse a su amo, a quien dijo que, no solamente había sido cumplido su mandato, sino que había dejado el cadáver a la voracidad de los lobos.

Poco tiempo después, trasladóse Bernabó a Génova, donde al tenerse noticia de lo ocurrido se le censuró agriamente. Sola y desconsolada había quedado la mujer, y cuando llegó la noche, recatándose cuanto pudo, se dirigió a un pueblecito inmediato y allí habiéndole proporcionado una vieja lo que le hacía falta, acomodó el jubón a su talle, lo acortó, hízose de la camisa un par de calzones, cortóse el cabello, y completamente transformada a guisa de marinero, encaminóse al mar donde casualmente encontró a un caballero catalán llamado Sellen Encarach, quien había desembarcado de un buque suyo que se hallaba a cierta distancia de aquel sitio y había venido a Alba para ir a refrescarse en una fuente; entablado conversación con él, contratósele por servidor y embarcóse en la nave haciéndose llamar Sicuran de Finale. Allí le fueron proporcionadas mejores ropas por su nuevo señor, a quien empezó a servir tan bien y tan a su gusto, que se le hizo extraordinariamente agradable.

Poco tiempo después acaeció que aquel catalán navegó hacia Alejandría con un cargamento suyo, ofreciendo al sultán unos halcones peregrinos que para él trajera; como el sultán le invitara algunas veces a comer y viera la solicitud con que Sicuran le servía y agradándole éste, se lo pidió al catalán; éste, aun cuando no le venía muy a gusto, se lo dio. Al poco tiempo Sicuran alcanzaba la gracia y el afecto del sultán con su buen comportamiento, como con el catalán había acaecido. Por lo cual, andando el tiempo, acaeció que debiéndose reunir en cierta época del año, como en una especie de feria, gran número de mercaderes cristianos y sarracenos en Acre, que estaba bajo el señorío del sultán, éste había tenido siempre la costumbre para que mercaderes y mercancías estuvieran seguros, de enviar allí además de sus empleados habituales, a alguno de sus hombres de confianza, con gente que cuidara del orden. Llegada esta época resolvió enviar allí a Sicuran, que poseía ya perfectamente la lengua del país; así lo hizo. Llegado, pues, Sicuran a Acre en calidad de señor y capitán de la guardia de los mercaderes y mercancías y cumpliendo allí bien y solícitamente lo que a su cargo correspondía, fue recorriendo la población; como viera a muchos mercaderes pisanos, sicilianos, genoveses, venecianos y de otros puntos de Italia, complacíase en hablar con ellos recordando su país. En una de las tiendas de mercaderes venecianos a la cual, como a otras mu-

chas, había descendido, vio entre otras prendas de valor una bolsa y un cinturón que en seguida reconoció haberle pertenecido; se sorprendió, pero sin dejarlo comprender, preguntó afablemente a quién pertenecían y si estaban para vender. Ambrosio de Piacenza había acudido allí con mucho género, conducido por una nave veneciana, y al oír que el capitán de la guardia preguntaba por el dueño de aquellos objetos, adelantóse, y riendo, contestó:

—Esos objetos, señor, son míos, y no los vendo, pero si os agradan os los regalaré con mucho gusto.

Sicuran, al ver que el otro se reía, sospechó que éste hubiera adivinado su deseo en algún acto suyo; y por lo tanto, poniendo cara adusta, le preguntó:

—¿Te ríes acaso porque ves que yo, hombre de armas, me fijo en objetos de mujer?

—No me río de esto, señor —respondió Ambrosio sino de la manera como los obtuve.

—¡Ay! Así Dios te dé buena fortuna —repuso Sicuran—, si no es cosa que decir no se pueda, cuéntame cómo las obtuviste.

—Señor —dijo Ambrosio—, me las regaló con alguna otra cosa una hermosa dama de Génova llamada Ginebra, mujer de Bernabó Lomellín, cierta noche en que me acosté con ella y que me las ofreció como recuerdo suyo. Y me he reído ahora, porque me ha venido a la memoria la estupidez de Bernabó, quien llevó su locura hasta el extremo de apostar cinco mil florines de oro contra mil a que no lograría hacer la conquista de su mujer; la hice, y gané la apuesta; y él, que más bien debía castigarse a sí mismo por su bestialidad, que a ella por haber hecho lo que todas las mujeres hacen, volviéndose desde París a Génova, según oí decir, la hizo matar.

En cuanto esto oyó, inmediatamente comprendió Sicuran cuál fuera la causa de la ira de Bernabó para con ella; no le cupo duda de que éste era el causante de toda su desgracia, y resolvió no dejar que quedase impune. Fingió, pues, haberle gustado mucho aquella historia y contrajo con él astutamente tan íntima familiaridad, que cediendo a sus instancias, una vez terminada la feria, Ambrosio se fue con él a Alejandría, llevando consigo todo lo suyo. Allí Sicuran le hizo poner una tienda, ayudándole con bastante dinero suyo, y como el otro viera beneficio en esto, quedóse en la ciudad muy a su gusto. Ansioso Sicuran de poner en evidencia a los ojos de Bernabó su inocencia, no se dio punto de reposo hasta tanto que, con el auxilio de algunos importantes mercaderes genoveses que se hallaban en Alejandría, llegó a encontrar medio de hacerle venir; como se hallaba él en bastante pobre situación, hizo Sicuran reservadamente que algún amigo suyo le recibiera, hasta que le pareciera llegada la ocasión de hacer lo que se proponía.

Sicuran le había hecho contar a Ambrosio la historia delante del sultán, quien la encontró muy de su gusto; pero en cuanto vio allí a Bernabó, considerando que no era del caso retirar la realización de su propósito, después de haberse tomado el tiempo necesario, impetró al sultán que hi-

ciera comparecer a Ambrosio y a Bernabó; que en presencia de éste obligase a Ambrosio, de grado o por fuerza, a decir la verdad, explicando cómo había pasado lo de que él se alababa sobre la esposa de Bernabó. Cuando hubieron comparecido Ambrosio y Bernabó, el sultán ordenó a Ambrosio, en presencia de muchos y con semblante severo, que dijese la verdad, explicando cómo había ganado a Bernabó cinco mil florines de oro; y estaba también presente Sicuran, que era en quien Ambrosio tenía más confianza y que con su turbación extraordinaria presagiábale gravísimos tormentos si no decía la verdad. Por lo cual, Ambrosio, aterrado por uno y otro lado y más coartado todavía por la presencia de Bernabó y de otras muchas personas, en la esperanza de que no se le impondría otra pena que la de restituir los cinco mil florines de oro y los objetos substraídos, lo contó claramente todo, tal como había acaecido. Cuando Ambrosio hubo hablado, Sicuran, haciendo las veces de representante del sultán, volvióse hacia Bernabó y le preguntó:

—¿Y tú, qué le hiciste a tu esposa a consecuencia de esta mentira?

—Yo —respondió el mercader—, dominado por la ira ante la pérdida de mi dinero y por la vergüenza del agravio que me parecía haber recibido de mi esposa, la hice matar por un criado mío; y según él me refirió, gran número de lobos la devoraron inmediatamente.

Diñas estas cosas en presencia del sultán y oídas y entendidas todas por él, ignoraba todavía a dónde quería ir Sicuran, que era quien lo había ordenado y preguntado todo. Díjole este último:

—Señor, claramente podéis daros cuenta cuán digna es de elogio esa buena mujer, tanto por el supuesto amante como por el marido; el primero le arrebató su honra en un instante, destruyendo su fama con mentiras y arruina al marido de ésta; y el segundo, más crédulo a las falsedades ajenas que a la verdad que él pudo conocer por larga experiencia, la hace asesinar y devorar por los lobos; además de esto, es tanto el cariño que el amigo y el marido le tuvieron, que habiendo permanecido largo rato con ella, ninguno la reconoce. Ya que vos, señor, comprendéis lo que cada uno de éstos ha merecido, si me queréis otorgar por gracia especial el castigo del engañador y el perdón del engañado, yo haré comparecer a vuestra presencia y a la de ellos a la inocente víctima.

Dispuesto el sultán a complacer en todo a Sicuran, respondió que era de su agrado y que hiciese venir a la dama. Asombróse en gran manera Bernabó, que firmemente la creía muerta; y Ambrosio, adivinando la gravedad de su situación, temía algo peor que la devolución del dinero, y aun cuando no sabía si la aparición de la dama debía tenerle esperanzado o temeroso, también él aguardaba sorprendido su llegada. En cuanto hubo obtenido la licencia del sultán, Sicuran, cayendo de rodillas en presencia de éste, anegada en llanto, perdió a la vez su voz varonil y cuanto le daba aspecto de hombre, y dijo:

—Yo soy, señor, la infeliz y desventurada Ginebra, que durante seis años, llevando en hábito de hombre una vida miserable por el mundo, indignamente calumniada por este traidor de Ambrosio se me mandó asesinar y arrojar a los lobos por ese hombre inicuo y cruel.

Y desgarrando por delante sus vestidos y dejando al descubierto el pecho, a todos expuso de manifiesto que era mujer; volviéndose luego a Ambrosio, con injuriosas frases le preguntó cuándo con ella habíase acostado, como antes se alababa de haberlo hecho; mas éste, reconociéndola ya, y mudo de vergüenza, nada decía. Al ver y oír esto el Sultán, que siempre la había tenido por hombre, se sorprendió de tal manera, que no acertaba a convencerse de que lo que veía y oía no fuera más bien un sueño que realidad. Mas cuando cesó el asombro, conociendo la verdad, elogió de un modo extraordinario la vida, la constancia, las costumbres y la virtud de la que, siendo Ginebra, hasta entonces había sido llamada Sicuran. Y mandando traer ricos trajes femeniles, y haciendo venir mujeres que la acompañaran, a petición de ella perdonó a Bernabó la muerte que merecía. Al reconocerla éste, arrojóse a sus pies llorando y pidiéndole perdón, que ella, aun cuando él no era digno de obtenerlo, benévolamente se lo concedió, y le hizo ponerse de pie, abrazándole cariñosamente como a marido. El sultán ordenó que Ambrosio fuera inmediatamente conducido a algún sitio elevado de la ciudad, atado al sol a un palo y untado de miel, y que no se le retirase de aquel sitio hasta tanto que cayera por sí mismo, y así se hizo. Dispuso además que lo que había pertenecido a Ambrosio se entregara a la dama; lo cual no era tan escaso que no valiera diez mil doblones; y haciendo preparar un gran festín, obsequió con él a los esposos Bernabó y Ginebra, al primero como a marido de la segunda, y a ésta como a mujer de gran valer, y en joyas, vajilla de oro y plata y dinero, tales regalos le hizo, que bien valieron y excedieron en valor de otros diez mil doblones. Y haciéndoles apostar un buque, terminado el festín les dio licencia para que pudieran regresar a Génova cuando les pluguiera; volviendo allí inmensamente ricos y sumamente satisfechos, siendo recibidos, con grandes obsequios, especialmente Ginebra, a quien todos creían muerta y que siempre, mientras vivió, fue reputada mujer de gran virtud y de gran valer. Ambrosio, el día mismo en que le ataron al palo y le untaron de miel, fue no solamente muerto, sino devorado hasta los huesos, en medio de terribles angustias, por las moscas, las avispas y los tábanos, de los cuales hay gran abundancia en aquel país; su blanco esqueleto permaneció durante mucho tiempo atado al poste, sin ser retirado y dando testimonio a todos de su maldad. Y ved ahí cómo el engañador fue vencido por el engañado.



## Cuento décimo

### *El calendario de los viejos*

Paganino de Mónaco le roba la mujer a maese Ricciardo de Chinzica, el cual, sabiendo dónde estaba ella y habiéndose hecho amigo de Paganino, se la reclama y éste se la cede, con tal que ella consienta. Ella no consiente en volver con él, y muerto maese Ricciardo, se casa con Paganino.

Todos los allí congregados elogiaron en gran manera la bonita historia contada por su reina, y elogióla sobre todo Dioneo, que era el único a quien aquel día faltaba referir la suya. Después de reproducidos los elogios anteriores, dijo Dioneo:

—Hermosas damas: Una parte de la historia de la reina me ha hecho desistir de contar una que tenía preparada y sustituirla por otra, y esta parte es la bestialidad de Bernabó y de todos los demás que creen lo que aquél aparentaba creer, y eso es lo que ellos se imaginan que, mientras andan por el mundo solazándose con ésta o con aquélla, hoy con una, mañana con otra, las mujeres que han quedado en casa se estén con las manos cruzadas, como si nosotros, que entre ellas nacemos y crecemos, no conozcamos lo que ellas desean. Contándoos o refiriéndoos esta historia, os mostraré a un tiempo mismo cuánta era la estupidez de esos tales y cuánto mayor es aún la de aquellos que, considerándose más poderosos que la Naturaleza, se figuran con fabulosas demostraciones poder lo que no pueden, y se esfuerzan en inducir al prójimo a ser lo que son ellos, no consintiéndolo el temperamento de aquél.

Hubo, pues, en Pisa, un juez más dotado de talento que de fuerza corporal, que se llamó Ricciardo de Chinzica, el cual, figurándose tal vez satisfacer a su esposa con la misma facilidad con que con sus estudios lo hiciera, siendo muy rico puso un gran empeño en alcanzar por esposa a una mujer joven y bella: dos condiciones de las cuales, si hubiese sabido aconsejarse a sí propio como con el prójimo lo hacía, debía huir. Y lo llevó a efecto, porque maese Lotto Gualandi le dio por esposa una hija suya llamada Bartolomea, una de las más bellas y hechiceras jóvenes de Pisa, a la cual, con grandes agasajos, condujo a su casa el juez, después de haber celebrado agradable y magníficamente las bodas; mas por la primera noche sólo una vez llegó a tocarla para consumir el matrimonio, y aun faltó poco para que aquella única vez hiciera tablas; y por la mañana, como estaba flaco y escuálido y tenía pocas fuerzas, fue preciso volverlo a la vida reanimándolo con vino rancio, confituras y otros ingredientes.

Este señor juez, más solícito de sus fuerzas de lo que lo había sido hasta entonces, empezó a enseñar a su mujer un calendario bueno para los niños que aprenden a leer, y que había sido tal vez confeccionado en Ravena.<sup>1</sup> Según le hacía ver el juez a su esposa, en dicho calendario no había día en

<sup>1</sup> En esta ciudad decían que había tantas iglesias como días tiene el año.

que no hubiese no solamente una festividad, sino muchas; y en reverencia de las mismas le manifestaba que, por varias razones, el hombre y la mujer debían abstenerse de cierta clase de intimidades, añadiendo a esta atención los ayunos, cuatro témporas, vigiliass de apóstoles y de mil otros asuntos, viernes y sábados y el día del Señor, toda la cuaresma, ciertos puntos de la luna y otras muchas excepciones, figurándose tal vez que con las mujeres debían hacerse tantas vacaciones como las que a veces hacía tratándose de causas civiles.

Y por largo tiempo seguía este sistema (no sin grave disgusto de la mujer, a quien acaso ni una sola vez al mes tocaba), guardándola siempre cuidadosamente para evitar que hubiera tal vez quien le diese a conocer los días de trabajo, como le había dado a conocer él los festivos.

Acaeció que, como el calor fuese muy intenso, viniéranle deseos a maese Ricciardo de ir a distraerse a una posesión suya muy bonita, inmediata a Monte Nero, permaneciendo allí algunos días para tomar los aires, y llevó consigo a su bella esposa. Durante su permanencia allí, y con la idea de darle alguna distracción, cierto día organizó una pesca y fueron a verla desde dos barquillas, él en una con los pescadores y ella en otra con varias mujeres; y atraídos por la distracción, casi sin notarlo, se alejaron algunas millas mar adentro; cuando más entretenidos estaban en contemplar la pesca, apareció de repente una goleta de Paganino da Mare, corsario muy famoso de aquellos tiempos, y viendo las barcas, hizo rumbo hacia ellas, no pudiendo éstas huir tan pronto que no alcanzase Paganino a la en que iban las mujeres; viendo en ella a la hermosa dama, sin pretender hacer otra presa, trasladóla a su buque, a la vista de Ricciardo, que estaba ya en tierra, y se alejó. Al ver esto el señor juez, que hasta del aire tenía celos, no hay que decir si estaría desesperado.

Inútilmente se lamentó en Pisa y en otros puntos de la maldad de los corsarios, sin saber quién le había quitado la mujer y a dónde la había llevado.

A Paganino le gustó mucho la dama al verla tan hermosa; y como, no tenía esposa, pensó tener siempre consigo a ésta; y viéndola llorar desconsoladamente, púsose él a consolarla con dulzura, y de tal manera se ingenió, que antes que llegaran a Mónaco, habíanse ido ya a ella de la mente el juez y sus leyes, viviendo desde entonces lo más alegre del mundo con Paganino. Condújola éste a Mónaco, donde siguió dándole reiterados consuelos, tratándola tan respetuosa y cariñosamente como si fuera su mujer.

Habiendo, poco tiempo después, llegado a los oídos de Ricciardo la noticia del sitio donde su mujer se hallaba, llevado de ardientísimo deseo y comprendiendo que nadie enteramente sabría hacer lo que era necesario para ello, resolvió ir él mismo a buscarla, dispuesto a satisfacer por su rescate cuanto dinero se le exigiera; y haciéndose a la mar, encaminóse a Mónaco, donde la vio a ella y fue por ella visto, contándosele ella por la noche a Paganino y enterándole de la intención que él llevaba. Por la mañana siguiente Ricciardo vio a Paganino, enteróse de él y en pocas horas trabó con él gran familiaridad y amistad, fingiendo conocer a Paganino y esperando lograr lo que se proponía. Cuando le pareció llegada la ocasión, maese Ric-

ciardo le expuso lo mejor que supo, y con la mayor amabilidad posible, el objeto de su venida, suplicándole que tomara lo que quisiese y le devolviera su mujer, a lo cual Paganino contestó con afable rostro:

—Bien venido seáis, caballero; y contestando sin rodeos, os diré lo siguiente: es verdad que tengo en mi casa a una joven, que no sé si es esposa vuestra o lo es de otro, puesto que a vos no os conozco, ni a ella tampoco la conozco más que por haber vivido algún tiempo conmigo.

Si vos sois su marido como decís, ya que me parecéis un excelente sujeto, os llevaré a su presencia y estoy seguro de que os conocerá perfectamente; si ella dice que es tal como vos decís y quiere irse a vivir en vuestra compañía, en gracia a vuestra benevolencia consiento que me déis por su rescate lo que os parezca bien.

—Si no fuera así, cometerías una indignidad en querérmela quitar porque soy joven y puedo como otro cualquiera tener una mujer y especialmente ésta que es la más amable que jamás vi —dijo maese Ricciardo—; ella es positivamente mi mujer y si me conduces a donde ella está, ya verás cómo se me echará en seguida al cuello; por eso estoy muy conforme, tú mismo has propuesto.

—Vamos, pues —dijo Paganino.

Encaminándose, pues, a la morada de éste, cuando se hallaron en uno de los salones, Paganino hizo llamar a Bartolomea y ésta salió vestida y compuesta, de una habitación, y fue a donde se hallaban maese Ricciardo con Paganino sin hacer a su marido otras demostraciones que las que le habría hecho a otro forastero cualquiera que con Paganino hubiese venido. Al ver esto, el juez que esperaba ser por ella recibido con grandes demostraciones de alegría sorprendióse en gran manera, y empezó a decirse para sí:

—Tal vez la tristeza y el prolongado dolor que he tenido desde que la perdí, me han desfigurado de tal manera que no me reconoce.

Por lo cual añadió en alta voz:

—Bien caro me cuesta, esposa mía, el llevarte a pescar, pues jamás se sintió dolor comparable con el que he experimentado yo después que te perdí, y ante el frío recibimiento que me haces diríase que no me reconoces ya. ¿No ves que soy tu maese Ricciardo aquí venido para satisfacer lo que le acomode a ese noble señor, en cuya casa nos hallamos, para recobrarte y sacarte de aquí y que él, su merced, accediendo a mi deseo, te devuelve?

Volviéndose hacia él la dama y sonriendo ligeramente le contestó:

—¿Habláis conmigo, caballero? Ved que no me hayáis tomado por otra, pues, lo que es yo, no recuerdo haberos visto jamás.

—Fíjate en lo que dices —repuso maese Ricciardo—; mírame bien; si quisieras hacer memoria, recordarías perfectamente que yo soy tu Ricciardo Chinzica.

—Dispensadme, caballero —replicó Bartolomea—, tal vez no me está tan bien como os figuráis el miraros mucho; yo, sin embargo, os he mirado tanto, que conozco que nunca os había visto.

Presumió maese Ricciardo que tal vez por temor a Paganino hiciese ella esto de no querer confesar en su presencia que le conocía; por lo cual,

al cabo de algunos instantes, pidió por favor a Paganino que le dejase solo con ella para poder hablarla a solas.

Consintió gustoso Paganino convencido de que no la besaría él a ella contra el gusto de ésta, y ordenó a la dama que se fuese con él a una habitación, escuchara lo que él quisiera decirle y le contestara como mejor le acomodase. Pasaron, pues, la dama y maese Ricciardo a una habitación donde quedaron solos y en cuanto hubieron tomado asiento, empezó maese Ricciardo a decir:

—¡Ay, corazón del cuerpo mío, dulce alma mía, esperanza mía! ¿Cómo no reconoces a tu Ricciardo que te ama más que a sí mismo? ¿Cómo puede ser esto? ¿Tan desfigurado estoy? ¡Ay! Mírame un poco con esos tus bellos ojos.

Empezó la dama a reírse y sin dejar de continuar dijo:

—Perfectamente sabéis que no soy tan desmemoriada que no reconozca que vos sois maese Ricciardo de Chinzica, mi marido; pero vos, mientras que con vos estuve, disteis a comprender que me conocíais bastante mal, puesto que si erais o sois sabio, como queréis que por tal se os tenga, debíais tener conocimiento suficiente para ver que yo era joven, lozana y robusta y conocer, por consiguiente, lo que a las mujeres se les debe, además del vestir y del comer, aun cuando ellas, por vergüenza, no lo digan; y vos sabéis cómo os portabais. Y si os era más agradable el estudio de las leyes que la mujer, no la debíais tomar, aun cuando a mí jamás me pareció que fueseis juez, antes bien me parecíais un pregonero de fiestas y cofradías, pues os sabíais al dedillo los ayunos y las vigiliás. Por cierto que, si tantas fiestas les hubieseis hecho hacer a los labradores que cultivan vuestras haciendas como hacíais observar al que tenía que cultivar mi pequeño campo, jamás habríais cosechado ni un puñado de trigo. Dios, atendiendo compasivo a mi juventud, me ha hecho caer en manos de este hombre con quien vivo en esta habitación, donde no se sabe qué cosa sea días de fiesta (me refiero a aquellas fiestas que vos, más devoto a Dios que a servir a las mujeres, con tal frecuencia celebrabais), y por aquella puerta no entró jamás ni sábado ni viernes, ni vigilia ni cuatro témporas, ni cuaresma que tan larga es, antes por el contrario, día y noche se trabaja y se bate la lana. Con él, pues, estoy dispuesta a vivir y a trabajar mientras sea joven y a guardar los ayunos, las fiestas y los jubileos para cuando sea vieja, y vos marchaos en buena hora y lo más pronto que podáis, y haced sin mí cuanto os acomode.

Al oír maese Ricciardo estas palabras sentíase inconsolable, y cuando ella hubo dejado de hablar, dijo él:

—¡Ay dulce alma mía! ¿Qué palabras son éstas que pronuncias? ¿No tienes respeto a la honra de tus parientes y a la tuya propia? ¿O quieres más bien permanecer aquí por barragana de ese hombre y en pecado mortal, que en Pisa, mujer mía? Ése, cuando se sacie de ti, te arrojará de su lado con gran vituperio de ti misma; yo te amaré siempre y aun cuando yo no lo quisiera, serías siempre señora de mi casa. ¿Por este apetito desordenado y deshonesto debes abandonar tu honra y abandonarme a mí que te amo más que a mi vida? ¡Ay, tierna esperanza mía! No sigas hablando así, consiente en venir con-

migo: de hoy en adelante me esforzaré en satisfacer tus deseos puesto que los conozco ya; pero, dulce bien mío, muda de opinión y vente conmigo que ni un instante de dicha he experimentado desde que me fuiste arrebatada.

Contestó la dama:

—Dudo que exista nadie que más cariño le tenga a mi honra, ahora que ya no hay más remedio, que yo misma; a ella debían haber atendido cuando a vos me entregaron mis padres, y si ellos entonces no atendieron a mi honra, no me creo en el deber de atender ahora yo a la suya, y si ahora estoy en pecado mortal me tiene enteramente sin cuidado, no os deis, pues, mal rato por mí. Y más os digo: aquí me parece que soy la mujer de Paganino y en Pisa me parecía ser vuestra barragana, al ver que entre vos y yo era preciso unir los planetas por medio de puntos de luna y problemas de geometría, mientras que aquí, pedidle a Dios que os diga por mí de qué manera me trata Paganino. Decís que os esforzaréis, ¿en qué?

Ya sé que desde que no os vi os habéis vuelto valiente. Marchad y esforzaos en vivir; pues más bien me parece que estáis viviendo de prestado por lo flaco y acabado que os veo. Más os digo todavía: cuando éste me deje (a lo cual no me parece dispuesto mientras yo quiera estar con él), no pienso jamás volver a vos, puesto que, aun exprimiendoos por completo, no se sacaría de vos ni media escudilla de savia, y por lo mismo que, con gravísimo perjuicio mío con vos una vez viví, a otra parte iría a buscar lo que me hiciera falta. Por lo cual, os lo repito, aquí no se conocen fiestas ni vigiliás, aquí me propongo seguir viviendo: idos, pues, con Dios, lo más pronto que podáis, porque de lo contrario, gritaré diciendo que me queréis forzar.

Viendo el asunto mal parado y comprendiendo al fin su locura en haber tomado mujer joven siendo él de tan débil complexión, triste y afligido abandonó maese Ricciardo la habitación, dirigió a Paganino algunas frases desprovistas de sentido y finalmente regresó a Pisa sin haber logrado su objeto y de consiguiente sin mujer: de tal suerte le enloqueció el dolor, que andando por Pisa, a cuantos le saludaban o le preguntaban algo, no sabía contestarles otra cosa que “el maldito no quiere fiestas”. Murió poco tiempo después, y al saberlo Paganino, convencido del amor que la ama le profesaba, la hizo su legítima esposa.

Tanto hizo reír a todos este cuento, que nadie había a quien no le dolieran las quijadas; todas las damas estuvieron acordes en que Dioneo decía la verdad. Cuando hubo terminado el cuento y hubieron cesado las risas, notando la reina que era algo tarde, que habían hablado todos ya y que era llegado el término de su reinado según el orden establecido, quitándose de la cabeza la guirnalda, púsola en la de Neífíle, diciendo con aire jovial:

—Desde ahora, mi querida compañera, quedas encargada del gobierno de esta pequeña grey.

Y se volvió a sentar.

Ruborizóse algo Neífíle ante el honor que recibía, y, tal apareció su rostro, como la fresca rosa de abril o mayo se deja ver al clarear el día, cuan-

do se eclipsa centelleante la estrella matutina. Mas cuando se hubo calmado el favorable murmullo con que los circunstantes mostraban alegremente sus simpatías por su nueva reina, y ésta hubo recobrado su tranquilidad sentándose en un sitial más elevado que el que solía usar, dijo:

—Puesto que soy vuestra reina, sin extenderme en la manera cómo han gobernado las que me precedieron, pues vosotros al obedecerlas habéis elogiado su gobierno, en pocas palabras pondré de manifiesto mi opinión de que, si os parece bien, prosigamos como hasta aquí. Mañana, como sabéis, es viernes y pasado mañana sábado, por los manjares que en dichos días se usan y que a la mayoría de las gentes les son algo fastidiosos, a pesar de que el viernes es digno de ser reverenciado, teniendo en cuenta que en dicho día padeció su pasión Aquél que murió por nuestra vida; por lo cual consideraréis como cosa justa y muy debida que en honor de Dios, lo dediquemos más bien a oraciones que a historias. Y el sábado, según acostumbran las mujeres, lavarse la cabeza y sacar el polvo y la suciedad que haya acumulado el trabajo de toda la semana; y es también costumbre, en reverencia a la Virgen Madre del Hijo Dios, ayunar, y cesar luego en toda clase de trabajos para honrar el domingo que viene en pos: por lo cual no pudiendo seguir en absoluto en tal día el orden de vida que nos hemos impuesto, opino también estar bien hecho que descansemos también en nuestras historias. Después, como habremos permanecido aquí ya cuatro días, si queremos evitar que se nos agregue gente nueva considero oportuno marcharnos de aquí y trasladarnos a otro punto que he pensado y prevenido.

El domingo, cuando estemos reunidos después de dormir, habiendo tenido hoy tiempo de sobra para discurrir conversando, ya porque habréis tenido más tiempo para pensar, ya también porque será más agradable un poco de restricción en la licencia de contar historias y que se hable de alguno de los muchos hechos de la fortuna, he pensado que éste será de quien adquiriese con maña algo muy deseado, o recobrase lo perdido. Sobre esto piense cada cual decir algo que pueda ser útil o cuando menos agradable a la comitiva dejando siempre a salvo el privilegio de Dioneo.

Elogiaron todas las palabras y el pensamiento de la reina, y decidieron que así fuera. Después de esto, habiendo hecho llamar ella a su senescal expúsole dónde debía poner las mesas aquella noche y lo que tenía que hacer durante todo el tiempo de su mando: y luego, puesta de pie con su comitiva, dio licencia a cada uno para hacer lo que mejor le acomodase. Hombres y mujeres encamináronse hacia un pequeño jardín y después que por un rato hubiéronse paseado, llegada la hora de cenar, efectuáronla alegremente; y cuando se hubieron levantado de la mesa a indicación de la reina y dirigiendo Emilia la danza, cantó Pampinea una linda canción que corearon las damas.

Después de ésta, cantáronse otras varias, hiciéronse otras danzas y se tocaron varias piezas de música. Y cuando la reina juzgó ser la hora de irse a descansar, cada cual se fue a su habitación precedido de antorchas, y habiendo ocupado los dos días siguientes en lo que la reina había dispuesto, aguardóse con ansia la llegada del domingo.

## Jornada tercera

En la que se narran, bajo el reinado de Neifile, los trabajos de quienes gracias a su inteligencia, llegaron a lograr sus deseos o recobraron lo perdido.





## Introducción

Empezaba ya la aurora, merced a la proximidad del sol, a convertir en anaranjado su rosado color, cuando el domingo, levantóse la reina, hizo levantar a toda su comitiva, y habiendo enviado ya muy por delante a su senescal al punto donde debían ir con lo necesario y viendo ya la reina en camino a quien preparase allí lo que fuera menester, una vez levantado el campo, partió con los bagajes y con la servidumbre que allí había quedado, en pos de las damas y de sus compañeros. La reina, pues, acompañada y seguida por sus damas; y los tres jóvenes, guiados por el canto de gran número de ruiseñores y de otras aves, encaminóse a paso lento hacia poniente por un sendero poco practicado pero lleno de verdes yerbecitas y de flores que empezaban a abrirse al aproximarse el sol, y entre chanzas, burlas y risas, apenas hubieron andado poco más de dos mil pasos, mucho antes de que se hallasen a media tercia, les condujo a un hermosísimo y rico palacio que se hallaba situado encima de un collado a poca altura del llano. Habiendo entrado en él y recorridolo y visto las espaciosas salas y las pulidas y doradas habitaciones abundantemente provistas de cuanto en ella era menester, lo elogiaron calurosamente y conceptuaron de magnífico a su dueño. Descendiendo luego abajo y viendo su espaciosísimo y agradable patio, las bodegas llenas de vinos superiores y el agua helada y abundante que allí brotaba, elogiáronlo todavía más. Después, como ávidos de descanso, sentáronse en una galería que coronaba todo el patio y que estaba llena de flores de la estación y de arbustos, donde el senescal los recibió y los reanimó con deliciosas confituras y excelentes vinos. Después, haciéndose abrir un jardín que se hallaba detrás del palacio, totalmente rodeado de muro, penetraron en él, y como al entrar les pareciese en conjunto de extraordinaria hermosura, pusieron luego a examinarlo atenta y detenidamente.

Estaba rodeado y cruzado de espaciosos senderos, rectos todos como saetas y cubiertos de emparrados, que daban señales inequívocas de que aquel año darían uvas en abundancia; y como a la sazón estaban todos en flor, esparcían por el jardín tan vivo olor que, mezclado al de muchas otras cosas que lo despedían por el jardín, parecíales hallarse en medio de cuantos aromas nacieron jamás en Oriente: las laderas de dichos senderos estaban casi todas ce-

rradas por rosales blancos y encarnados y por jazmines; por lo cual, no ya por la mañana, sino aun cuando más alto estaba el sol, podíase andar por todas partes bajo aromática y deliciosa sombra, sin experimentar el contacto de sus rayos.

Largo sería de explicar cuáles y cuántas plantas había en aquel lugar y el orden como estaban colocadas: basta decir que ninguna había que siendo bella, pueda soportar nuestro clima, que no se encontrara allí en abundancia.

En medio del jardín (cosa no menos digna de alabanza, sino mucho más que otra cualquiera), había un prado de yerba menudísima, tan verde, que casi parecía negra, matizado todo él de mil variedades de flores y encerrado en un círculo de verdísimos y vivos cedros y naranjos, los cuales, ostentando unos sus frutos y otros sus flores, no solamente daban agradable sombra sino que halagaban igualmente al olfato.

En el centro de dicho prado, había una fuente de mármol blanquísimo, maravillosamente entallado. Allí dentro, no sé si de veta natural o artificial, una figura situada en el centro de la fuente, arrojaba tanta agua y a tanta elevación hacia el cielo, que después volvía a caer con agradable sonido en la clarísima fuente, que con menos habría molido un molino.

Esta agua (hablo de la que salía de la fuente llena ya), salía después del prado por oculto sendero, y por pequeños canales bastante bonitos, artificiosamente hechos; una vez fuera de él, reaparecía y lo rodeaba todo; desde allí, por otros tantos canales semejantes, discurría por casi todos los lados del jardín, reuniéndose por último en un punto por donde salía del jardín, descendiendo sumamente clara hacia el llano, poniendo en movimiento antes de llegar dos molinos, con gran empuje y no poca utilidad para su dueño.

Ver este jardín, su hermoso orden, las plantas y la fuente, con los arroyuelos que de ella procedían, tanto agradó a todas las damas y a los tres jóvenes, que todos empezaron a afirmar que, si en la tierra pudiera formarse un Paraíso, no sabían comprender que se le pudiera dar otra forma que la de aquel jardín, ni pensar qué otra belleza pudiera agregarse a las que en él se contenían.

Mientras iban caminando sumamente contentos por aquel jardín formando preciosas guirnaldas con varias ramas de árboles y oyendo el dulcísimo trino de las aves, que cantaban cual si unas con otras porfiaran, apercibiéronse de una deliciosa belleza de la cual, embargados por las otras, no se habían apercibido aún; fue esta belleza, el ver lleno el jardín de más de cien variedades de preciosos animales, y mostrándosela unos a otros, vieron salir conejos por un lado, correr liebres por otro, cabritos y tiernos corderillos, allá jóvenes cervatillos paciendo, y a más de éstos, otras muchas clases de animales inofensivos vagar a su antojo, como domesticados, cada uno por su lado; cosa que agregó a los demás placeres otro placer mucho mayor.

Cuando habían andado bastante, deteniéndose a contemplar una tras otra tantas bellezas, habiendo hecho colocar las mesas alrededor de la fuente y luego que hubieron cantado varias canciones y ejecutado algunas dan-

zas, cuando a la reina le plugo, pusiéronse a comer, servidos con perfecto y reposado orden, y cobrando ánimo con buenos y delicados manjares, abandonaron las mesas y volvieron a reanudar sus cantos, su música y su danzas hasta que atendiendo al calor que se dejaba sentir, parecióle a la reina llegada la hora de que fuera a sestar quien de ello tuviera ganas.

Los hubo que lo verificaron, mas otros, subyugados por la belleza del sitio, prefirieron quedarse allí, leyendo unos historietas, y jugando otros a las damas o al ajedrez, mientras dormían los primeros.

Cuando después de media tarde hubiéronse levantado estos últimos y se hubieron refrescado el rostro con el agua, ejecutando los deseos de la reina, acudieron junto a la fuente y sentándose allí como tenían por costumbre, dispusiéronse a referir historias sobre el tema propuesto por la reina. El primero a quien ésta tal cargo impuso, fue Filostrato, quien empezó a expresarse en estos términos:



## Cuento primero

### *El jardinero del convento*

Masetto de Lamporecchio se finge mudo, y llega a ser hortelano de un monasterio de mujeres, todas las cuales le otorgan sus favores.

—Bellísimas damas: bastantes son los hombres y las mujeres que son tan necios como para creer a pies juntillas que cuando una joven lleva puesta una toca blanca en la cabeza y se le ha colocado encima la negra cogulla, deja ya de ser mujer y de sentir femeniles apetitos, como si al hacerla monja la hubieran convertido en piedra; y si llegan a oír algo contrario a esta creencia, de tal suerte se afectan como si se hubiera cometido un inmenso y grave crimen contra naturaleza, sin pensar que no pueden respetarse a sí mismos, quienes no pueden saciar la absoluta libertad de poder hacer lo que quieren, ni pueden vencer tampoco las tentaciones del ocio y de la soledad.

Y hay también muchos que creen aún a pies juntillas que la azada, el azadón, los manjares toscos y las incomodidades, les quitan por completo a los trabajadores de la tierra los apetitos de la concupiscencia y les infunden inteligencia y sagacidad.

Y pues que la reina me lo ha encomendado, voy, sin salir del tema por ella propuesto, a demostraros claramente con una historieta cuán equivocados andan todos los que tal cosa creen.

En este nuestro país, hubo y hay todavía, un monasterio de mujeres con bastante fama de santidad (que no nombraré, para no disminuir en parte alguna su fama), en el cual hasta hace poco tiempo no albergaba más que ocho mujeres con una abadesa, y todas jóvenes, junto a un buen hombrecillo que cuidaba de un hermosísimo jardín, y que, no estando contento con el salario, arregló sus cuentas con el mayordomo de las monjas y regresó a Lamporecchio de donde era natural.

Entre los que cariñosamente le recogieron allí a su regreso, hubo un joven labrador fuerte, robusto y tan guapo como puede serlo un hombre del campo, llamado Masetto, quien le preguntó dónde había estado todo aquel tiempo.

El buen hombre, llamado Nuto, se lo dijo.

Preguntóle Masetto en qué se ocupaba allí, y Nuto le respondió:

—Cultivaba un jardín bonito y grande, y además, iba alguna vez al bosque por leña, sacaba agua, y hacía otros varios pequeños trabajos. Pero me daban tan poco salario las monjas, que apenas me alcanzaba para zapatos. Por otra parte, todas son jóvenes y parece que tienen el diablo en el cuerpo, pues nada se puede hacer a su gusto, así cuando yo cultivaba alguna vez la huerta, decía alguna: *Pon esto aquí*, y la otra: *Pon aquello ahí*, y la otra me quitaba la azada de la mano, diciendo: *Esto no está bien*; y tanto me importunaban, que yo acababa por dejar el trabajo y me marchaba de la huerta; de manera que por una y otra causa, no quise estar más allá y me he venido aquí. Cuando me vine, el mayordomo me pidió que, si me venía a mano alguno que fuere del oficio, que se lo enviase; salud le dé Dios por tanto tiempo cuanto tardaré yo en hacer su encargo.

Oyendo las palabras de Nuto, viniéronle tan grandes deseos a Masetto de ir a vivir en aquel monasterio, que se le hacía la boca agua, comprendiendo por las palabras de Nuto, que podría realizar lo que deseaba. Y considerando que no lo podría realizar si nada le decía Nuto, le dijo:

—¡Qué bien hiciste en venirte! ¿Cómo puede estar un hombre entre mujeres? Mejor sería estar entre demonios; de siete veces seis, ni ellas mismas saben lo que quieren.

Después de acabada la conversación, Masetto empezó a pensar en la manera como se las arreglaría para poder ir a vivir con ellas: conociendo que él sabía hacer perfectamente los trabajos que Nuto decía, no le cupo duda de que por este lado lo tenía bien, pero temió que no se le recibiría por ser demasiado joven y de buen ver.

Por lo cual tras mucho cavilar, se dijo:

—El monasterio está bastante lejos de aquí y en aquel país nadie me conoce; si finjo ser mudo, de seguro se me admitirá.

Y fijándose en esta idea, llevando al hombro su hacha, y sin decir a nadie adónde iba, encaminóse al monasterio, aparentando ser un pordiosero; llegado allí, penetró en él y encontró casualmente al mayordomo en el patio, y haciendo gestos como suelen hacer los mudos, pidió por señas que le diera de comer por el amor de Dios, que él, si hacía falta, les cortaría leña.

Gustoso diole de comer el mayordomo, y luego le señaló algunos troncos que Nuto no había podido cortar y que aquél, que era muy fuerte, consiguió derribar en pocas horas. El mayordomo, que tenía precisión de ir al bosque, le llevó consigo y le hizo cortar leña: después poniéndose delante de él, por señas le hizo entender que la condujera al monasterio.

Cumplió éste admirablemente; por lo cual el mayordomo le retuvo algunos días ocupándole en ciertos trabajos que le convenían. Como uno de estos días le viera la abadesa, preguntó al mayordomo quién era aquel hombre, y éste le dijo:

—Señora, es un pobre hombre mudo y sordo, que uno de estos días vino a pedir limosna, y se la di, y le he mandado hacer varias cosas que me hacían falta. Si supiera cultivar la huerta y se quisiera quedar, creo que nos haría un buen servicio, pues nos necesita, y es fuerte y se podría hacer de él

lo que se quisiera, y por otra parte, no habría temor de que se burlara de vuestras jóvenes.

—A fe que dices la verdad —respondió la abadesa—, entérate de si sabe labrar la tierra y haz de modo que se quede: dale algunos pares de zapatillas, algún capuchón viejo, halágale, y dale bien de comer.

El mayordomo dijo que así lo haría. Masetto, que estaba a corta distancia, pero que aparentaba estar barriendo el patio, oía toda esta conversación y gozoso se decía:

—Si me metéis aquí dentro, tanto os cultivaré la huerta como jamás se cultivó.

Ahora bien, habiendo visto el mayordomo que sabía labrar perfectamente la tierra, preguntóle por señas si quería quedarse allí, y el otro por señas le respondió que haría lo que él quisiera: habiéndole admitido, le mandó cultivar la huerta y le mostró lo que tenía que hacer, y le dejó marchándose él a otros asuntos del monasterio.

Trabajando éste día tras día, empezaron las monjas a molestarle y a hacerle burlas como con frecuencia acaece que hay quien lo hace con los mudos, y le dirigían las palabras más soeces del mundo no creyendo que de él fuesen oídas, y sin que la abadesa poco o nada se preocupase de ello. Cierta día acaeció que habiendo éste trabajado mucho y echándose a descansar, dos monjas jovencitas, que andaban por el jardín, se aproximaron al sitio donde él se hallaba, aparentando dormir, y se pusieron a contemplarle. Una de ellas que era algo más atrevida, díjole a la otra:

—Si yo supiera que habías de guardarme el secreto, te diría un pensamiento que he tenido muchas veces y que tal vez también a ti te podría agradar.

—Puedes estar segura —respondió la otra—, de que a nadie se lo diré jamás.

Entonces la atrevida repuso:

—No sé si te has fijado en lo esclavas que se nos tiene sin que jamás hombre alguno se atreva a entrar aquí a excepción del viejo mayordomo y de este mudo; y yo he oído decir con frecuencia a muchas mujeres de las que han venido a vernos, que todas las otras dulzuras del mundo son una bico-ca al lado de la que se experimenta cuando la mujer está al lado del hombre, y yo he tenido muchas veces la idea de probar con este mudo si es así, ya que con otro no me es posible. Y éste, para eso es el que mejor puede servirme, pues, aun cuando quisiera, no podría ni sabría contarle: ya ves que es un joven tonto, pero me gustaría saber qué te parece mi idea.

—¿Pero qué es lo que estás diciendo? —exclamó la otra— ¿No sabes que hemos prometido nuestra virginidad a Dios?

—¡Oh! —replicó la primera—, ¡cuántas cosas se le prometen durante todo el día, sin que ninguna se le cumpla! Si se lo hemos prometido nosotras, busque otra u otras que se lo cumplan.

—¡Oh! —repuso la compañera—, y si quedamos embarazadas, ¿cómo iría la cosa?

A cuya pregunta contestó entonces la atrevida:

—Empiezas a pensar en el mal antes que te venga: cuando venga éste, ya pensaremos; mil medios tendremos para hacer que nunca se sepa, como no lo digamos nosotras mismas.

Oyendo esto la timorata, que tenía ya más ganas que la otra de probar qué clase de animal fuese el hombre, dijo:

—Bien, pero ¿cómo lo haremos?

A lo cual respondió la primera:

—Estamos en las primeras horas de la tarde, y me parece que todas las hermanas deben estar echando la siesta, a excepción de nosotras; veamos si hay alguien en la huerta, y si no hay nadie no tenemos más que hacer que cogerle de la mano y llevarle a esa choza, donde se refugia él cuando llueve; y una vez allí, que se quede una dentro con él, y la otra se esté de guardia. Es tan tonto, que hará todo lo que nosotras queramos.

Masetto oía toda esta conversación; y, dispuesto a obedecer, no esperaba otra cosa sino que una de ellas le cogiera. Éstas, después de haberlo registrado bien todo, y convencidas de que desde ningún punto podían ser vistas, la que había tomado la palabra se aproximó a Masetto, le despertó y éste se puso de pie inmediatamente. Tomóle ella de la mano con muestras de afabilidad, y le condujo a la choza, donde Masetto con estúpida risa y sin hacerse mucho de rogar tuvo lo que deseaba. Cedió ésta su puesto a la otra, y Masetto haciéndose siempre el tonto, hacía su voluntad. Antes de alejarse de aquel sitio, una y otra quisieron probar de nuevo si era el mudo buen jinete, y después, en sus frecuentes conversaciones, decían que aquello era tanto o más sabroso de lo que habían oído decir; y aprovechando las horas y ocasiones oportunas, iban a solazarse con el mudo. Cierta día acaeció que una compañera suya, habiendo visto, desde la ventanilla de su celda, lo que pasaba, hízoselo ver a otras dos. Hablaron de momento juntas las tres de la conveniencia de acusarlas ante la abadesa: mas luego, cambiando de parecer y habiéndose puesto de acuerdo con las dos primeras, participaron también del poder de Masetto.

Las tres monjas restantes se les fueron sucesivamente agregando, a consecuencia de diversos accidentes. Finalmente, la abadesa, que aún no había reparado en lo que ocurría, paseándose sola cierto día por el jardín, y siendo grande el calor que hacía, encontró a Masetto (al cual durante el día poco trabajo fatigaba, merced a lo mucho que de noche trabajaba) durmiendo tendido a la sombra de un almendro, y como el viento le hubiese abierto los calzones, hallábase completamente destapado. Al notarlo la buena señora, y como se hallara sola en aquel sitio, cayó en la misma tentación en que cayeran sus subordinadas, y despertando a Masetto le condujo a su celda, donde, a pesar de que las monjas se quejaban en gran manera de que el hortelano no acudiese a cultivar la huerta, le retuvo algunos días, probando y volviendo a probar aquellas dulzuras que antes solía censurar en las demás.

Por fin, habiéndole enviado de nuevo a su habitación, y como muy a menudo le volviese a llamar, y como también las otras quisieran de él, no pudiendo Masetto satisfacerlas a todas, cayó en la cuenta de que su mudez, si continuaba sosteniéndola le podría perjudicar. Por lo cual, hallándose cierta noche con la abadesa, rompió el silencio, y dijo:



—Señora, he oído decir que un gallo basta perfectamente para diez gallinas, pero que diez hombres apenas pueden satisfacer a una mujer, mientras que yo necesito servir a nueve, cosa que por nada del mundo puedo seguir haciendo: de manera, que en tal estado me hallo, a consecuencia de lo que hasta ahora he hecho, que ya ni mucho ni poco puedo hacer; y por lo tanto, o me dejáis marchar enhorabuena, o halláis manera de arreglar esto.

Al oír hablar a Masetto, a quien creía mudo, aturdióse la abadesa, y exclamó:

—¿Qué es esto? Yo te creía mudo.

—Señora —respondió Masetto—, lo era realmente, más no de nacimiento, sino a consecuencia de una enfermedad que me privó del habla, y esta noche es la vez primera que observo haberla recobrado, de lo cual le doy a Dios muy expresivas gracias.

Creyóselo la abadesa, y le preguntó qué quería decir con eso de que a nueve tenía que servir. Todo se lo contó Masetto, y al enterarse la abadesa, comprendió que tan locas eran sus subordinadas como ella, y usando de discreción, sin dejar partir a Masetto, resolvió ponerse de acuerdo con las otras para acordar la manera de conservar al hortelano sin producir escándalo. Y como por aquellos días hubiese fallecido el mayordomo, de común acuerdo, después que mutuamente se hubieron revelado lo que a escondidas habían hecho, procuraron con gran satisfacción de Masetto, que las gentes de la vecindad creyeran que, por medio de sus oraciones y por los méritos del santo bajo cuya invocación estaba el monasterio, Masetto, que por tanto tiempo había permanecido mudo, había recobrado el uso de la palabra, y le nombraron su mayordomo, y de tal suerte se compartieron sus fatigas, que él pudo soportarlas. En las cuales, como engendrarse bastantes monjecitos, tan discretamente se llevó la cosa, que nada se oyó decir hasta después de muerta la abadesa, cuando Masetto era ya casi viejo, y con deseos de regresar rico a su país. De modo que Masetto, rico y padre, sin tener el trabajo de mantener hijos ni de hacer gastos para ellos, habiendo sabido con su prevención emplear bien su juventud, regresó al lugar de donde saliera con un hacha al hombro.

## Cuento segundo

### *“Quien la hizo, no la vuelva a hacer”*

El palafrenero se acuesta con la mujer del rey Agilulfo, de lo cual se entera en silencio el rey: lo atrapa y le corta el cabello; el palafrenero corta el cabello a todos los demás y se libra así del castigo que le amenazaba.

Terminado el cuento de Filostrato, que alguna vez había hecho ruborizar a las damas y en otros puntos las había hecho reír, plúgole a la rei-

na que fuese Pampinea quien le sucediera. Y ésta, con risueño semblante, empezó a decir:

—Hay algunos tan poco discretos en el querer mostrar por todos los estilos que conocen y saben lo que no les conviene saber, que alguna vez, reprendiendo en otros los defectos ignorados, creen disminuir su vergüenza, mientras que la aumentan hasta lo infinito; y que esto es cierto, voy a demostrároslo con la siguiente historia:

Agilulfo, rey de los lombardos, fijó la residencia de su corte, como sus antecesores lo habían hecho, en Pavía, ciudad de Lombardía, habiendo tomado por esposa a Teudelinga, viuda de Autari, que también había sido rey de los lombardos, mujer hermosísima, prudente y muy honrada, pero desgraciada en amores.

Como el Estado de los lombardos disfrutara de prosperidad y sosiego, merced al valor y al buen criterio del rey Agilulfo, acaeció que un palafrenero de la citada reina, hombre que, por su nacimiento, era de muy baja condición, aunque por otra parte era demasiado guapo, para lo que a su humilde profesión parecía corresponder, y tan buen mozo como el rey, se enamoró perdidamente de su soberana, y como su humilde condición no le había impedido conocer que este amor suyo era de todo punto imposible, tenía la cautela de no descubrirlo a nadie, ni aun a aquella por quien ardía en deseos de descubrirlo. Por más que vivía sin esperanza alguna de hacersele agradable, tenía un gran orgullo en haber puesto su pensamiento en tan elevada parte; y como se abrasaba en amoroso fuego, procuraba distinguirse de todos sus compañeros en todo lo que creía poder agradar a la reina, lo cual daba lugar a que la reina, cuando montaba a caballo, lo hacía preferentemente en el que éste tenía a su cuidado; y cuando esto ocurría, juzgábasele estar muy en la gracia de su soberana; nunca se apartaba de su estribo,teniéndose por muy dichoso cuando podía tocar sus ropas. Como con bastante frecuencia sucede, cuanto menor es la esperanza, tanto mayor se hace el amor; así le acontecía al pobre palafrenero: mientras más difícil le era mantener su deseo tan oculto como lo guardaba sin verse por esperanza alguna ayudado, no pudiendo renunciar a este amor, no pocas veces pensó en la muerte. Y ante este pensamiento, tomó el partido de alcanzar esta muerte por cosa que diera a entender que moría por el amor que a la reina había tenido y tenía, y de tal índole quiso que esta cosa fuera, que en ella probase su fortuna en el poder lograr el todo o parte de su deseo. No trató de decir palabra alguna a la reina, ni de darle a conocer su amor por escrito, pues sabía que en vano hablaría o escribiría; lo que quiso probar fue ver si lograba, por medio de algún ardid, acostarse con la reina. No había otro recurso ni otro camino sino el de hallar medio de poder llegar hasta ella y penetrar en su cámara aparentando ser el rey, de quien sabía que no se acostaba todas las noches con la reina. Con el objeto de ver de qué manera y en qué traje iba el rey cuando iba a ver a su esposa, ocultóse muchas veces de noche en una gran sala del palacio real que separaba la cámara del rey de la de la reina; una noche entre otras, vio al rey salir de su habitación envuelto en una holgada capa y llevando en una mano una pequeña antorcha encen-

dida y en la otra una varita, ir a la cámara de la reina, dar uno o dos golpes en la puerta de dicha cámara con la varita sin decir palabra, abrírsela inmediatamente la puerta y quitarle de la mano la pequeña antorcha. Visto esto, y después de haberle visto también volverse, pensó que él debía hacer otro tanto; y hallando modo de proporcionarse una cápa parecida a la que había visto al rey, una antorchita y una pequeña vara, y habiéndose lavado bien antes en un baño caliente, a fin de que el olor del estiércol no molestase a la reina y la hiciera apercibirse del engaño, fue a ocultarse en la sala. Cuando notó que todos dormían ya y le pareció llegada la hora de satisfacer su deseo o de dirigirse con elevada causa a la deseada muerte, haciendo un poco de fuego con el eslabón y la piedra que había llevado consigo, encendió una pequeña antorcha, y oculto y envuelto en la capa, encaminóse a la puerta de la cámara y llamó dos veces a ella con la varita. Una camarera soñolienta abrió la puerta y tomó y ocultó la luz, por lo cual, él, sin decir palabra, penetrando en la alcoba y dejando caer la capa, metióse en el lecho donde dormía la reina. Tomóla anhelante entre sus brazos, fingiéndose preocupado (porque sabía que el rey tenía la costumbre, cuando estaba de malhumor, de no querer oír cosa alguna), sin decir palabra y sin que le fuera dicha, varias veces conoció carnalmente a la reina.

Mucho le dolía tenerse que marchar; pero temiendo que, si prolongaba demasiado su estancia, podía sucederle que el goce alcanzado se le convirtiera en tristeza, se levantó, tomó su capa y su luz, partió sin decir palabra y volvió a su lecho con la mayor rapidez posible. Apenas podía haber llegado a él, cuando el rey abandonó el suyo y pasó a la cámara de la reina, cosa que a ésta sorprendió en gran manera; y como se metiera en la cama y la saludase con tono jovial, ella, aprovechando su alegría, le dijo: “¿Qué os pasa esta noche, señor? ¿Acabáis de separaros de mí, y conmigo os habéis solazado más de lo habitual, y tan pronto me volvéis a visitar? Ved lo que hacéis, señor”. Al oír estas palabras asaltóle al rey súbita sospecha de que la reina había sido engañada por algún singular parecido de costumbre y de persona; mas como hombre prudente, resolvió que, pues ni la reina ni otra persona alguna se habían apercibido del engaño, no debía dárselo a conocer.

Muchos necios no habrían obrado así; antes por el contrario, habrían dicho: “No he sido yo; ¿quién ha sido, pues? ¿Cómo fue?”. Lo cual habría dado pie a muchas otras cosas, con las cuales habría afligido sin razón a su esposa, y le habría dado ocasión de volver a desear lo que había probado ya; y lo que, callándolo, no podía causarle deshonra alguna, diciéndolo le hubiera producido vituperio.

Contestóle, pues, el rey, con más turbación en la mente que en el semblante o en el acento: “¿No me consideráis, esposa mía, hombre capaz de haber venido aquí otra vez y volver todavía a vuestro lado?” A lo cual contestó la dama: “Sí, esposo mío; mas vuelvo a rogaros que atendáis a vuestra salud”. “Y a mí —dijo el rey— me place seguir vuestro consejo; y esta vez voy a volverme sin importunaros más”. Y lleno de cólera y de indignación ante lo que se había hecho con él, recobró su capa, salió de la cámara y pensó en ir a averiguar con cautela al autor de aquella hazaña, presumiendo que de-

bía ser de la casa y que, fuese quien fuese, no podía haber salido de ella. Tomando, pues, una pequeña linterna con una tenue lucecita, dirigióse a un corredor muy largo que había en su palacio, encima de las caballerizas, donde casi toda su servidumbre dormía en varios lechos; y calculando que cualquiera que fuera el que hubiese hecho lo que la reina decía, a ese tal aún no habrían podido sosegarle el pulso ni los latidos del corazón, producidos por tan duradera excitación, empezó a ir de lecho en lecho, de un extremo a otro de la sala tocando a todos en el pecho para averiguar si les palpitaba el corazón. Mientras todos dormían profundamente, el que con la reina había estado no dormía aún, por lo cual, viendo venir al rey y sospechando lo que éste iba buscando, sintió tan vivo temor, que el miedo dió mayor violencia a las palpitations producidas por la anterior fatiga, y no le cupo duda de que si el rey se apercebía de eso, le haría morir sin dilación. Muchas cosas forjaba en su imaginación sobre lo que debía hacer ante tan inminente peligro; mas viendo al rey sin arma alguna, resolvió aparentar que dormía y aguardar lo que quisiera hacer el rey.

Habiendo, pues, el rey probado a muchos sin encontrar a ninguno de quien presumir que hubiera sido el culpable, llegó al palafrenero, y al sentir palparle con fuerza el corazón, dijo para sí: "Ése es". Pero no quería que se supiera cosa alguna de lo que se proponía hacer, se limitó valiéndose de un par de tijeras que había traído a cortarle un mechón de cabellos, que en aquel tiempo se llevaban muy largos, para reconocerle a la mañana siguiente por medio de aquella señal; hecho esto, se alejó y se volvió a su habitación.

El palafrenero, que todo lo había notado, como que estaba sobre aviso, a las claras comprendió el porqué había sido señalado de aquel modo, y, por lo tanto, levantóse sin demora, cogió un par de tijeras, de las cuales solía haber algunas en la caballeriza para el servicio de los caballos, aproximóse de puntillas a cuantos estaban acostados en aquella sala, y a todos les cortó el cabello por encima de las orejas, como se lo cortaran a él; hecho esto, volvió a acostarse, sin que nadie se hubiera apercebido de su acción.

En cuanto se hubo levantado a la mañana siguiente, mandó el rey que, antes de que se abrieran las puertas del palacio, acudiera toda la servidumbre a su presencia, y así se hizo. Cuando los tuvo delante a todos con la cabeza descubierta, empezó a mirar para reconocer al que la noche anterior había señalado; al ver a la mayor parte de ellos con los cabellos cortados de igual manera, se sorprendió y dijo para sí: "Ése a quien estoy buscando, con ser de baja condición, sobradamente demuestra que tiene gran inteligencia". Viendo, pues, que sin escándalo no podía obtener lo que buscaba y dispuesto a no acarrear una gran deshonra, a trueque de una pequeña venganza, juzgó más prudente amonestarle con una frase y darle a entender que él había averiguado su falta, y dirigiéndose a todos, dijo: "Quien la hizo no la vuelva a hacer: idos con Dios". Otro habría querido darles tormento, martirizarles, examinarles e interrogarles; haciendo esto, habría descubierto lo que cada cual debe procurar encubrir; y una vez descubierto, aun cuando hubiese tomado entera venganza, no se habría amenguado su deshonra, sino que se habría hecho mayor y se habría manchado la honra de su mu-

jer. Los que oyeron aquellas palabras quedaron sorprendidos y extensamente hablaron entre sí sobre lo que con ellas habría querido decir el rey; mas ninguno de ellos las comprendió, y sí únicamente aquél a quien interesaban. El cual, como hombre prudente, jamás, mientras vivió el rey, las explicó, ni volvió a exponer al azar su vida en acto semejante.

## Cuento tercero

### *El confesor celestino*

Bajo secreto de confesión y de purísima conciencia, una mujer enamorada de un joven induce a un gran religioso, sin que éste se aperciba de ello, a proporcionarle el medio de lograr la satisfacción de sus deseos.

Callaba ya Pampinea y por muchos de sus oyentes había sido elogiada a la vez la cautela del palafrenero y la prudencia del rey, cuando la reina, volviéndose a Filomena le ordenó que continuara los relatos iniciados; por lo cual ésta empezó a decir con graciosa entonación:

—Me propongo contaros una burla hecha de veras por una hermosa dama a un venerable religioso: historia tanto más agradable a todo seglar, cuanto los más de aquellos con ser unos solemnes tontos, y hombres de maneras y costumbres nuevas, créense valer y saber más de todo que los demás, siendo así que son inmensamente necios, como los que no teniendo por su mezquindad medio de proveer a sus necesidades, como los demás hombres, acuden como el cerdo donde ven que pueden atrapar comida. Cuya historia, amables damas, referiré, no solamente para seguir el orden establecido, sino además para haceros observar que también los religiosos a quienes nosotras, excesivamente crédulas, prestamos demasiada fe pueden ser y son alguna vez burlados astutamente, no ya por los hombres, sino por alguna de nosotras.

Pocos años atrás, hubo en nuestra ciudad, más llena de engaños que de amor o de fe, una gentil dama dotada por la naturaleza de hermosura, gracia, elevación de alma y sutileza de ingenio mayores que las de otra mujer cualquiera, cuyo nombre, como únicamente a la presente historia pertenezca aun cuando lo sepa yo, no considero oportuno publicarlo por cuanto aún viven algunos de los que fueron objeto de la burla y esto les haría motivo de risa. Viéndose, pues, dicha dama, nacida de familia linajuda y casada con un negociante en lanas, y no pudiendo renunciar al desdén que por él sentía precisamente porque era artesano, y considerar que ningún hombre siendo de baja condición, aun cuando fuera sumamente rico, era digno de esposa noble, y viendo además que con todas sus riquezas para ninguna otra cosa era bueno, sino para disponer la urdimbre de una pieza, o hacer tejer una tela o disputar con la hilandera sobre los hilos, propúsose no admitir por ningún estilo sus caricias, sino cuando no se pudiese negar a ellas, y ha-

cer por encontrar alguno a su entera satisfacción, que le pareciera ser más digno de eso que el lanero; y se enamoró de un hombre bastante agradable y de mediana edad hasta el punto de que, si un día pasaba sin verle, no podía dormir tranquila la siguiente noche. Mas el hombre aquél, como de nada se diera cuenta, no se preocupaba por su amor; y ella, que era muy cautelosa, no se atrevía a hacérselo saber ni por recado de mujer, ni por escrito, por temor de futuros peligros. Habiéndose enterado de que él se trataba mucho con un religioso, que aun cuando era tonsurado y grueso, tenía, sin embargo, universal fama de monje muy excelente por la santa vida que llevaba, conceptuó la dama que ése podría ser un excelente intermediario entre ella y el hombre a quien amaba, y después que hubo pensado en la manera como debía conducirse, dirigióse a la hora oportuna a la iglesia donde el monje vivía, y haciéndole llamar, díjole que deseaba confesarse con él quando a él le pluguiera. Al verla el padre, suponiéndola noble dama, oyóla gustoso: y ésta, después de hecha la confesión, añadió:

—Padre, necesito acudir a vos para que me ayudéis y me aconsejéis en lo que vais a oír: sé que conocéis a mis padres y a mi marido, el cual me ama más que a su vida, sin que desee cosa alguna que no obtenga inmediatamente de él por ser hombre riquísimo y que lo puede hacer muy bien, por todo lo cual le amo más que a mí misma: y si yo llegase, no digo a hacer, sino ni siquiera a pensar cosa alguna que fuese contraria a su honra y a su gusto, jamás mujer alguna criminal fue tan digna de la hoguera como sería yo. Ahora bien, un sujeto cuyo nombre fijamente no sé, pero que me parece una persona excelente, y que, si no me he equivocado mucho se relaciona con vos, guapo y buen mozo, que lleva un traje obscuro y muy elegante, sin duda no figurándose que tengo yo la intención que tengo, parece que me ha puesto sitio, de manera que no puedo ni asomarme a la puerta ni a la ventana, ni salir de casa sin que él se me aparezca en seguida delante, y hasta me sorprende que no se halle ya ahora aquí: cosa es ésta de que me lamento en gran manera, porque tales procederles hacen adquirir con frecuencia mala fama, sin culpa suya, a las mujeres honradas.

He pensado alguna vez hacerle decir algo por mis hermanos; pero después se me ha ocurrido la idea de que a veces los hombres cumplen sus comisiones de tal manera, que da lugar a malas respuestas, de las cuales nacen cuestiones, y de estas discusiones se pasa a vías de hecho; por lo cual, a fin de que no resultara daño ni escándalo, me he callado y he resuelto decíroslo más bien a vos que a otro cualquiera; tanto porque parece que sois amigo suyo, cuanto también porque a vos os está bien eso de reprender, no solamente a los amigos, sino hasta a los extraños. Por lo cual, os ruego en nombre de Dios que le reprochéis eso y le roguéis que no siga empleando tales procedimientos. Muchas otras mujeres hay que tal vez se hallen dispuestas para esas cosas, y a quienes les agrade que se las mire y que se las enamore, mientras que a mí me disgusta en gran manera, como que no tengo dispuesto el ánimo para acto de tal especie.

Y dicho esto, bajó la cabeza cual si tuviera ganas de llorar. Desde luego, comprendió el santo varón que debía referirse ella a quien realmente se

refería, y elogiándola mucho por aquella su buena disposición, firmemente creído de que era verdad lo que le decía, le prometió trabajar tanto y de tal modo, que aquel sujeto no la volvería a incomodar: y sabiendo que era muy rica, encarecióle las obras de caridad y le contó sus necesidades.

—Por Dios os ruego —repuso la dama—, que si él negase lo que os he contado, le digáis sin rodeos que he sido yo quien os ha dicho esto y de esto me he lamentado.

Y terminada así su confesión y recibida la penitencia acordándose de las insinuaciones que el padre le hiciera sobre las obras de caridad, llenóle disimuladamente la mano de dinero, rogando que dijese misas por el alma de sus difuntos; y levantándose de sus pies, regresó a su morada. Poco después fue a reunirse con el santo varón, como solía el excelente sujeto; y después que durante algunos instantes estuvieron hablando de diversas cosas, atrayéndole aparte el monje, le reprendió con corteses frases por las pretensiones amorosas de que él creía que el otro hacía objeto a aquella dama, según ella se lo había dado a entender. Sorprendióse nuestro hombre, por cuanto jamás la había mirado con amor, y muy raras veces había pasado por delante de su casa, y trató de excusarse; mas el monje, sin dejarle hablar, le dijo:

—No finjáis sorpresa, ni perdáis palabras en negarlo, porque no lo podéis hacer; no he sabido estas cosas por los vecinos: me lo ha dicho ella misma, lamentándose mucho de vuestro proceder. Y sin contar que a vos no os sientan ya bien tales bromas, he de deciros de ella que si alguna he visto a quienes estas simplezas dan hastío, ésta es una de ellas; por eso, para honra vuestra y para alivio de ella os ruego que os moderéis y la dejéis tranquila.

El buen señor, más avisado que el santo varón, comprendió desde luego la astucia de la dama y fingiendo avergonzarse algo, dijo que no volvería a molestarla; y en cuanto se hubo despedido del religioso, encaminóse a la morada de la dama, la cual siempre estaba acechando desde una pequeña ventana para verle pasar. Al verle venir, mostrósele tan alegre y graciosa, que fácilmente pudo comprender él que había entendido perfectamente las palabras de su amigo, y desde aquel día en adelante, con gran placer de ambos y satisfacción de la dama, fingiendo ir a otros negocios, siguió pasando disimuladamente por aquella calle. Comprendiendo la dama, al cabo de algún tiempo, que tanto agradaba ella a él como él a ella, deseosa de excitarle y convencerle más del amor que ella le profesaba, aprovechando una oportunidad, volvió a ver al santo monje, y sentándose a sus pies en la iglesia, empezó a llorar. Al ver esto el padre, le preguntó benévolamente qué era lo que le pasaba, y ella le respondió:

—Lo que me pasa, padre, no es otra cosa sino que aquel maldito amigo vuestro, de quien me quejé a vos el otro día, creo que debe haber nacido para terrible tentación mía y para inducirme a hacer cosas que jamás serán de mi agrado, y que me privarán de volverme a poner a vuestros pies.

—¡Cómo! —exclamó el monje—, ¿no ha renunciado a importunarte?

—No, por cierto —contestó la dama—; antes por el contrario, desde que vine a quejarme a vos, casi como por despecho, por haber tomado a mal quizá el que viniera a lamentarme ante vos, por cada vez que solía pasar, ahora

pasa siete. Y aun pluguiera a Dios que le bastara con pasar y mirarme tiernamente, pero ha sido tanta su osadía y descaro, que ayer mismo envió a mi casa una mujer con noticias suyas y regalillos, y como si yo no tuviera bolsas y cinturones me envió un cinturón y una bolsa, cosa que tan mal me parece, que si no hubiese atendido al pecado y al afecto que os profeso, habría hecho alguna diablura; pero me he reprimido sin querer decir ni hacer cosa alguna que no os la hiciera saber de antemano. Y a más de eso, cuando hube devuelto en seguida la bolsa y el cinturón a la mujerzuela que los había traído, para que se los devolviera y habiéndola despedido con malos modos, temiendo que ésta se quedase con dichos objetos y le dijera a él que yo los había aceptado, como tengo entendido que hacen ellas algunas veces, la volví a llamar y llena de cólera se los quité de las manos y os los traigo a vos para que se los devolváis y le digáis que yo no necesito cosas suyas, pues gracias a Dios y a mi marido tengo bolsas y cintas suficientes para ahogarle con ellas. Y no os sorprenda, después de esto, que si él persiste en su proceder, lo diga a mi marido y a mis hermanos, y salga lo que saliere; pues prefiero mucho más que reciba daño él, si lo debe recibir, a verme vituperada por culpa suya; ya lo sabéis, padre.

Y dicho esto, sin cesar de llorar copiosamente, sacóse de debajo de su vestido una hermosa y rica bolsa y un bonito y valioso cinturón y los arrojó sobre las rodillas del religioso, el cual, creyendo a pies juntillas lo que la dama decía, los recogió sumamente turbado y dijo:

—Si tú de esto te enfadas, hija mía, yo de ello no me asombro ni te lo puedo censurar, antes por el contrario, encuentro muy laudable que sigas en esto mis consejos. Yo le amonesté el otro día, mas él ha cumplido mal lo que me prometió, de modo que, por lo que hizo y por lo que nuevamente ha hecho, he de darle tan severa reprimenda, que no ha de volverte a dar más pesadumbre; y tú procura con la ayuda de Dios, no dejarte dominar tanto por la cólera, que te induzca a contar lo que pasa a alguno de los tuyos, pues de eso podría resultar gravísimo daño. Ten por seguro que esto ninguna afrenta ha de acarrearle, que, tanto ante Dios como ante los hombres, seré siempre firme testigo de tu honradez.

Aparentó la dama tranquilizarse algún tanto, y mudando de conversación como buena conocedora de la avaricia de aquél y de todos los de su clase, dijo:

—Señor: durante las noches pasadas se me han aparecido varios parientes míos, y me parece que están padeciendo grandes penas; no piden otra cosa que limosnas y muy especialmente mi madre, la cual me parece tan afligida y desgraciada, que da lástima verla. Creo que está muy apesurada de verme en esta tribulación que sobre mí hace pesar ese enemigo de Dios, y por eso quisiera que, en sufragio de sus almas, me dijerais cuarenta misas y que les dedicarais alguna de vuestras oraciones, a fin de que Dios les saque de aquel fuego atormentador.

Esto diciendo, puso en su mano un florín, que el santo varón aceptó de muy buen grado, y procuró fortalecer su devoción con buenas palabras y con numerosos ejemplos, y la despidió después de haberle dado su bendición. En cuanto la dama hubo partido, no apercibiéndose de que se burlaban de él, mandó llamar a su amigo; venido éste y viéndole turbado, com-



prendió en seguida que debía tener noticias de la dama, y esperó a que el religioso hablase. Repitiéndole éste lo que en otra ocasión le dijera y hablándole de nuevo con duras frases y colérico ademán, reprendióle en gran manera por lo que la dama le había dicho.

El caballero, que no veía aún adónde el padre quería ir a parar, negaba con bastante tibieza haber enviado él la bolsa y el cinturón, a fin de que el religioso no dejase de creerlo, por si acaso la dama se los hubiese entregado. Y muy irritado el padre, añadió:

—¿Cómo lo podéis negar, malvado? Ahí los tenéis, ella misma me los ha entregado anegada en llanto; ved si los reconocéis.

Aparentando estar muy avergonzado, el caballero contestó:

—Y bien, sí, los conozco, y confieso que obré mal, y os juro que, pues tan mal dispuesta la veo, jamás oiréis hablar de esto.

Larga fue la conversación, y al fin el necio del monje entregó la bolsa y el cinturón a su amigo, y después de haberle amonestado mucho y de haberle rogado que no insistiese más en tales cosas y de habérselo prometido el otro, le despidió.

El caballero, sumamente contento por la certeza que le parecía tener del amor de la dama y por el valioso regalo, cuando se hubo despedido del religioso, se encaminó a un sitio desde donde cautelosamente hizo ver a su dama que tenía en su poder los dos objetos, de lo cual estuvo la dama muy contenta y todavía más por parecerle que su artimaña iba saliendo a medida de su deseo. Sin aguardar otra cosa sino a que el marido saliera de casa, para llevar a cabo su obra, acaeció que poco tiempo después, tuvo precisión el marido de ir a Génova. Y cuando por la mañana hubo montado a caballo y emprendido su camino, la dama fue a ver al santo monje y, tras muchas lamentaciones, díjole llorando:

—Os digo, padre, que ya no puedo tener más paciencia, mas como el otro día os prometí que nada haría sin decíroslo antes, he venido a daros esta satisfacción, y para que os convenzáis de que tengo razón de llorar y de quejarme, os diré lo que vuestro amigo o ese demonio del infierno me ha hecho esta mañana poco antes del amanecer. No sé qué mala estrella debió hacerle saber que ayer por la mañana partía para Génova mi marido; pero el caso es que esta mañana a la hora que os he dicho penetró él en mi jardín y trepando por un árbol subió a la ventana de mi habitación que da al jardín y ya había abierto la ventana y se disponía a entrar en la habitación, cuando despertándome de repente salté del lecho y me puse a gritar; habría seguido gritando si él, que no estaba dentro aún, no me hubiese pedido perdón por el cielo y por vos, diciéndome quién era; entonces yo, al oírle, callé por consideración a vos y desnuda como cuando nací, corrí a cerrarle la ventana en su cara y creo que él se marcharía en mala hora, porque no le volví a oír. Decidme ahora, padre, si tal cosa está bien y se puede soportar: por mi parte no estoy dispuesta a consentirlo más, demasiado he sufrido ya por consideración a vos.

Al oír esto el religioso, turbóse en gran manera, sin saber hacer otra cosa que preguntarle repetidas veces si le había conocido bien, no fuera que hubiese sido otro.

A lo cual la dama respondió:

—Hora es ya de que no pueda confundirle con otro. Os digo que ha sido él y no le creáis si lo niega.

—Hija mía —dijo entonces el monje—, aquí sólo se puede decir que esto ha sido una osadía demasiado grande y una cosa demasiado mal hecha; has hecho lo que debías echándole como le has echado. Suplícote, sin embargo, ya que Dios te libró de esta vergüenza, que, pues dos veces seguiste mi consejo, hágaslo esta vez también, es decir, que no te quejes a pariente alguno tuyo y me dejes hacer a mí, para ver si puedo enfrenar a este demonio desencadenado, de quien yo creía que era un santo, y si logro distraerle de esta bestialidad no habrá más que decir; si no lo logro, desde luego te doy con mi bendición mi permiso para que hagas lo que tú juzgues por conveniente.

—Está bien —dijo la dama—, por esta vez no quiero disgustaros ni desobedeceros; pero haced que él se guarde bien de volverme a molestar, pues si lo hace, os prometo que no he de volver a visitaros para este asunto.

Y sin añadir palabra, como turbada, se alejó del religioso.

Acababa apenas de salir del templo la dama, cuando se presentó el caballero, y llamándole aparte el monje, le dirigió los más ofensivos epítetos que a hombre alguno se le hayan dado, llamándole desleal, perjuró y traidor. Éste, que ya otras dos veces había conocido lo que significaban los reproches e insultos de aquel monje, parando atención y procurando hacerle hablar por medio de respuestas llenas de perplejidad, le preguntó:

—¿A qué viene, señor, tan grave enojo?

—¡Qué desvergüenza! —exclamó el religioso—. ¿Qué estáis diciendo? Habláis ni más ni menos que si hubieran transcurrido uno o dos años y como si con el tiempo hubieseis olvidado vuestras tristezas y deshonestidades. ¿Se os ha ido de la memoria, desde esta madrugada hasta ahora, la ofensa que a vuestro prójimo habéis inferido? ¿Adónde fuisteis esta mañana poco antes de amanecer?

—No sé adónde fui —contestó el caballero—; muy pronto os han traído la noticia.

—Verdaderamente, me la han traído —dijo el padre—, debías figurarte que por hallarse ausente el marido la noble dama iba a recibirte en seguida entre sus brazos. ¡Vaya un hombre honrado que se dedica a andar de noche, a abrir jardines y a trepar por los árboles! ¿Crees tú vencer con tus importunidades la santidad de esa dama, cuando vas de noche a sus ventanas encaramándote por los árboles? Nada hay en el mundo que a ella tanto le desagrade como vos, y vos, sin embargo, vais insistiendo. A la verdad, aun cuando ella no os lo hubiese manifestado en muchas cosas, debieran haberos enmendado mis amonestaciones. Oíd ahora lo que os voy a decir: hasta ahora ella nada ha contado de lo que habéis hecho, no por amor vuestro, sino cediendo a mis súplicas; pero ahora ya no callará más; le he concedido permiso para que, si vos volvéis a molestarla en lo que sea, haga ella lo que mejor le acomode. ¿Qué haréis si ella se lo cuenta a sus hermanos?

El caballero, comprendiendo todo lo que necesitaba saber, tranquilizó como mejor pudo y supo al religioso con muchas promesas, y se despidió de él.

Antes del amanecer de la siguiente noche, penetró en el jardín, encastrándose por el árbol y, encontrando abierta la ventana, penetró en la habitación y corrió a echarse en brazos de la hermosa dama, la cual, habiéndole aguardado con indecible afán, le acogió alegremente, diciendo:

—Muchas gracias le sean dadas al reverendo padre que tan bien le ha enseñado el camino para venir aquí.

Y luego, satisfaciendo mutuamente sus afanes y largamente hablando de la simplicidad del buen monje, burlándose de las ruecas, de los peines y de las cardenchas, siguieron juntos solazándose. Y ordenando luego sus placeres se arreglaron de modo que sin necesidad de volverse a servir del religioso, muchas otras noches pudieron volverse a encontrar.

## Cuento cuarto

### *Camino de santidad*

Don Felipe enseña al compañero Puccio la manera de llegar a santo por medio de cierta penitencia; el compañero Puccio la hace, y por este medio don Felipe se divierte con la mujer de su compañero.

Cuando Filomena hubo terminado su cuento y Dioneo hubo alabado mucho con dulces frases el ingenio de la dama, la reina dirigió riendo su mirada a Pánfilo, y dijo:

—Ahora, Pánfilo recreará nuestros oídos con alguna historieta agradable. Éste se apresuró a contestar que lo haría gustoso, y se expresó así:

—Hay muchas personas, señora, que mientras hacen esfuerzos para ir al paraíso, envían allá al prójimo: esto es lo que le acaeció a una vecina nuestra, poco tiempo ha, como podréis oír.

He oído decir que cerca de san Pancracio vivió un hombre bueno y rico llamado Puccio de Rinieri, el cual, después, habiéndose entregado completamente a la devoción se hizo terciario de san Francisco, por cuya razón le llamaron el hermano Puccio, y siguiendo esta vida espiritual, como no tuviera más que a su mujer y a una criada, ni tenía necesidad de trabajar, frecuentaba mucho la iglesia. Y como que era idiota y bonachón, hacía sus oraciones, iba al sermón, oía misa y jamás dejaba de asistir a las laudes que cantaban los seculares, ayunaba, se disciplinaba y hasta se decía que era de los que se azotaban las espaldas.

La mujer, que se llamaba Isabetta, joven de veintiocho a treinta años, lozana, bella y regordeta como una manzana, fuese por la santidad de su marido o por lo viejo que éste era, hacía con mucha frecuencia dietas mucho más prolongadas de lo que ella habría querido; y cuando ella hubiera querido dormir o jugar con él, su marido poníase a contarle la vida de Cristo o los sermones de fray Anastasio o los lamentos de la Magdalena, u otras cosas por el estilo.

Por aquel entonces regresó de París un monje llamado don Felipe, conventual de san Pancracio, que era bastante joven y guapo, de agudo ingenio y de profundo saber, con quien el hermano Puccio contrajo una estrecha familiaridad.

Como éste le solventaba admirablemente sus dudas, y además, conociendo su parte flaca, se le mostraba muy santo, empezó el hermano Puccio a llevárselo de vez en cuando a su casa y a darle de comer o de cenar según la hora, y por su parte la mujer, por amor del hermano Puccio, se había hecho amiga suya y le obsequiaba con mucho gusto. Continuando, pues, el monje sus visitas a casa de Puccio, y viendo tan lozana y regordeta a la mujer, se dio cuenta de cuál debiera ser la cosa que mayor falta le hiciese; pensó el ver si para ahorrar fatigas al hermano Puccio, le podría reemplazar. Y poniéndole los ojos encima y tanteándola astutamente una y otra vez, tanto hizo, que acabó por inspirar en la mente de ella el mismo deseo que tenía él; en cuanto de esto se dio cuenta, púsose a tratar con ella en cuanto le vino a mano, de lo que era de su agrado. Pero aun cuando la halló bien dispuesta para dar cumplimiento a la obra, no había medio de efectuarlo, porque Isabetta no quería aventurarse a estar con el monje en otro sitio que no fuese en su casa, y en su casa no podía ser, porque Puccio jamás abandonaba el campo; todo lo cual contrariaba en gran manera a don Felipe. Y tras mucho discurrir, vino al pensamiento un medio de poder estar sin infundir sospechas con la mujer en casa de ésta, aun cuando Puccio estuviera en ella.

Cierto día en que Puccio le fue a visitar, díjole el monje:

—Bastantes veces he comprendido ya, hermano Puccio, que todo tu afán consiste en llegar a ser santo, para lo cual me parece que andas por un camino muy largo, cuando hay otro que es muy corto, que el Papa y sus principales prelados, que lo conocen y practican, no quieren que se haga público; porque el orden tonsurado, que en su mayoría vive de limosnas, desaparecería en seguida, porque los seculares ya no atenderían ni con limosnas ni con recurso alguno. Pero como tú eres mi amigo y me has obsequiado mucho, y creo que a nadie en el mundo se lo explicarás y que tú lo querrás seguir, te lo enseñaré.

El hermano Puccio, ardiendo en deseos de saber esto, empezó a suplicarle con vivísimas instancias que se lo enseñase, y después a jurar que a nadie le diría jamás una palabra de él, afirmando que si era de tal naturaleza, que él lo pudiera seguir, lo seguiría.

—Pues que tan formalmente lo prometes —dijo el monje—, te lo mostraré. Debes saber que los Santos Doctores están contestes en afirmar que al que aspira a llegar a ser santo le conviene hacer la penitencia que vas a oír; pero fíjate bien: no digo que, después de hecha la penitencia, no seas pecador como eres, pero lograrás que los pecados que hayas hecho hasta la hora de la penitencia, se purguen todos, y te serán por ella perdonados; y los que hagas después no se escribirán para tu condenación, antes por el contrario, se te marcharán con el agua bendita, como se hace ahora con los veniales. Conviénele, pues, al hombre, principalmente, poner gran diligencia en confesar sus pecados, al ir a dar comienzo a su penitencia; y después le

conviene empezar un ayuno y una abstinencia rigurosísima, que tiene que durar cuarenta días, durante los cuales, es preciso que se abstenga de tocar, no solamente a toda mujer ajena, sino hasta a la suya propia.

Además, conviene, que tengas en tu propia casa algún sitio desde donde puedas por la noche ver el cielo, y a la hora de las Completas ir a este sitio y tener allí una mesa muy ancha, proporcionada de manera que, estando tú de pie, puedas apoyar en ella las caderas y teniendo en tierra los pies, extender los brazos a manera de crucificado, pudiendo si quieres apoyarlos en una clavija, permanecer en esta posición mirando al cielo sin menearte poco ni mucho hasta el amanecer. Si supieras leer, deberías decir durante este espacio de tiempo, ciertas oraciones que yo te daría; mas ya que no sabes, deberás rezar trescientos Padrenuestros y trescientas Avemarías en reverencia de la Trinidad; y mirando al cielo, tener siempre en la memoria que Dios ha sido el creador del cielo y de la tierra, pensar en la Pasión de Cristo, estando en aquella misma posición en que él estuvo en la cruz. Después, cuando toquen a Maitines, puedes si quieres irte a tu habitación, echarte en la cama vestido y dormir; a la mañana siguiente hay que ir a la iglesia, oír a lo menos tres misas y decir cincuenta Padrenuestros y otras tantas Avemarías, y después te dedicas buenamente a tus quehaceres, si tienes alguno; luego a comer y volver después por la noche a la iglesia y rezar allí ciertas oraciones que te daré escritas y que son indispensables. Y cuando llegue la hora de Completas vuelves a empezar. Haciendo esto como lo hice yo, espero que cuando llegue el fin de la penitencia, experimentarás maravillosos efectos de la eterna beatitud, si la has hecho con entera devoción.

Dijo entonces el hermano Puccio:

—No es cosa muy grave, ni demasiado larga —y previa autorización del monje, ordenó los preparativos y se lo contó todo a su mujer.

Soberadamente bien comprendió ésta con lo de estarse de pie y sin moverse hasta Maitines lo que el monje quería decir; por lo cual, pareciéndole bien pensada la cosa, dijo que estaba muy contenta de esto y de todas las demás obras buenas que él hacía en provecho de su alma, y que a fin de que le fuera provechosa su penitencia, le ayudaría a él, pero lo demás no lo haría.

Puestos, pues, de acuerdo, llegado el domingo, el hermano Puccio empezó su penitencia, y el señor monje, puesto de acuerdo con la mujer, la mayor parte de las noches acudía a cenar con ella a una hora en que no podía ser visto, llevando siempre consigo mucho de comer y de beber, acostándose luego con ella hasta la hora de Maitines, a cuya hora se levantaba y se marchaba y Puccio volvía a su lecho.

El sitio que el hermano Puccio había elegido para hacer su penitencia, estaba al lado de la habitación donde dormía su mujer, sin que hubiese otra división que un delgado tabique, lo cual dio lugar a que como don Felipe e Isabetta promovieran gran algazara, pareció al hermano Puccio sentir que se movía el pavimento, por lo cual, como hubiese ya rezado cien Padrenuestros, hizo aquí una pausa, y sin moverse, llamó a su mujer y le preguntó qué era lo que hacía.

La mujer, que era de carácter muy jovial, le contestó:

—¡Toma!, marido mío, me meneo cuanto puedo.

—¿Que te meneas? —preguntó Puccio—. ¿Qué quiere decir ese meneo?

Riendo y con aire desenvuelto, la mujer, que era mujer de ingenio y tenía tal vez sus motivos para reírse, contestó:

—¡Cómo! ¿No sabéis qué quiere decir esto? Pues si mil veces os lo he oído decir: “quien por la tarde no cena, toda la noche se menea”.

Creyó el hermano Puccio que el ayuno no debía dejarla dormir y que por eso se movía la cama; por lo cual, lleno de buena fe, repuso:

—Ya te lo tengo dicho, mujer, que no ayunes, mas ya que lo has querido hacer, no pienses en eso, piensa en descansar; das tales vueltas por la cama, que lo haces menear todo.

—No os dé cuidado esto —replicó entonces la mujer—, ya sé yo lo que me hago; obrad bien vos, que también yo haré bien si puedo.

Mantúvose, pues, quieto el hermano Puccio, y volvió a sus Padrenuestros.

Desde aquella noche el monje y la mujer durmieron en otra habitación de la casa, y cuando don Felipe se marchaba, Isabetta volvía a su lecho, al cual poco después iba a descansar el hermano Puccio. Continuando, pues, de esta manera, su penitencia el hermano y su retozar el monje y la mujer, no pocas veces decíales en broma ésta a aquél:

—Mandas hacer al hermano, Puccio la penitencia, por cuyo medio hemos ganado nosotros el paraíso.

Y como se hallase bien así la mujer, de tal manera se acostumbró a los manjares del monje, que como el marido le hubiera hecho guardar larga dieta, aun después de terminada la penitencia del hermano Puccio, halló medio de alimentarse con él en otra parte y por largo tiempo se solazó discretamente con él. De lo cual, a fin de que las últimas palabras no disientan de las primeras, resultó creyendo el hermano Puccio que haciendo penitencia entraba en el paraíso, e hizo entrar en él al monje que le había indicado el camino por donde más pronto podía llegar y a la mujer que vivía con él sumamente necesitada de lo que don Felipe le dio en abundancia.

## Cuento quinto

### *El Zima*

El Zima cede a maese Francesco Vergellesi uno de sus palafrenes y con este motivo y con licencia de él habla a su mujer y como ella guarda silencio, se contesta él a sí mismo y según esta respuesta viene luego el efecto.

Había concluido su cuento Pánfilo, no sin excitar la risa de las damas, cuando la reina dijo a Elisa que consumiera su turno, la cual con cierta actitud, debida no a malicia, sino a hábito, dijo así:

—Muchos que mucho saben, se figuran que nada saben otros, que muchas veces mientras creen atrapar a los demás, conocen después que los demás les han pescado a ellos; por cuya razón considero gran locura la de quien, sin necesidad, se mete a probar las fuerzas del talento ajeno. Mas como no todos los hombres serían tal vez de mi opinión, pláceme referiros, ahora que a mí me toca hablar, lo que le acaeció a un caballero de Pistoia.

Hubo en Pistoia, en la familia de los Vergellesi, un caballero llamado maese Francesco, hombre muy rico y sabio, y por otra parte muy perspicaz, aun cuando excesivamente avaro, el cual, como tuviese que ir de ésta a Milán, habíase provisto de todo lo necesario para presentarse dignamente, menos de un caballo de buena estampa para él, y, como ninguno encontrara que le agradase, esto le traía pensativo.

Había entonces en Pistoia un joven llamado Ricardo, de obscuro nacimiento, pero rico, que tan adornado y compuesto iba, que era casi generalmente conocido por el Zima,<sup>1</sup> que por largo tiempo había amado y cortejado inútilmente a la esposa del maese Francesco, mujer bella y honrada. Poseía el Zima uno de los más hermosos caballos de Toscana y lo quería mucho por su hermosura; como todo el mundo estaba enterado de que Ricardo hacía la corte a la esposa de maese Francesco, hubo quien le dijo a éste que si se lo pedía al otro, lo obtendría por el amor que el Zima le tenía a su mujer.

Maese Francesco, incitado por la avaricia, hizo llamar al Zima pidiéndole que le vendiera su caballo, contando que éste se brindaría a regalárselo. Ricardo oyó con agrado esta petición, contestándole al caballero:

—Señor, aun cuando me dierais todo lo que en el mundo poseéis, no podríais lograr que os vendiera mi caballo; mas podéis obtenerlo perfectamente, regalado si queréis, con la condición de que antes de recibirlo, pueda con autorización vuestra y en vuestra presencia, dirigirle algunas palabras a vuestra esposa, pero tan separado de todo hombre, que nadie más que ella me pueda oír.

Impulsado por la avaricia, esperando poder hacerle a éste una burla, respondió el caballero que consentía, que podía hablar cuanto quisiera.

Dejándole en el salón de su palacio, fue a la cámara de su esposa y después que le hubo manifestado la facilidad con que podía adquirir el caballo, le ordenó que fuera a oír al Zima, pero que se guardase bien de contestar poco ni mucho a cosa alguna que el otro le dijera.

Mucho censuró esto la dama, pero como le convenía hacer lo que era del gusto de su marido, dijo que lo haría, encaminóse al salón en pos de su marido, para escuchar lo que el Zima le quisiera decir.

Éste, después que hubo confirmado los pactos con el caballero, fue a sentarse con la dama a un punto del salón a bastante distancia de todo hombre y empezó a hablar así:

—Páreceme, noble dama, ser cosa cierta que tenéis vos tanto talento,

<sup>1</sup> En español y en la época en que este libro traducimos, dicha palabra equivale a la de gomoso.

que desde hace mucho tiempo habéis podido comprender bastante bien cuánto me había inducido a amaros vuestra hermosura, que sobrepuja sin duda alguna a la de cuantas otras jamás haber visto me parece; deo aparte las loables costumbres y las singulares virtudes que en vos residen y que tendrían fuerza suficiente para hacerse dueñas del corazón de cualquier hombre; por eso no es menester que os demuestre haber sido este amor mío el mayor y el más ferviente que jamás hombre alguno haya sentido por mujer; así lo haré, no os quepa duda, mientras mi mísera vida sostenga estos miembros, y aun después, ya que si allá, como aquí, se ama, perpetuamente os amaré. Y por eso podéis estar segura de que cosa alguna no tenéis, por amada o aborrecida que para vos sea, que tan vuestra podáis tener y con la cual podáis contar en todas ocasiones, como conmigo, con cuanto yo valga, y lo propio con cuanto mío sea. Y para que tengáis de esto inequívoca prueba, os digo que consideraré la mayor gracia para mí el que me ordenaréis cosa que fuera de vuestro agrado y que yo pudiera hacer, pues aun no pudiendo ser yo mismo quien lo hiciera, que lo mandase bastara para que todo el mundo sin dilación me obedeciese. Si, pues, tan vuestro soy como me habéis oído decíroslo, no inmerecidamente osaré elevar mis súplicas a vuestra alteza, de la cual únicamente venir me puede toda tranquilidad, todo mi bien, toda mi salud y no de otra parte; como humildísimo servidor os ruego, amado bien mío, única esperanza del alma mía, que esperando en vos se nutre en amoroso fuego, que sea tanta vuestra benignidad y tan ablandada la anterior dureza de que muestras me dierais, que soy vuestro, que reanimado con vuestra piedad, pueda decir que cual enamorado estoy por vuestra hermosura, también por ello tengo la vida, la cual si a mis súplicas no se dobla vuestro altivo espíritu, desmayará a no dudar y moriré y de mi muerte se os podrá culpar. Y aun dejando a un lado el que mi muerte no os honraría, creo empero que remordiéndoo de ella alguna vez la conciencia os pesaría de habérmela causado, y alguna vez, mejor dispuesta, a vos misma os diríais: *¡Ay, cuán mal hice en no compadecerme de mi Zima!* y siendo tardío ya este arrepentimiento, os serviría de mayor pesar. Por lo cual, a fin de que esto no acaezca, apiadaos de mí ahora que complacerme podéis, y antes de que yo muera deaos guiar por vuestra misericordia hacia mí, puesto que de vos sola depende hacerme el hombre más dichoso o el más desgraciado de la tierra. Espero que será tanta vuestra bondad, que no consentiréis que tan grande amor me sea recompensado con la muerte; antes por el contrario, con respuesta favorable llena de gracia reanimaréis mi espíritu, que como asustado tiembla en vuestra presencia.

Guardando silencio, tras profundos suspiros, dejó que de sus ojos algunas lágrimas se desprendieran, y esperó lo que la gentil dama le respondiera.

A la dama, a quien no habían podido conmover ni las amorosas miradas, ni los torneos, ni las serenatas, ni las demás cosas parecidas a éstas que hiciera el Zima por su amor, conmoviéronle las cariñosas frases pronunciadas por el apasionado amante, empezó a sentir lo que antes jamás sentido había; a saber, que en su pecho se anidaba el amor. Y aun cuando



para cumplir la orden que del marido recibiera guardó silencio, no pudo empero ocultar algún ligero suspiro, lo que gustosa al contestar al Zima, habría revelado.

Después que por unos instante esperó, admiróse el Zima al ver que ninguna respuesta obtenía, no tardó en apercibirse del ardid empleado por el marido; mas mirándola a ella en la cara y viendo centellear alguna vez en los ojos de la dama vueltos hacia él y recogiendo además los suspiros que sin esfuerzo dejaba ella que brotaran de su pecho, cobró esperanza, y por ella ayudado, tomó nueva resolución y cual si fuera la dama quien hablase, empezó a hablarse a sí mismo, oyéndolo ella en tal forma:

—No te quepa duda, Zima mío, de que hace largo tiempo que me apercibí de que el amor que me profesas inmenso y perfecto es y mucho mejor ahora por tus palabras lo conozco, y tan contenta estoy como lo debo estar. Sin embargo, si dura y cruel te he parecido, no quiero que tú creas que haya sido yo en mi corazón lo que en mi semblante he aparentado; antes bien, te he amado y preferido siempre a cualquier otro hombre, pero así me ha convenido hacerlo, ya por temor a otro, ya por conservar la fama de mi honestidad. Mas ahora llega la ocasión en que podré claramente darte a conocer si te amo y recompensarte por el amor que me has tenido y me tienes; ánimo y espera, porque como tú sabes, maese Francesco va a ir dentro de pocos días a Milán con el cargo de podestá, para cuyo viaje le has regalado tú, por amor mío, tu precioso caballo; cuando él haya partido, bajo formal palabra por el buen amor que te tengo, te prometo que dentro de pocos días te encontrarás conmigo y daremos agradable y entera satisfacción a nuestro amor. Y para que no tengas que volverme a hablar de este asunto, desde ahora te digo que el día en que veas dos toallas tendidas en la ventana de mi habitación, que da a nuestro jardín, aquella noche misma, poniendo buen cuidado en no ser visto, haz por venir a mí por la puerta del jardín; me encontrarás esperándote y pasaremos toda la noche solazándonos uno con otro, cual deseamos.

Luego que Zima de esta suerte hubo hablado, aparentando ser la dama, se puso a hablar para sí propio, respondiendo: —Tan ocupado está mi espíritu, dama mía muy querida, por la inmensa alegría de vuestra respuesta favorable, que apenas palabras hallo con que daros las debidas gracias; y aun cuando pudiera hallarlas cual deseo, ninguna sería lo bastante expresiva para plenamente poder mi gratitud demostrar cual yo quisiera y cual debiera; por eso, a vuestra discreta consideración dejo encomendado conocer lo que, deseándolo, expresar no puedo. Os digo únicamente que, cual vos ordenado me lo habéis, así hacerlo procuraré, y más seguro entonces tal vez de tan gran don como concedido me habéis, procuraré hacer lo posible para daros las más expresivas gracias que pueda. Nada más queda ahora aquí por decir. ¡Ojalá alcancéis, mi muy querida dama, alegría y dicha tantas como vos deseáis y a Dios le plazca!

A todo esto, ni una palabra dijo la dama, por lo cual púsose de pie el Zima y se encaminó hacia el caballero, quien, al verle de pie, le salió al encuentro y riendo le dijo:

—¿Que te parece? ¿Te he cumplido lealmente mi promesa?

—No, por cierto, señor —respondió el Zima—; pues vos me prometisteis hacerme hablar con vuestra esposa, y hablar con una estatua de mármol me habéis hecho.

Mucho le pluguieron estas palabras al caballero, el cual, si buena opinión tenía ya de su mujer, mejor la tuvo entonces, y dijo:

—Ahora, ya mío es el palafrén que tuyo fue.

A lo cual el Zima respondió:

—Vuestro es, señor; pero si yo hubiese creído sacar de esta gracia recibida de vos el fruto que de ella he sacado, dado os lo habría sin pediróslo, y ojalá así hecho lo hubiere, pues vos habéis comprado el palafrén y yo os lo he vendido.

Rióse de esto el caballero, y estando ya provisto de caballo, a los pocos días púsose en camino hacia Milán a tomar posesión de la bailía.

Libre ya en su casa, habiendo quedado discurriendo la dama sobre las palabras del Zima, sobre el amor que éste le profesara y sobre el palafrén que él regalara por su amor, viéndole desde su casa pasar muy a menudo, dijo para sí: “¿Qué hago? ¿Por qué pierdo mi juventud? Ése se ha marchado a Milán y no volverá en seis meses. ¿Cuándo me los resarcirá? Acaso jamás. ¿Harálo cuando ya sea vieja? Y, por otra parte, ¿cuándo volveré a encontrar un amante como el Zima? Sola estoy y a nadie temo; no sé por qué no he de aprovechar este tiempo mientras pueda; no siempre tendré la oportunidad que ahora tengo; esto nadie lo sabrá jamás; y aun cuando se supiera, mejor es hacer y arrepentirse, que tenerse que arrepentir de no haberlo hecho”.

Y habiéndose de esta suerte consigo misma aconsejado, cierto día puso dos toallas en la ventana del jardín, tal como el Zima había dicho; como las viese éste, cuando hubo llegado la noche, solo, sigilosamente y rebosando alegría, a la puerta del jardín de la dama se encaminó y la halló abierta: pasó de allí a otra puerta que daba entrada a la casa, donde encontró a la noble dama que le aguardaba. Al verle ésta venir, corrió a su encuentro, y con grandes agasajos le recibió, y él, besándola y abrazándola cien mil veces, por la escalera arriba la siguió, y acostándose sin dilación alguna, conocieron del amor los términos postreros. No fue esta vez solamente, sino varias, pues mientras en Milán estuvo el caballero, volvió allá el Zima, con placer sumo de ambas partes, otras muchas veces.

## Cuento sexto

### *La celosa engañada*

Ricciardo Minutolo ama a la mujer de Filipello Fighinolfé, a quien pone celosa diciéndole que al día siguiente Filipello debe hallarse en un baño con una mujer, y hace que vaya ella allá, y que creyendo haber estado con su marido, se encuentra que es con Ricciardo con quien ha estado.

Nada le quedaba ya a Elisa por decir, cuando, después de elogiada la sagacidad del Zima, la reina ordenó a Fiammetta que relatase su cuento, y ésta, con risueño semblante, contestó: "Con mucho gusto, señora", y prosiguió:

—Alguna vez que otra hay que salir de nuestra ciudad, la cual si abundante es en todas otras cosas, lo es asimismo en ejemplos para todos los temas y referir de vez en cuando, como lo ha hecho Elisa, cosas que por las otras partes del mundo han acaecido; y por eso, trasladándome a Nápoles, diré cómo una de esas santurronas que tanto asco le muestran al amor, se vio llevada, por la astucia de un amante suyo, a sentir el fruto del amor antes que las flores conocido hubiese, lo cual a un tiempo mismo os moverá a proceder con cautela en las cosas que os puedan acaecer y os proporcionará deleite para las conocidas ya.

En Nápoles, ciudad antiquísima, y tal vez tan deliciosa o más que cualquiera otra de Italia, hubo en otro tiempo un joven ilustre por la nobleza de su sangre y espléndido por sus muchas riquezas, llamado Ricciardo Minutolo. Este mozo, aunque tenía por mujer una joven hermosísima y hechicera, de otra se enamoró que, según la opinión general, excedía en belleza a todas las demás mujeres napolitanas, la cual se llamó Catella, esposa de un joven también noble, llamado Filipello Fighinolfé, a quien ella, que muy honrada era, amaba sobre toda ponderación.

Amando, pues, Ricciardo Minutolo a la tal Catella, y haciendo todas aquellas cosas por cuyo medio la gracia y el amor de una mujer debe poderse conquistar, sin que a pesar de todo eso nada alcanzar pudiera de lo que deseaba, desesperábase casi, no sabiendo o no pudiendo librarse de este modo: ni morir sabía, ni con vivir gozaba. Encontrándose en tal disposición, ocurrió que por unas mujeres, que parientas suyas eran, vióse aconsejado a que de tal amor desistiera, puesto que en vano se cansaba, ya que Catella sólo su dicha encontraba en Filipello, de quien tan celosa vivía, que hasta las aves que por los aires volaban temía se lo habían de quitar. Apenas de los celos de Catella oyó hablar, inspiróse súbitamente Ricciardo en su afán, empezando a aparentar que del amor de Catella no esperaba nada, y que por esta razón en otra noble dama puesto lo había, haciendo creer en justas y torneos y en cuantas cosas que por Catella hacer solía, que era por amor hacia otra dama.

Al mismo tiempo dio esto lugar a que todos los napolitanos, y hasta la misma Catella se convencieran de que amaba locamente, no ya a Catella, si-

no a aquella segunda dama; tanto en esto perseveró, que teniéndolo todos por cosa positiva, la misma Catella renunció a la esquivéz con que le trataba por el amor que por ella sentía y como vecino le saludaba familiarmente al encontrarse con él, como con los demás solía hacerlo. Acaeció, pues, que como fuese calurosa la estación, muchas comitivas de damas y caballeros se trasladaron a las orillas del mar, cual en los napolitanos es costumbre, para almorzar y cenar allí. Ricciardo, sabedor de que Catella con su comitiva allí había ido, fue también él con otra comitiva, siendo recibido en la de las damas de Catella, no sin que antes se hiciese mucho de rogar, cual si muchas ganas no tuviese de quedarse con ellas. Empezaron entonces las damas, y Catella con ellas, a bromear con él sobre su nuevo amor, fingiéndose sumamente enamorado, dando con esto ocasión a que no se conversara más que de aquel amor.

Mientras tanto, una tras otra fueron en distintas direcciones, alejándose las damas, como en tales parajes acontece; cuando sólo quedaba Catella con unas pocas en el sitio donde Ricciardo se hallaba, dejó escapar éste, dirigiéndose a ella, una frase sobre cierto amor de Filipello, su marido, que la hizo concebir súbitos celos, haciendo que ardiera en vivísimos deseos de saber lo que Ricciardo decir quería. Y después que se hubo dominado, no pudiendo contenerse más, suplicó a Ricciardo que, por el amor de la mujer aquella a quien él más amaba, la complaciera a ella, diciéndole con claridad lo que de Filipello insinuado había.

—Tal es la fuerza del conjuro que acabáis de pronunciar —contestóle Ricciardo—, que nada me atrevo a negaros de lo que me pedís, y dispuesto estoy, por lo tanto, a decíroslo sólo con que me prometáis que nada diréis de ello jamás a él ni a nadie, hasta que por los hechos veáis sea cierto lo que yo os referiré; cuando queráis os enseñaré cómo lo podéis hacer.

Consintió la dama en lo que le pedía, y creyó todavía más: que éste le decía la verdad, jurando que jamás a nadie lo revelaría. Ricciardo se expresó así:

—Si yo os amase, señora, como os amé, no me atrevería a deciros cosa que creyera poder apenaros; mas como aquel amor ha pasado, me preocupa menos el descubriros del todo la verdad. No sé si alguna vez tuvo celos Filipello del amor que yo os profesaba, o si ha abrigado la creencia de que jamás fui de vos amado; pero ni una ni otra cosa jamás él me dio a entender; ahora, sin embargo, dejando tal vez que el tiempo transcurriera, cuando se ha creído menos sospechado, da muestras de quererme hacer a mí lo que dudo que él no sospeche que le hice yo; eso es, quiere rendir a mi esposa a sus deseos, y según tengo entendido, de poco tiempo para acá la ha solicitado secretamente con repetidas embajadas, de todas las cuales por ella misma me he enterado, dándole las respuestas tales como se las he dictado yo. Esta mañana, antes de venir aquí, he encontrado en casa con mi esposa a una mujer, la cual creí desde luego que sería lo que verdaderamente era; en vista de esto, llamé a mi esposa y le pregunté qué era lo que aquella mujer le pedía. Es, me ha contestado, el estímulo de Filipello que me has hecho venir encima con darle respuestas y esperanzas, y dice que a toda costa quie-

re saber lo que pienso hacer y que él hará que yo pueda, cuando quiera, estar secretamente en un baño con él y a que consienta me ruega e importuna; si no fuera porque tú me has hecho meter en estos enredos, no sé por que, me lo habría quitado de encima de tal manera, que jamás se atrevería a poner los ojos donde hubiera estado yo. Parecióme entonces que Filipello iba demasiado adelante y que no convenía soportarle más, y he resuelto decíroslo para que vos conozcáis la recompensa que vuestra completa fidelidad recibe, fidelidad que a mí a punto estuvo de llevarme al sepulcro. Y para que no creyeseis que esto fueran palabras y fábulas, sino que cuando os pareciese bien pudierais abiertamente verlo y tocarlo, le dije a mi esposa que a la mujer que la esperaba le respondiera que estaba dispuesta a hallarse mañana, a la hora de nona, cuando la gente duerme, en ese baño, con cuya respuesta partió contentísima la mujer aquella.

No presumo ahora que vos creáis que yo se la enviaré; pero, si en lugar vuestro estuviera, haría que él me encontrase allá a mí en lugar de aquella a quien se figura encontrar, y cuando por unos instantes con él hubiera permanecido, haríale advertirse de con quién había estado, tratándole como se merece; creo que, haciendo esto, de tal suerte se avergonzaría, que a un tiempo mismo vengada quedaría la ofensa que a vos y a mí inferir quiere.

Al oír esto Catella, sin atender poco ni mucho en quién era el que se lo decía, ni en sus engaños, dio inmediato crédito a sus palabras, como hacerlo suelen los celosos, y empezó a agregar a este acto ciertas cosas, anteriormente acaecidas, y ardiendo en súbita cólera, respondió que indudablemente lo haría, pues no era cosa de tan difícil realización, y que si él acudía a la cita, le avergonzaría ella de tal suerte que, en lo sucesivo, siempre que viera a alguna mujer le volvería a la imaginación.

Ricciardo, contento con esto, pareciéndole que su opinión había sido buena y procedente, confirmósela con muchas otras palabras, haciéndosela creer más; rogándole, empero, que jamás dijera a nadie que de él lo había sabido, cosa que ella prometió bajo palabra.

A la mañana siguiente, Ricciardo fue a encontrar a una buena mujer, que era la dueña del baño de que a Catella le había hablado, y le dijo lo que se proponía hacer, rogándole que le ayudase en cuanto pudiera. La buena mujer, que le apreciaba mucho, dijo que con gusto lo haría, disponiendo con él lo que se tuviera que hacer o que decir. En la casa donde estaba el baño, tenía ella una pieza muy oscura, por no corresponder a ella ventana alguna que le diera luz. A propuesta de Ricciardo, ésta hizo lo que aquél dispuso, y colocó en la habitación un lecho, el mejor que pudo, en el cual se acostó Ricciardo después que hubo comido, aguardando a Catella.

Habiendo oído las palabras de Ricciardo y dando a ellas más fe de lo que era menester, regresó llena de enojo a su casa, a la caída de la tarde; cuando a ella llegó, también Filipello, preocupado por otros pensamientos, trató a su esposa con menos familiaridad de la que tenía por costumbre. Lo cual, viéndolo ella, entró en mucha mayor sospecha de la que tenía ya, diciéndose a sí misma: "Positivamente, piensa en la mujer con quien mañana cree gozar, mas a fe mía que esto no sucederá". Y dominada por este pen-

samiento y estudiando lo que le diría cuando él hubiera estado, pasó la noche entera.

Pero, ¿qué más? Llegada la hora nona, Catella, llevando consigo una criada y sin mudar de opinión, se fue a aquella casa de baños que Ricciardo le había indicado; una vez allí, dirigiéndose a la buena mujer, le preguntó si Filipello había ido allí aquel día. La buena mujer, aleccionada por Ricciardo, le dijo:

—¿Sois vos esa dama que tiene que venir a hablar con él?

—Sí, yo soy —contestó Catella.

—Pues entonces —dijo la mujer—, id adonde está él.

Catella, que iba buscando lo que no habría querido encontrar, haciéndose conducir a la habitación donde Ricciardo se hallaba, penetró en ella con la cabeza cubierta y se encerró dentro. Ricciardo, al verla acercarse, puso gozoso de pie, y recibéndola en sus brazos, dijo en voz queda:

—¡Bienvenida la vida de mi vida!

Para aparentar que era quien no era, entusiasta a sus caricias correspondió, sin articular palabra alguna, por temor de que hablando la pudiera él reconocer. Sumamente obscura estaba la habitación, de lo cual una y otro contentos estaban, aunque a pesar del largo rato que allí permanecieron, recobraran los ojos la facultad de ver claros los objetos.

Cuando a Catella le pareció oportuna la ocasión para desahogar su concentrado enojo, así con intensa ira se expresó:

—¡Ay! ¡Cuán triste es la fortuna de las mujeres, y cuán mal emplean muchas el amor en sus maridos! Yo, desdichada de mí, te he amado durante ocho años más que a mi vida, y tú, culpable y criminal, te abrasas y consumes en el amor de una mujer que no es la tuya. Ahora bien: ¿con quién te imaginas haber estado? Has estado con aquella a quien con mentidos halagos por bastante has engañado, fingiéndole amor y estando de otra enamorado. Yo soy Catella, no soy la esposa de Ricciardo, hombre traidor, desleal: escucha mi acento y atiende si por él reconoces quien yo sea; pues, aunque mil años juntos vivamos, paréceme que no cesaré, sucio y vituperable perro, de humillarte cual mereces. ¡Ay, desdichada de mí! ¿A quién por tantos años he profesado tan firme amor? A este perro desleal, que creyéndose tener en sus brazos a una mujer ajena, me ha colmado más de caricias y de ternezas en este corto espacio de tiempo que con él he estado, que en todo el resto del tiempo que hace que soy suya. Tú has estado hoy, perro renegado, muy animoso, mientras en casa sueles tan débil, rendido e impotente mostrarte. Mas, gracias al cielo, has cultivado tu campo y no el ajeno como creías. No es de extrañar que esta noche pasada, a mí no te hayas acercado; esperabas descargar en otra parte tu carga, queriendo presentarte animoso y lozano caballero al combate; pero gracias al cielo y a mi previsión, el agua ha seguido su curso cual debía. ¿Por qué no respondes, hombre culpable? ¿Por qué no hablas? ¿Te has vuelto mudo al oírme? No sé, a fe mía, cómo puedo contenerme, que no sé cómo no te llevo las manos a los ojos y te los saco. Muy escondidas creíste saber hacer esta traición; ya ves que tanto sabe el uno como el otro; no lo has logrado: he sido más lista de lo que te figurabas.

Ricciardo gozaba en su interior con estas palabras; mas sin decirle cosa alguna, la colmaba de caricias cada vez más expresivas. Mas ella continuaba diciendo:

—Si tú crees ahora con tus fingidas caricias conquistarme, repugnante perro, apaciguarme y consolarme, estás en un error: de esto nunca más admitiré consuelo, hasta tanto que no te haya vituperado por esto en presencia de cuantos parientes, amigos y vecinos tenemos. ¿Acaso, mal hombre, no soy tan hermosa como la esposa de Ricciardo Minutolo? ¿No soy tan noble dama como ella? ¡Qué! ¿No respondes, perro asqueroso? ¿Qué tiene ella de más de lo que tengo yo? Apártate, no me toques, que bastantes armas has hecho por hoy. Ya sé que desde que sabes quién soy, harás a la fuerza lo que hasta este momento has hecho; mas, he de hacer que llegues a padecer de deseos; y no sé qué me detiene en no mandar a llamar a Ricciardo, que me ha amado más que a sí mismo, y jamás puede alabarse de que ni una sola vez tiernamente le mirase, ni sé qué mal pudiera haber en hacerlo. Tú has creído poseer a su esposa, siendo como si la hubieses poseído, pues no ha estado en sí la culpa; por lo tanto, si yo a él le poseyera, no tendrías para qué reprochármelo.

Cesó de hablar la dama, siendo grande su pesadumbre, mas al fin, Ricciardo, pensando que si la dejara partir en tal creencia podrían resultar graves males, resolvió descubrirse y desvanecer su engaño. Tomándola entre sus brazos y estrechándola de modo que no pudiera desprenderse, dijo:

—Dulce amor mío, no os turbéis; lo que simplemente amando no pude lograr, Amor me ha enseñado a lograrlo con engaño: soy vuestro Ricciardo.

Al oír esto Catella y reconociéndole en la voz, quiso súbitamente lanzarse fuera del lecho, mas no pudo; quiso entonces gritar, mas Ricciardo con una mano le tapó la boca, diciéndole:

—Imposible es ya, señora, que lo que ya ha sido no haya sido, aun cuando gritaseis durante todo el resto de vuestra vida; si gritarais, o si de algún modo hicierais que llegase a saberlo persona alguna, dos cosas de ello resultarían: la una (que no os debe importar poco), fuera que resultarían amenazadas vuestra honra y vuestra buena fama, pues si dijerais que aquí con engaño os había hecho venir, diría que no es verdad; antes bien, diría que os había hecho venir prometiéndooos dinero y regalos, por lo que, no habiéndolos dado a satisfacción vuestra, os habéis enojado y por eso os quejáis; pues demasiado sabéis que la gente está más dispuesta a creer el mal que el bien, y por lo tanto, más pronto sería creído yo que vos. Además de esto, resultaría, entre vuestro marido y yo, mortal enemistad, lo que tal podría ir la cosa, que o le matase a él, o él a mí; de lo cual jamás podríais estar ni alegre ni contenta. No querráis, pues, corazón mío, a un mismo tiempo deshonraros a vos, ni poner en peligro ni en lucha a vuestro marido conmigo. No sois vos la primera ni seréis la última a quien se haya engañado, ni os he engañado para quitaros vuestra honra, sino por el inmenso amor que os profeso y que dispuesto estoy siempre a profesaros, así como a ser vuestro más humilde servidor. Y como que hace largo tiempo que todo

lo mío y cuanto poseo y valgo sea vuestro y esté a vuestro servicio, resuelto estoy a que sigan estándolo más que nunca de hoy en adelante. Ahora bien: vos sois prudente en las demás cosas, y estoy seguro que en esta lo seréis también.

Mientras Ricciardo hablaba, Catella derramaba abundante llanto, siendo muy grande su turbación y muy dolorosas sus quejas; sin embargo, tanto lugar dieron a la razón las irrefutables frases de Ricciardo, que ella comprendió que podía muy bien acaecer lo que Ricciardo decía; por lo tanto, contestó:

—No sé, Ricciardo, cómo podré soportar la ofensa y el engaño que me habéis hecho; no quiero gritar en este sitio, al cual mi sencillez y mis excesivos celos me condujeron, mas estad seguro de que jamás llegaré a estar tranquila, mientras por uno u otro medio no sea vengada de lo que habéis hecho conmigo; soltadme, pues, y no me retengáis más; habéis logrado lo que deseabais, habiéndome acongojado cuanto habéis querido. Hora es que me dejéis; dejadme, os lo suplico.

Ricciardo, comprendiendo que Catella estaba demasiado agitada, todavía habíase propuesto no dejarla hasta haber recobrado su amistad; por lo cual, empezando a apaciguarla con dulcísimas frases, tanto dijo, tanto rogó y tanto insistió, que ella, vencida al fin, hizo las paces con él: puestos al fin de acuerdo, largo rato permanecieron juntos en amistosa compañía. Y conociendo entonces la dama cuánto más calurosas eran las caricias del amante que las del marido, transformada su dureza en dulce amor hacia Ricciardo, tiernamente desde aquel día en adelante le amó, y muy acertadamente obrando, repetidas veces gozaron de su amor. Así podamos nosotros gozar del nuestro.

## Cuento séptimo

### *El peregrino*

Tedaldo riñe con una amiga suya y se marcha de Florencia; algún tiempo después vuelve allá en traje de peregrino; habla con la dama y le da a conocer su error y salva de la muerte al marido de ésta, a quien se le había probado haberle asesinado a él, y le pone en paz con sus hermanos; y después, prudentemente, goza con su dama.

Callada ya Fiammetta, y por todos elogiada, la reina, para no perder tiempo, se apresuró a dar la vez a Emilia, quien empezó su historieta en estos términos:

—Pláceme volver a nuestra ciudad, de la cual a mis dos antecesoras plúgoles partir, y referiros la manera cómo un conciudadano nuestro a su perdida dama reconquistó.



Hubo, pues, en Florencia, un noble joven que se llamó Tedaldo de los Elisei, el cual, enamorado hasta lo indecible de una dama llamada Ermellina, esposa de un tal Aldobrandino Palermini, merced a sus loables costumbres logró realizar sus deseos. A cuya satisfacción opúsose la fortuna, enemiga de los que son felices; pues fuera por lo que fuera, la dama, después de haber concedido por algún tiempo a Tedaldo sus favores, negóse por completo a seguirle complaciendo y a escuchar no tan sólo embajada alguna suya, sino ni verle ni recibirle tan siquiera, lo cual produjo en el amante cruel y desapacible melancolía; pero tenía tan oculto ése su amor, que nadie creía que ésta fuese la causa de su tristeza.

Después que por diversos medios hubo tratado de reconquistar el amor que sin culpa suya le parecía haber perdido, encontrando inútil toda suerte de trabajo, dispúsose a desaparecer del mundo, para no saber contenta, viéndole consumirse, a la que era causa de su mal. Y reuniendo el dinero que le fue posible, en secreto y sin decir palabra a amigo ni pariente alguno, excepción hecha de un compañero suyo que lo sabía todo, pasó a Ancona, haciéndose llamar Felipe de Sanlodeccio, y allí, habiéndose informado con un rico comerciante, púsose a su servicio y se embarcó con él en una de sus naves en dirección a Chipre.

Las costumbres y modales de Tedaldo tanto agradaron al comerciante, que no sólo buen salario le asignó, sino que le puso a la parte, poniendo además entre sus manos, la mayoría de sus asuntos: cosa que tan bien y con tanta solicitud hizo el joven, que en pocos años se convirtió en un mercader bueno, rico y famoso.

A todo eso, aun cuando a menudo de su cruel dama se acordaba, dolorosamente traspasado por el amor se sintiera y mucho deseara volverla a ver, fue tal su constancia, que durante siete años salió victorioso de aquella lucha. Mas, acaeció que, oyendo cierto día cantar en Chipre una canción compuesta por él en otro tiempo, en la cual se refería el amor que a su dama profesaba y el que le profesaba ella a él, y el placer que le proporcionaba ella, discurriendo que no podía ser que ella olvidado le hubiese, tan vivo deseo asaltóle de volverla a ver, que, no pudiendo resistir por más tiempo, a volver a Florencia se dispuso. Y puestas en orden todas sus cosas, vínose a Ancona con un criado solamente, reuniendo toda su ropa; la envió a Florencia a un amigo del de Ancona y corresponsal suyo, y luego dirigióse allá secretamente con su criado, aparentando ser un peregrino que regresaba de Tierra Santa; llegados a Florencia, fue a hospedarse en un pequeño mesón propiedad de dos hermanos que estaba inmediato a la morada de su dama.

Antes que todo, fue a pasar por delante de dicha morada, para verla a ella, si podía; pero vio las ventanas, las puertas y todo cerrado, lo cual le hizo sospechar si tal vez habría muerto o hubiese ido a vivir a otra parte. Por lo cual se dirigió muy pensativo a la morada de sus hermanos, y frente de la misma vio a cuatro de ellos enteramente vestidos de negro, cosa que le sorprendió en gran manera; convencido de que tan cambiado estaba, en traje y en figura, de lo que solía estar cuando partió, que no podría reconocérsele fá-

cilmente, aproximóse sin vacilar a un zapatero inmediato, y le preguntó por qué iban vestidos de negro aquellos sujetos. Respondióle el zapatero:

—Ésos van vestidos de negro, porque hace apenas quince días fue asesinado un hermano suyo llamado Tedaldo, que no había estado aquí desde hace largo tiempo; pareceme haber oído decir que habían probado en la corte que un tal Aldobrandino Palermini, que está preso, le mató porque amaba a su mujer y se había disfrazado para estar con ella.

Mucho se asombró Tedaldo de que hubiera quien tanto se le pareciera, que se le llegara a tomar por él, y sintió la desgracia de Aldobrandino. Y enterado de que la dama estaba viva y sana, siendo ya de noche, regresó a la posada acosado por varios pensamientos; después que hubo cenado junto con su criado, se le dio para dormir una habitación casi en lo más alto de la casa; allí, muchos y muy variados pensamientos le asediaban, y fuese por lo incómodo del lecho o bien por la cena que había sido muy frugal, Tedaldo vio transcurrir más de media noche sin haber podido conciliar aún el sueño: hallándose despierto, a eso de la medianoche, parecióle oír que por el techo de la casa penetraba gente en la misma; luego, por las resquebrajaduras de la puerta de su habitación, vio aproximarse una luz. Por lo cual acercándose cautelosamente a la resquebrajadura, púsose a mirar lo que aquello significaba, y vio que una joven bastante hermosa sostenía aquella luz y que a ella se acercaban tres hombres que habían descendido allá desde el techo; que después de haberse hecho algunos agasajos, le dijo a la joven uno de ellos:

—Desde ahora podemos, a Dios gracias, estar seguros, pues sabemos positivamente que la muerte de Tedaldo Elisei ha sido atribuida por los hermanos de éste a Aldobrandino Palermini, éste la ha confesado, y ya está dictada la sentencia: pero sin embargo conviene callar, pues si alguna vez llegara a descubrirse que fuimos nosotros, correríamos el mismo riesgo que Aldobrandino corre.

Y dicho esto, siguieron descendiendo en compañía de la mujer, que dio muestras de alegría, y se fueron a dormir.

Al oír esto Tedaldo, púsose a considerar cuáles y cuán grandes fueren los errores que podían invadir la mente de los hombres, pensando primeramente en sus hermanos que habían llorado, dado sepultura en lugar suyo a un extraño, y luego en el inocente acusado por falsas sospechas, puesto en el trance de tener que morir a consecuencia de testimonios que no eran ciertos: a más de esto, en la ciega severidad de las leyes y de los gobernantes que con harta frecuencia se vuelven crueles y en su afán de averiguar la verdad hacen probar lo que es falso y se hacen llamar ministros de la justicia y de Dios, siéndolo solamente de la iniquidad y del diablo.

Después de esto, dirigió sus pensamientos a la salvación de Aldobrandino y combinó lo que tenía que hacer. Y en cuanto por la mañana se hubo levantado, dejando a su criado, encaminóse a la morada de su dama cuando le pareció oportuna la ocasión, y como por casualidad hallase la puerta abierta, penetró en la casa y vio a su dama sentada en el suelo en una salita baja que allí había, llorando tan abundante y amargamente, que casi se le saltaron las lágrimas de compasión y acercándose a ella, le dijo:

—No os aflijáis, señora: próximo está vuestro sosiego.

Al oír la dama estas palabras, alzó la cabeza y llorando contestó:

—Tú, buen hombre, me pareces un peregrino forastero: ¿qué sabes tú de mi sosiego o de mi aflicción?

Respondió entonces el peregrino:

—Yo señora, soy de Constantinopla y llego ahora mismo aquí enviado por Dios para convertir vuestras lágrimas en risa y para librar de la muerte a vuestro marido.

—Si eres de Constantinopla —replicó la dama—, y acabas de llegar ahora mismo ¿cómo sabes quién sea mi marido o quién yo sea?

El peregrino, empezando por el principio, refirió toda la historia de la angustia de Aldobrandino, y le dijo quién era ella, cuánto tiempo llevaba de casada, y muchas otras cosas que sabía perfectamente de su historia: de lo cual se asombró en gran manera la dama, y teniéndole por profeta, se arrojó a sus pies, rogándole por Dios que, si para la salvación de Aldobrandino había venido, se diera prisa, pues era breve el tiempo.

—Levantaos, señora, y no lloréis —dijo el peregrino, aparentando ser un santo varón—, y tened entera esperanza en lo que os diré, y guardaos muy bien de decírselo jamás a nadie. Según Dios me ha revelado, la tribulación que vos tenéis procede de un pecado que vos en otro tiempo cometisteis, pecado que el Señor ha querido haceros purgar en parte con esa pesadumbre y cuya enmienda exige de vos; de no ser así, se reproducirán con mayor intensidad vuestros afanes.

—Señor —repuso entonces la dama—, yo he pecado bastante y no acierto cuál de éstos mis pecados sea el de que Dios quiere que me enmiende; si pues lo sabéis vos, decídmelo, yo haré para enmendarlo cuanto pueda.

—Señora —dijo entonces el peregrino—, bien sé yo cuál es y no os lo preguntaré para saberlo mejor, sino para que diciéndolo vos misma mejor de él os arrepintáis. Vamos al caso, y decidme: ¿os acordáis de haber tenido algún amante?

Al oír esto la dama lanzó un gran suspiro y se asombró en gran manera, no creyendo que persona alguna jamás lo hubiese sabido, aun cuando desde el día en que había sido asesinado aquel que fue por Tedaldo sepultado se hubiese divulgado algo por ciertas palabritas empleadas no muy cuerdamente por el compañero de Tedaldo que sabía eso, y respondió:

—Veo que Dios os pone de manifiesto todos los secretos de los hombres, y dispuesta estoy, por lo tanto, a no ocultaros los míos. Es verdad que en mi juventud amé con delirio al desventurado joven de cuya muerte se acusa a mi marido: muerte que yo he llorado tanto cuanto me era dolorosa; pues aun cuando hasta al partir me le mostré rígida y esquiva, ni su partida, ni su larga ausencia, ni hasta su desventurada muerte me lo han podido arrancar del corazón.

Replicó el peregrino:

—Al desdichado joven que fue asesinado, jamás le amasteis vos; a quien vos amasteis fue a Tedaldo Elisei. Pero decidme: ¿cuál fue el motivo por el cual con él rompisteis? ¿Habíais ofendido alguna vez?

—Ciertamente no me ofendió jamás —respondió la dama—; pero el rompimiento lo causaron las palabras de un maldito fraile con quien una vez me confesé; pues cuando le dije el amor que yo a él le profesaba y la familiaridad que con él tenía, de tal suerte me reprendió, que todavía me dura el terror, diciéndome que si yo no desistía, iría a parar a la boca del demonio en lo más profundo del infierno.

Lo cual tal terror me produjo, que me dispuse a renunciar para siempre jamás a su familiaridad; y para evitar nuevas ocasiones, nunca más quise recibir sus cartas y sus mensajes; mas estoy segura de que si él hubiese perseverado, en lugar de haber partido (a lo que presumo) desesperado, al verle yo consumirse como el sol consume a la nieve, mis duros propósitos habríanse doblegado, ya que nada tanto deseaba en el mundo como ceder.

Dijo entonces el peregrino:

—Éste es el único pecado que ahora os aflige; positivamente sé que Tealdo no os hizo violencia alguna: cuando vos de él os enamorasteis, lo hicisteis de vuestra propia voluntad, agradándoos él y, como vos misma quisisteis, vino a vos y obtuvo vuestra familiaridad, en la cual, con palabras y obras, os mostrasteis con él tan complaciente, que si él antes os amaba, mil veces más hicisteis acrecentar su amor. Y, si así fue (que me consta lo fue realmente), ¿qué motivo podía induciros a alejarlo de vos con tal rigor? Estas cosas debían haberse pensado antes de empezar, y si creíais tener que arrepentiros de ellas como de cosa mal hecha, no hacerlas. Así, como él se hizo vuestro, podíais hacer en todo vuestro gusto, como de lo vuestro; pero el querer privarle a él de vos, que erais suya, esto era un robo y una mala acción, no siendo ésta su voluntad. Ahora bien, debéis saber que yo soy fraile, y que por lo tanto conozco todas sus costumbres; si de ellas hablo con cierta claridad para utilidad vuestra, no desdice de mí, como a otro le acaecería: de ellas hablar me place, a fin de que en lo sucesivo les conozcáis mejor de lo que antes parece les conocíais. En otro tiempo, los monjes fueron unos hombres muy santos y muy buenos, pero los que hoy se llaman monjes y por tales ser tenidos quieren, sólo de tales tienen el nombre nada más; pues, mientras que por los inventores de los monjes se ordenaron estrecheces, miserias, ropas burdas y manifestaron su espíritu, que había despreciado las cosas temporales al envolver su cuerpo en tan vil ropaje, los de hoy hacen éstos sus hábitos holgados, dobles, lucientes y de finísimas telas, han dado a ellos formas tan graciosas y pontificales y no se dan vergüenza de pasearse con ellos en los templos, en las plazas, como con sus trajes lo hacen los seglares, y a la manera como el pescador procura con su red coger en el río muchos peces de una vez, así éstos, envolviéndose en los holgados pliegues de sus capas, procuran envolver debajo de ellas a muchas beatas, a muchas viudas y a muchos otros tontos de ambos sexos, y más a éste que a otro ejercicio se dedican.

Por eso, y para que yo hable con más propiedad, estos tales no tienen los hechos de monjes, sino sus apariencias.

Y mientras los antiguos deseaban la salvación de los hombres, los de hoy desean las mujeres y las riquezas; han puesto y ponen todo su afán en asustar con gritos y con pinturas las imaginaciones de los tontos, en mostrar

que con misas y limosnas se purgan los pecados, a fin de que a ellos que por egoísmo, por holgazanería y no por devoción se decidieron hacerse frailes, éstos les traigan el pan, aquéllos les manden el vino y los de más allá les proporcionen la pitanza por las almas de sus antepasados.

Es muy cierto que las limosnas y las oraciones purgan los pecados; pero si los que las hacen viesan a quién las hacen o les conociesen, más pronto se las guardarían para sí o se las echarían a los cerdos. Y como ellos conocen cuán pocos son los que poseen una riqueza considerable, están todos al acecho y todos con gritos y aspavientos, se ingenian en alejar a los demás de las cosas en que desean ellos estar solos.

Reprenden enérgicamente en los hombres la lujuria, a fin de que, renunciando a ello los reprendidos, les queden las mujeres a los reprobos: condenan la usura y los negocios de mala índole, a fin de que, convertidos en reprobos de lo mal adquirido, puedan hacerse más holgadas sus capas, alcanzan los obispados y otras más elevadas prelaturas, con lo que han fingido que debía llevar a la perdición a quien lo poseyera, y cuando se les echan en cara estas cosas y otras que indignamente hacen, creen que se quitan de encima todo el peso de sus faltas, contestando:

Haced lo que decimos y no lo que hacemos, como si les fuere más posible la constancia y la firmeza a las ovejas que a los pastores.

Y bien saben ellos que son muchos a quienes ellos dan tal contestación, que no la entienden por la manera como la dan.

Los frailes de nuestros días quieren que hagáis lo que ellos dicen, esto es, que llenéis de dinero sus bolsas, que les confiéis vuestros secretos, que guardéis castidad, que seáis pacientes, que perdonéis las injurias, que os abstengáis de hablar mal, cosas todas buenas, todas honestas, todas santas; mas esto ¿para qué? Para que ellos puedan hacer lo que hacer no podrían si lo hicieran los seculares.

¿Quién ignora que sin dinero la holgazanería no puede durar?

Si tú te gastas el dinero en recrearte, el fraile no podrá holgazanear en la Orden; si tú vas en pos de las mujeres, los frailes no tendrán ocasión de hacer lo mismo; si tú no tienes paciencia y no perdonas las injurias, el fraile no se atreverá a venir a tu casa para contaminar tu familia. ¿Mas para qué entro yo en todos estos detalles? Ellos mismos se acusan a cada vez que dan aquella excusa en presencia de los que les oyen. ¿Por qué no se están en sus casas, si no creen que puedan guardar abstinencia y santidad? O si por el contrario, quieren cumplir como es debido, ¿por qué no siguen aquellas otras santas palabras del Evangelio: *Cristo empezó a hacer y a enseñar?*

Empiecen ellos por obrar y luego enseñen a los demás.

Millares de los míos he visto que hacen la corte, aman y visitan, no solamente a mujeres seglares, sino a monjas, principalmente los que más gritan desde el púlpito.

¿Seguiremos, pues, a los que tal hacen?

Quien lo hace, hace lo que quiere, pero Dios sabe si obra como debe.

Mas admitiendo que se deba admitir lo que os dijo el monje que os reprendió, esto es, que sea gravísima culpa faltar a la fe conyugal, ¿no es fal-

ta mucho mayor el robar a un hombre? ¿No lo es mucho mayor el matarle o enviarle al destierro llevando miserable vida por el mundo?

Esto lo admitirá cualquiera.

El que una mujer tenga intimidad con un hombre es pecado natural; el robarle, matarle o desterrarle, procede de maldad de instinto.

Que robasteis a Tedaldo, os lo he demostrado ya privándole de vos, que os habíais hecho suya por vuestra espontánea voluntad. Después digo que, en cuanto en vos estuvo, le matasteis, pues mostrándoos cada vez más cruel, le disteis ocasión a que se matase con sus propias manos: y la ley quiere que quien causa es del mal que se hace, sea tan culpable como el que lo hace. Y no se puede negar que vos sois la causa de su destierro y de que durante siete años haya andado errante por el mundo. De modo que mucho mayor pecado habéis cometido en una cualquiera de estas tres cosas mencionadas, que el que cometíais en vuestra intimidad con él. Pero veamos: ¿mereció acaso Tedaldo todo eso? Ciertamente que no; vos misma lo habéis confesado ya, sin contar que yo sé que él os ama más que a sí propio. Jamás hubo cosa tan honrada, tan exaltada, tan ensalzada como lo erais por él sobre todas las demás mujeres, si se hallaba en paraje donde dignamente, y sin infundir sospechas, podía de vos hablar.

Toda su dicha, toda su honra, toda su libertad, habían sido puestas por él en vuestras manos.

¿No era él un joven noble? ¿No era bello entre sus conciudadanos? ¿No era digno de aprecio en lo que a los jóvenes correspondía? ¿No era estimado y querido? ¿No era bien visto de todos? Esto no lo negaréis.

¿Por qué, pues, por las palabras de un frailucho loco, bestial y envidioso, pudisteis concebir propósito alguno cruel contra Tedaldo?

No sé qué error es ése de las mujeres que desdeñan y tienen en poco a los hombres, cuando pensando en lo que ellos son, en cuánta y cuán grande sea la nobleza dada por Dios al hombre sobre los demás animales, deberían estar orgullosas cuando por alguno son amadas, quererle mucho y poner especial estudio en complacerle con toda solicitud, a fin de que jamás dejase de amarlas.

Bien sabéis vos cómo obrasteis, incitada por las palabras de un monje, que indudablemente debía ser algún buscón zampatortas, que tal vez deseaba poder ocupar él el lugar de donde procuraba echar al prójimo.

Este pecado, pues, es el que la divina justicia, que con fiel balanza lleva a efecto todas sus obras, no ha querido dejar impune: y así como vos procurasteis sin razón alejar de vos a Tedaldo, así también sin razón vuestro marido ha estado, está aún, en peligro y estáis vos sumida en la aflicción por causa de Tedaldo.

Si de esta aflicción libre queréis veros, ved ahí lo que os conviene prometer y con mucha mayor exactitud cumplir: si alguna vez acaece que Tedaldo de su prolongado destierro aquí vuelve, devolvedle vuestra gracia, vuestro amor, vuestra benevolencia y vuestra familiaridad; volvedle a colocar en la situación en que se hallaba antes que vos tontamente creyerais al loco fraile.

Apenas acabó de hablar el peregrino, cuando la dama que atentamente observaba, porque muy ciertas le parecían sus razones, y se consideraba realmente afligida, como él decía, por aquel pecado, dijo:

—Muy ciertas comprendo que son, señor, las cosas que decís y en gran parte conozco por vuestra demostración quiénes sean los frailes a quienes yo hasta ahora creía a todos santos; pues indudablemente conozco haber sido grande mi falta en lo que contra Tedaldo hice; si en mi mano estuviera, con gusto la enmendaría de la manera que habéis dicho: pero, ¿cómo puede hacerse eso?

Tedaldo no podrá volver jamás: está muerto; por eso no sé por qué deba yo prometeros lo que no deba poderse hacer.

—Señora —contestó el peregrino—, según Dios me manifestó, Tedaldo no está muerto, antes bien, se halla vivo, sano y se hallaría en buen estado, si vuestra gracia tuviese.

Dijo entonces la dama:

—Ved lo que decís: yo le vi muerto frente a mi puerta acribillado a cuchilladas, y le tuve en estos brazos, y bañé su rostro con mis abundantes lágrimas, las cuales también fueron causa de que se hablase de mí tanto y tan impudicamente como se ha hablado.

—Por más que digáis, señora —replicó el peregrino—, yo os aseguro que Tedaldo vive: y en cuanto consintáis en prometer lo que os dije con propósito de cumplirlo, espero que en seguida le veréis.

—Gustosa lo hago y lo haré —dijo entonces la dama—, no podría acaecer cosa que tanta alegría me produjese, como ver a mi marido libre y a Tedaldo vivo.

Parecióle entonces a Tedaldo que era tiempo ya de descubrirse y de animar a la dama con esperanzas más positivas de su marido, y le dijo:

—Señora, para mejor consolaros, por lo que a vuestro amigo le atañe, juzgo conveniente revelaros un secreto, que os guardaréis de confiar jamás a nadie durante vuestra vida.

Como la dama hubiese puesto entera confianza en la santidad de que le parecía estar poseído el peregrino, hallábanse solos los dos en un paraje bastante retirado; por lo cual, Tedaldo, sacándose una sortija que muy cuidadosamente conservaba y que se la había regalado la última noche que con ella había estado, se la enseñó diciendo:

—¿Conocéis esto, señora?

Al verla la dama, la reconoció y contestó:

—Sí, la conozco; se la di hace algún tiempo a Tedaldo.

Poniéndose entonces en pie el peregrino y quitándose rápidamente la esclavina y el sombrero, hablando florentino, dijo:

—¿Y a mí, me conocéis?

Al verle la dama y al reconocer en él a Tedaldo, quedó aturdida y tuvo miedo de él, como se les tiene miedo a los difuntos si se les ve como si estuvieran vivos; no corrió a su encuentro como si se dispusiera a recibir a Tedaldo llegado de Chipre, antes bien quiso huir como si volviese a aquel sitio Tedaldo salido de su tumba.

—No tengáis duda alguna, señora —díjola Tedaldo—, yo soy vuestro Tedaldo vivo y sano: jamás he fallecido ni he sido muerto, por más que vos y mis hermanos lo creáis así.

Algo tranquilizada la dama, fijándose en su voz, mirándole algo más atentamente y convenciéndose de que realmente aquel hombre era Tedaldo, se arrojó llorando a su cuello y le besó, exclamando:

—Bien venido seas, dulce Tedaldo mío.

Correspondiendo Tedaldo a sus caricias dijo:

—Señora, no es ocasión ahora de más cordiales acogidas; quiero ir a hacer que Aldobrandino os sea devuelto sano y salvo; espero que antes de mañana por la noche recibiréis noticias que os serán agradables, de tal suerte, que si yo las recibo buenas de su salud, como lo espero, quiero poder venir esta noche a veros y a contáros las más despacio de lo que ahora hacerlo puedo.

Y volviéndose a poner el sombrero y la esclavina, besó otra vez a la dama, la reanimó dándole buenas esperanzas, y alejándose de ella, dirigióse a donde Aldobrandino se hallaba preso, más preocupado por el temor de la muerte que le amenazaba, que por la esperanza de futura salvación; penetrando con el beneplácito de los carceleros en su calabozo, como si fuera a animarle, sentóse a su lado y le dijo:

—Aldobrandino, soy un amigo que Dios te envía para tu salvación, porque se ha compadecido de tu inocencia: por lo tanto, si para honrarle a él quieres concederme una pequeña gracia que te pediré, indudablemente, antes de que llegue la tarde de mañana, que es para cuando esperas la realización de tu sentencia de muerte, recibirás la de tu absolución.

A lo cual respondió Aldobrandino:

—Hombre excelente, pues en cuanto que te interesas por mi salvación, sin que yo te conozca ni recuerde haberte jamás visto, amigo, como dices debes ser. Realmente, yo jamás cometí el crimen por el cual dicen que debo ser condenado a muerte; bastantes otros cometí, que tal vez a esta situación me han conducido. Pero para honrar a Dios, te digo que, si ahora tiene misericordia de mí, gustoso haré no una cosa pequeña, sino la más grande que pueda hacer; pide lo que te plazca, que yo lo cumpliré perfectamente, en cuanto reciba la libertad.

Dijo entonces el peregrino:

—Lo que yo quiero no es otra cosa sino que perdones a los cuatro hermanos de Tedaldo el haberte conducido a este extremo, creyéndote culpable de la muerte de su hermano, y que les tengas por hermanos y por amigos, cuando ellos de su error perdón te pidan.

A esto contestó Aldobrandino:

—Nadie sabe cuán dulce cosa es la venganza y con cuánto ardor se desea, sino aquel que recibe las ofensas; mas, puesto que Dios mira por mi salvación, gustoso les perdonaré y les perdono desde ahora; y si yo salgo de aquí vivo y libre cumpliré mi promesa, de tal modo que sea a tu entera satisfacción.

Plúgole esto al peregrino, y sin querer decirle otra cosa, rogó le encarecidamente que tuviese confianza de que antes de que terminara el día si-



guiente, recibiría noticias seguras de su salvación. Y despidiéndose de él, encaminóse a la Señoría y en secreto le dijo a un caballero que la tenía a su cargo:

—Señor, todos deben trabajar gustosos en hacer que la verdad de las cosas se conozca, y tanto más hacerlo deben los que ocupan el lugar que ocupáis vos, a fin de que no reciban los castigos quienes no cometieron el pecado y sean castigados los pecadores. Y para que esto acaezca, para honra vuestra y para ludibrio de los que lo han merecido, es para lo que he venido aquí a veros. Como no ignoráis, vos habéis procedido rigurosamente contra Aldobrandino Palermini y os parece haber obtenido la certeza de que había sido él quien mató a Tedaldo de los Elisei, y estáis a punto de condenarle; lo cual os probaré antes de medianoche ser completamente falso, como lo creo, poniendo en vuestras manos los asesinos de aquel joven.

El noble caballero que se interesaba por Aldobrandino, de buen grado prestó oídos a las palabras del peregrino; y después que hubieron hablado largamente sobre ello utilizando los informes del peregrino, apoderóse sin dificultad y aprovechando el primer sueño de los dos hermanos posaderos y de su criada, y queriendo aplicarles el tormento para averiguar cómo había sido la cosa, no lo sufrieron, sino que cada uno de por sí y luego todos juntos confesaron claramente haber sido ellos quienes habían asesinado sin conocerlo, a Tedaldo de los Elisei. Habiéndoles sido preguntado el motivo, respondieron: porque él, no hallándose ellos en la posada, había molestado mucho a la mujer de uno de ellos y la había querido obligar a hacer su voluntad. Enterado de esto el peregrino, partió, con permiso del caballero, y secretamente fue a la morada de Ermellina, donde habiéndose acostado ya todos los de la casa, ella sola le aguardaba ansiosa a un mismo tiempo de saber buenas noticias del marido y de reconciliarse plenamente con su Tedaldo. Llegado allí, le dijo con semblante jovial: —Mi muy querida dama, alégrate, porque indudablemente mañana volverás a tener aquí sano y salvo a tu Aldobrandino—. Y para darle más seguridad, le refirió todo cuanto había hecho. La dama se alegró tanto de dichos dos súbitos acaecimientos, a saber: de recobrar vivo a Tedaldo, a quien creía haber llorado muerto, y de ver libre del peligro a Aldobrandino, a quien dentro de pocos días creía tener que llorar muerto también, como jamás de otra cosa habíase alegrado tanto, abrazando afectuosamente a su Tedaldo; y yéndose juntos al lecho, de buen grado hicieron graciosa y alegremente las paces. Y cuando vino el día, abandonó Tedaldo el lecho, habiendo antes manifestado a la dama lo que pensaba hacer, y rogándola de nuevo que guardase la mayor reserva, salió en traje de peregrino de la morada de la dama para atender, cuando fuera la ocasión, a los asuntos de Aldobrandino. Llegado el día y pareciéndole tener datos completos del suceso, la Señoría se apresuró a dar la libertad a Aldobrandino, y pocos días después hizo decapitar a los malhechores en el lugar donde habían cometido el homicidio.

Libre ya Aldobrandino, con gran alegría suya, de su esposa y de todos sus amigos y parientes, conociendo manifiestamente haber acaecido todo

gracias al peregrino, le condujeron a su casa para mientras le pluguiera permanecer en la ciudad; y allí no se cansaban de obsequiarle y festejarle, y especialmente la dama que sabía a quién se obsequiaba. Pareciéndole, al cabo de algún tiempo, que debía reconciliar con Aldobrandino a sus hermanos, de quienes sabía que no solamente se hallaban avergonzados al verle libre, sino que estaban armados por temor de su venganza, recordó al marido de Ermellina su promesa, contestando éste sin vacilar que estaba dispuesto a cumplirla.

En su virtud, el peregrino hizo disponer para el día siguiente un espléndido banquete en el cual le dijo, quería que él con sus parientes y las respectivas esposas, recibieran a los cuatro hermanos y a las esposas de éstos, añadiendo que él mismo iría inmediatamente a invitarles de su parte a que hicieran las paces y asistieran a su banquete. Y estando contento Aldobrandino de cuanto deseaba el peregrino, éste fue en seguida a ver a los cuatro hermanos, y empleando con ellos las palabras que para tal objeto se requerían, les indujo al fin, con razones irrefutables, y con bastante facilidad, a que debían conquistar la amistad de Aldobrandino pidiéndole perdón: y hecho esto les invitó a ellos y a sus esposas a ir a comer a la mañana siguiente con Aldobrandino: y éstos, seguros de su lealtad, aceptaron gustosos la invitación.

A la mañana siguiente, a eso de la hora de comer acudieron primeramente los cuatro hermanos de Tedaldo, vestidos de luto como iban, y con algunos amigos suyos a la morada de Aldobrandino, que les aguardaba; y allí, en presencia de todos los que habían sido invitados por Aldobrandino para hacerles compañía, arrojando las armas al suelo, pusiéronse en manos de Aldobrandino, pidiéndole perdón por lo que contra él habían hecho. Acogiéndole éste llorando enternecido, y besándoles a todos en la boca, con breves palabras les perdonó totalmente la injuria recibida. Después de éstos, vinieron sus hermanos y esposas, todas vestidas de luto, que fueron por Ermellina y las otras damas graciosamente recibidas. Habiendo sido magníficamente servidos en el banquete, lo propio los caballeros que las damas, sin haber habido en él cosa alguna que no fuera loable, a excepción de una, la taciturnidad producida por el reciente dolor representado en los oscuros ropajes de los parientes de Tedaldo (por el cual motivo habían algunos criticado la idea y el banquete del peregrino, del cual éste se había apercebido), creyendo llegada la ocasión de desvanecer dicha taciturnidad, según él a sus solas se propusiera, púsose de pie mientras los demás estaban comiendo aún las frutas y dijo:

—Para hacer que este banquete fuera alegre, únicamente ha faltado la presencia de Tedaldo. Y puesto que, con todo y haberle tenido continuamente entre vosotros, no le habéis reconocido, os lo quiero presentar.

Y quitándose la esclavina y todo el hábito de peregrino, quedó vestido con un jubón de tafetán verde, permaneciendo por largo rato todos asombrados en gran manera, mirándole y examinándole, antes de que alguno de ellos se aventurase a creer que fuera él. Viendo eso, Tedaldo habló extensamente de su familia, de las cosas acaecidas entre ellos y de lo que a él le

aconteciera. Por lo cual sus hermanos y los demás hombres, llorando todos de alegría corrieron a abrazarle, haciendo luego lo propio las damas, a excepción de Ermellina; lo cual, como viese Aldobrandino, le dijo:

—¿Qué es eso, Ermellina? ¿Por qué no festejas a Tedaldo como las otras damas?

A lo cual, oyéndolo todo, contestó la dama:

—Ninguna hay que le haya festejado y le festeje con tanto gusto como lo haría yo, puesto que soy quien más obligada estoy que cualquier otra a ello, atendiendo a que gracias a él te he recobrado; pero las deshonestas palabras pronunciadas el día en que llorábamos al que nosotros creíamos Tedaldo, me detienen.

A lo cual replicó Aldobrandino:

—¡Cómo! ¿Crees que doy, fe a los maldicientes? Este hombre, trabajando para salvarme, ha demostrado bastante bien que aquello era falso, sin contar con que yo nunca lo creí: levántate en seguida, anda y abrázale.

La dama que otra cosa no deseaba, no anduvo lenta en obedecer en esto a su marido; pues poniéndose de pie, como las otras lo habían hecho, abrazándole le felicitó de todo corazón. Mucho les plugo a los hermanos de Tedaldo y a cuantos allí estaban esta espontaneidad de Aldobrandino; y este acto desvaneció cualquier sospecha que producido hubieran aquellas palabras en la mente de algunos. Habiendo felicitado, pues, todos a Tedaldo, éste desgarró por sus propias manos las vestiduras negras de sus hermanos y las oscuras de sus hermanas y cuñadas: y quiso que allí mismo se hicieran traer otras vestiduras.

Cuando éstas hubieran cambiado de ropas hubo cantos, danzas y otros desahogos; con lo cual el banquete, que había tenido un principio taciturno, tuvo término sonoro. Todos cuantos allí se hallaban trasladáronse alegremente a casa de Tedaldo y cenaron en ella; y duró la fiesta por muchos días en ese mismo tenor. Los florentinos no se cansaban de mirar a Tedaldo como si se tratase de un hombre resucitado o de algo maravilloso; y a muchos, hasta a sus mismos hermanos, quedábales en el ánimo una tenue duda de si era él o no, y no lo creían aún de todas veras, y acaso habrían tardado mucho en creerlo a no haber ocurrido un caso que les dio a conocer quién fuera el asesinado, y fue el siguiente: Pasaban cierto día unos criados de Lunigiana por delante de su casa, y al ver a Tedaldo, se aproximaron a él, diciendo: "Buenos días, Fazinolo". A quienes Tedaldo, en presencia de sus hermanos, respondió: "Me habéis tomado por otro". Al oírle hablar, corrieronse aquéllos y le pidieron perdón, diciendo: "A fe que os parecéis a un compañero nuestro que se llama Fazinolo de Pastremoli, que vino aquí hará unos quince días o poco más, sin que hayamos vuelto a saber de él; y os le parecéis tanto, que jamás hemos visto hombre que más se le pareciera. Bien es verdad que nos extrañaba vuestro traje, porque él era soldado como nosotros".

El hermano mayor de Tedaldo, al oír esto, se adelantó y preguntó cómo iba vestido aquel Fazinolo. Éstos se lo dijeron y se encontró que el difunto iba exactamente como ellos decían: de modo que entre ésta y otras se-

ñas reconocieron que el que fuera asesinado había sido Fazinolo y no Tedaldo, por lo cual se desvanecieron las sospechas de los hermanos y de todos. Tedaldo, pues, que había vuelto inmensamente rico, perseveró en su amor, y sin nuevos disgustos, obrando con discreción, gozaron largo tiempo de su amor. Así podamos del nuestro, gozar nosotros.

## Cuento octavo

### *El resucitado*

Ferondo, habiendo comido ciertos polvos, es enterrado como muerto y sacado de la tumba por el abad, que es amigo de su mujer, es encerrado en una cárcel haciéndole creer que está en el purgatorio; y habiendo resucitado después, mantiene como suyo un hijo del abad, habido en su mujer.

Terminada la larga historieta de Emilia, que no por ser larga dejó de agradar, pero que todos habrían querido que hubiera sido contada con mayor brevedad teniendo en consideración la cantidad y variedad de los sucesos que en ella se referían, la reina, indicando a Lauretta con una ligera seña su deseo, le proporcionó la ocasión de expresarse así:

—Empacho me cuesta, amigas mías, el tener que referir una verdad que, más que de tal, tiene todas las apariencias de mentira; y me la ha traído a la memoria el haber oído contar de uno que fue llorado y sepultado por otro. Voy a hablar, pues, de cómo un vivo fue enterrado por muerto y cómo después él mismo y otros muchos creyeron que había salido de su sepulcro; no como vivo, sino como resucitado, siendo adorado por santo quien más bien como culpable debía ser castigado.

Hubo, pues, en Toscana una abadía, que aún existe, situada como muchas vemos, en paraje poco frecuentado por los hombres, en la cual fue nombrado abad un monje que era hombre de gran santidad en todo, menos en lo referente a mujeres; y sabía obrar con tal cautela, que casi nadie, no diré lo sabía, sino ni lo sospechaba, pues era tenido por muy santo y justo en todo.

Acaeció, pues, que habiéndose franqueado mucho con el abad un aldeano muy rico, llamado Ferondo, hombre excesivamente material y estúpido (agradando precisamente al abad su trato, no por otra razón, sino por lo que a veces se divertía con sus estupideces), y dándose cuenta el abad de que Ferondo tenía por esposa una mujer muy guapa; de la cual tan apasionadamente se enamoró, que únicamente en ella pensaba día y noche. Pero, enterado de que aun cuando en todo lo demás Ferondo tonto y estúpido fuera, era muy prudente en amar a aquella su mujer y en vigilarla, desconfiaba casi de obtenerla. Sin embargo, como era muy avisado, se hizo tan suyo a Ferondo, que éste con su esposa iban algunas veces a recrearse algo en el jar-

dín de la abadía: y allí hablaba con ellos el abad de la bienaventuranza de la vida eterna y de las piadosas obras de muchos hombres y mujeres que fueron, haciéndolo con tal modestia, que a la mujer le vinieron deseos de confesarse con él, por lo que pidió y obtuvo licencia de Ferondo para efectuarlo. Habiendo acudido, pues, la mujer a confesarse con el abad, con indecible satisfacción de éste y habiéndose sentado a sus pies, cual si fuera a hablarle de otra cosa, empezó a decir:

—Padre, tanto si Dios me hubiese dado marido como si no me lo hubiese dado, tal vez me sería fácil, con vuestras lecciones, entrar en el camino que habéis dicho que conduce a la vida eterna; pero yo, considerando quién es Ferondo, y atendida su estupidez, me puedo tener por viuda, y sólo estoy casada en cuanto viviendo él, no puedo tener otro marido; y él, tan loco como es, sin motivo alguno está de mí tan desmesuradamente celoso, que yo, por esta razón, sólo entre aflicciones y disgustos, puedo con él vivir. Por cuyo motivo, antes de que de otras cosas me confiese, con toda la humildad posible os ruego que tengáis a bien darme un consejo sobre esto, pues si por aquí no empieza el medio de poder realizar mi dicha, de poco me servirá el confesarme ni otra buena obra cualquiera.

Gran placer le produjo esta confidencia al abad, pareciéndole que la fortuna le había abierto el camino para llegar a lo que más anhelaba, y dijo:

—Comprendo, hija mía, que sea muy enojoso para una mujer hermosa y delicada, como vos lo sois, tener por marido a un mentecato, pero considero que ha de serlo más tener un celoso: por lo cual, teniendo lo uno y lo otro, fácilmente creo lo que de vuestra aflicción me habláis. Pero para esto, hablándoos en puridad, no veo consejo ni remedio alguno, como no sea el de curarle de estos celos a Ferondo. La medicina para esa curación, de sobra sé componerla yo, pero ha de ser con la condición de que sepáis y queráis guardar el secreto de lo que yo os diga.

—Estad tranquilo sobre esto, padre mío —contestó la mujer—, pues antes me dejaría morir, que no diría yo a otro cosa que vos me dijerais que no dijese: pero, ¿Cómo se podrá hacer esto?

Respondió el abad:

—Si queremos que cure, conviene de toda necesidad que vaya al purgatorio.

—¿Y cómo —preguntó la mujer—, podrá él ir allá estando vivo?

—Conviene que se muera —dijo el abad—, y así irá; y cuando tantas penas haya soportado, que curado esté de éstos sus celos, nosotros, con ciertas oraciones rogaremos a Dios que le haga volver a esta vida, y lo hará.

—¿Entonces —dijo la mujer—, será preciso que yo quede viuda?

—Si —contestó el abad—, por algún tiempo, durante el cual convendrá mucho procurar que no os dejéis caer en la tentación de casaros con otro, pues Dios lo tomaría a mal, y por lo que hace a Ferondo, como tendríais que volver a ser suya, estaría más celoso que nunca.

—Con tal que cure de este mal, y no tenga que guardar siempre mi viudez, contenta estoy —asintió la mujer—, haced lo que os plazca.

Dijo entonces el abad:

—Lo haré. ¿Pero qué recompensa, debo esperar de vos por tal servicio?

—Padre mío —contestó la mujer—, la que os plazca, con tal que pueda yo: pero, ¿qué puede hacer una mujer de mi condición que sea digno de un hombre como vos?

A lo cual contestó el abad:

—Vos, señora, podéis hacer tanto por mí como lo que yo me comprometo a hacer por vos: pues así como yo me dispongo a hacer lo que en beneficio y en consuelo vuestro redundar debe, también vos podéis hacer cosa que redunde en salud y desahogo de mi vida.

Dijo entonces la mujer:

—Si así es, dispuesta me tenéis.

—Entonces —repuso el abad—, me daréis vuestro amor, y me haréis estar contento de vos, por quien me abraso y me consumo todo.

Asustada la mujer al oír esto, exclamó:

—¡Ay, padre mío! ¿Qué es lo que me pedís? Yo me figuraba que erais un santo: ¿es propio de santos varones pedirles semejantes cosas a las mujeres que a ellos acuden en busca de consejo?

A lo cual contestó el abad:

—No os asombréis, hermosa mía, que no por eso resulta menor la santidad, pues ésta reside en el alma, y lo que yo os pido es pecado del cuerpo. Mas sea como fuere, tanta fuerza ha tenido vuestra hermosura, que el amor me induce a obrar así, y os digo que vos, más que otra mujer, gloriaros podéis de vuestra belleza, al pensar que agrada a los santos, que están acostumbrados a ver las del cielo; y a más de eso, aun cuando yo sea abad, soy hombre como los demás y como veis, no soy viejo aún. Y no se os antoje que eso sea pesado de hacer, antes bien, lo debéis desear, pues mientras Ferondo estará en el purgatorio, yo, haciéndoos compañía por la noche, os prodigaré aquellos consuelos que debería prodigaros él; y nadie de esto se enterará jamás, pues todos creían de mí tanto y aun más de lo que poco antes vos creíais.

No rechazéis la oportunidad que se os presenta, pues no pocas hay que desean lo mismo que vos tener podéis, y tendréis, si seguís prudentemente mi consejo. A más de eso, yo tengo hermosas y ricas joyas, que deseo que a nadie más pertenezcan que a vos. Haced pues, dulce esperanza mía, por mí, lo que yo por vos gustoso hago.

La mujer tenía inclinada la cabeza, sin saber cómo negarse, no pareciéndole obrar bien consintiendo, por lo cual el abad, viendo que le había escuchado y que demoraba la respuesta, pareciéndole que a medias la había convertido ya, agregando muchas otras palabras a las anteriores antes que ella desistiera, la hubo convencido de que aquello bien hecho estaba; replicóle tímidamente que estaba dispuesta a todo lo que él mandase, pero que no podía ser hasta que Ferondo al purgatorio hubiese ido, respondiendo muy contento el abad:

—Haremos de modo que inmediatamente vaya; vos os arreglaréis para que mañana o pasado mañana venga él a pasar el día conmigo—. Dicho esto y habiéndole puesto disimuladamente en la mano una preciosa sortija, la despidió.

La mujer, alegre con el regalo y con la esperanza de obtener otros, al reunirse con sus amigas empezó a contarles prodigios de la santidad del abad y con ellas se volvió a su casa.

Pocos días después Ferondo se fue a la abadía; al verlo el abad, dispúsose a enviarlo al purgatorio; y habiendo dado con unos polvos de maravillosa virtud que en las partes de Levante le había regalado un gran príncipe, afirmándole que los solía emplear el viejo de la Montaña cuando quería enviar a alguien durmiendo a un paraíso o sacarlo de él, y que, suministrado en mayor o menor cantidad, hacían, sin causar daño alguno, dormir por más o menos tiempo a quien los tomaba, de tal suerte, que mientras duraba su virtud, nadie habría dicho que el dormido vida tuviese; y tomando de estos polvos los suficientes para hacer dormir tres días y mezclándolo con vino en un vaso, mientras se hallaban en su celda, sin que Ferondo se apercibiera de ello, se los dio a beber, y luego lo llevó al claustro, donde, con otros varios monjes, empezaron a divertirse con él y con sus estupideces.

Al poco rato, produciendo los polvos su efecto, vínole a éste una súbita y tan violenta pasión de sueño, que, aun hallándose de pie, se durmió, y dormido, cayó al suelo.

El abad, dando muestras del pesar que tal accidente le causaba, le hizo desabrochar, y mandando traer agua fría, la echó en la cara, y mandó que le hicieran otros muchos remedios caseros, como si se tratara de alguna indigestión o de alguna otra indisposición, para hacerle recobrar la vida y los sentidos. Viendo el abad y los monjes que, a pesar de todo, no volvía en sí, romándole el pulso y no encontrando en él señal alguna de vida, dieron todos por cosa cierta que había dejado de existir; de consiguiente, entraron a decir a su mujer y a sus parientes todos, se apresuraron a acudir, y después que su esposa y las demás mujeres hubieron llorado un poco, vestido como estaba, hízole colocar el abad en un ataúd.

Volvió a su casa la mujer y dijo que no pensaba separarse jamás de un niño pequeño que de su marido tenía, y quedándose en la casa, púsose a gobernar al hijo y a la riqueza que había sido de Ferondo.

Levantándose cautelosamente por la noche el abad, con un monje boloñés, en quien tenía mucha confianza, y que aquel mismo día había llegado de Bolonia, sacó a Ferondo de la sepultura y lo condujeron a una tumba en la cual no se veía luz alguna y que había sido construida para calabozo de los monjes que cometían alguna falta; despojáronle de sus ropas y vistiéndole de monje, le colocaron encima de un montón de paja y allí le dejaron hasta que recobrase el sentido.

Quedose allí, esperando a que Ferondo volviese en sí, el fraile boloñés, enterado por el abad de lo que tenía que hacer, sin que nadie más supiera de ello cosa alguna.

Al día siguiente el abad, con alguno de sus monjes, fue a casa de la mujer como para visitarla, encontrándola vestida de negro y afligida; y después que algo la hubo consolado, le pidió reservadamente su promesa. La mujer, viéndose libre y sin el estorbo de Ferondo ni de otro alguno, encontrándose

en el dedo otra sortija, dijo que estaba dispuesta, y convino con él en que iría a la noche siguiente.

Llegada, pues, la noche, el abad, disfrazado con las ropas de Ferondo y acompañado de su monje, fue a casa de la mujer, y con ella estuvo hasta la mañana siguiente, volviéndose luego a la abadía, haciendo con bastante frecuencia aquel camino para el mismo objeto; y como a la ida y a la vuelta se encontrara con alguien, creyóse si tal vez sería Ferondo, que anduviera por aquellos contornos haciendo penitencia, dando esto mucho que hablar a los palurdos de la aldea, y hasta más de una vez se le contó esto a su mujer que de sobra sabía lo que aquello era.

El monje boloñés, habiendo vuelto en sí Ferondo, y encontrándose allí sin saber dónde se hallaba, penetró en la tumba dando horrisonas voces y llevando en las manos unas varas, dándole una tremenda azotaina. Ferondo, entre lágrimas y gritos, no cesaba de preguntar:

—¿Dónde estoy?

A lo cual contestó el monje:

—Estás en el purgatorio.

—¡Cómo! —exclamó Ferondo— ¿Estoy muerto, pues?

—Claro que sí —afirmó el monje.

El aldeano empezó a llorarse a sí mismo, a su mujer y a su hijo, diciendo las cosas más extrañas del mundo. El monje le trajo algo de comer y de beber, viendo lo cual Ferondo preguntó:

—¡Oh! ¿Los muertos comen?

—Sí —respondió el monje—; y esto que te doy es lo que la mujer que fue tuya envió esta mañana a la iglesia para que se dijese misas por tu alma, lo cual el Señor quiere que se te traiga aquí.

—¡Señor! —exclamó Ferondo—, dila que mucho se lo agradezco. ¡Tanto como yo la quería!

Y como tuviera mucho apetito empezó a comer y a beber, y como no le pareciese muy bueno el vino, dijo:

—Dadla, señor mío, quejas, pues el vino que le dio al cura no es del tonel que está puesto junto a la pared.

En cuanto hubo comido, apoderóse de nuevo el monje de él, y con aquellas mismas varas una segunda paliza le propinó. Ferondo, después de haber gritado mucho, dijo:

—¡Ay! ¿Por qué me haces esto?

—Porque Dios ha mandado —contestó el monje— que se te haga dos veces al día.

—¿Y por qué? —preguntó Ferondo.

Respondió el monje:

—Porque teniendo por esposa a la mejor mujer que existía, fuiste celoso.

—¡Ay de mí! —exclamó Ferondo—; la mejor y más dulce, era más sabrosa que la confitura; pero yo no sabía que el señor Dios llevase a mal que el hombre fuera celoso; que, a saberlo, no lo habría sido.

—Esto —observó el monje— debías haberlo pensado mientras estabas allí y haberte enmendado; y si alguna vez llegas a volver allá, haz de mane-



ra que tan presente tengas lo que te hago yo ahora, que nunca más vuelvas a estar celoso.

—¡Cómo! —exclamó el aldeano—. ¿Vuelven allá alguna vez los que se mueren?

—Sí —respondió el monje—; vuelve quien Dios quiere.

—¡Oh! —prorrumpió Ferondo—. Si alguna vez vuelvo allá, seré el marido mejor del mundo: jamás le zurraré, jamás reñiré con ella, pese al vino que esta mañana nos ha enviado y de que no nos ha mandado vela alguna, lo cual me ha obligado a comer a oscuras.

—Mandó velas —observó el monje—; pero éstas arderán en las misas.

—Verdad debes decir —repuso Ferondo—, y prometo que si allá vuelvo, la dejaré hacer lo que ella quiera. Pero dime: ¿quién eres tú que me haces esto?

—Yo estoy muerto también —respondió el monje y fui de Cerdeña, y porque aplaudí mucho entonces a un amo mío el ser celoso he sido condenado por Dios a esta pena de tener que darte de comer y de beber y de paños, hasta tanto que Dios de ti y de mí otra cosa disponga.

—¿Y no hay aquí más que nosotros dos? —preguntó Ferondo.

Y el monje le contestó:

—Sí; hay millares; pero tú no puedes verlos ni oírlos, lo mismo que ellos tampoco te ven a ti.

—¿Y estamos muy lejos de nuestro país? —volvió a preguntar el aldeano.

—Tantas millas hay que no habría medio de contarlas —contestó el monje.

—A fe mía que muy lejos debe ser esto —dijo Ferondo—, y a lo que parece, fuera del mundo estar debemos, cuando tan lejos estamos.

De esta suerte, y de distintas cosas conversando, con comer y beber y con azotinas, túvose allí a Ferondo por espacio de diez meses, durante los cuales el abad, hizo repetidas y agradables visitas a la hermosa mujer, pasando con ella deliciosísimos ratos.

Pero como no todo va siempre por el buen camino, sintióse encinta la mujer; apenas se apercibió de ello, se lo participó al abad, por lo cual a entrambos les pareció que convenía que Ferondo fuera sin tardanza sacado del purgatorio y a la vida vuelto, y volviera al lado de su mujer, y que ésta le dijera que de él estaba encinta. Así, pues, a la siguiente noche el abad hizo llamar a Ferondo en su encierro, y disimulando la voz, le dijo:

—Anímate, Ferondo, que a Dios le place que al mundo vuelvas; una vez vuelto, tendrás de tu mujer un hijo, a quien harás poner el nombre de Benito, porque gracias a las oraciones del santo abad y a las de tu mujer, y por la intercesión de San Benito te ha otorgado esta gracia.

Muy contento estuvo Ferondo al oír esto, y dijo:

—Mucho me place: Dios bendiga al Señor Dios, al abad, a San Benito y a mi mujercita más dulce que el arropo.

Mandó el abad que le dieran, en el vino que le enviaba, cantidad de polvos suficiente para hacerle dormir por espacio de unas cuatro horas, que se le volvieran a poner luego sus propios vestidos, y ayudado por su monje

de confianza, volvieron a colocarle cautelosamente en el ataúd con que había sido enterrado.

Al amanecer del siguiente día, Ferondo volvió en sí y por algún intersticio del ataúd vio luz, cosa que hacía más de diez meses que no había visto. Por lo cual, como le pareciese que estaba vivo, empezó a gritar:

—¡Abridme, abridme!

Y él mismo se puso a dar golpes con la cabeza en la tapa del ataúd, con tanta fuerza, que removiéndolo, cosa que era fácil de hacer, empezaba ya a desquiciarlo, cuando los monjes, que habían cantado maitines, acudieron allá, conocieron la voz de Ferondo y le vieron salir ya del ataúd; asustados todos por la novedad del suceso, echaron a correr huyendo y fueron en busca del abad, el cual aparentando que se levantaba de rezar, dijo:

—No tengáis miedo, hijos míos, tomad la cruz y el agua bendita, venid a encontrarme y veamos lo que el poder de Dios quiere mostrarnos.

Y así se hizo. Ferondo estaba intensamente pálido, como que tanto tiempo había permanecido sin ver el cielo, y había salido del ataúd. Y apenas vio al abad, corrió a arrojarle a sus pies, diciendo:

—Padre mío, según lo que se me reveló, vuestras oraciones, las de San Benito y las de mi mujer, me han sacado del purgatorio y devuelto a la vida, por lo cual a Dios le ruego que os bendiga hoy y siempre, por toda una eternidad.

Dijo el abad:

—Alabado sea el poder de Dios. Anda, pues, hijo mío, ya que Dios te ha vuelto a enviar aquí, consuela a tu mujer, la cual, desde que tú abandonaste esta vida, ha estado llorando siempre; sé desde hoy en adelante amigo y servidor de Dios.

Ferondo contestó:

—Señor, esto se me ha dicho ya: dejadme hacer, que por lo mucho que la quiero, tal como la halle, así la abrazaré.

Cuando con sus monjes quedó el abad, gran admiración demostró por aquel suceso, e hizo cantar devotamente el Miserere.

Regresó Ferondo a su pueblo, donde todos al verle huían como se suele huir de lo que inspira terror; mas él, llamándoles, afirmaba que había resucitado. También su esposa tenía miedo. Pero después que la gente se hubo tranquilizado algo, y se vio que estaba vivo, asediósele a preguntas, respondiendo él a todas cual si juicioso se hubiese vuelto, dándoles noticias de las almas de sus parientes, contándoles las más originales fábulas sobre lo que pasaba en el purgatorio, y contando en pleno pueblo la revelación que le había sido hecha por el arcángel Gabriel antes que resucitara. Por lo cual, regresando a casa con su esposa, entrando de nuevo en posesión de sus bienes, la puso encinta a su parecer, dando la casualidad que a su debido tiempo, según la opinión de los tontos que creen que la mujer lleva nueve meses justos a sus hijos, la mujer dio a luz un niño a quien se dio el nombre de Benito Ferondo. El regreso de Ferondo y sus palabras, creyendo casi todo el mundo que había resucitado, acrecentaron infinitamente la fama de santo de que el abad gozaba. Y Ferondo, que por sus celos había recibido

sendas palizas, curado de ellos, según la promesa hecha a la mujer por el abad, ya no volvió a ser jamás celoso; de lo cual contenta la mujer, vivió con él, como solía, tan honestamente, que cuando buenamente podía, iba a avisarse con el abad que tan bien y con tanta diligencia en sus mayores necesidades la había servido.

## Cuento noveno

### *La condesa de Rosellón*

Giletta de Narbona cura de una fístula al rey de Francia: pide por marido a Beltrán de Rosellón, el cual, habiéndose casado con ella contra su voluntad, vase despedido a Florencia, donde corteja a una joven. Giletta se acuesta con él en lugar de ésta, y tiene de él dos hijos, por cuyo motivo, cobrándole cariño, hace las paces con ella.

No queriendo Dioneo renunciar a su privilegio, faltaba hablar únicamente a la reina, por haber terminado ya Lauretta su relato. Por lo cual ésta, sin esperar a que se lo pidieran, empezó a hablar afablemente en estos términos:

—¿Quién podrá contar ya una historia que parezca bonita, después de haber oído la de Lauretta? Gran suerte fue, en verdad, que no fuese ella la primera, pues de las otras, pocas habrían agradado y presumo que acaecerá lo mismo con las que este día quedan por referir. Sin embargo, sea como fuere voy a contaros la que se me ocurre apropiada al propuesto tema.

En el reino de Francia hubo un caballero que se llamó Isnardo, conde de Rosellón, el cual, como no gozaba de entera salud, tenía siempre a su lado un médico llamado el doctor Gerardo de Narbona. Tenía dicho conde un hijo muy pequeño, llamado Beltrán, que era muy hermoso y afable; educábanse con él otros niños de su edad, entre los cuales había una hija del citado médico, llamada Giletta. Cuya niña se enamoró con un amor intenso, más ardiente de lo que a su tierna edad correspondía, del mencionado Beltrán; muerto el conde y puesto al cuidado del rey, Beltrán tuvo precisión de ir a París, lo cual causó vivísimo desconsuelo a la jovencita.

Habiendo fallecido, poco después, el padre de ésta, si hubiese podido tener una ocasión propicia, muy gustosa habría ido a París para ver a Beltrán; pero como estaba muy guardada, por haber quedado rica y sola, no hallaba este plausible medio. Y siendo ella casadera ya, como jamás había podido olvidar a Beltrán, había rechazado a muchos, con quienes sus parientes habríanla querido casar, sin manifestar la razón de su negativa.

Ahora bien, acaeció que, dominada cada día más por su amor a Beltrán, de quien oía decir que se había hecho un guapo mozo, llegó a sus oídos la noticia de que a consecuencia de un tumor que había tenido en el pecho y le ha-

bía sido mal curado, habíale quedado al rey de Francia una fístula que le molestaba mucho y le producía angustia suma, sin que a pesar de haber probado muchos médicos, hubiera podido dar con uno que le hubiese podido curar, antes bien, todos habíanle puesto peor: por lo cual el rey, desesperanzado ya, no quería aceptar opinión ni auxilios de otro alguno.

Alegróse extraordinariamente de esto la joven, discurriendo que, por esta razón, tendría un legítimo motivo para ir a París, sino que además, si aquella enfermedad fuese la que ella se figuraba, fácilmente podría acaecerle alcanzar por marido a Beltrán. Por lo cual, como que en otro tiempo había aprendido de su padre bastantes cosas, habiendo compuesto unos polvos con ciertas hierbas, convenientes para la enfermedad que ella presumía debía padecer el rey, montó a caballo y se marchó a París.

Lo primero que hizo fue ingeniarse para ver a Beltrán; después, presentándose al rey, pidióle que se dignara dejarle ver su mal.

El rey, al verla joven, hermosa y agradable, no se lo supo rehusar y se lo enseñó.

Cuando ella se lo hubo visto, adquirió inmediatamente la confianza de que le curaría, y le dijo:

—Monseñor, tengo la confianza en Dios de que en ocho días os habré curado de esta enfermedad cuando a vos os plazca y sin molestia ni fatiga alguna por vuestra parte.

Burlóse para sus adentros el rey de las palabras de la joven, diciéndose:

—Lo que los mejores médicos del mundo no han podido ni sabido, ¿cómo podrá saberlo una joven?

Dióle, pues, las gracias por su buena voluntad, y respondió que se había propuesto no seguir consejo alguno de médico; a lo cual la joven replicó:

—Monseñor, vos os réis de mi arte porque soy joven y mujer; mas yo os hago presente que yo no medico con mi ciencia, sino con la ayuda de Dios y con la ciencia del doctor Gerardo Narbonense, que fue mi padre, y mientras vivió, médico famoso.

Dijo entonces el rey para sí:

—Tal vez me la envía Dios; ¿por qué no he de probar lo que ella sabe hacer, puesto que dice que me curará en pocos días sin que yo sienta molestia?

Y decidido a probarlo, añadió:

—¿Y si no nos curáis, señorita, haciéndonos quebrantar nuestro propósito, qué castigo merecéis?

—Hacedme vigilar, monseñor —contestó la joven—, y si en ocho días no os curo, condenadme a la hoguera: mas si os curo, ¿qué recompensa me daréis?

A lo cual contestó el rey:

—Nos parece que no tenéis marido aún; si hacéis esto os lo daremos bueno y de alta alcurnia.

Repuso la joven:

—Pláceme, en verdad, monseñor, que me deis marido; mas yo quiero un marido tal como os lo pediré, sin que me proponga pedirnos ninguno de vuestros hijos ni de la casa real.

Prometió el rey complacerla; la joven empezó su medicación, habiéndole curado antes del plazo que le señalara. Viéndose curado el rey, dijo a Giletta:

—Señorita, habéis ganado bien el marido.

A lo cual ella respondió:

—Siendo así, monseñor, he ganado a Beltrán de Rosellón, a quien desde muy niño empecé a amar y he amado siempre con delirio.

Mucho le pareció al rey que le debía dar; pero no queriendo faltar a su palabra, después de haberlo prometido, mandó llamar al de Rosellón y le dijo:

—Beltrán, vos sois un cumplido caballero; queremos, pues, que os vayáis a gobernar vuestro condado y os llevaréis con vos a una señorita que nos os hemos dado por esposa.

Beltrán preguntó:

—¿Y quién es la señorita, monseñor?

A lo cual contestó el rey:

—Es la que con sus medicamentos me ha devuelto la salud.

Beltrán, que la conocía y la había visto, aun cuando le pareció muy hermosa, conociendo que el linaje de ella no correspondía a su nobleza, dijo con tono sumamente desdenoso:

—Monseñor, ¿queréis, pues, darme médico por esposa? No permita Dios que jamás tal mujer tome.

A lo cual replicó el rey:

—¿Queréis, pues, que faltemos a la palabra que, para recobrar la salud, le dimos a la señorita, que en recompensa de tal servicio os pidió a vos por marido?

—Monseñor —dijo Beltrán—, vos podéis quitarme cuanto poseo y cederme, como hombre vuestro, a quien os plazca, mas estad seguro de que jamás estaré contento de tal enlace.

—Sí, lo estaréis —repuso el rey—, pues la señorita es bella, prudente y os ama mucho; por lo cual esperamos que más dichoso viviréis con ella, de lo que con una dama de más alta alcurnia viviríais.

Calló Beltrán y el rey ordenó hacer grandes preparativos para las bodas. Y llegado el día fijado para ella, Beltrán, aun cuando de mala gana lo hacía, tomó por esposa, en presencia del rey, a Giletta, que le amaba más que su propia vida. Y hecho esto, como quien había resuelto lo que debiera hacer, dijo que quería regresar a su condado y consumir allí su matrimonio; se despidió del rey y, montando a caballo, no se marchó a su condado, sino que partió para Toscana. Y sabiendo que los florentinos estaban en guerra con los sieneses, dispúsose a luchar en su favor: acogiéndose con alegría y con distinción, nombrándosele capitán de cierto número de hombres y como percibiera buena soldada, permaneció largo tiempo a su servicio.

La recién casada, poco contenta de tal ventura, con la esperanza de atraerle a su condado por medio de su buena conducta, se fue a Rosellón, donde fue por todos recibida como su señora.

Encontrando allí por el largo espacio de tiempo que sin señor había estado, que todo estaba en desorden, procediendo como mujer de su casa, con

gran diligencia y solicitud volvió a introducir el orden en todo, de lo cual quedaron los súbditos suyos muy contentos y le cobraron gran cariño, censurando mucho al conde por no contentarse de semejantes cosas.

Después que hubo arreglado todo el país, manifestóse la dama al conde por mediación de dos caballeros, rogándole que si por causa de ella no quería ir él a su condado, se lo indicase y ella para complacerle lo abandonarla.

A los cuales con dureza contestó él:

—Haga ella lo que mejor le acomode; en cuanto a mí, sólo volveré a estar con ella cuando lleve en el dedo esta sortija, y en sus brazos un hijo mío.

Beltrán llevaba puesto un anillo al cual profesaba gran cariño, sin que jamás lo abandonara por habersele dado a entender que tenía una especial virtud.

Comprendieron los caballeros la dura condición impuesta en aquellas dos cosas casi imposibles, y viendo que con sus palabras no podían hacerle renunciar a su propósito, volvieron a la dama y su contestación le transmitieron.

Sumamente afligida ésta después de mucho pensar, púsose a discurrir si podría haber medio de llevar a cabo aquellas dos cosas, a fin de reconquistar de esta suerte a su marido. Y habiendo meditado en lo que debía hacer, reuniendo una parte de los hombres mayores y mejores de su condado, les refirió detalladamente y con plañidero acento todo cuanto por amor al conde había hecho ya, y les mostró el resultado que esto había dado; por último dijo que no quería que su permanencia en aquellos lugares, obligase al conde a perpetuo destierro, antes por el contrario, pensaba emplear el resto de su vida en peregrinaciones y en obras de misericordia para la salvación de su alma; les rogó que se encargasen de la custodia y gobierno del condado y manifestasen al conde que ella le había dejado libre y expedita su hacienda, que se había marchado con el propósito de no volver jamás al Rosellón.

Mientras ella hablaba, fueron muchas las lágrimas que aquellos hombres derramaron, y muchas las súplicas que le hicieron para que se dignara mudar de resolución y quedarse allí, pero nada consiguieron.

Después de haberlos encomendado a Dios, púsose ella en camino acompañada de un primo suyo y de una camarera en traje de peregrino, con buena porción de dinero y de valiosas joyas, sin que nadie supiera adónde se dirigía, no deteniéndose hasta Florencia; cuando aquí hubo llegado fue a hospedarse en una pequeña posada que tenía una buena mujer viuda, viviendo allí sin ostentación, aparentando ser una pobre peregrina, ansiando saber noticias de su señor.

Acaeció, pues, que al día siguiente vio pasar por delante de la posada montado a caballo, al frente de su compañía, a Beltrán, y por más que ella le conoció perfectamente, preguntó sin embargo a la buena posadera quién era aquel militar.

—Es un caballero forastero, a quien se le llama el conde Beltrán, hombre afable, cortés y muy querido en esta ciudad; no hay hombre en el mundo que más enamorado que él esté de una vecina nuestra, que es una exce-

lente mujer, pero pobre. Bien es verdad que es una joven honrada y que por su pobreza no se ha casado aún, vive con su madre que es una mujer prudente y buena, pero si no fuera por su madre, ella tal vez habría hecho ya lo que a ese conde le hubiera parecido bien.

Ni una palabra se le escapó a la condesa y examinando con detención cada una de las particularidades mencionadas por la posadera y habiéndolo comprendido perfectamente todo, tomó su resolución; cuando estuvo enterada de la morada y del nombre de la madre y de la hija amada por el conde, presentóse cierto día allí secretamente, habiendo encontrado bastante pobremente instaladas a la madre y a la hija; después de saludarlas, dijo a la madre que quería hablar con ella, cuando a ella le pluguiese.

Poniéndose de pie la excelente mujer contestó que estaba dispuesta a escucharla, y habiéndose retirado solas a una habitación, tomaron asiento diciendo la condesa:

—Paréceme, señora, que estáis reñida con la suerte, como yo lo estoy; pero si vos queréis, tal vez podríais consolaros vos y consolarme a mí.

Contestó la mujer que nada deseaba tanto como consolarse honradamente.

—Necesito vuestra confianza —dijo la condesa—, pues si yo a ella me entregara y vos me engaÑaseis echaríais a perder vuestro negocio y el mío.

—Decidme sin recelo —repuso la buena mujer— todo lo que os plazca, que jamás habéis de ser engañada por mí.

Entonces la condesa empezando a hablarle de su primer amor, le refirió de tal suerte quién era ella y lo que le había acaecido hasta aquel momento, que la buena mujer, dando crédito a sus palabras como si ya a alguien le hubiera oído contar parte de lo que ella le refería, empezó a sentir por ella viva compasión.

Y la condesa, habiendo referido sus cuitas, prosiguió: —Habéis oído, pues, entre mis penas, cuáles son las dos cosas que necesito tener si quiero poseer a mi marido, cuyas dos cosas a ninguna otra persona conozco que hacérmelas alcanzar pueda, sino vos si es cierto lo que tengo entendido, que el conde mi marido ama en gran manera a vuestra hija.

A lo cual contestó la buena mujer:

—Señora, si el conde ama a mi hija no lo sé, pero mucho lo aparenta; mas ¿qué puedo hacer yo para contribuir a lo que vos deseáis?

—Señora —respondió la condesa—, os lo diré; antes, sin embargo, quiero que sepáis la recompensa que os daré si me servís. Veo a vuestra hija hermosa y casadera, y por lo que había oído decir y me parece comprender, el no tener dote para casarla os obliga a retenerla en casa. Pues bien, en recompensa del servicio que me prestaréis, pienso entregarle de mi dinero la dote que vos misma consideréis necesaria para casarla convenientemente.

Plúgole la oferta a la mujer, como que necesitada estaba. A pesar de lo cual, siendo de nobles sentimientos, dijo:

—Decidme, señora, lo que puedo hacer por vos, y si es cosa honrosa para mí, con gusto lo haré y vos haréis después lo que os plazca.

Respondió entonces Giletta:

—Necesito que vos hagáis decir al conde, mi marido, por persona que tengáis de vuestra confianza, que vuestra hija está dispuesta a complacerle en todo, con tal que pueda estar segura de que él la ama como demuestra, cosa que jamás creerá si él no le envía la sortija que lleva en el dedo y a la cual, según ha oído decir, profesa él tanto cariño. Si os la envía me la daréis, y después le mandaréis a decir que vuestra hija está dispuesta a hacer su gusto, le hacéis venir aquí ocultamente, y con disimulo me pondréis a su lado en substitución de vuestra hija. Tal vez Dios me conceda la gracia de que me ponga encinta, y así más adelante, teniendo yo su sortija en el dedo y su hijo en los brazos, le reconquistaré, y viviré con él como debe vivir con su marido la mujer, gracias a vuestra mediación.

Muy grave le pareció el caso a la buena mujer, temerosa de que no resultase su hija objeto de la maledicencia; mas, pensando luego que era cosa digna el dar ocasión a que la mujer honrada recobrase a su marido y lo que Giletta, con buen fin, al hacer esto se proponía, confiando en su bueno y honrado cariño, no sólo prometió a la condesa que lo haría, sino que a los pocos días, procediendo con gran cautela, de conformidad con lo que ella había dispuesto, tuvo la sortija (si bien al conde pareció contrariarle el darla), y hábilmente hizo que la condesa se acostase con el conde en lugar de su hija. De cuya primera unión, muy afectuosamente solicitada por el conde, plúgole a Dios que resultara la dama encinta de dos hijos varones, como a su tiempo lo vino a demostrar el parto. No satisfizo la buena mujer los deseos de la condesa una vez sola, sino muchas, obrando con tal reserva, que jamás se llegó a descubrir, creyendo siempre el conde que, no con su esposa, sino con la joven a quien tanto amaba había estado.

Cada mañana al separarse de ella, regalábale el conde varias bonitas y valiosas joyas, que con gran cuidado guardaba la condesa.

En cuanto sintió que estaba encinta no quiso la condesa continuar siendo gravosa a la buena mujer y le dijo:

—Gracias a Dios y a vos, señora, tengo lo que deseaba, y por lo tanto, es hora de que haga yo lo que ha de seros agradable y de que me marche.

La buena mujer le dijo que si ella tenía algo que agradecerle, placiale que así fuera, pero que ella no había hecho aquello con esperanza alguna de recompensa, sino porque le parecía deberlo hacer, queriendo hacer bien.

Repuso la condesa:

—Mucho me place esto, señora, y por otra parte, no me propongo daros como recompensa lo que me pidáis, sino para hacer el bien, porque así me parece que se debe hacer.

Entonces la buena mujer, impelida por la necesidad, con vergüenza suma le pidió cien libras para casar a su hija.

La condesa, comprendiendo su turbación y oyendo su cortés demanda le regaló quinientas y tal número de bonitas y preciosas joyas, que valían tal vez otro tanto: de lo cual sumamente contenta la buena mujer, dio gracias tan expresivas como supo a la condesa, quien se despidió de ella y se volvió a su posada. La buena mujer, para quitar a Beltrán la ocasión de volver a



enviar y a venir a su casa, trasladóse inmediatamente con su hija a casa de uno de sus parientes; y poco tiempo después, Beltrán, reclamado por sus vasallos y sabiendo que la condesa se había alejado, se volvió a su morada. La condesa estuvo muy contenta al saber que su esposo había partido para el Rosellón y vuelto a su condado, y tanto tiempo permaneció en Florencia, que llegó la hora del parto, y dio a luz dos niños, enteramente parecidos a su padre, apresurándose a hacerlos amamantar. Y cuando le pareció ocasión oportuna, poniéndose en camino, sin que persona alguna la conociera, se trasladó a Montpellier; y después que hubo descansado allí algunos días y averiguado dónde se hallaba el conde, supo que el día de Todos los Santos debía celebrar en Rosellón un gran banquete de damas y caballeros, y sin abandonar su traje de peregrino, se encaminó allá. Y cuando damas y caballeros reunidos se hallaban en el palacio del conde para sentarse a la mesa, sin cambiar de traje y con sus dos hijos en brazos subió al salón, cruzó por entre los hombres, dirigióse al sitio donde vio al conde, y arrojándose a sus pies, llorando dijo:

—Señor y dueño mío, yo soy tu desventurada esposa, que para dejar-te volver y vivir en tu casa, por largo tiempo he ido llevando una vida angustiosa. En nombre de Dios te reclamo que me cumplas la promesa que me hiciste y la condición que me impusiste por mediación de los dos caballeros que te envié: ahí tienes en mis brazos, no uno, sino dos hijos tuyos, y aquí tienes tu anillo. Hora es, pues, de que deba ser recibida por ti, como a esposa, según me prometiste.

Al oír esto, el conde no supo lo que le pasaba y reconoció la sortija y también a los hijos, tanto era lo que se le parecían; sin embargo, preguntó:

—¿Cómo puede haber acaecido esto?

La condesa refirió detalladamente cuánto y cómo había pasado, con gran asombro del conde y de todos los que presentes allí estaban. Por lo cual el conde, conociendo que ella decía la verdad y viendo su perseverancia y su talento, y contemplando además aquellos dos hijitos tan hermosos, tanto para cumplir lo que prometido había, como para complacer a sus invitados, que unánimes le rogaban aceptara y honrara a Giletta como a legítima esposa suya, depuso su obstinada severidad, hizo levantar a la condesa, la abrazó y besó y reconoció a ella como a legítima esposa suya y a los niños como a hijos suyos. Y disponiendo que vistiera las ropas que a su rango correspondían, con sumo placer de cuantos allí estaban y de todos sus demás vasallos que esto oyeron, celebró magníficas fiestas no sólo durante todo aquel día, sino durante muchos otros; y desde entonces la honró, la amó y la consideró como a esposa suya.

## Cuento décimo

### *El diablo y el infierno*

Alibech se hace eremita, y el monje Rústico le enseña a meter el diablo en el infierno: después que de allí se retira, se casa con Neerbal.

Dioneo, que atentamente había escuchado la historia de la reina, comprendiendo que estaba terminada, y que sólo a él le faltaba hablar, sin esperar a que se lo mandaran, púsose a decir sonriendo:

—Tal vez jamás habéis oído explicar, graciosas damas, la manera cómo se hace entrar de nuevo el diablo en el infierno, y por lo tanto, sin apartarme mucho del asunto sobre el cual durante todo este día habéis hablado, os lo voy a decir: tal vez aún podáis con esto salvar el alma cuando lo hayáis aprendido, y podáis también conocer, que aun cuando amor reside más a su gusto en los palacios y en las mórbidas estancias que en las miserables cabañas, no por eso deja de hacer sentir sus fuerzas alguna que otra vez entre los frondosos bosques, las rígidas cordilleras, las desiertas cuevas; con lo cual comprender se deja el porqué todo a su poder está sujeto.

Viniendo, pues, al asunto, diré que en la ciudad de Capra, en Berbería, hubo en otro tiempo un hombre muy rico, quien entre algunos de sus hijos tenía una hija bella y graciosilla, llamada Alibech. La cual, no siendo cristiana, y oyendo a muchos cristianos que en la ciudad había, tributar y elogiar mucho la religión cristiana y el servicio de Dios, cierto día preguntó a alguno de ellos de qué manera y cómo con menos embarazo se le podía servir. Respondióle éste que quienes mejor le servían eran los que más de las cosas del mundo huían, como lo practicaban los que se habían ido a las soledades de los desiertos de Tebaida. La joven, que era muy inocente y contaría unos catorce años, impulsada no por un deseo deliberado, sino por pueril afán, a la mañana siguiente se encaminó secretamente y sin decírselo a nadie hacia el desierto de Tebaida, y con gran fatiga, y sin disminuir su afán, llegó al cabo de algunos días a aquellas soledades, y como desde lejos viera una casita, dirigióse a ella, y a la puerta de la misma halló a un santo varón que, admirándose de verla allí, le preguntó qué era lo que iba buscando. La niña respondió que, inspirada por Dios, iba buscando estar a su servicio y a quien, además, le enseñara cómo para servirle se debía hacer. El buen hombre, al verla tan joven y tan hermosa, temió que, si él la retenía, le engañase el demonio, y elogió sus buenas disposiciones; y dándole a comer algunas raíces de hierbas y manzanas silvestres y a beber agua, le dijo:

—Hija mía, no muy lejos de aquí hay un santo varón, que es mucho mejor maestro que yo de lo que tú andas buscando, ve a él. —Y le mostró el camino.

Habiendo llegado a donde esotro se hallaba y recibido de él igual contestación que del primero, pasó más adelante y llegó a la celda de un ermitaño joven, hombre bastante devoto y bueno, que se llamaba Rústico, y le dirigió la misma pregunta que a los otros había dirigido. Éste, queriendo dar una

gran prueba de su firmeza, no la despidió como los otros hicieran, sino que la retuvo consigo en su celda; y llegada la noche, le hizo un pequeño lecho de hojas de palmera y le dijo que en él se acostara. Hecho esto, no tardaron las tentaciones en presentar batalla a las fuerzas del ermitaño: el cual, habiendo contado excesivamente con ellas, sin oponer gran resistencia volvió las espaldas y se declaró vencido; y dejando a un lado los pensamientos piadosos, las oraciones y los cilicios, empezó a traer a la memoria la juventud y la hermosura de Alibech, y a pensar, además, cómo podría arreglárselas con ella, a fin de que no advirtiera que él procediendo como hombre disoluto, procedía a lo que de ella deseaba. Y habiendo probado primeramente, valiéndose de ciertas preguntas, se convenció de que ella jamás había conocido hombre, y que era tan inocente como parecía serlo: por lo cual discurrió la manera como, bajo el pretexto de servir a Dios, debería ella acomodarse a su gusto. Empezó por exponer con abundancia de palabras, cuán enemigo de Dios fuese el diablo, y luego le dio a entender que el servicio que más agradable a Dios podía ser era el de meter el diablo en el infierno, al cual Dios le había condenado. Preguntóle la jovencita cómo se hacía eso, y Rústico le respondió:

—Ahora mismo lo sabrás, para lo cual harás lo que me verás hacer. —Y empezó a despojarse de las pocas ropas que llevaba puestas, quedando enteramente desnudo, y otro tanto hizo también la muchacha, y púsose de rodillas como si adorar quisiera, y la hizo poner a ella en la misma posición.

Y hallándose así y sintiéndose Rústico más sobreexcitado que nunca, y más acrecentado su deseo con verla tan hermosa, vino la resurrección de la carne, lo cual viendo Alibech, llena de asombro preguntóle a Rústico qué era aquello que en el veía y no poseía ella.

—Esto, hija mía —respondió el ermitaño—, es el diablo de que te he hablado, y de tal suerte me atormenta ahora, que a duras penas puedo soportarlo.

Exclamó entonces la joven:

—Veo que estoy mejor que tú, pues yo no tengo en mí este diablo.

—Verdad es —respondió Rústico—, mas tú tienes otra cosa que no la tengo yo, y la tienes en substitución de esto.

—¿Qué es? —preguntó Alibech.

A lo cual Rústico contestó:

—Tienes el infierno; y dígame que creo que aquí has sido tú enviada para la salvación de mi alma, pues si este diablo siguiera atormentándome así, como tú quieras apiadarte de mí tanto, y consentir que yo lo meta en el infierno, me darás consuelo sumo, y a Dios le darás sumo placer y le servirás, ya que para hacer lo que dices a estos lugares has venido.

Llena de buena fe contestó la joven:

—¡Oh, padre mío! Puesto que yo tengo el infierno, hacedlo cuando gustéis.

Dijo entonces Rústico:

—Bendita seas, hija mía, vamos presto, y metámoslo de tal suerte, que me deje al fin tranquilo.

Y dicho ello, llevando a la joven a uno de los lechos, le enseñó cómo colocarse debía para aprisionar a aquel maldito.

La muchacha, que jamás había metido diablo alguno en el infierno, sintió cierto malestar por aquella primera vez, lo cual le hizo decirle a Rústico:

—Ciertamente, padre mío, mala cosa debe ser este diablo, pues hasta al infierno le duele cuando le tiene dentro.

Replicó el ermitaño:

—No siempre te pasará lo mismo, hija mía.

Y para hacer que tal no acaeciera, seis veces más lo hizo entrar antes que el lecho abandonaran, de modo que por aquella vez le hicieron aplacar su orgullo.

Pero como a menudo se le reproduciese, y la joven consintiera siempre obediente a aplacárselo, acaeció que empezó a agradarle a ésta el juego, y empezó a decirle a Rústico:

—Bien veo que decían la verdad aquellos excelentes hombres de Capra, que tan dulce cosa era el servir a Dios; y por cierto no recuerdo que jamás haya hecho cosa que tanto gusto y placer me diera como el meter el diablo en el infierno; y por eso considero que es un estúpido aquel que a otra cosa que a tal servicio se dedica.

Por cuya razón, dirigiéndose a Rústico para servir a Dios y no para permanecer en la ociosidad, le decía:

—Vamos a meter el diablo en el infierno.

Haciendo lo cual, decía ella alguna vez:

—No sé, Rústico, por qué se fuga el diablo del infierno; pues si tan a gusto se estuviese él como el infierno le recibe, jamás de allí saldría.

Tan a menudo, pues, invitaba a Rústico la joven, y de tal suerte le estragó, que sentía frío el ermitaño hasta en los momentos en que otro cualquiera sudado habría; por lo cual, acabó por decirle a Alibech que al diablo únicamente se le tenía que castigar y hacer entrar en el infierno, cuando por su soberbia levantara la cabeza: y que ellos, a Dios gracias, le habían desengañado de tal manera, que ya sólo aspiraba a estar tranquilo: con lo cual consiguió acallar algo a Alibech.

La cual, cuando vio que Rústico no la invitaba a meter el diablo en el infierno, díjole cierto día:

—Rústico, si tu diablo castigado está y ya no te atormenta, a mí, mi infierno tranquila no me deja; por lo cual, bueno será que con tu diablo me ayudes a calmar la rabia de mi infierno, como yo con mi infierno ayudé a quitarle el orgullo a tu diablo.

Rústico, que vivía de raíces y de agua, mal podía secundar aquellas excitaciones; y le dijo que demasiados diablos serían menester para calmar aquel infierno, pero que él haría todo lo que buenamente pudiese, y así alguna vez le satisfacía, pero eso tan de tarde en tarde, que era como si arrojase un guisante en la boca del león, de lo cual la joven, preciando que aquello no era servir a Dios tanto como era debido, se lamentaba.

Pero, mientras existían estas discusiones entre el diablo de Rústico y el infierno de Alibech, por exceso de deseos y por disminución de fuerzas, acaeció que se declaró en Capra un incendio, en el cual murieron abrasados en

su propia casa, el padre de Alibech y cuantos hijos y servidumbre tenía; por lo cual, Alibech quedó dueña absoluta de todos sus bienes.

A consecuencia de esto, un joven llamado Neerbal, que había consumido toda su fortuna en ostentaciones, sabiendo que la joven vivía, púsose a buscarla y habiéndola encontrado antes de que el gobierno se apoderase de los bienes que del padre habían sido, como si hubiera muerto sin herederos, se la llevó a Capra, con gran satisfacción de Rústico y contra la voluntad de ella, la tomó por mujer y juntos tomaron posesión del gran patrimonio que a ella pertenecía.

Como las mujeres le preguntaran cómo servía a Dios en el desierto, antes de que Neerbal la hubiera hecho suya, respondió que le servía para llevar el diablo al infierno y que Neerbal había cometido un gran pecado en haberla sacado de tal servicio.

Preguntáronle las mujeres en qué consistía este servicio, y la joven se lo explicó con palabras y con acciones.

De lo cual se rieron ellas hasta desternillarse de risa, diciéndole:

—No te aflijas, hija, no, que esto se hace también aquí como allá; también con Neerbal podrás servir a tu Señor.

Y como cada una de ellas fuese contando por la ciudad el caso, llegó a convertirse en frase vulgar el que el más agradable servicio que a Dios se le podía hacer, era llevar el diablo al infierno, cuya frase, cruzando por los mares, se generalizó por aquí y aún dura.

\*\*\*

Más de mil veces había hecho reír a las damas el cuento de Dioneo; por lo cual, cuando éste hubo concluido, comprendiendo la reina que el término de su gobierno era llegado, quitóse de la cabeza la corona de laurel y con agradable ademán, la colocó a la cabeza de Filostrato, diciéndole:

—Pronto veremos si el lobo sabrá guiar a las ovejas, mejor que las ovejas guiar a los lobos han sabido.

Al oír esto, Filostrato contestó riendo:

—Si se me hubiese creído, los lobos habrían enseñado a las ovejas a llevar al diablo al infierno con tanta perfección como Rústico lo hizo con Alibech, y por lo tanto, no hay que llamarnos lobos, cuando vosotras no habéis sido ovejas; sin embargo, yo gobernaré el reino que se me ha encomendado, lo mejor que sepa.

A lo cual ella respondió:

—Oíd, Filostrato: vos, queriendo enseñarnos, habríais podido aprender a tener juicio como lo aprendió con las monjas Masetto de Lamporecchio y recobrar la palabra cuando habríais adelgazado tanto, que los huesos se os habrían amoldado a la piel, y al moverse, habrían producido un ruido semejante a los de un esqueleto.

Conociendo Filostrato que no saldría airoso de aquella discusión, renunciando a las bromas, pasó a encargarse del gobierno del reino que le había sido confiado.

Y habiendo mandado llamar al senescal, quiso saber cómo estaba todo; y volviéndose luego a las damas, dijo:

—Amorosas damas, por desdicha mía, como que el mal conocí muy bien, siempre he estado sujeto al amor por la hermosura de alguna de vosotras, ni el ser humilde, ni el ser obediente, ni el seguirlo en lo que por mí ha sido conocido, rigurosamente en todas sus costumbres, me ha valido, que primeramente se me abandonó por otro, y después siempre fue de mal en peor, y así creo que iré hasta la muerte; por eso es mi gusto que mañana no se trate de otro asunto, que del que está más de acuerdo con mis hechos, a saber de aquellos cuyos amores tuvieron fin desdichado, pues a la larga desdichadísimo lo espero yo, que no por otra causa, por quien perfectamente supo lo que decía, me fue impuesto el nombre con que vosotras me nombráis.

Y dicho esto y habiéndose puesto de pie, despidió a todos hasta la hora de cenar.

Tan bello y delicioso era el jardín, que no faltaron quienes prefirieran quedarse en él, creídos de que no podían estar más a gusto en parte alguna.

Como el sol tibio ya no molestaba, dedicáronse algunos a ir en pos de los corzos, de los conejos y de los demás animales que en el jardín había, y que, mientras ellos sentados estaban, más de cien veces habían ido a importunarles saltando por en medio de ellos.

Dioneo y Fiammetta empezaron a cantar de Maese Guillermo y de la dama del Virgiú; Filomena y Pánfilo comenzaron una partida de ajedrez: de modo que entretenido cada cual en distintas cosas, tan de prisa transcurrió el tiempo, que sobrevino la hora de la cena cuando nadie se la esperaba aún; por lo cual, puestas las mesas alrededor de la preciosa fuente, deliciosamente allí cenaron.

Para no desviarse del camino seguido por las que antes que él habían sido, cuando se hubieron quitado las mesas, dispuso que Lauretta empezara una danza y dijera una canción.

—Señor —dijo Lauretta—, no sé canciones ajenas, ni recuerdo una sola de las mías que sea bastante conveniente para tan agradable compañía; pero si queréis que diga algunas de las que yo tengo, gustosa las diré.

Contestó el rey:

—Nada puede haber que no sea bonito o agradable; y por lo tanto, tal como la tengas, así la digas.

Entonces Lauretta, con voz bastante suave, mas con acento algo lastimero, comenzó, haciendo coro los demás.

Puesto término Lauretta a su canción, la cual por todos notada de diverso modo, fue por varios interpretada: hubo quienes quisieron entender que era mejor un buen cerdo que una hermosa chica. Otras habrá de más sublime, mejor y más recta inteligencia de la que revelaba la presente canción. Después de esto, habiendo el rey hecho encender muchos candeleros y mandado colocarlos encima de la hierba y de las flores, hizo cantar otras muchas canciones, hasta que empezaron a declinar todas las estrellas que salido habían. Y pareciéndole llegada la hora de dormir, dispuso que cada cual, deseándole buena noche, se retirase a su habitación.

## Jornada cuarta

En la que bajo el reinado de Filostrato, se cuentan las aventuras de aquellos cuyos amores tuvieron un desgraciado fin.





## Introducción

Tanto por las palabras oídas a los hombres sabios, como por las cosas por mí vistas y oídas, figurábame, carísimas damas, que el ardiente impetuoso viento de la envidia tan sólo debía azotar las altas torres o las más elevadas cimas de los árboles; pero me encuentro con que es equivocada mi suposición; pues habiéndome esforzado siempre en evitar el fiero ímpetu de este rabioso espíritu, no solamente por las llanuras, sino hasta por los más profundos valles he procurado andar. Lo cual bastante manifiesto puede aparecer a quien examine los presentes cuentos, que no solamente han sido escritos por mí en lengua vulgar, en prosa y sin dedicatoria, sino que lo han sido en estilo tan humilde y flojo, que más no lo pueden ser. A pesar de lo cual, no he podido evitar que me azotase implacablemente ese viento, antes bien, me he visto casi desarraigado y completamente lacrado por las mordeduras de la envidia. Por lo cual claramente puedo comprender que es cierto lo que suelen decir los sabios, a saber: que de las cosas presentes únicamente la miseria no es envidiada. Ha habido, pues, algunas discretas damas que, leyendo estos cuentecitos, han dicho que vosotras me gustáis demasiado, y que no os está bien que tanto me desviva en complaceros y consolaros, y expresándose peor algunos en alabaros como yo lo hago. Y muchos, mostrándose muy celosos de mi fama, dicen que obraría más cuerdamente permaneciendo con las Musas en el Parnaso que enredándome entre vosotras con esas bagatelas. Y aun los hay que hablando con más despecho que cordura, han dicho que obraría más discretamente en pensar en dónde debo proporcionarme pan, que en ir bebiendo los vientos en pos de semejantes tonterías. Y los hay que tienen la maña de demostrar, en detrimento de mi trabajo, que las cosas por mí referidas han pasado diferentemente de como os las cuento.

Así, pues, de tales y tamaños soplos, de tan atroces dientes, de tales picotazos, hermosas damas, mientras milito en vuestro servicio, me veo acosado, molestado y traspasado en lo más vivo. Cuyas cosas bien sabe Dios que escucho y oigo benévolamente; y aun cuando en esto a vosotras corresponda por completo la defensa, no trato de economizar mis fuerzas; antes bien, sin responder todo cuanto convendría, voy a sacudírmelos de encima, y esto sin tardanza. Por lo cual si, no habiendo llegado aún ni a la

tercera parte de mi trabajo, son muchos éstos y presumen mucho, estoy viendo que antes de que al fin llegue, podrían haberse multiplicado de tal suerte, si no se les administraba alguna paliza, que con todo su insignificante trabajo me echarían a pique, sin que lograsen resistirles vuestras fuerzas, con todo y ser grandes. Mas antes que pase a dar alguna respuesta, considero oportuno para mí, referir, no una historia entera (para que no parezca que quiero confundir mis cuentos con los de compañía tan digna de elogio como fue la que os he manifestado), sino parte de una, a fin de que, en la misma deficiencia, demuestre que no es de aquellas, y dirigiéndome a mis censores, digo:

Hubo en nuestra ciudad, hace ya bastante tiempo, un ciudadano llamado Felipe Balducci, hombre de bastante ligera condición, pero rico y muy expedito en las cosas en cuanto su estado lo requiera; tenía por esposa a una mujer a quien quería mucho y de quien era muy querido, pasando juntos una vida reposada, sin que en cosa alguna pusieran tanto empeño como en darse uno a otro cualquier gusto. Ahora bien, les sucedió, como a todos les sucede, que la buena mujer abandonó esta vida, sin dejarle otro recuerdo de ella que un hijo habido en él, que unos dos años contaría.

Tan desconsolado quedó Felipe por la muerte de su esposa, como pudiera haber quedado otro al perder un objeto amado. Y viéndose privado de aquella compañía, que era para él la más querida, resolvió terminantemente abandonar también él el mundo, dedicándose al servicio de Dios y haciendo lo mismo con su hijo. A cuyo fin, después que hubo dado todo lo suyo a los pobres, subió sin demora al monte Senario y se instaló allí en una pequeña celda con su hijo, con el cual, viviendo de limosnas entre ayunos y oraciones, ponía especial cuidado en no hablar allí de cosa alguna temporal ni dejárselas ver, a fin de que éstas no se le alejaran de tal servicio; antes, por el contrario, le hablaba siempre de la gloria de la vida eterna, de Dios y de los santos, sin enseñarle otra cosa que piadosas oraciones. Muchos años le mantuvo en esta especie de vida, sin dejarle salir jamás de la celda, ni ver más hombres que él.

Ese buen hombre solía venir alguna vez a Florencia, y una vez socorrido, según sus necesidades, por los amigos de Dios, regresaba a su celda.

Ahora bien, cuando el muchacho contaba ya dieciocho años, y Felipe era viejo ya, acaeció que cierto día le preguntó el primero al segundo a dónde iba, y Felipe se lo dijo.

Repuso entonces el muchacho:

—Vos, padre mío, os vais volviendo viejo y mal podéis soportar esta fatiga; ¿por qué no me lleváis con vos a Florencia, a fin de que haciéndome conocer a los amigos y devotos de Dios y vuestros, pueda más adelante, yo que soy joven y más fuerte que vos, ir a Florencia para lo que necesitemos, cuando a vos os acomode, y quedaros vos aquí?

El buen hombre, pensando que aquel su hijo era ya crecido, y estaba tan habituado al servicio de Dios, que las cosas del mundo difícilmente podrían distraerle, dijo para sí:

—Tiene razón.

Por lo cual, teniendo que ir allá, lo llevó consigo. Una vez allí el joven, al ver los palacios, las casas, los templos y todas las demás cosas de que está llena la ciudad, como no tenía recuerdo de haberlas visto jamás, empezó a asombrarse en gran manera y de muchas de ellas le preguntaba a su padre qué eran y cómo se llamaban. El padre se lo decía; y el joven quedaba satisfecho y hacía otra nueva pregunta. Y así, preguntando el hijo y respondiendo el padre, encontráronse casualmente con una comitiva de mujeres hermosas, hermosas y engalanadas que venían de unas bodas; y en cuanto el joven las vio, preguntóle a su padre qué era aquello.

A lo cual el padre contestó:

—Baja al suelo los ojos, hijo mío, no las mires, porque son mala cosa.

Dijo entonces el joven:

—¿Cómo se las llama?

El padre, para no despertar en el concupiscible apetito del joven deseo alguno de atracción, no las quiso llamar por su propio nombre de mujeres, sino que dijo que se llamaban ansarones. ¡Cosa admirable! Él que jamás había visto una sola, sin ocuparse ya de los palacios, ni del buey, ni del caballo, ni del asno, ni del dinero, ni de todo cuanto había visto, dijo de repente:

—Padre mío, os ruego que hagáis de modo que tenga yo uno de esos ansarones.

—¡Ay, hijo mío! —exclamó el padre—. No digas eso: son cosa mala.

Preguntó el joven:

—¿Esa forma tienen las cosas malas?

—Sí —respondió el padre.

Y repuso entonces el muchacho:

—No sé lo que os decís, ni por qué ésas han de ser mala cosa: en cuanto a mí no me ha parecido ver cosa alguna tan bonita ni tan agradable como esos ansarones. Son más bonitos que los ángeles pintados que tantas veces me habéis enseñado. ¡Ay!, si os interesáis por mí, haced que nos llevemos uno de esos ansarones allá arriba, y yo le daré de qué picotear.

—No quiero —replicó el padre—; tú no sabes cómo se les da de comer.

Y, desde luego, comprendiendo que tenía más fuerza la naturaleza que su ingenio se arrepintió de haberle llevado a Florencia. Hasta aquí pienso haber dicho bastante de la presente historieta, por ser suficiente a mi objeto, y dirigirme a aquellos a quienes se la he contado. Dicen, pues, algunos de mis censores, que yo hago mal, jóvenes damas, en esforzarme tanto en complaceros, y que vosotras me agradáis demasiado a mí. Francamente confieso ambas cosas, a saber, que vosotras me agradáis y que me esfuerzo en complaceros: y les pregunto si se admiran de esto teniendo en cuenta, ya no el haber conocido las deliciosas ternezas que de vosotras, dulcísimas mujeres, reciben con frecuencia; sino únicamente el haber visto y ver continuamente los adornados trajes, la provocadora belleza y la estudiada gracia, y a más de eso vuestra gentil honestidad cuando aquel que criado, educado y crecido en la cima de un monte salvaje y solitario en los estrechos límites de una pequeña celda, sin otra compañía que la de su padre, sólo a vosotras, en cuanto os vio os deseara, sólo a vosotras os pidiera, sólo a vosotras con

su cariño os siguiera. ¿Esos tales me reprenderán, me morderán, me zaherirán, si yo, cuyo cuerpo produjo el cielo completamente a propósito para amaros, desde mi niñez os dediqué el alma, dominado por el poder de la luz de vuestros ojos, la suavidad de vuestras melifluas palabras y la abrasadora llama de vuestros tiernos suspiros, si yo trabajo para agradaros, y fijándome especialmente en que agradasteis preferentemente a un joven ermitaño, a un jovencito inexperto y hasta a un animal salvaje? A la verdad, quien no os ama y no desea ser amado por vosotras, viene a ser para mí como quien no siente ni conoce los placeres ni la virtud del natural amor, y yo poco de él me preocupo.

Y los que vienen hablando contra mi edad, demuestran que no comprenden que el perro, teniendo blanca la cabeza, tenga la cola verde. A los cuales, dejando aparte las bromas, les contesto que yo jamás consideraré vergonzoso, mientras viva, en dar gusto a aquellas cosas, a las cuales Guido Cavalcanti y Dante Alighieri, viejos ya, y maese Cino de Pistoia, excesivamente viejo, tuvieron a gran honor y a gran dicha el agradecerlas. Y si no fuera porque sería salir de la manera usual de hablar, sacaría a relucir las historias y las mostraría todas llenas de hombres antiguos y animosos que en su edad madura pusieron especial estudio en complacer a las mujeres: lo cual, si éstos no saben, vayan y apréndanlo. Que yo debería permanecer en el Parnaso con las Musas, afirmo que es buen consejo, pero mientras ni nosotros podemos vivir con las Musas, ni ellas con nosotros, no es de censurar que cuando acaece que el hombre de ellas se separa, que se deleite en ver cosas que a ellas se parezcan. Las Musas son mujeres, y aun cuando las mujeres no valgan lo que las Musas valen, sin embargo, las unas se parecen a primera vista, a las otras: de tal suerte, que aun cuando no me agradasen por otra cosa, por eso me deberían agradar. Sin contar con que las mujeres me dieron ya ocasión de componer mil versos, mientras que las Musas jamás me dieron pie para hacer uno solo. Ayudáronme ellas perfectamente; y me enseñaron a componer aquellos libros; y tal vez algunas veces han venido a hacerme compañía para estas cosas, por más que muy humildes son, en gracia acaso y honra de la semejanza que con ellas tienen las mujeres. De modo que al combinar estas cosas, ni del monte Parnaso ni de las Musas me alejo tanto como acaso muchos se figuran. Pero, ¿qué les diremos a aquellos a quienes tanta compasión inspira mi hambre que me aconsejan me proporcione pan? Verdaderamente no lo veo; a no ser que, queriendo discurrir consigo mismo cuál sería su respuesta, si yo necesitándola se lo pidiese, presumo que dirían: anda, búscalo en las fábulas. Y más pan encontraron los poetas en sus fábulas, en otro tiempo, que muchos ricos en sus tesoros. Y mucho antes, andando en pos de sus fábulas hicieron florecer su época, mientras que, por el contrario, muchos, en el afán de tener más pan del que les era necesario, murieron miserablemente. ¿Qué más? Échenme esos tales cuando no les pido, pues que aún no me hace falta la gracia de Dios; y cuando esta necesidad sobreviniera, sé, según el apóstol, sufrir y soportar la necesidad; y por lo tanto, a nadie más que a mí le toca interesarse por mí. A los que dicen que estas cosas no fueron así, mucho les agradecería que tra-

jeran los originales, y si éstos en desacuerdo estuviesen con lo que yo escribo, consideraría justa su repulsa, y haría por manera de enmendarne; pero mientras no aparezcan más que palabras, les dejaré con su opinión y seguiré la mía, diciendo de ellos lo que ellos de mí dicen. Y pareciéndome por esta vez haber contestado lo suficiente, digo que con la ayuda de Dios y la vuestra, graciosísimas mujeres, en la cual espero, armado de buena paciencia, seguiré adelante, dando la espalda a ese viento y dejándolo soplar: pues yo no veo que de mí pueda resultar otra cosa que lo que resulta del polvo fino, al cual el torbellino al soplar en él o no lo mueve del suelo, o si lo mueve, lo lleva en alto, y muchas veces más alto que las cabezas de los hombres, que las coronas de los reyes y de los emperadores, y a veces lo deja encima de los altos palacios y de las elevadas torres; y si de ellas cae, no puede ir más abajo del nivel de donde se levantó. Y si alguna vez me dispuse a complacer en algo con todas mis fuerzas, ahora más que nunca a ello me dispondré: pues conozco que nadie podrá con razón decir otra cosa más, sino que los demás y yo, que os amamos, obramos naturalmente. A cuyas leyes, esto es, las de la naturaleza, querer oponerse, requiere grandes fuerzas, y muchas veces empléanse éstas no solamente en vano, sino con sumo daño de quien las emplea. Cuyas fuerzas confieso no tener ni desear tener en esto; y si las tuviese, más bien se las prestaría a otro que las emplease por mí. Cállense, pues, los mordaces, y si no se pueden calentar, manténganse tiritando, y persistiendo en sus deleites, o más bien apetitos corrompidos, y déjenme a mí pasar en el mío esta breve vida que se me ha impuesto. Tiempo es ya, hermosas mujeres, tras tan larga divagación, de que volvamos al punto de partida y sigamos el orden comenzado.

Echado había ya del cielo el sol todas las estrellas y de la tierra la húmeda sombra de la noche, cuando Filostrato, habiéndose levantado, hizo levantar a toda su comitiva, encaminándose al precioso jardín donde se pusieron a pasear por él; llegada la hora de la comida, allí comieron, donde la pasada tarde cenado habían. Y habiéndose levantado de dormir cuando el sol se hallaba en su mayor altura, fueron a sentarse, como solían, junto a la fuente. Una vez allí, Filostrato encargó a Fiammetta que diera principio a los cuentos, y ésta, sin esperar a que nueva orden se le diera, se expresó así:



## Cuento primero

### *Guismonda*

Tancredo, príncipe de Salerno, mata al amante de su hija y envía a ésta el corazón en una copa de oro; la joven, echando sobre él agua envenenada, se la bebe, y así muere.

—Terrible asunto es el que nuestro rey nos ha dado para tratar, pensando que, donde para alegrarnos hemos venido, tengamos que explicar las lágrimas ajenas, de las cuales hablar no es posible sin que quien las cuenta y quien las oye no se compadezcan de ellas. Tal vez lo ha hecho para templar algo la alegría experimentada en los precedentes días; pero sea lo que fuere lo que a eso le haya inducido, como no debo yo contrariar su voluntad, referiré un lastimoso accidente tan desgraciado, como de vuestras lágrimas acreedor.

Tancredo, príncipe de Salerno, fue un señor bastante humano y de buena índole (aun cuando en su vejez se hubo manchado las manos en sangre enamorada), el cual, durante todo el decurso de su vida, no tuvo más que una hija, y más dichoso habría sido si tenido no la hubiera. Ésta fue tan tiernamente amada por su padre, como ninguna otra hija de padre jamás lo hubiera sido; y por este tierno amor, habiendo ella pasado de mucho la edad núbil, no sabiendo separarla de él, no la casaba; mas, al fin, habiéndola dado a un hijo del duque de Capua, al poco tiempo de casada enviudó y volvió al lado de su padre. Era ésta de facciones y formas tan bellas como jamás otra mujer había existido: era joven, gallarda y más entendida de lo que a mujer tal vez correspondía.

Vivía con su cariñoso padre, como gran señora, entre muchas delicadezas; y viendo que su padre, por el amor que le profesaba, se daba poco cuidado en volverla a casar, no pareciéndole honroso a ella pedirlo, pensó en tener secretamente, si era posible, un buen amante. Y viendo que frecuentaban la corte de su padre muchos hombres de diversas categorías, como vemos en las cortes, y después de estudiadas las maneras y las costumbres de muchos de ellos, gustóle entre todos un joven paje de su padre, que se llamaba Guiscardo, hombre de humilde familia, pero noble por su valor y por sus costumbres más que otro cualquiera; como le viese a menudo, enamoróse en secreto locamente de él, encontrándole a cada instante nuevas gracias.

El joven, que no era novicio, como reparase en ella, habíala recibido de tal suerte en su corazón, que no pensaba en otra cosa que en amarla. Amándose, pues, uno y otra en secreto, no deseaba la joven cosa alguna tanto como encontrarse con él; pero no queriendo confiar en otra persona este amor, discurrió un nuevo ardid para dárselo a conocer. Escribió una carta, en la cual le indicaba lo que tenía que hacer al día siguiente para estar con ella, colocándola luego en un canuto de caña, se lo dio en broma a Guiscardo, diciendo:

—Esta noche harás con él un fuelle para tu criada, para que con él encienda el fuego.

Tomó Guiscardo el canuto, y comprendiendo que no se lo había dado ella ni le habría hablado así sin alguna idea, se lo llevó a su casa, y examinando la caña y viéndola rajada, la abrió, encontrando dentro la carta de la joven, y habiendo comprendido perfectamente lo que debía hacer, púsose lo más contento del mundo, empezando a hacer los preparativos para ir a reunirse con ella, siguiendo las instrucciones que en la carta le daba.

Al lado del palacio del príncipe existía una gruta horadada en el monte, hecha muchísimo tiempo atrás, a la cual daba alguna luz un respiradero practicado al efecto en la piedra, cuyo respiradero, como la gruta estaba abandonada, hallábase casi obstruido por zarzales o por hierbas nacidas junto a él; y a esta gruta, que estaba cerrada por una puerta muy fuerte, se iba secretamente por una escalera que había en una de las habitaciones bajas del palacio, y que ocupaba la hija del príncipe. Tan olvidada de todos estaba aquella escalera, por no haber servido desde muchísimo tiempo, que casi nadie se acordaba de que existiera. Pero Amor, a cuyos ojos nada hay tan secreto que no aparezca, habíale hecho recordarla a la enamorada dama. La cual, a fin de que nadie pudiera apercibirse de ello, tuvo que trabajar muchos días y aguzar el ingenio para lograr abrir aquella puerta; una vez la hubo abierto descendió sola en la gruta, y habiendo visto el respiradero, había mandado decir a Guiscardo que se ingeniase a penetrar por él en la gruta, no sin indicarle la altura a que dicho respiradero podía hallarse dentro del suelo.

A este objeto, Guiscardo, habiéndose apresurado a mandar hacer una cuerda con varios nudos y anillas para poder bajar y subir por ella, y envuelto en un cuero que le preservase de los zarzales, a la noche siguiente, sin dejar que nadie se enterase, se encaminó al respiradero, y asegurando bien uno de los extremos de la cuerda a un fuerte tronco que crecía junto a la boca del respiradero, se deslizó por éste a la gruta y aguardó en ella a la dama.

La cual, al día siguiente, pretextando tener ganas de dormir, despidió a sus camareras, se encerró sola en su cámara, abrió la puerta de la gruta y descendió a ella, y encontrando allí a Guiscardo, cambió con él tiernas caricias, y trasladándose juntos a la estancia de la joven, pasaron en ella con sumo placer gran parte del día; y ordenando discretamente sus amores, a fin de que permaneciesen ocultos, volvióse Guiscardo a la gruta, y ella, después de cerrar la puerta que a ésta conducía, se fue a reunir con sus camareras.

Por su parte, Guiscardo, viendo llegada la noche, subió por medio de su cuerda, salió por el respiradero por donde entrado había y regresó a su casa.



Y como hubo aprendido este camino, repetidas veces lo volvió a hacer en el decurso del tiempo. Mas la fortuna, envidiosa de tan prolongado e inmenso gozar, con un doloroso acontecimiento convirtió en triste llanto la alegría de los dos amantes.

Tancredo tenía la costumbre de ir alguna vez solo a la estancia de su hija y de permanecer allí y hablar con ella, marchándose después.

Cierto día, después de comer, se dirigió allá cuando la dama, que se llamaba Guismunda, se hallaba en un jardín con todas sus camareras, y penetrando en aquélla sin ser visto ni oído de nadie por no querer distraerla de su diversión, como hallase cerradas las ventanas de la habitación y caídas las cortinas del lecho; fue a sentarse a los pies de éste y a un lado del mismo, encima de un almohadón, teniendo apoyada la cabeza en el lecho y dejando caer encima de él la cortina, como si adrede se hubiese allí escondido, se adormeció.

Mientras dormía, Guismunda que, por desgracia, aquel día había hecho venir a Guiscardo, dejando a sus camareras en el jardín, penetró confiadamente en la cámara, y encerrándose en ella, sin darse cuenta de que hubiese alguien allí, abrió la puerta a Guiscardo, que la aguardaba, y cuando más entretenidos estaban en sus ternizas, despertó Tancredo y oyó y vio a los dos amantes; irritado extraordinariamente, quiso de pronto reprenderles; mas luego tomó el partido de callar y mantenerse oculto, si le era posible, para poder hacer con más cautela y con menos ludibrio suyo, lo que ya se le había ocurrido hacer.

Largo rato, como solían, permanecieron juntos los dos amantes, sin reparar en Tancredo; y abandonando el lecho cuando les pareció conveniente, Guiscardo se volvió a la gruta y Guismunda salió de su estancia. Tancredo, aun cuando era viejo, saltó al jardín por una ventana, y, sin ser de nadie visto, mortalmente acongojado, se volvió a su habitación y por orden suya, al salir Guiscardo la noche siguiente a primera hora del respiradero envuelto en su abrigo de pieles, fue preso por dos individuos y secretamente conducido a la presencia de Tancredo, el cual, en cuanto lo vio, casi llorando le dijo:

—Guiscardo, mi bondad para contigo no había merecido el ultraje y la vergüenza que en mis canas me has inferido, según he visto hoy con mis propios ojos.

A quien no otra cosa contestó Guiscardo que lo siguiente:

—Amor puede muchísimo más de lo que vos y yo podemos.

Mandó, pues, Tancredo, que reservadamente se le encerrara en una habitación interior, y así se hizo. Llegado el día siguiente, no sabiendo nada Guismunda de estas cosas, y habiendo discurrido Tancredo varias y diversas novedades, después de cenar, como solía, se dirigió a la habitación de su hija, donde haciéndola llamar y encerrándose con ella, llorando le empezó a decir:

—Guismunda, pareciéndome conocer tu virtud y tu honestidad, jamás habría podido acudir a mi mente, aun cuando me lo hubieran dicho, si yo con mis propios ojos no lo hubiese visto que tú, no ya hubieras hecho, sino

que ni pensado hubieras en someterte a hombre alguno, como no fuera tu marido, de lo cual yo, en este corto espacio de vida que mi ancianidad me conserva, guardaré perpetuo y doloroso recuerdo. Si a lo menos, ya que a tanta deshonestidad debías ir a parar, hubieses tomado hombre que hubiese sido correspondiente a tu nobleza; mas de entre tantos como frecuentan mi corte, escogiste a Guiscardo, joven de humildísima condición, criado en nuestra corte desde muy niño hasta ahora, casi por amor de Dios; con lo cual me has puesto en sumo apuro, pues no sé qué partido debo tomar contigo. De Guiscardo, a quien hice prender esta noche cuando salía del respiradero y tengo en la prisión, tengo ya resuelto lo que debo hacer; pero de ti, sábelo Dios, que no sé lo que haré. Por un lado me lleva el amor que siempre te he tenido y que ningún padre lo ha tenido mayor a una hija, y por el otro me atrae la justísima indignación que tu gran locura me ha causado; aquél quiere que te perdone, éste quiere que me ensañe contra ti y contra mi gusto; mas antes de que tome una resolución, deseo saber lo que tú sobre esto decir debes.

Y dicho esto, inclinó la cabeza llorando con tal vehemencia como lo haría un muchacho a quien le hubieran fuertemente azotado.

Guismunda, oyendo a su padre y conociendo que no solamente estaba descubierto su secreto amor, sino que además estaba Guiscardo preso, experimentó un dolor inexplicable y repetidas veces estuvo a punto de manifestarlo con lágrimas y quejidos como lo hacen la mayoría de las mujeres; pero dominando esta flaqueza su espíritu altivo conservó sereno su rostro con asombrosa entereza y resolvió para sí antes renunciar a la vida que pedir indulgencia para ella, suponiendo que su Guiscardo debía estar muerto ya. Por lo cual, no como mujer afligida o arrepentida de su falta, sino indiferente y animosa, sin lágrimas ni turbación alguna, díjole así a su padre:

—Tancredo, ni a negar ni a rogar estoy dispuesta, pues ni lo uno me valdría, ni lo otro quiero que me valga; y a más de eso, en ningún caso pretendo hacerme propicias tu mansedumbre y tu cariño; antes bien, confesando la verdad, defender primeramente mi fama con razones verdaderas y después seguir con firmeza suma la grandeza de mi espíritu con los hechos. Es cierto que he amado y amo a Guiscardo y mientras viva, que será poco, le amaré; y, si después de la muerte se ama, no desistiré de amarle, pero no es tanto mi femenil fragilidad lo que a esto me induce cuanto tu poco interés en darme marido y su virtud. Perfectamente debías comprender tú, Tancredo, que, siendo tú de carne, engendraste hija de carne y no de piedra ni de hierro; y debías y debes acordarte, por más que ahora viejo seas, cuántas y cuáles y con qué fuerza vienen las leyes de la juventud; y, aun cuando tú como hombre te hubieses ejercitado en las armas en tus mejores años, no debiste por esto dejar de conocer lo que pueden la ociosidad y la molicie lo mismo en los viejos que en los jóvenes. Así, pues, como engendada por ti, de carne soy y tan poco he vivido, que joven soy todavía y por una y otra cosa llena de concupiscible afán, al cual dieron asombrosa fuerza el haber conocido ya por haber estado casada, cuán grato es dar satisfacción a tal deseo. Y no pudiendo resistir yo a esas fuerzas, me dispuse a seguir hacia lo que ellas me ofrecían como joven y

como mujer, y me enamoré. Y realmente en eso puse todo mi empeño en no causar deshonra ni a ti ni a mí por aquello a que natural estado me atraía, en lo que por mí se pudiese efectuar. Para lo cual el compasivo Amor y la benévola fortuna habíanme encontrado y mostrado camino bastante oculto por donde, sin que nadie se enterara, llegaba a la realización de mis deseos; y esto, sea como fuere que te lo hayan dicho o lo sepas tú, no lo niego. No tomé accidentalmente como muchas hacen a Guiscardo, sino que, deliberadamente lo elegí con preferencia a otro cualquiera, y con deliberado propósito lo atraje a mí y con prudente perseverancia mía y suya plenamente he satisfecho mi deseo. De lo cual parece que, fuera de haber pecado amorosamente, me reprendes tú con amargura suma, siguiendo más la opinión vulgar que la verdad, diciendo (como si no hubiese debido afligirte si yo hubiera para esto escogido un hombre noble), que yo me he entregado a un hombre de baja condición. En lo cual no reparas que no es mi pecado, sino el de la fortuna el que reprendes, la cual con bastante frecuencia ensalza a los que no la merecen, dejando postergados a los que son de ella sumamente merecedores. Pero dejemos ahora esto y atiende algo a los principios de las cosas; verás que nosotros todos tenemos la carne hecha de una misma masa, y que las almas todas creadas son por un mismo Creador con iguales fuerzas, con iguales potencias y con iguales virtudes. La virtud fue la primera en establecer distinción entre nosotros, los que nacieron y los que nacen; y a los que mayor cantidad de ella tenían y practicaban, se les llamó nobles, y los restantes quedaron sin serlo. Y aun cuando después, esta ley oculta tenga contraria usanza, no está eliminada ni maleada por la naturaleza ni por las buenas costumbres; por eso aquel que practica la virtud, se demuestra abiertamente noble, y si otro dictado se le da, comete una falta, no el que la recibe, sino el que le da ese otro nombre. Mira atentamente entre todos tus caballeros nobles y examina su virtud, sus costumbres y sus maneras, y mira después las de Guiscardo; si quieres juzgar sin animosidad, dirás que él es muy noble y que todos esos nobles tuyos son villanos. Sobre las virtudes y el valor de Guiscardo no di crédito al juicio ajeno, sino al de tus palabras y al de mis ojos. ¿Quién jamás le prodigó tantos elogios como se los prodigaste tú en todas aquellas cosas laudables en que debe ser elogiado un hombre de suerte? Y realmente no sin razón; pues si mis ojos no me engañaron, jamás le diste elogio alguno del cual yo no le viera merecedor, y más merecedor aún de lo que podían tus palabras expresar; y si, empero, algún engaño hubiera en eso recibido yo, por ti engañada habría sido. ¿Dirás, pues, que me he entregado a hombre de baja condición? Si lo dices, no dirás la verdad; si dijeras que es pobre, podría admitirse, pero esto mismo te serviría de reproche por no haber sabido colocar en elevada situación a un valioso servidor tuyo; mas la pobreza a nadie le quita la nobleza y si tan sólo la fortuna. Muchos reyes y muchos grandes príncipes fueron pobres en otro tiempo y muchos de los que cavan la tierra y guardan ganado fueron riquísimos y lo son. La última duda que sacaste a relucir, eso es lo que de mí debiste hacer, arrójala por completo de tu mente, si tú en tu extrema vejez estás dispuesto a hacer lo que de joven no acostumbraste, el ser cruel, cumple tu crueldad en mí, que no estoy dispuesta a dirigirte ruego alguno, como

primera causante de este pecado, si pecado es; pero te prevengo que si lo que has hecho o harás a Guiscardo, no lo haces en mí, mis propias manos lo harán. Ahora anda, ve a verter lágrimas con las mujeres, y ensañándote, mátanos con un mismo golpe a él y a mí.

Comprendió el príncipe la grandeza de ánimo de su hija, pero no por eso la creyó del todo tan fuertemente dispuesta a lo que decían sus palabras como decía. Por lo cual, separándose de su lado y habiendo renunciado a obrar cruelmente con ella, pensando amenguar su ardiente amor por medio del castigo ajeno, mandó a los dos hombres que custodiaban a Guiscardo que a la noche siguiente le estrangulasen sigilosamente, le sacaran el corazón y se lo entregasen; cuyos dos hombres, tal como les había sido mandado lo ejecutaron. Llegado el día siguiente, el príncipe mandó que le trajeran una grande y rica copa de oro y metido en ella el corazón de Guiscardo; por medio de uno de sus servidores más leales lo envió a su hija, ordenándose que, cuando se lo entregara, le dijese:

—Tu padre te envía esto para consolarte de aquello que más amas, como le has consolado tú de lo que amaba más él.

Guismunda, no desistiendo de su cruel propósito, en cuanto hubo partido su padre mandó que le trajesen hierbas y raíces venenosas, las destiló y las convirtió en agua para tenerla dispuesta si acaecía lo que se temía ella.

Habiéndosele presentado el servidor con el presente y las palabras del príncipe, con firme semblante le tomó la copa y habiéndola descubierto y visto el corazón y oído las palabras, no le cupo duda de que aquel corazón era el de Guiscardo. Por lo cual, alzando los ojos y el rostro hacia el familiar, dijo:

—No menos digna sepultura merecía este corazón que la de oro que se le ha dado; discretamente ha obrado mi padre en esto.

Llevándose luego a los labios besó el corazón, añadiendo:

—Siempre y hasta este extremo de mi vida he hallado en todo sumamente tierno para conmigo el cariño de mi padre, pero ahora más que nunca; y por lo tanto, le darás de mi parte las postreras gracias, ya que jamás se las podré dar yo por tan valioso presente.

Dicho esto, volviéndose hacia la copa que estrechaba entre sus manos, contemplando el corazón repuso: ¡Ay!, ¡dulcísimo albergue de todos mis placeres; maldita sea la crueldad de aquél que ahora hace que te vea con los ojos de la cara! Bastábame contemplarte a todas horas con los de la mente: tú has cumplido tu destino, y tal lo has cumplido, como la fortuna te lo había preparado, has llegado al término a que todos se encaminan: dejado has las miserias y las fatigas del mundo y hasta de tu mismo enemigo recibes aquella sepultura que tu valor ha merecido. Para tener completas honras fúnebres, otra cosa no te faltaba ya sino las lágrimas de aquella a quien en vida tanto amaste; y para que las tuvieras Dios puso en la mente de mi despiadado padre la idea de enviárteme y yo te las daré, como que tuve el propósito de morir con los ojos secos y con el rostro impassible; y después de habértelas dado, haré que mi alma vaya a reunirse sin tardanza con aquella que tú me hiciste querer tanto. ¿Y con qué compañía, más contenta o

más segura podré ir yo a los lugares ignotos que con la de tu alma? Segura estoy de que ella se halla todavía aquí dentro y contempla los lugares de sus goces y de los míos. Y como todavía estoy segura de que me ama, aguarda la mía, por la cual es sumamente amada.

Y cuando así hubo hablado, cual si hubiera tenido una fuente de agua en la cabeza, sin hacer femenino exclamación alguna inclinóse sobre la copa y empezó a llorar, vertiendo tantas lágrimas, que el verla asombraba, besando infinitas veces aquel corazón sin vida.

Sus camareras que la rodeaban, no comprendían qué corazón fuese aquél ni qué significaban las palabras de su señora.

Pero, dominadas por la compasión, lloraban todas, y plañideras le pedían en vano la causa de su llanto, y mucho más se esforzaban en consolarla como mejor podían y sabían. Después de haber llorado cuanto le plugo, alzando la cabeza y enjugándose los ojos, dijo:

—¡Oh, corazón idolatrado! He cumplido mi deber para contigo; ya sólo me falta ir con mi alma a hacer compañía a la tuya.

Y dicho esto, mandó que le entregasen el frasco que encerraba el agua que el día anterior había preparado, vertió en la copa donde se hallaba el corazón lavado con sus abundantes lágrimas, y llevándose la copa sin vacilación alguna a los labios, bebió toda el agua que contenía, y una vez la hubo bebido, con la copa en la mano subió a su lecho colocándose lo más decorosamente que supo encima de él y aplicó a su corazón el de su difunto amante, y sin articular más palabra aguardó la muerte.

Cuando estas cosas vieron y oyeron sus camareras, no sabiendo qué agua fuese aquella que Guismunda había bebido, enviaron a decirle todo a Tancredo, el cual, temeroso de lo que sobrevenía, rápidamente descendió a la estancia de su hija, llegando en el preciso momento en que aquella se tendía en su lecho; y acudiendo tardío a animarla con dulces palabras, al ver el extremo a que se hallaba reducida, empezó a llorar con dolor sumo.

—Tancredo —díjole la hija—, guarda esas lágrimas para acontecimientos aciagos menos deseados, y no me las dediques a mí que no las deseo. ¿Cuándo se ha visto a alguien, no siendo a ti, llorar por lo que él mismo ha querido? Sin embargo, si algo de aquel amor que antes me tuviste vive aún en ti, como último don, concédeme que, pues no te fue grato que yo tácitamente y a escondidas viviese con Guiscardo, que mi cuerpo descansa junto al suyo en el sitio donde muerto lo hayas mandado echar.

La angustia del llanto no le permitió al príncipe contestar. Por lo cual la joven, sintiendo haber llegado su último fin, estrechando contra su pecho el muerto corazón, dijo:

—Quedad con Dios, que ya me voy.

Y velados los ojos, y perdidos por entero los sentidos, abandonó esta triste vida. Tan doloroso fin como oído habéis, tuvieron los amores de Guiscardo y Guismunda, cuyos cadáveres, Tancredo, después de mucho llorar y tardíamente arrepentido de su crueldad, honrosamente hizo enterrar juntos en un mismo sepulcro, con general dolor de todos los salernitanos.

## Cuento segundo

### *El ángel Gabriel*

Fray Alberto da a entender a una mujer que el ángel Gabriel está enamorado de ella, y adoptando su figura la visita repetidas veces; después, por miedo a los padres de ella, escapándose de la casa se refugia en la de un pobre hombre, el cual, al día siguiente, le conduce, bajo la figura de un hombre salvaje, a la plaza, donde siendo reconocido, es apresado y encarcelado por sus cofrades.

La historia referida por Fiammetta había hecho asomar varias veces las lágrimas a los ojos de sus compañeras, mas una vez terminada, el rey dijo con rígido semblante:

—Poca recompensa me parecería el tener que dar mi vida por la mitad de la dicha que logró Guismunda con Guiscardo; ninguna de vosotras asombrarse debe, puesto que yo, que vivo constantemente mil muertes, sufro sin que en cambio de todas ellas ni una sola partícula de dicha se me dé. Pero dejando ahora mis cosas en su lugar, quiero que Pampinea siga hablando de historias crueles y parecidas en parte a mis accidentes: y si continúa ella, cual Fiammetta ha comenzado, sin duda alguna empezaré a sentir caer el rocío sobre el fuego en que me abraso.

Pampinea, sintiendo interiormente la orden recibida, conoció más por sus sentimientos la intención de sus compañeras que la del rey, por sus palabras, y por eso, más dispuesta a darles algún solaz, que a contentar al rey en otra cosa que en su mandato, dispúsose a referir una historieta, que sin salirse del tema propuesto fuese de risa, y empezó así:

—El vulgo suele decir que: “Quien malo es y por bueno es tenido, puede hacer el mal y no es creído”. Cuyo aforismo me proporciona abundante materia para hablar sobre el tema planteado y aun para probar cuánta y cuán grande sea la hipocresía de los frailes, quienes, con largas y holgadas vestiduras, los semblantes artificialmente pálidos, la humildad y mansedumbre de sus acentos al pedir lo ajeno, y la altanería y robustez de los mismos al censurar en los otros sus propios vicios, y al demostrar que quitando ellos y dando los demás siguen unos y otros el camino de la salvación. Y todo eso no como hombres que, al igual que nosotros, tienen que proporcionarse el paraíso, sino casi como amos y señores de éste, dándole a cada uno que se muere un sitio de él, más o menos excelente según la cantidad de dinero que les ha dejado, esforzándose en engañarse primeramente a sí propios, si en el paraíso creen, y después a aquellos que dan crédito a sus palabras.

Si de ellos me fuera lícito manifestar todo cuanto conviniera, no tardaría en declarar a muchos benditos de Dios lo que en sus holgadísimas capas llevan oculto. Más ojalá castigue Dios a todos por sus mentiras, como castigó a un fraile menor, nada joven pero de éstos que en Venecia eran tenidos por los mayores casuistas: cuya historia me place en gran manera refe-

riros para ver si logro convertir en risa y alegría la piedad de que están llenos nuestros pechos por la muerte de Guismunda.

Hubo, pues, en Imola, amables damas, un hombre de mala y corrompida vida que se llamó Berto de la Massa, cuyas vituperables acciones muy conocidas de los imoleses le llevaron al extremo de que no había en Imola quien creyera, no ya sus mentiras sino sus verdades: por lo cual comprendiendo que allí sus truhanerías eran ya imposibles, trasladóse como desesperanzado a Venecia, receptáculo de toda asquerosidad, y allí pensó hallar nuevo campo para sus maldades. Y, como si le remordiera la conciencia por las malas obras cometidas por él en lo pasado, demostrándose dominado por una suma humildad y habiéndose convertido más católico que otro hombre cualquiera, fue y se hizo fraile menor y se hizo llamar fray Alberto de Imola; y bajo este hábito empezó a aparentar una vida áspera y a elogiar mucho la penitencia y la abstinencia, sin que jamás comiera carne o bebiera vino, cuando no tenía de éste ni de aquélla que fueran de su gusto.

Apenas se hubo dado cuenta nadie de ello cuando súbitamente convertido de ladrón, de rufián, de falsario y de homicida en un gran predicador, sin haber abandonado por eso los vicios antedichos, cuando oculta-mente los hubiere podido poner en ejecución. Y habiéndose además hecho presbítero, cuando celebraba, si era visto por muchos, siempre en el altar lloraba la Pasión, ya que poco le costaba el llorar cuando quería.

Y con sus sermones y sus lágrimas, supo en poco tiempo engañar de tal suerte a los venecianos, que casi de todos los testamentos que allí se hacían, se le nombraba executor testamentario, heredero de confianza o depositario de muchos capitales, confesor y consejero casi de la mayor parte de los hombres y de las mujeres; y obrando así, convertido se había de lobo en pastor y su fama de santidad era en aquellos lugares mucho mayor de la que tuvo san Francisco de Asís.

Ahora bien: acaeció que una mujer joven, necia y tonta, llamada Lisetta de Quirini, esposa de un importante mercader que había ido a Flandes con las galeras, fue con otras mujeres a confesarse con aquel santo monje.

Hallándose ésta a sus pies, como que era veneciana, y éstas todas pecan de ligeras, después que le hubo dicho parte de sus pecados, preguntóle fray Alberto si tenía algún amor. A quien ella con mala cara, contestó:

---¿Cómo, señor monje! ¿Dónde tenéis los ojos? ¿Paréceos mi belleza hecha como la de esas otras? De sobra tendría, si yo quisiera; pero no es mi hermosura para dejarme amar de cualquiera. ¿Cuántas veis, cuya hermosura sea hecha como la mía, que hasta en el paraíso sería bella?

Y siguió diciendo tantas cosas de su hermosura, que llegó a causar fastidio el oírlas.

Fray Alberto comprendió en seguida que aquella mujer era boba y, pareciéndole terreno cultivable para él, enamoróse de ella de improviso y de un modo extraordinario; pero, reservándose para tiempo más oportuno las lisonjas, aquella vez, para darse tono de santidad, empezó a reprenderla y a decirle que aquello era vanagloria, y otras cosas por el estilo: por lo cual, la

mujer le dijo que era un estúpido y que no sabía distinguir de hermosuras. Por tal razón, fray Alberto, no queriendo excitarla demasiado, en cuanto hubo terminado la confesión, la dejó que se marchase con las otras.

Transcurridos algunos días, tomando un compañero de su confianza, se fue a casa de Lisetta y retirándose aparte con ella en una sala donde de nadie ser vistos podían, se arrojó de rodillas a sus pies y le dijo:

—Por Dios, os ruego, señora, que me perdonéis por lo que el domingo os dije al hablarme vos de vuestra hermosura, pues tan cruelmente castigado fui por ello a la noche siguiente, que hasta hoy no he podido abandonar el lecho.

Preguntó entonces la boba:

—¿Y quién os castigó así?

—Yo os lo diré —contestó fray Alberto—: hallándome aquella noche en oración, como siempre suelo estar, vi súbitamente en mi celda un gran resplandor, y antes que pudiera volverme para ver qué era aquéllo, vi encima de mí a un hermosísimo joven con un grueso bastón en la mano, quien cogiéndome por la capa y arrojándome a sus pies, tantos palos me dio, que me descoyuntó todo. Preguntéle después por qué había hecho esto, y me respondió:

“Porque has pretendido reprender hoy la celestial hermosura de la señorita Lisetta, a quien, después de Dios, amo sobre las demás cosas”.

—¿Quién sois? —pregunté entonces yo.

Y él me respondió que era el ángel Gabriel.

—¡Oh, Señor! —exclamé yo—, ruégoos que me perdonéis.

Y él entonces repuso:

—“Yo te perdono con la condición de que vayas a verla tan pronto como puedas, y te hagas perdonar por ella: y si ella no te perdona, volveré yo aquí, y te daré tantos palos que te dejaré molido por todo el resto de tu vida”.

—Lo que después me dijo no me atrevo a decíroslo si antes no me perdonáis.

Aquella cabeza hueca, que era bastante necia, sentía extremo gozo al oír estas palabras, creyéndolas muy ciertas, y tras breves instantes, dijo:

—Bien os decía yo, padre Alberto, que mi belleza era celestial; pero, así Dios me ayude, me compadezco de vos y, a fin de que no os vuelva a hacer daño, desde ahora os perdono, con tal que vos me digáis ahora lo que después os dijo el ángel.

Fray Alberto repuso:

—Puesto que me habéis perdonado, señora, os lo diré gustoso; pero una cosa os advierto, y es que, lo que yo os diga, os guardaréis de decirlo a persona alguna de este mundo si no queréis echar a perder vuestra suerte, pues sois la mujer más afortunada que existe hoy en la tierra. Esto el ángel Gabriel me dijo que os dijera, que le gustabais tanto, que muchas veces habría venido a colocarse de noche a vuestro lado, a no haber sido para no asustaros. Ahora él me envía a vos diciendo por mi boca, que quiere venir a visitaros una noche y pasar con vos unos instantes. Y como que es ángel y viniendo en fi-



gura de ángel vos no le podríais tocar, dice que, para daros gusto, quiere venir en figura de hombre, y por eso dice que le enviéis a decir cuándo queréis que venga, y bajo qué figura, y vendrá; de lo cual vos, más que toda otra mujer viviente, podéis teneros por dichosa.

La necia mujer, dijo entonces, que mucho le placía que el ángel Gabriel la amase, pues ella le amaba tanto a él, que jamás dejaba de encender una vela de un *mattapan*<sup>1</sup> dondequiera que pintada veía su imagen; y que viniese a encontrarle a cualquier hora que quisiera, que sería bien recibido y que la hallaría completamente sola en su habitación, pero con la condición de que no la tenía que dejar por la Virgen María, pues le habían dicho que él la quería muchísimo y hasta parecía que dondequiera que ella le veía, estaba ella de rodillas delante de él; y que a más de eso, podía presentársele bajo la figura que quisiera, con tal que no la asustase.

Dijo entonces fray Alberto:

—Cuerdamente habláis, señora; y con él arreglaré yo perfectamente lo que me decís. Pero podéis concederme una gran gracia, que a vos nada os costará; y la gracia es la de que queráis que él venga con este cuerpo mío. Y oíd en lo que consistirá la gracia que vos me haréis: que él me sacará del cuerpo mi alma y la meterá en el paraíso, y él entrará en mí, y cuanto tiempo esté con vos, otro tanto tiempo permanecerá mi alma en el paraíso.

Contestó entonces la necia:

—Pláceme bien: quiero que, en cambio de los azotes que por culpa mía os dio, tengáis vos este consuelo.

Entonces repuso fray Alberto:

—Haced, pues, que esta noche halle él abierta la puerta de vuestra casa, de manera que pueda entrar por ella, pues viniendo en cuerpo humano como vendrá, únicamente por la puerta entrar podría.

Respondió la mujer que así se haría.

Marchóse fray Alberto, y quedó ella tan regocijada, que no le tocaba la camisa al cuerpo, pareciéndole que aún tardaría mil años en venir a verla el ángel Gabriel.

Fray Alberto, discurriendo que por la noche debía más bien ser caballero que ángel, púsose a darse ánimos con dulces y otras cosas buenas, a fin de que no se viera fácilmente apeado.

Y después de haber obtenido la licencia correspondiente, cuando fue de noche, entró con un compañero en casa de una amiga suya de quien otras veces se habían servido cuando andaba de correría; y cuando le pareció hora oportuna, habiendo operado en él una transformación, se encaminó desde allí a casa de Lisetta, y una vez entrado en ella con los ropajes blancos que consigo había llevado, se transfiguró en ángel, y yendo arriba, penetró en la habitación de la mujer.

La cual, en cuanto vio aquella cosa blanca, se arrodilló delante, y el ángel la bendijo, la levantó y le hizo señas de que se acostara.

<sup>1</sup> Moneda veneciana, equivalente a cuatro sueldos italianos, introducida en 1193 y abolida en el siglo xv.

Lo cual ella, ganosa de obedecer, efectuó con presteza, haciendo luego otro tanto el ángel junto a su devota.

Fray Alberto era guapo y robusto, y le sentaban muy bien las piernas en el cuerpo; por lo cual, al hallarse con Lisetta, que era mórbida y lozana, tratándola de distinta manera que su marido, muchas veces voló sin alas durante la noche, de lo cual ella por muy contenta se tuvo, diciéndole además él muchas cosas de la gloria celestial.

Después, como se aproximara el día, disponiéndose a volverse, salió con sus trastos y se volvió adonde su compañero, a quien, para que durmiendo solo miedo no tuviera, la buena mujer de la casa había hecho amigable compañía.

Lisetta, haciéndose acompañar por una sirvienta, fue a ver a fray Alberto, en cuanto se hubo desayunado y le dio noticias del ángel Gabriel y le dijo lo que de él había oído sobre la gloria de la vida eterna, y le explicó cómo estaba formado, agregando a todo esto sorprendentes fábulas.

A lo cual fray Alberto contestó:

—Ignoro, señora, cómo estuvisteis con él; lo que sé es que esta noche, al venir él a mí y al haberle transmitido vuestro embajada, condujo súbitamente mi alma en medio de tantas flores y tantas rosas, que jamás desde aquí se vieron tantas, y permanecí en uno de los más deliciosos lugares que jamás viera, hasta hoy al amanecer: lo que de mi cuerpo había sido, lo ignoro.

—¿No os lo dije ya? —replicó la mujer—: vuestro cuerpo estuvo toda la noche en mis brazos con el ángel Gabriel; y si no me creéis, miraos debajo la tetilla izquierda, donde le di tan expresivo beso al ángel, que os conservará la señal bastantes días.

Dijo entonces fray Alberto:

—Pues haré yo una cosa que no hice ya desde largo tiempo y será desnudarme, para ver si decís verdad.

Y después de mucho charlar, volvióse la mujer a su casa y después, fray Alberto estuvo muchas veces a visitarla bajo la figura de ángel, sin hallar obstáculo alguno.

Cierto día, sin embargo, acaeció que hallándose la señora de Lisetta con una comadre mujer, discutiendo sobre bellezas, la primera, que tenía poco seso, queriendo poner la suya por encima de todas las demás, dijo:

—Si supierais a quién agrada mi belleza, no os atreveríais, en verdad, a elogiar la de las otras.

La comadre, deseosa de saber, conociéndola muy bien, le dijo:

—Decir verdad podréis, señora; pero mientras no se sepa quién sea ése, de seguro que otras no se decidirían a creeros tan de ligero.

Entonces, la mujer a la cual fácilmente se conducía a charlar de lo que halagaba su vanidad, contestó:

—No está bien el nombrarle, comadre; pero os diré que mi amante es el ángel Gabriel, el cual me quiere más que a sí propio, por ser, según él me dice, la mujer más hermosa que existe en el mundo.

Ganas de reír le dieron entonces a la comadre; pero se reprimió para hacer que se explicara más, diciéndole:

—A fe mía, señora, que si el ángel Gabriel es vuestro amante y os dice eso, a la fuerza tiene que ser así; pero yo no creía que los ángeles hiciesen esas cosas.

—Comadre —replicó Lisetta—, estáis en un error: lo hace mejor que mi marido y dice que es como allá arriba se hace; pues por parecerle más hermosa que ninguna de las que hay en el cielo, es por lo que se ha enamorado de mí y viene a visitarme con frecuencia: me parece que hablo claro.

A la comadre, en cuanto salió de casa de Lisetta, se le tardaba la hora de ir adonde pudiera repetir lo que acababa de decírsele; así fue que, reuniéndose en una fiesta con una numerosa comitiva de mujeres, detenidamente les contó la historia. Estas mujeres la dijeron a sus maridos y a otras mujeres y éstas a otras; así es que, en menos de dos días, circulaba la historia por toda Venecia. Mas entre los muchos a cuyos oídos llegó la historia, halláronse los cuñados de Lisetta, los cuales, sin decir palabra, pusieron empeño en hallar a ese ángel y saber si volar sabría, a cuyo efecto estuvieron varias noches apostados. Acaeció que algún rumor de ésos llegó a los oídos de fray Alberto, el cual, con el propósito de reprender a Lisetta, fue cierta noche a casa de ella; mas apenas se había desnudado, cuando los cuñados de ésta, que le habían visto llegar, fueron a la puerta de la habitación para abrirla; como fray Alberto oyese ruido, sospechando lo que era se levantó, mas no sabiendo dónde refugiarse, abrió una ventana que daba al canal Mayor y desde allí se arrojó al agua. Mucho fondo había allí, más él sabía nadar bien, por lo cual no se hizo daño alguno. Habiendo sido notado desde la orilla opuesta del canal, entró precipitadamente en una casa que se había abierto, rogando a un buen hombre que en ella había que le salvara por amor de Dios la vida, contando mil patrañas para explicar el porqué se hallaba en aquel sitio desnudo y a tal hora.

Movido a piedad el buen hombre y conviniéndole ir a sus quehaceres, hízole acostar en su cama, diciéndole que permaneciese allí hasta su regreso, y encerrándole dentro se fue a su tarea.

Habiendo penetrado los cuñados de Lisetta en la habitación de ésta, encontraron que el ángel Gabriel había volado, dejando allí las alas: de lo cual, casi descorazonados, dijéronle a la mujer mil desvergüenzas, acabando por dejarla desconsolada y volviéndose a su casa con la indumentaria del ángel. A todo esto hízose de día: hallándose el buen hombre en el Rialto, oyó decir que aquella noche el ángel Gabriel había ido a visitar a la señora Lisetta y que, habiéndole sorprendido allí los cuñados de ésta, dominado por el miedo se había arrojado al canal, ignorándose lo que de él había sido: por lo cual, desde luego sospechó que el hombre que en su casa tenía debía ser el ángel de la historia. Y volviéndose a casa, después de haberle reconocido, tras mucho conversar con él halló medio de decirle que si no quería ser entregado a los cuñados de la señora Lisetta, debía aprontarle cincuenta ducados, haciéndolo así.

Después de esto, como fray Alberto deseara salir de allí, díjole el buen hombre:

—Aquí no hay medio alguno como no queráis serviros de uno especial. Nosotros hacemos hoy una fiesta a la cual llevamos, quién un hombre

disfrazado de oso, quién otro representando un salvaje y otros disfraces por el estilo: en la plaza de San Marcos se hace un simulacro de cacería, terminado éste queda concluida la fiesta, y cada cual se va con el que ha traído consigo adonde mejor le acomoda: si vos queréis que, para que no se pueda averiguar que estáis aquí os lleve con alguno de esos disfraces, podré conducirlos adonde queráis; no siendo así, no sé cómo podréis salir sin ser conocido y los cuñados de la señora Lisetta, como sospechan que debéis hallaros en algún sitio de estas inmediaciones, por todas partes han puesto centinelas para atraparlos.

Aun cuando a fray Alberto le parecía cosa dura adoptar semejante disfraz, consintió, empero, inducido por el miedo que les tenía a los parientes de Lisetta, diciendo a su huésped que estaba conforme en que le llevara adonde y como quisiera. Éste le untó con miel de la cabeza a los pies, cubrióle todo de pequeñas plumas, le colgó una cadena al cuello, púsole una careta en el rostro, en una mano un grueso bastón y en la otra una cuerda, a la cual estaban atados dos enormes perros que trajera del matadero, y envió a un individuo al Rialto para que pregonara que quien quisiera ver al ángel Gabriel acudiera a la plaza de San Marcos: ésta fue una muestra de lealtad veneciana. Hecho esto, algunos instantes después le sacó y se lo puso delante, siguiendo él detrás aguantando la cadena, no sin gran gritería de muchos que no cesaban de decir: “¿Qué es eso? ¿Qué es eso?” Condújole a la plaza donde, entre los que habían venido en pos de ellos y los que, habiendo oído el pregón, habían venido al Rialto, hallábase reunido innumerable gentío. Llegados allá, el veneciano ató su hombre salvaje a una columna en sitio visible y elevado, fingiendo que aguardaba la hora de la cacería; mas como estaba untado de miel, molestábanle en gran manera los tábanos y las moscas. Cuando el otro vio bien llena la plaza, fingiendo desencadenar su hombre salvaje, quitóle a fray Alberto la careta diciendo: “Señores, puesto que el cerdo no viene a la caza y ésta no se verifica, quiero, a fin de que no hayáis venido en vano, que veáis al ángel Gabriel, quien por la noche desciende del cielo para consolar a las mujeres venecianas”.

Apenas hubo desaparecido la careta, inmediatamente fue de todos conocido fray Alberto, contra quien se levantó universal gritería, dirigiéndose las frases más vituperables y las mayores injurias que jamás a glotón alguno se hayan dirigido, tirándole al rostro toda suerte de inmundicias; y así le tuvieron durante tan gran espacio de tiempo, que, llegando casualmente la noticia a sus cofrades, seis de ellos acudieron a la plaza, le echaron una capa encima, le desencadenaron y se lo llevaron, seguidos de atronadora gritería, a su convento, en el cual, habiendo sido encarcelado, créese que murió después de una vida miserable. Así este tal, teniéndole por bueno y no creyéndosele capaz de hacer el mal, se atrevió a hacerse pasar por el ángel Gabriel, y transformado a la larga en hombre salvaje, fue vituperado como merecía y lloró inútilmente los pecados cometidos.

¡Ojalá que a cuantos como él obren les acaezca lo mismo!

## Cuento tercero

### *Historia de tres desgraciados amores*

Tres jóvenes aman a tres hermanas y huyen con ellas a Creta: la primera, mata por celos a su amante; la segunda, entregándose al duque de Creta, libra de la muerte a la primera; el amante de la segunda mata a ésta y huye con la primera; culpase de esa muerte al tercer amante y a la tercera hermana: hechos prisioneros lo confiesan y, por temor de morir, corrompen con dinero la guardia y huyen pobres a Rodas, donde mueren en la miseria.

Filostrato, después que hubo oído el final del cuento de Pampinea y permanecido unos instantes pensativo, dijo dirigiéndose a ella: "Algo bueno y que me agradó hubo al final de vuestra historia; pero en ella hubo mucho más de risible, de lo que hubiera querido que hubiese". Volviéndose después a Lauretta añadió: "Señora, continuad vos con otro mejor si puede ser". Lauretta dijo riendo: "Demasiado cruel sois con los amantes al desearles un mal fin, mas yo, para obedeceros, contaré la historia de tres que acabaron igualmente mal, habiendo gozado poco de su amor". Y dicho esto prosiguió:

—Mis jóvenes amigas, como visiblemente podéis conocer, todo vicio puede convertirse en gravísimo daño de quien lo usa y muchas veces en el de otros; entre los que más a rienda suelta nos conducen a nuestro daño pareceme que se cuenta la ira, la cual no es otra cosa que un movimiento súbito e inconsiderado, producido por vivísima tristeza, el cual, desechando toda razón y teniendo ofuscados por tinieblas los ojos de la mente, enciende en violento furor el alma nuestra. Y si bien esto les acaece con frecuencia a los hombres, y a unos más que a otros, sin embargo, no son menores los daños que ocasiona si en las mujeres aparece, por cuanto más ligeramente se enciende en ellas, arde con más clara llama y con menos freno las impele. Ni hay para qué asombrarse de esto, pues si nos fijamos bien, veremos que el fuego de su naturaleza más pronto se prende en las cosas ligeras y mórbidas que en las duras y más compactas; y además, nosotras (y no lo tomen a mal los hombres), somos más delicadas que ellos y mucho más movedizas. Por lo cual, viéndonos naturalmente inclinadas a ello, y fijándonos luego en cuán suave y agradable les sea nuestra mansedumbre y nuestra benignidad a los hombres con quienes tenemos que estar en relación, y tan molestos y peligrosos son la ira y el furor, a fin de que con más entereza los evitemos, voy a hablar en esta historieta del amor de tres jóvenes y otras tantas mujeres que, como antes os dije, por la irascibilidad de una de ellas, se trocó de feliz en sumamente desdichado.

Como ya sabéis, Marsella está en Provenza, situada a la orilla del mar, ciudad antigua y nobilísima, donde en otro tiempo abundaron más que ahora los hombres ricos y los mercaderes importantes. Entre los cuales hubo uno llamado Narnaldo Cluada, hombre de humilde origen, pero de suma confianza y comerciante leal, desmesuradamente rico en haciendas y dinero,

el cual tenía de su esposa varios hijos, tres de los cuales eran hembras y contaban más edad que los restantes que eran varones. Dos de éstas, nacidas en un solo parto, contaban quince años de edad, la tercera sólo catorce, y para casarlas sólo aguardaban sus parientes el regreso de Narnaldo, que había ido a España con su mercancía.

Ninetta y Magdalena tenían por nombre las dos primeras; la tercera se llamaba Bertella. De Ninetta estaba locamente enamorado un joven noble, aun cuando pobre, llamado Restagnone, y estábalo también de él la muchacha; y tanto habían sabido ingeniarse, que gozaban de su amor, sin que absolutamente nadie lo supiera. Llevaban ya largo tiempo en estos gozes, cuando acaeció que dos jóvenes compañeros, de los cuales el uno se llamaba Folco y el otro Hughetto, muertos sus padres y habiendo quedado ellos sumamente ricos, se enamoraron, el uno de Magdalena y el otro de Bertella. Sabedor de esto Restagnone, por habérselo contado Ninetta, pensó que por medio del amor de aquellos dos jóvenes podría él salir de sus apuros. Y adquiriendo sucesivamente familiaridad con ellos, ya al uno ya al otro, y a veces a entrambos, acompañaba a ver a las novias de ellos y a la suya propia; y cuando le pareció haber adquirido con ellos franqueza y amistad bastantes, llamándoles cierto día a casa, les dijo:

—Queridos jóvenes, nuestro trato puede haberos convencido del gran cariño que os tengo, y que por vosotros haría cuanto haría por mí mismo; y como os estimo mucho, quiero comunicaros lo que ha acudido a mi mente, y después juntos o separados tomaremos el partido que os parezca mejor. Vosotros, si vuestras palabras no mienten, y por lo que me parece haber podido comprender por vuestros actos de día y de noche, creo que os abrasáis en ferviente amor por las dos jóvenes amadas vuestras, y a mí otro tanto me acontece con la otra hermana, a cuyo amor, si vosotros quisierais ponerlos de acuerdo conmigo, me da el corazón que hallaríamos bastante dulce y agradable remedio en lo que os voy a decir.

Vosotros sois muy ricos, cosa que yo no soy, por lo cual, si quisierais reunir todas vuestras riquezas y hacerme participar de ellas con vosotros y resolver a qué parte del mundo quisiéramos ir a vivir alegremente con ellas, infaliblemente me da el corazón que las tres hermanas, con gran parte de las riquezas de su padre, irían con nosotros a donde nosotros ir quisiéramos; y allí podríamos vivir tan contentos como no haya otros en el mundo; cada uno con la suya y como tres hermanos. A vosotros os toca desde luego decidir, si queréis aceptar o rehusar.

Los dos jóvenes, que se abrasaban de amor, al oír que poseerían a sus amadas, no emplearon mucho tiempo en deliberaciones, antes por el contrario dijeron que, a condición de que vinieran las hermanas, ellos estaban dispuestos a hacer lo que se les proponía. Pocos días después de haber obtenido de los jóvenes esta respuesta, Restagnone se encontró con Ninetta, a la cual no podía ir a ver sino con grandes dificultades; y después de haber permanecido un rato con ella, le habló de lo que con los dos jóvenes habían dicho, y empleó gran copia de razones para hacerle agradable esta empresa. Mas no le fue difícil, pues ella deseaba mucho más que él poder estar sin zo-

zobra a su lado; por lo cual, habiéndole ésta francamente contestado que le agradaba la idea y que sus hermanas harían, especialmente en eso, lo que quisiera ella, le dijo que dispusiera, lo más pronto posible, todo lo necesario a este objeto.

Volviendo a reunirse con los dos jóvenes que le preguntaban a cada instante sobre lo que les había hablado, Restagnone les dijo, que por parte de sus damas estaba conforme la cosa.

Y habiendo acordado ir a Creta vendieron algunas posesiones que tenían, con el pretexto de querer hacer negocio con su importe, y habiendo convertido en dinero todo lo demás que poseían, compraron un bergantín, lo armaron en secreto con sumo cuidado y aguardaron la fecha convenida.

Por su parte, Ninetta, que estaba bastante enterada de los deseos de sus hermanas, excitó en ellas con dulces frases tan vivo afán de lo que se les proponía, que ya se les tardaba la hora de llegar a su realización. Por lo cual, llegada la noche en que debían embarcarse, las tres hermanas abrieron un gran cofre de su padre, sacaron de él abundante cantidad de dinero y alhajas, y así provistas, salieron cautelosamente las tres de su casa, según estaba convenido, y encontraron a sus tres amantes que las esperaban: y con ellos, embarcándose sin demora, en el bergantín, a fuerza de remos se alejaron; y sin detenerse en punto alguno, a la tarde siguiente llegaron a Génova, donde los noveles amantes gozaron por vez primera los placeres de su amor. Y habiéndose aprovisionado de lo que les hacía falta, siguieron su camino y pasando de uno a otro puerto, al cabo de ocho días llegaron sin dificultad alguna a Creta, donde compraron magníficas haciendas cerca de Candia, construyendo en ellas bellas y deliciosas habitaciones. Y allí, con mucha servidumbre, con perros, aves y caballos, empezaron a vivir como nobles entre festines, comilonas y diversiones con sus amadas, y considerándose los hombres más dichosos del mundo.

Mientras así vivían, acaeció (como vemos todo el día acaecer, que aun cuando las cosas agraden mucho, cuando se tienen con abundancia empalagan) que a Restagnone, que mucho había amado a Ninetta, cuando pudo poseerla a su entero gusto y sin recelo alguno, empezó a cansarse de ella y de consiguiente a mostrársele menos enamorado. Y como en una fiesta le hubiese agradado mucho una joven del país, bella y graciosa mujer, empezó a seguirla por todas partes, a obsequiarla y a hacerle constantemente la corte; apercibiéndose de esto Ninetta, apoderáronse de ella los celos de tal manera que no podía él dar un paso sin que ella lo supiera y no le aturdiara después con quejas y recriminaciones.

Pero así como la abundancia de las cosas engendra fastidio, así la negativa de las que se desean acrecienta el apetito, y de esta suerte los reproches de Ninetta acrecentaron las llamas del nuevo amor de Restagnone. Y como que en el curso del tiempo acaeciera, tanto si Restagnone obtuvo la amistad de la mujer amada o no la obtuvo, que Ninetta, fuera lo que fuese lo que se le contara, la dio por cierta; en tan profunda tristeza cayó y de ésta pasó a tanta ira, y de consiguiente a tan gran furor que, convirtiéndose en cruel odio el amor que a Restagnone profesaba, cegada por la ira, quiso vengar con la

muerte de Restagnone la ofensa que le había parecido recibir. Y avistándose con una vieja griega, gran maestra en la elaboración de venenos, la indujo con promesas y donativos a que hiciera una agua mortífera, la cual Ninetta, sin tomar nuevo consejo dio a beber cierta tarde a Restagnone, que se hallaba acalorado y que nada sospechaba. Fue tal la virtud de aquella agua, que antes de que llegase el amanecer, le hubo matado ya. Enterados Folco y Hughetto, con sus queridas, de la muerte de Restagnone, sin saber que hubiera muerto envenenado, amargamente con Ninetta le lloraron, y con gran aparato le hicieron enterrar. Mas, pocos días después acaeció que fue reducida a prisión por otra mala acción que cometiera, la vieja que le había compuesto a Ninetta el agua envenenada, la cual, habiendo sido sometida al tormento, confesó, entre otras fechorías suyas ésta, poniendo completamente de manifiesto lo que aquel veneno había producido: por lo cual el duque de Creta, sin decir nada a nadie, encaminóse sigilosamente al palacio de Folco y se llevó presa a Ninetta, sin encontrar excusas ni contradicción alguna, y obteniendo de ella, sin emplear tormento alguno, cuanto saber quiso sobre la muerte de Restagnone. Ocultamente habían oído Folco y Hughetto de labios del duque, y de ellos lo oyeron sus queridas, la causa de la prisión de Ninetta, cosa que les desagradó en gran manera; y ponían todos sus esfuerzos en hacer que Ninetta pudiera librarse de la hoguera, a la cual comprendían que sería condenada, por habérsela bien merecido; pero todo parecía inútil, porque el duque estaba firmemente resuelto a hacer justicia.

Magdalena, que era una hermosa joven y había sido muy solicitada por el duque, sin haber jamás querido hacer cosa que a su gusto no fuera, presumiendo que, complaciéndole, podría librar de la hoguera a su hermana, por medio de un prudente mensajero le significó que se hallaba dispuesta a cuanto él le mandase, con tal que dos cosas en cambio le concediera: la primera, que tenía que recobrar a su hermana salva y libre, y la segunda, que aquella aventura se mantendría secreta.

Oída y agradándole la embajada, largamente discurrió consigo mismo el duque sobre si aceptaría o no las condiciones, mas al fin consintió y dijo que estaba dispuesto.

Así, pues, puesto de acuerdo con Magdalena, mandó arrestar cierta noche a Folco y a Hughetto, como si quisiera tomarles declaraciones sobre lo ocurrido, yéndose él secretamente al lado de la joven. Y fingiendo antes haber metido a Ninetta en un saco y tener que hacerla arrojar al fondo del mar aquella noche misma, consigo la llevó a su hermana y se la entregó en cambio de aquella noche, rogándole a la mañana siguiente al partir que aquella noche, que había sido la primera en su amor, no fuese la postrera; además de esto, le exigió que alejara a la mujer culpable, con el fin de que no fuese ocasión de censura para él, que pudiera caer de nuevo bajo el peso de la justicia.

A la mañana siguiente, Folco y Hughetto fueron puestos en libertad, habiendo oído decir, y creyéndolo, que Ninetta había sido arrojada al mar; y habiendo regresado a su casa para consolar a sus mujeres de la muerte de su hermana, aun cuando Magdalena hizo cuanto pudo para mantenerla



muy escondida, Folco se enteró de que estaba allí, de lo cual mucho se asombró, y repentinamente sospechó (por haber oído decir ya que Magdalena gustaba al duque), y le preguntó cómo podía ser que estuviese allí Ninetta.

Para explicarlo, Magdalena urdió una larga fábula, poco creída por su amante, que era malicioso, y que se empeñó en querer que le dijera la verdad, logrando, tras mucho insistir, que se la dijese. Folco, dominado por el dolor y montando en cólera, desenvainó la espada, y desatendiendo las súplicas de la joven, que le pedía misericordia, la mató; temiendo la ira y la justicia del duque, dejándola muerta en su habitación se fue a donde Ninetta estaba, y con aire sumamente afable le dijo:

—Vámonos inmediatamente a donde tu hermana ha resuelto que te conduzca yo, para que no vuelvas a caer en poder del duque.

Creyendo Ninetta esto verdad, y como el miedo la hacía desear partir, púsose en camino llegada la noche con Folco, sin atreverse a pedir que la desajasen despedirse de su hermana; con el dinero que Folco pudo reunir, que fue poco, se embarcaron en una lancha, sin que jamás se supiera a dónde habían arribado.

Al día siguiente, y como se encontrase asesinada a Magdalena, hubo algunos que, por envidia y odio que hacia Hughetto tenían, se lo fueron a comunicar en seguida al duque; éste que amaba mucho a Magdalena, corrió precipitadamente a casa de ésta, prendió a Hughetto y a su compañera, y a ellos, que nada sabían aún de todo eso, es decir, de la partida de Folco y de Ninetta, les obligó a confesar que ellos, junto con Folco eran los culpables de la muerte de Magdalena, por cuya confesión temieron éstos con razón que se les condenaría a muerte, y con gran astucia corrompieron a sus guardianes, dándoles cierta cantidad de dinero que conservaban escondido en su casa para casos imprevistos, y junto con los guardianes, y sin tiempo para poder recoger algo de lo suyo, entrando en una barca, huyeron de noche a Rodas, donde vivieron poco tiempo en la miseria. A tal extremo les condujo a todos el loco amor de Restagnone y la ira de Ninetta.

## Cuento cuarto

### *La hija del bey de Túnez*

Gerbino, faltando a la palabra dada al rey Guillermo, su abuelo, ataca una nave del bey de Túnez, para apoderarse de una hija suya, y como los del buque le dan muerte a ésta, mátales él, y a él después le es cortada la cabeza.

Callada Lauretta, terminada ya su historia, los oyentes se compadecían entre sí de la desventura de los amantes, censurando unos la ira de Ninetta y diciendo quién una cosa, quién otra, cuando el rey, como saliendo de profunda meditación, alzó la cabeza e hizo seña a Elisa de que tomara su turno, efectuándolo ésta con humilde entonación en estos términos:

—Bastantes son los que creen, amables damas, que Amor, únicamente prendado por los ojos, envía sus saetas, burlándose de los que quieren sostener que hay quien por los oídos se puede enamorar; que éstos se equivocan aparecerá claramente en una historia que pretendo referir, en la cual veréis que, no solamente ha hecho esto la fama, sin haberse jamás visto, sino que se os pondrá de manifiesto que les condujo a uno y otra a miserable muerte.

Guillermo II, rey de Sicilia, según afirman los sicilianos, tuvo dos hijos: uno varón llamado Ruggieri y otra hembra llamada Constanza. Ruggieri, muriendo antes que su padre, dejó un hijo llamado Gerbino, cuyo hijo, cuidadosamente criado por su abuelo, llegó a ser un bellissimo joven, famoso en proezas y en cortesía. No solamente no quedó encerrada su fama en los límites de Sicilia, sino que, extendiéndose por diversas partes del mundo, hablábase mucho de ella en Berbería, tributaria en aquellos tiempos del rey de Sicilia.

Y entre aquellos a cuyos oídos llegó la magnífica fama del valor y de la cortesía de Gerbino, hubo una hija del bey de Túnez, la cual, según decían cuantos la habían visto, era una de las criaturas más hermosas que jamás formada había sido por la naturaleza y la más educada y de noble y grande inteligencia. Gustábale a ésta oír hablar de los hombres animosos, y con tanto cariño acogía las heroicidades llevadas a cabo por Gerbino, referidas ya por uno ya por otro, y de tal manera le agradaban, que figurándose a sí propia la clase de hombre que debía ser, perdidamente se enamoró de él, y de él más que de otro gustosa hablaba y escuchaba a quien se ocupaba del mancebo.

Por otra parte, había llegado a Sicilia, como a otras partes, la inconcebible fama de la belleza y del valor de la joven, y estas alabanzas habían herido, no sin gran complacencia ni en vano, los oídos de Gerbino. De modo que no menos se había enamorado él de ella de lo que ella de él se había enamorado. Por cuyo motivo, hasta tanto que de su abuelo impetrase plausible motivo para ir a Túnez, sumamente ansioso de verla, a todos cuantos amigos suyos iban allá les encomendaba que le comunicasen, a serles posible, su secreto e inmenso amor por los medios que mejor les pareciese, y que de ella noticias le trajeran.

Alguno de ellos, con gran sagacidad, lo efectuó, llegándole a enseñar joyas femeninas, como hacen los mercaderes, y comunicándole abiertamente la pasión de Gerbino y ofreciéndole estar él y todas sus cosas dispuestas a obedecer sus órdenes.

La joven recibió con alegría al embajador y la misiva, contestándole que ella se abrasaba en igual amor, enviándole, en testimonio de eso, una de sus más preciadas joyas. Recibióla Gerbino con tanta alegría como recibirse puede el objeto más querido; y por aquel mismo emisario varias veces le escribió y le mandó valiosos regalos, habiendo concertado entre los dos verse y tocarse si la fortuna se lo permitía.

Pero andando así las cosas, y prolongándose algo más de lo que hubiera convenido, siendo cada día mayor la pasión en que se abrasaban ella y él, ocurrió que el bey de Túnez la cedió en matrimonio al rey de Granada,

de lo cual se apesará ella en gran manera, pensando que no solamente se alejaba de su amante por la distancia, sino que le era casi totalmente arrebatada, y si hubiera visto medio de evitar que esto sucediera, gustosa habría huido de su padre y se habría ido a reunir con Gerbino. Sabedor éste de dicho matrimonio, también él vivía sumamente acongojado, y entre sí discurría para ver si podía hallar modo de apoderarse de ella a la fuerza si era por mar conducida a su marido.

Sabiendo algo de este amor y del propósito de Gerbino el bey de Túnez, no teniendo seguridad bastante en su propio valor y fuerzas, al llegar la época en que debía enviar su hija a Granada, mandó al rey Guillermo un mensajero para indicarle lo que tenía que hacer y lo que haría si el rey le aseguraba que ni Gerbino ni otros por él se lo habían de impedir. El rey Guillermo que era muy anciano y nada había oído decir del amor de Gerbino, no presumiendo por éste fuera por quien tal seguridad se le pidiera, se la concedió sin vacilar y en señal de su aceptación envió uno de sus guantes al bey de Túnez. Éste, cuando tuvo tal seguridad, hizo aprestar una espaciosa y magnífica nave en el puerto de Cartagena y proveerla de todo cuanto se necesitaba para quien en ella ir debía y adornarla y acondicionarla para mandar en ella a Granada su hija, sin aguardar otra cosa ya que la buena disposición del tiempo. La joven, que todo esto sabía y veía, envió secretamente un servidor suyo a Palermo y le ordenó que de su parte saludara al bello Gerbino y le dijera que dentro de pocos días se embarcaría ella para Granada, por lo cual era llegada la ocasión de probar si era hombre tan valiente como se decía y si la amaba tanto como tantas veces le había manifestado.

Cumplió perfectamente el mensajero el encargo que se le hiciera y regresó a Túnez.

Al oír esto, Gerbino, sabiendo que su abuelo el rey Guillermo había dado seguridades al bey de Túnez, no sabía qué hacer; mas, impelido por el amor, habiendo comprendido el mensaje de la joven tunecina y para no aparecer vil dirigióse a Mesina, mandó armar allí apresuradamente dos ligerísimas galeras y habiendo embarcado en ellas a valientes hombres, encaminóse con ellas hacia Cerdeña, presumiendo que por allí debería pasar la nave de su amada.

No tardó en ver confirmada su presunción, pues a los pocos días de estar allá apareció la nave con poco viento no muy lejos del sitio donde esperándola se había apostado.

Al verla, Gerbino dijo a sus compañeros:

—Si tan valientes sois, caballeros, como por tales os tengo, creo que ni uno habrá de vosotros que no haya sentido o sienta amor sin el cual, a mi entender, ningún mortal puede poseer virtud ni bien alguno, y si habéis estado o estáis enamorados, no os será difícil comprender lo que deseo. Yo amo y el amor me induce a daros esta molestia. Lo que yo amo reside en la nave que vosotros veis, cuya nave, junto con lo que yo más deseo, está llena de numerosas riquezas que, si sois hombres de valor, combatiendo virilmente con poca fatiga podemos conquistar, de cuya victoria sólo pretendo

que me toque en parte una mujer, pues por su amor empuño las armas; todo lo demás queda libremente vuestro desde ahora. Vamos, pues, y asáltelos con fortuna la nave; Dios, favorable a nuestra empresa, no dándole viento nos la mantiene aquí inmóvil.

No necesitaba hablar tanto Gerbino, pues los marineros que con él iban, ávidos de rapiña, estaban dispuestos ya a hacer aquello que con sus palabras Gerbino les animaba. Por lo cual, prorrumpieron en grandes gritos al terminar su arenga de que así fuera, sonaron las trompas, tomaron las armas, pusiéronse a remar y llegaron pronto a la nave.

Los que a bordo de la nave se hallaban al ver de lejos acercarse las galeras, no pudiendo escapar, a la defensa se dispusieron.

Llegados allí, Gerbino dio orden de que si no querían pelear fuesen enviados a las galeras los que las naves mandaban.

Los sarracenos, en cuanto se hubieron asegurado de quiénes eran y de lo que pedían, le contestaron que al atacarle faltaban a la promesa que habían hecho al bey; en señal de esto enseñaron el guante del rey Guillermo, y se negaron resueltamente a rendirse como no fuera combatiendo, ni entregarles cosa alguna que dentro de la nave se hallara.

Gerbino, que en la popa de la nave había visto a la joven sarracena, mucho más hermosa aún de lo que él la concibiera, al enseñarle el guante, más enardecido que nunca, respondió que, como allí no había halcones, tampoco había necesidad de guantes, que por lo tanto, si no querían entregar aquella mujer se aprestaran al combate.

Y sin esperar más empezaron con fiereza a asaetarse y apedrearse unos con otros, y con gran daño por ambas partes, largo rato de esta suerte combatieron.

Por último, viendo Gerbino que poco adelantaban, cogió una barquichuela que habían traído de Cerdeña, y pegándole fuego, con ambas galeras la acercaron a la nave.

Al ver esto los sarracenos, comprendieron que necesariamente debían rendirse o morir, hicieron subir sobre cubierta a la hija del bey que bajo cubierta lloraba, lleváronla a la proa de la nave y llamando a Gerbino, ante sus ojos la degollaron sin atender sus gritos pidiendo misericordia y auxilio, y arrojándola al mar, dijeron:

—Toma, te la damos tal como te la podemos dar, y tal como tu lealtad la ha merecido.

Gerbino, al ver su crueldad, ansioso de morir y sin hacer caso de sacas ni de piedras, hízose acercar a la nave y subiendo a ella a despecho de cuantos allí estaban y a semejanza de un león hambriento llegado en medio de un rebaño, degollando ora a éste, ora a aquél, con los dientes y las uñas sacia su ira y armado de una espada hirió uno tras otro a los sarracenos, matando cruelmente gran número de ellos.

Y como aumentara el fuego en la incendiada nave, mandó a los marineros que sacaran de ella todo lo que pudieran para su reparto y luego volvió a su galera poco satisfecho por la victoria que sobre sus adversarios había obtenido.

Haciendo luego recoger del mar el cadáver de su amada lloró mucho; y regresando a Sicilia, con gran solemnidad lo hizo enterrar en Urtica, pequeña isla casi frente a Trapani y dolorosamente afligido se volvió a su morada.

El bey de Túnez, sabedor de lo acaecido, mandó al rey Guillermo sus embajadores vestidos de negro, lamentándose de la palabra que mal cumplida le había sido y refiriéndole la manera cómo a ella habíase faltado.

De lo cual, sumamente turbado el rey Guillermo, no viendo medio de poder negar la justicia que se le pedía, hizo prender a Gerbino, y sin atender a ninguno de sus varones que con vivas súplicas se esforzaban en hacerle desistir, le mandó decapitar en su misma presencia, prefiriendo quedar sin nieto a ser tenido por rey sin palabra.

Tan desgraciadamente y de tan mala muerte murieron, como os llevo dicho, en pocos días los dos amantes, sin haber probado fruto alguno de su amor.

## Cuento quinto

### *El tiesto de albahaca*

Los hermanos de Isabel matan al amante de su hermana: éste se le aparece en sueños y le indica el sitio donde está enterrado. Ella desentierra oculta-mente la cabeza y la coloca en un tiesto de albahaca; y llorando encima de él cada día durante largo rato, los hermanos se lo quitan, y ella muere de dolor.

Terminado el cuento de Elisa, el rey, después de elogiarla algo, invitó a Filomena a hablar, y ésta, vivamente compadecida del desdichado Gerbino y de su amada, después de un doloroso suspiro, empezó:

—Mi historia, amables damas, no será de gentes de tan elevada categoría como lo fueron los protagonistas de que Elisa ha hablado, mas no por eso será menos lastimera y a acordarme de ella me lleva a Mesina, citada hace poco, y donde acaeció el suceso.

Había, pues, en Mesina, tres jóvenes hermanos, comerciantes, y que habían quedado bastante ricos, después de la muerte de su padre, quien era de San Gimignano; tenían éstos una hermana llamada Lisabetta, bastante joven, hermosa y bien educada, la cual fuera por lo que fuere, no habían casado aún. Además, estos tres hermanos tenían en una tienda suya a un jovencito pisano llamado Lorenzo, que dirigía y ejecutaba todos sus asuntos, el cual, como era bastante guapo y muy galante, como Lisabetta le hubiese visto muchas veces, empezó a gustarle a ésta de una manera extraordinaria; y como de ello varias veces se apercibiera Lorenzo, empezó también a renunciar a sus amores de fuera para dedicarse a ella; y tal anduvo la cosa que, como uno a otro se agradasen, no pasó mucho tiempo sin que, seguros de su mutuo cariño hiciera cada cual lo que más deseaba.

Y continuando en esto, y teniendo juntos bastante buen tiempo y placer, usaron de tan poca cautela, que cierta noche, al ir Lisabetta adonde Lorenzo dormía, el mayor de los hermanos lo averiguó sin que ella lo advirtiera. Éste, como era un joven muy prudente, aun cuando le era muy desagradable saber esto, movido por buen fin, empezó a discurrir varias cosas y a formar a sus solas diversas combinaciones sobre este suceso, pasando así hasta la mañana siguiente.

Llegado el día, refirió a sus hermanos lo que la noche pasada había visto de Lisabetta y de Lorenzo, y después de mucho conferenciar junto con ellos resolvió, a fin de que no cayese sobre ellos ni sobre su hermana infamia alguna, disimular y hacer como si nada hubiesen visto ni sabido, hasta tanto que llegase la ocasión en que, sin daño ni perjuicio de ella, pudieran quitarse de delante esta humillación antes de que pasara más adelante.

Y manteniéndose en tal disposición bromeando y riendo con Lorenzo como solían, acaeció que haciendo como que salían de la ciudad para divertirse los tres lleváronse consigo a Lorenzo. Llegados a un sitio muy solitario y distante, viendo llegada la ocasión, mataron a Lorenzo, que nada sospechaba, lo enterraron de manera que nadie se diera cuenta de ello, y al regresar a Mesina, dijeron que le habían enviado para asuntos de ellos, lo cual sin dificultad se creyó porque era cosa que hacían con frecuencia. Como Lorenzo no volviera y Lisabetta preguntara por él a los hermanos con mucha frecuencia e interés, por serle penosa su larga ausencia, acaeció cierto día que, como ella preguntara con mucha insistencia, uno de sus hermanos le dijo:

—¿Qué significa esto? ¿Qué tienes que ver tú con Lorenzo, que tan a menudo preguntas por él? Si sigues preguntándonos, te daremos la respuesta que necesitas.

Por lo cual la joven, triste y afligida, temiendo sin saber el qué, absténase de preguntar, y muchas veces, durante la noche, lastimeramente le llamaba y le suplicaba que viniera, y a veces con abundantes lágrimas se lamentaba de su dilatada ausencia, siempre intranquila y esperando siempre. Cierta noche acaeció que, después de haber llorado ésta a Lorenzo que no volvía, y como se hubiese dormido llorando junto a la ventana, durante el sueño se le apareció Lorenzo, pálido y todo descompuesto, con las ropas destrozadas y podridas, que le pareció a ella que le decía:

—¡Oh Lisabetta! Tú no cesas de llamarme y de entristecerte con mi prolongada ausencia, y cruelmente me acusas con tus lágrimas; sábet, pues, que no puedo volver más al mundo, porque, el último día que me viste, tus hermanos me mataron.

Y designándole el sitio donde le habían enterrado, díjola que no le llamara ni le aguardara más, y desapareció.

La joven, al despertar, lloró amargamente, dando crédito a la visión. Después, al levantarse por la mañana, no atreviéndose a decir cosa alguna a sus hermanos, resolvió ir al lugar designado y ver si era verdad lo que el sueño le había advertido; y habiendo obtenido permiso para ir a pasear por las afueras de la ciudad en compañía de una que antes a su servicio había es-

rado, y que sus cosas sabía, encaminóse tan pronto como pudo a dicho sitio, y separando las hojas secas que en aquel sitio había, púsose a cavar donde le pareció menos dura la tierra. Poco hubo cavado, cuando encontró el cuerpo de su desdichado amante que en nada aparecía corrompido, en lo cual evidentemente conoció haber sido cierta su visión. De lo cual, incomparablemente afligida, comprendiendo que no era aquel sitio de llorar, de buena gana, a haberle sido posible, todo el cuerpo habríase llevado, para darle más honrosa sepultura, pero viendo que esto no le era posible, con un cuchillo le separó, como mejor pudo, la cabeza del tronco y envolviéndola en una toalla, y echada tierra sobre el resto del cadáver, la colocó en el delantal de la criada, sin haber sido vista de nadie, y de allí se alejó y se volvió a su casa. Una vez en ella, encerróse en su habitación con aquella cabeza, encima de la cual lloró tan abundante y amargamente que la lavó con sus lágrimas, estampando mil besos en ella. Después tomó un grande y bonito tiesto, de éstos en los cuales se plantan la mejorana o la albahaca, y la colocó dentro de él envuelta en un rico paño, y después, acabando de llenar de tierra el tiesto, plantó en él algunas plantas de bellísima albahaca de Palermo, las cuales jamás regaba con agua alguna que no fuese agua de rosas o de azahar o sus propias lágrimas; y había tomado la costumbre de sentarse junto a aquel tiesto, y acariciarlo con vivísimo afán, como que oculto en él tenía a su Lorenzo; y después de haberlo acariciado mucho inclinábase sobre él echándose a llorar por tan largo espacio de tiempo, que toda la albahaca bañaba con su llanto. La albahaca, ya por el prolongado y continuo cuidado, ya por la gordura de la tierra, procedente de la cabeza corrompida que dentro de ésta había, creció muy lozana y muy olorosa. Y como la joven guardase de continuo esta actitud, varias veces le vieron sus vecinos quienes, como sus hermanos se extrañaban de su agotada hermosura y de que los ojos parecían salirse de la cara, les dijeron:

—Nosotros sabemos que todo el día está así.

Oyendo esto sus hermanos y fijándose en ello, la reprendieron algunas veces y, como nada consiguieran, a escondidas de ésta hicieron que se le quitase la maceta. Al encontrársela a faltar, pidióla ella repetidas veces con insistencia suma; y como no se la devolvieran, anegada en incesante llanto cayó enferma, y en su enfermedad jamás otra cosa pedía que su maceta. Mucho les sorprendía a los hermanos tal petición, y quisieron ver qué era lo que había en aquel tiesto; y una vez quitada la tierra, vieron el paño y en él la cabeza, no tan descompuesta todavía, que en lo rizado de sus cabellos no reconocieran ser la de Lorenzo. De lo cual mucho se admiraron, y temiendo que se averiguase algo, tras de enterrar la cabeza salieron cautelosamente de Mesina y se trasladaron a Nápoles. La joven, no cesando de llorar, y pidiendo siempre la maceta, llorando murió, y así tuvo término su desventurado amor.

Habiendo llegado algún tiempo después tan triste caso a noticia de muchos, hubo alguno que compuso una canción sobre él que todavía hoy se canta.

## Cuento sexto

### *Los dos sueños fatales*

Andreuola ama a Gabriotto: le refiere un sueño que ha tenido y él le cuenta otro a ella; muere de repente en sus brazos, mientras ella con una criada suya le lleva a casa de él, son reducidas a prisión por la Señoría, y ella explica cómo pasó la cosa; el Podestá la quiere forzar, ella no lo consiente; óyelo el padre de ésta, y la hace poner en libertad, por resultar inocente; ella negándose a continuar en el mundo, se hace monja.

Muy del gusto de las damas fue la historieta contada por Filomena, porque bastantes veces habían oído cantar aquella canción sin que jamás, aun preguntándolo, hubiesen podido saber el motivo por el cual había sido hecha.

Viendo el rey que estaba terminado el cuento, ordenó a Pánfilo que hablase a su vez.

Pánfilo dijo entonces:

—El sueño referido en la historieta anterior, me da pie para referir una en la cual se hace mención de dos que, así como aquel se refería a cosa ya pasada, referíanse a cosa por venir, con la circunstancia de que, apenas hubieron acabado de referirlos quienes los habían tenido, realizáronse ambos en seguida.

Vosotras, amables damas, debéis saber que es general pasión de cuantos viven ver durante el sueño varias cosas, las cuales, aun cuando al que duerme, durmiendo, todas muy ciertas le parezcan, una vez despierto, considere algunas verdaderas, otras verosímiles, y parte inverosímiles por completo, sin embargo, se encuentra haber acaecido muchas. Por cuya razón muchos dan crédito a los sueños, como se lo darían a aquellas cosas que vieran con sus propios ojos, y por sus propios sueños se alegran o entristecen, según que por ellos temen o esperan.

Y los hay, por el contrario, que ninguno creen hasta que se ven caídos en el peligro de que se les advertía.

De los cuales ni al uno ni al otro aplaudo, pues los sueños ni son siempre verdad ni son mentira siempre.

Que no todos sean ciertos, bastantes veces lo hemos podido conocer todos nosotros: y que no todos son falsos, demostrado queda ya en la historieta de Filomena y, como os lo llevo dicho, en la mía me propongo demostrarlo.

Por eso considero que viviendo y obrando virtuosamente, nadie debe alarmarse por sueño alguno desfavorable, ni renunciar por él a sus buenos propósitos; en las cosas perversas y malvadas, aun cuando los sueños parezcan favorables a ellas y animen con demostraciones propicias a quien los tiene, nadie los quiere creer. Pero vamos a nuestra historia.

En la ciudad de Brescia hubo en otro tiempo un caballero llamado maese Negro de Ponte Carraro, el cual, entre muchos hijos, tenía una hija llamada Andreuola, bastante joven, bella y soltera, la cual casualmente se enamoró de un vecino suyo que se llamaba Gabriotto, hombre de humilde



condición pero lleno de favorables circunstancias, guapo y agradable; y tanto hizo la joven con la intervención y auxilio de la criada de la casa, que Gabriotto, no solamente supo que era amado por Andreuola, sino que además fue conducido muy a menudo con satisfacción de una y otra parte, a un precioso jardín del padre de la niña.

Y a fin de que jamás motivo alguno, como no fuera la muerte, pudieran separarles en su delicioso amor, secretamente se casaron: y continuando furtivamente sus entrevistas, acaeció que cierta noche le pareció a la joven mientras dormía, ver en sueños que se hallaba en su jardín con Gabriotto, y que le tenía plácidamente entre sus brazos; y mientras así permanecían, parecía a ella ver salir del cuerpo de su amado una cosa oscura y terrible, cuya forma no acertaba a conocer, y lo parecía que esa cosa cogía a Gabriotto, y a pesar suyo, con asombrosa fuerza, se lo arrebatava de los brazos y desaparecía con él bajo tierra, sin poder volver a ver ni al uno ni al otro: cuyo sueño incalculable dolor le produjo, hasta que al fin despertó y se alegró en gran manera al ver que no era cierto lo que soñado había, por más que mucho miedo le causó aquel sueño.

Y por eso, como Gabriotto quisiera ir a verla la noche siguiente hizo cuanto pudo para que no fuera; pero viendo su insistencia, para que no tomara por otra la causa de su negativa, le recibió la noche siguiente en su jardín: y habiendo cogido muchas rosas blancas y encarnadas por ser aquella la estación de las rosas, fue a ponerse con él al pie de una hermosa y clara fuente que había en el jardín. Y allí, después de haber cambiado grandes y prolongadas ternezas, Gabriotto le preguntó cuál fuera la causa de que el día antes le hubiera vedado su venida.

La joven, hablándole del sueño que había tenido la noche anterior y de los celos que le había inspirado aquél, se lo contó.

Al oír esto, rióse Gabriotto y dijo que era una gran tontería dar crédito alguno a los sueños, pues éstos suelen venir por exceso o por falta de alimento y todos los días se ve que son todos vanos; y después añadió:

—Si yo hubiera querido hacer caso de los sueños, no habría venido aquí; no solamente por el tuyo, sino por uno que esta pasada noche tuve también, y fue que me parecía hallarme en una bonita y deliciosa selva, por la cual iba cazando y había cogido una cierva tan bella y deliciosa como otra jamás había visto; y me parecía más blanca que la nieve, y que en breve espacio de tiempo se había familiarizado tanto conmigo, que no se apartaba ni un instante de mi lado.

Tanto cariño le había tomado, que a fin de que no se separase de mí, parecía haber colocado en su cuello un collar de oro con una cadena también de oro que yo sostenía en mis manos. Y después de esto, me parecía que esta cierva se había puesto una vez a descansar y, mientras tenía su cabeza apoyada en el pecho, salía, no sé de dónde, una galga negra como el carbón, muy hambrienta y espantosa en apariencia y se venía hacia mí.

Ninguna resistencia me parecía hacerle yo, pues me parecía que me metía en el lado izquierdo del pecho el hocico, y me lo roía tanto, que me llegaba al corazón, esforzándose en querérmelo arrancar para llevárselo.

Tanto era el dolor que esto me causaba, que se me interrumpió el sueño, y apenas despierto, me apresuré a llevar la mano al lado izquierdo por si tenía algo en él, pero como nada encontré, reíme de mí mismo por haber buscado.

Pero veamos: ¿qué quiere decir eso?

Otros tantos y más espantosos he tenido sin que jamás me haya preocupado ni poco ni mucho por ellos; por lo tanto, no les hagas caso, y pensemos tan sólo en darnos buenos ratos.

La joven, a quien tan asustada tenía un sueño, alarmóse todavía más al oír eso; pero no queriendo causar desazón alguna a Gabriotto, ocultó su miedo cuanto pudo.

Y mientras que con él se solazaba, sospechando y no sabiendo qué, contemplaba más a menudo de lo que solía su rostro, mirando de cuando en cuando hacia el jardín por si de alguna parte veía venir alguna cosa negra.

Y mientras así permanecía, Gabriotto, lanzando un gran suspiro, la abrazó y dijo:

—¡Ay, vida mía! Ayúdame, que me muero.

Y dicho esto, cayó desplomado sobre el musgo.

Al ver esto la joven, reclinóse sobre su seno, y casi llorando, exclamó:

—¡Oh dulce bien mío! ¿Qué te pasa?

Gabriotto no respondió, pero muy jadeante e inundado de sudor, poco tardó en quedar sin vida.

Cualquiera puede figurarse cuán grave y embarazoso fue esto para la joven, que más que a sí misma le quería.

Derramó abundante llanto, y en vano repetidas veces le llamó: mas cuando se hubo convencido de que estaba bien muerto, después de haberle tentado por todo el cuerpo y encontrándole siempre frío, no sabiendo qué hacer ni qué decir, llorosa y llena de angustia como se hallaba, fue a llamar a su criada que estaba enterada de aquellos amores, y le explicó su desgracia y su dolor.

Y después de haber ambas llorado tristemente sobre el cadavérico rostro de Gabriotto, díjole la joven a la criada:

—Puesto que Dios me lo ha quitado, no quiero seguir viviendo; mas antes de matarme, quisiera que hallásemos medio de salvar mi honor y mantener secreto el amor que nos hemos tenido, y de que se diera sepultura a ese cuerpo, que su graciosa alma ha abandonado.

A lo cual contestó la criada:

—No hables, hija mía, de quererte matar, pues si lo has perdido aquí, matándote lo perderías también en el otro mundo, pues irías al infierno, adonde estoy segura de que su alma no ha ido, porque fue un buen joven; mucho mejor es que te animes y que ayudes con oraciones y otras obras buenas a su alma, por si de ellas necesita por algún pecado cometido.

Medio de enterrarlo lo tenemos aquí en este jardín sin que jamás nadie lo sepa, puesto que nadie sabe que él haya venido jamás aquí: y si no quieres que hagamos esto, saquémoslo del jardín y dejémoslo: mañana por la mañana lo encontrarán y le llevarán a su casa, y sus parientes lo harán enterrar.

Aun cuando llena de amargura y llorando siempre, la joven escuchaba los consejos de su criada, y no acomodándose a su primera proposición, respondió a la segunda diciendo:

—No permita Dios que como un perro deje en medio de la calle y abandone a un joven a quien tanto he amado y que mi marido es. Mis lágrimas ha tenido, y en cuanto yo pueda, las de sus parientes tendrá, y ya anda por mi mente lo que debemos hacer.

Y mandándola en seguida en busca de una pieza de tela de seda que guardaba en un cofre, cuando la tuvo, la tendió en el suelo, colocaron encima de ella el cuerpo de Gabriotto, colocándole una pequeña almohada debajo de su cabeza y después de cerrarle con abundantes lágrimas los ojos y la boca, y de hacerle una guirnalda y cubrirlo todo con las rosas que para esto cortado había, díjole a la criada:

—De allí a la puerta de su casa poca distancia hay, por tanto, le llevaremos allá y frente a su casa le pondremos. No tardará mucho en ser de día y lo recogerán; y si esto no es para los suyos consuelo alguno, será en cambio un placer para mí en cuyos brazos él ha muerto.

Y dicho esto, regó de nuevo de abundantes lágrimas su rostro, lloró por largo rato, hasta que, cediendo a las repetidas instancias de su criada que la advertía de que el día se aproximaba, poniéndose de pie y quitándose del dedo aquella misma sortija que en él por Gabriotto había sido puesta, se la colocó en el dedo del difunto, diciendo entre sollozos:

—Amado dueño mío, si ahora tu alma ve mis lágrimas, o alguna inteligencia o sentimiento queda en los cuerpos después de su partida, acepta benignamente el último regalo de aquella a quien en vida tanto amaste.

Y dicho esto, cayó de nuevo sobre él desvanecida y habiendo vuelto en sí poco después y levantándose, de nuevo cogieron ella y la criada la tela encima de la cual yacía el cuerpo y con aquella carga salieron del jardín y se encaminaron a la morada del difunto.

Mientras así andaban dio la casualidad de que fuesen encontradas con el cadáver y detenidas por los familiares del Podestá que casualmente pasaban a aquella hora por aquel sitio.

Andreuola, más ansiosa de la muerte que de la vida, al reconocer a gentes de la Señoría, díjoles sin vacilar:

—Sé quiénes sois y sé que de nada me serviría el querer huir; dispuesta estoy a ir con vosotros a la presencia de la Señoría y a referirle lo que ha pasado; pero que nadie de vosotros se atreva a tocarme si os obedezco, ni que toquéis cosa alguna de este cadáver, si no queréis que os acuse yo.

Por lo cual, sin que nadie la tocara, se dirigió al palacio junto con el cadáver de Gabriotto.

Enterado de esto el Podestá, se levantó, y haciendo introducir a Andreuola a su presencia se enteró de cuanto había acontecido, y como hiciera que varios médicos examinaran si aquel buen hombre había sido muerto con veneno o por algún otro medio, afirmaron todos que no, sino que se le había roto alguna vena próxima al corazón y le había ahogado.

Oyendo esto el Podestá y comprendiendo que era muy poca la falta de

la joven, esforzóse en demostrar que le daba lo que venderle no podía y le dijo que con tal de que quisiera acceder a sus deseos, la pondría en libertad, mas como de nada sirvieran las palabras, quiso, faltando a todas las conveniencias, emplear la fuerza.

Pero Andreuola, ardiendo en indignación, adquirió grandes fuerzas, defendióse varonilmente rechazándole con insultos y altivas frases.

Llegando el día y enterado maese Negro de lo que pasaba, mortalmente afligido se dirigió al palacio acompañado de muchos de sus amigos y enterado allí de lo acaecido con el Podestá, pidió en son de queja que le fuera devuelta su hija.

El Podestá, queriendo acusarse él mismo de la violencia que con ella había querido emplear, antes que por ella acusado se viera, empezó a elogiar a la joven su constancia, y para dar pruebas de ella, refirió lo que había hecho; por lo cual, viéndola tan firme se había enamorado completamente de ella, y si a su padre y a ella les acomodaba, él, no obstante de que ella había tenido marido de humilde condición, la tomaría gustoso por esposa.

Mientras esto hablaban el padre y el Podestá, llegó Andreuola a su presencia y se arrojó llorando a los pies de su padre y le dijo:

—No creo, padre mío, que necesitéis os cuente yo la historia de mi osadía y de mi desventura, pues segura estoy, de que la habéis oído y la sabéis; por eso con toda mi alma os pido humildemente perdón por mi falta, es decir, por haber tomado por esposo, sin saberlo vos, a quien más me agradó. Y no os pido esta gracia para que me sea perdonada la vida, sino para morir hija y no enemiga vuestra.

Maese Negro, que además de ser viejo era un hombre muy benévolo y cariñoso, al oír estas palabras púsose a llorar y levantando buenamente a su hija le dijo:

—Hija mía, mucho me habría gustado que hubieses tenido esposo tal como a mi parecer te correspondía, y si tú lo hubieses tomado tal como te gustaba, también a mí me hubiera parecido bien; pero me aflige la poca confianza que me has demostrado y más aún viendo que lo has perdido antes de que supiera yo que lo tuvieses. Sin embargo, puesto que así es, lo que por él habría hecho yo viviendo, para contentarte, esto es, honrarle como yerno mío, quiero que se le haga después de muerto.

Y volviéndose a sus hijos y parientes, les ordenó que se dispusieran grandes y solemnes honras fúnebres por Gabriotto.

Habían acudido allí entretanto los parientes del joven que habían sabido la noticia, y casi cuantos hombres y mujeres había en la ciudad.

Por lo cual, colocado en el centro del patio el cadáver encima de la tela de seda de Andreuola, con todas sus rosas, no solamente le lloraron ella y las mujeres de la familia de él, sino que otro tanto hicieron casi todas las mujeres de la ciudad y gran número de hombres; y tratándole no como plebeyo, sino como señor, fue sacado del patio del palacio en hombros de los más nobles ciudadanos y conducido al sepulcro con inusitada solemnidad.

Al cabo de algunos días, como el Podestá insistiera en lo que había perdido, maese Negro habló de ello con su hija, pero ésta nada quiso saber, y

el padre, deseando complacerla, consintió en que ella y su criada entraran como religiosas en un monasterio que tenía gran fama de santidad, donde largo tiempo vivieron una vida ejemplar.

## Cuento séptimo

### *La salvia mortal*

Simona ama a Pasquino; están juntos en un huerto; Pasquino se frota los dientes con una hoja de salvia y muere; ponen presa a Simona, la cual, queriendo mostrar al juez la manera como Pasquino había muerto, se frota una de aquellas hojas por los dientes y muere también.

Había dado fin Pánfilo a su cuento, cuando el rey, sin demostrar compasión alguna por Andreuola, mirando a Emilia, le hizo seña de que era de su agrado que siguiera a los que hasta entonces habían hablado, y ésta, sin hacerse de rogar, empezó:

—Queridas compañeras, la historia referida por Pánfilo me lleva a explicar otra que únicamente se diferencia de la suya en que así como Andreuola perdió en el jardín a su amante, otro tanto pasó con la de quien hablar debo, y en la que se libró también de la justicia, habiendo sido detenida como Andreuola, no con la fuerza ni con la virtud, sino con una inopinada muerte. Y como otra vez se ha dicho entre nosotros, aun cuando amor reside con gusto en las moradas de los nobles, no por eso rechaza el imperio de los pobres, y en ellas a veces demuestra de tal suerte su poder, que se hace temer como poderosísimo señor por los más ricos. Lo cual, aun cuando no por completo, aparecerá en gran parte en mi historia, con la cual me place volver de nuevo a nuestra ciudad, de la cual tanto nos hemos alejado en este día; diversas cosas, diversamente hablando, diversas partes del mundo recorriendo.

Hubo, pues, en Florencia, poco tiempo ha, una joven bastante hermosa y agraciada, según su condición, e hija de padre pobre que se llamó Simona; y aun cuando necesitaba ganar con sus propias manos el pan que comer debía, y pasarse la vida hilando lana, no por eso fue tan pobre de espíritu que no se atreviera a admitir en su mente al amor, el cual había dado muestra de querer entrar en su corazón por medio de los agradables hechos y palabras de un jovencito de no menor condición que ella, que iba dando lana a hilar por cuenta de un maestro suyo, negociante en lanas.

Admitido, pues, en ella, con el agradable aspecto del joven que la amaba, y que tenía por nombre Pasquino, deseando mucho y no arriesgándose a más, mientras iba hilando, a cada tirada de lana que el huso arrollaba, mil suspiros más ardientes que el fuego lanzaba, acordándose de aquel que se la había dado para que la hilara.

Éste, por su parte, habiendo manifestado cada día mayor solicitud en

que se hilara bien la lana de su amo, como si únicamente la que Simona hilaba debiera convertirse en tela, iba por ella más a menudo que por la que hilaban las otros hilanderas. Por lo cual, solicitando el uno y gozosa de ser solicitada la otra, acaeció que, adquiriendo el uno mayor osadía de la que acostumbraba tener, y desechando la otra una buena parte del miedo y rubor que solía mostrar, acabaron por abandonar juntos a sus comunes aficiones. Y tan agradables fueron éstas a una y otra parte, que no aguardaba el uno a ser invitado por el otro; antes por el contrario, mutuamente se invitaban.

Y acaeciendo de día en día con el usar el desear, ocurrió cierto día que Pasquino le dijo a Simona que tenía empeño en que ella hallase medios de poder ir a un jardín, al cual la quería llevar para que allí pudieran estar juntos con mayor comodidad y menor recelo. Dijo Simona que le acomodaba; y haciendo ver a su padre, cierto domingo después de comer, que quería ir a San Gallo a ganar unas indulgencias, se fue con una compañera suya llamada Lagina, al jardín que Pasquino le había indicado.

Allí le encontró a él junto con un compañero suyo llamado Poccino, pero que era conocido por Estevado. Y una vez allí, empezándose a hacer el amor el Estevado y la Lagina, fuéronse los amantes a un sitio retirado del jardín, mientras a los otros dos los dejaban en otro.

En aquella parte del jardín adonde se habían ido Pasquino y Simona, había una inmensa y magnífica planta de salvia. Sentáronse junto a ella, después de haber dado expansión a sus deseos y tras de haber hablado largamente de una merienda que en aquel paraje se proponían hacer reposadamente, Pasquino, volviéndose hacia la planta de salvia, cogió una hoja de ésta y empezó a tocarse con ella los dientes y las encías, diciendo que la salvia los limpiaba muy bien de todo cuanto quedaba en ellos después de haber comido. Y cuando así los hubo frotado por algún rato, reanudó la conversación sobre la merienda de que hablaba antes.

Poco hacía que continuaba hablando, cuando empezaron a alterársele las facciones, no tardando mucho en perder la vista y la palabra, dejando de existir al poco rato. Al ver esto Simona, empezó a llorar y a gritar, llamando al Estevado y a la Lagina. Presurosos acudieron éstos, y al ver a Pasquino no solamente muerto, sino completamente hinchado y con el rostro y el cuerpo lleno de obscuras manchas, el Estevado exclamó súbitamente:

—¡Ah malvada mujer, tú le has envenenado!

Y dando fuertes voces, fue oído por muchos que vivían cerca del jardín, acudiendo éstos al vocerío y encontrando a Pasquino muerto e hinchado, y oyendo a Estevado que se lamentaba y acusaba a Simona de haberle envenenado a traición, y como ella, casi fuera de sí por el dolor del repentino accidente que le había arrebatado el amante, no se supiera disculpar, todos supusieron que era cierto lo que decía el Estevado.

De consiguiente, a pesar de su copioso llanto, la prendieron conduciéndola al palacio del Podestá. Una vez allí, como el Estevado, el Fuerte y el Insufrible, compañeros de Pasquino, que habían acudido allá, insistieran en sus acusaciones, un juez se puso a interrogarla sin pérdida de tiempo so-

bre lo ocurrido; y no acertando a comprender que Simona hubiese obrado con malicia ni que culpable fuera, quiso, en presencia de ella, ver el cadáver, el sitio y el cómo ocurriera lo por ella referido, pues que por las palabras de la joven no lo comprendía bastante bien. Haciéndola, pues, conducir sin aparato alguno al paraje donde yacía, extraordinariamente hinchado, el cadáver de Pasquino, y siguiéndola él asombrado ante el aspecto de la víctima, le preguntó cómo había sucedido aquello.

La joven, aproximándose a la planta de la salvia, y después de haber referido todo lo que llevo explicado para hacerle comprender perfectamente lo ocurrido, hizo lo que Pasquino había hecho, frotándose por los dientes una de aquellas hojas de salvia. Mientras el Estevado y los demás compañeros de Pasquino se burlaban en presencia del juez, de lo que decía ella, considerándolo frívolo e inútil, insistiendo cada vez más en sus acusaciones y pidiendo que únicamente con la hoguera se castigase tan enorme crimen, la infeliz joven, que estaba trémula y confusa, dominada por el dolor de la pérdida del hombre amado, y por el temor de la pena que para ella pedía el Estevado, no menos que por los efectos producidos por la salvia que por los dientes se había frotado, cayó presa del mismo accidente que antes acometiera a Pasquino, con indecible asombro de cuantos presentes allí estaban.

¡Oh venturosas almas para quienes en un mismo día empezó la dicha cumplida del amor y terminó la mortal vida! ¡Y más venturosas aún si juntas a un mismo paraje fuisteis! ¡Pero mucho más venturosa el alma de Simona, pues en opinión de los que la hemos sobrevivido, su inocencia triunfó de la falsa acusación de los compañeros de Pasquino, hombres acaso de viles sentimientos, hallando más digno camino para librarse de su infamia y para seguir el alma de su Pasquino, para ella tan querida, recibiendo una muerte igual a la que recibiera él!

El juez, casi tan estupefacto por lo que acababa de ocurrir, como lo estaban cuantos habían con él, permaneció largo rato sin saber qué decir: mas al fin, dominada ya en parte su emoción, dijo:

—Evidentemente esta salvia es venenosa, pues la salvia no puede producir estos efectos. Mas a fin de que ésta a nadie más tal daño causar pueda, córtese hasta en sus raíces y arrójese al fuego.

En presencia misma del juez hízolo así el que tenía a su cuidado el jardín; y apenas hubo segado aquella gran planta apareció lo que había sido causa de la muerte de los dos infelices amantes. Debajo de la planta de aquella salvia había un sapo de asombrosa magnitud, cuyo ponzoñoso aliento comprendieron que había sido venenosa aquella salvia. Y como no hubiera quien se atreviera a acercarse a aquel sapo, formaron en torno de él un enorme montón de leña y, junto con la salvia, lo abrasaron, dando así el juez por terminado el proceso sobre la muerte del infeliz Pasquino, el cual, junto con su Simona, hinchados como estaban, fueron conducidos por cuatro de sus compañeros a la iglesia de San Pablo, de la cual eran casualmente feligreses los difuntos, siendo en ella sepultados.

## Cuento octavo

### *El amor y la muerte*

Girolamo ama a Salvestra: cediendo a los ruegos de su madre va a París; vuelve y la encuentra casada: penetra a escondidas en su casa y se muere a su lado; y conducido éste a una iglesia, muérese ella al lado de él.

Terminado había el cuento de Emilia, cuando por orden del rey, Neifile empezó a hablar así:

—Hay personas, a mi entender excelentes damas, que se figuran valer más que la demás gente y saben menos; por esto tienen la presunción de obrar no solamente contra los consejos de los hombres, sino hasta contra la naturaleza de las cosas: de cuya presunción han surgido ya considerables males, sin que jamás hayan producido bien alguno. Y como parece que entre todas las cosas naturales, la que menos consejo u operación admite en contra es el amor, cuya naturaleza es tal, que más pronto puede consumirse por sí mismo que alejarse por precaución, me ha acudido la idea de referiros el caso de una mujer que, mientras pretendía ser más cuerda de lo que a ella le correspondía y no era, y que además no sostenía la cosa en que trataba de demostrar su cordura, creyendo poder alejar de su enamorado corazón el amor, que tal vez en él las estrellas habían puesto, consiguió expulsar a un tiempo mismo el amor y el alma del cuerpo al hijo.

Hubo, pues, en nuestra ciudad, según cuentan los viejos, un importante y rico mercader llamado Leonardo Sighieri, que tuvo de su esposa un hijo llamado Girolamo, después de cuyo nacimiento, habiendo dejado todos sus asuntos en regla, pasó a mejor vida. Los tutores del niño, junto con la madre de éste, cuidaron bien y lealmente sus asuntos. El niño, que crecía entre los hijos de sus vecinos más que entre los otros del país, adquirió familiaridad con una niña de su edad, hija de un sastre. Y según fueron creciendo, la familiaridad se convirtió en amor tan grande y tan fuerte que Girolamo sólo se tenía por dichoso cuando la veía a ella: y en verdad, no le amaba menos ella a él de lo que por él era amada. Como la madre del muchacho se diese cuenta de eso, varias veces le reprendió y castigó por ello. Y como no pudiese distraer a Girolamo, acabó por lamentarse de ello con los tutores, y como que atendida la riqueza de su hijo se figuraba hacer de él un potentado, les dijo:

—Ese muchacho, que todavía no ha cumplido los catorce, está tan enamorado de la hija de un sastre vecino nuestro, que se llama Salvestra, que si no se la quitamos de delante tal vez algún día la tome él por mujer, sin que nadie lo sepa, cosa que a mí me quitaría para siempre la alegría, o se consumiría por ella si la ve casarse con otro; por lo cual yo sería de opinión de que, para evitar esto, vosotros le enviaseis a alguna parte lejos de aquí, para asuntos del negocio, por cuyo medio, no viéndola, se le quitará de la imaginación, y después le podremos casar con una joven bien nacida.

Dijeron los tutores que la señora hablaba bien y que harían lo que les



fuera posible, y mandando llamar al muchacho a la tienda, uno de ellos empezó diciéndole con suma afabilidad:

—Hijo mío, empiezas a ser ya crecidity: es conveniente que comiences a ver por ti mismo tus asuntos, por lo cual nos alegraría mucho que fueses a pasar algún tiempo en París, donde verías cómo se negocia una considerable parte de tu fortuna; allí te harías mucho mejor; adquirirías excelente educación y aprovecharías más de lo que aquí pudieras, viendo aquellos señores y aquellos barones y nobles que tanto allí abundan; una vez te hayas perfeccionado viéndoles, podrás volver aquí.

El muchacho le escuchó con atención, y sin vacilar respondió que nada tenía que hacer en París, puesto que creía poder seguir permaneciendo en Florencia tan bien como otro cualquiera. Al oír esto, insistieron todavía aquellos buenos señores; pero no logrando otra respuesta, se lo dijeron a su madre. Ésta, muy enojada, no de que su hijo no quisiera ir a París, sino de sus amores, primero lo reprendió agriamente, y después le amansó con dulces palabras y empezó por lisonjearle y rogarle cariñosamente que la complaciera, haciendo lo que querían los tutores: se lo supo decir tan bien, que el muchacho consintió en pasar en París un año, lo que así se hizo. Llegado que fue allí, Girolamo, locamente enamorado, aplazando de hoy a mañana la vuelta, tardó dos años en regresar. Y como de allí volviera más enamorado que nunca, encontróse con su Salvestra casada con un buen joven constructor de barracas, noticia que le produjo un pesar inmenso.

Viendo, sin embargo, que ya no tenía remedio, hizo lo posible para tranquilizarse, y averiguando dónde vivía ella, empezó a pasar por delante de su casa, como suelen hacer los enamorados, creyendo que ella no le habría olvidado, cual a ella no la había olvidado él. Pero no era así; ella no se acordaba de él, cual si nunca le hubiese visto; y si de algo se acordaba, aparentaba lo contrario, de lo cual no tardó en convencerse el joven, no sin inmenso pesar. Sin embargo, hacía todo lo posible para interesarla de nuevo; mas pareciéndole que nada conseguía, resolvió hablar con ella misma, aun cuando debiera costarle la vida. Después de enterarse por un vecino de cómo estaba distribuida la casa, cierta noche en que ella y su marido habían ido a pasar la velada con unos vecinos, introdujose secretamente en la casa, ocultóse en la habitación de ella, detrás de los lienzos de barraca que allí tendidos estaban, y esperó hasta que, habiendo éstos regresado e ídose a acostar, le pareció que el marido dormía; entonces fue adonde había visto que Salvestra se había acostado, y poniéndole su mano sobre el pecho, díjole en voz baja:

—¿Duermes ya, vida mía?

La joven, que no dormía, quiso gritar; mas el joven se apresuró a añadir:

—No grites, por Dios, soy tu Girolamo.

Al oír esto ella, exclamó toda trémula:

—¡Vete por Dios, Girolamo, pasó aquel tiempo de nuestra niñez en que podíamos estar enamorados; ya ves que estoy casada; por lo tanto, únicamente debo atender a mi marido: ruégote, pues, sólo por Dios, que te vayas!, pues si mi marido te oyese, aun cuando no resultase otro daño, resul-

taría que jamás podría vivir ya con él en paz y tranquilidad; mientras que ahora, amada de él, con él vivo dichosa y sosegada.

Dolorosamente impresionaron al joven estas palabras, y por más que le recordó el tiempo pasado y su amor, que la distancia no había logrado disminuir, y por más que alternativamente ardientes súplicas y grandes promesas le hizo, nada consiguió. Por lo cual, deseando morir, acabó por rogarla que, en recompensa de tan grande amor, le consintiera acostarse al lado de ella a fin de que pudiera calentarse algo, puesto que se había helado esperándola prometiéndole que nada le diría ni la tocaría, y que en cuanto se hubiere calentado algo se marcharía. Algo compadecida de él Salvestra, consintió con la condición de que cumpliría su promesa. Acostóse, pues, el joven al lado de ella sin tocarla: y concentrando en un solo pensamiento el largo amor que la había tenido, la presente dureza de ella y su perdida esperanza, resolvió no seguir viviendo; y reteniéndose el aliento, sin hacer movimiento alguno, cerró los puños y se murió al lado de ella.

La joven, transcurrido un rato y extrañada de su inmovilidad y temiendo que despertara su marido, le dijo:

—Girolamo, ¿no te vas aún?

Como éste no le respondiera creyó que se habría dormido. Por lo cual, extendiendo la mano hacia él para que despertara, empezó a tentarlo, y al tocarle le encontró frío como el hielo, cosa que le sorprendió en gran manera; tocóle con más fuerza, y viendo que no se movía, después de mucho tocarle, comprendió que estaba muerto: poseída de profundo estupor, largo rato estuvo sin saber qué hacer. Al fin resolvió consultar a su marido como si se tratase de otra persona, y hacer lo que él dijera; y despertándole le contó haberle acaecido a otro lo que a él acababa de acaecerle, y después le preguntó qué resolución tomaría él, si le acaeciera a ella. El buen hombre respondió que le parecía que al muerto se le debía trasladar secretamente a su casa y dejarlo allí, sin que a la mujer se le pudiera culpar de nada, puesto que, a su entender, no había faltado.

Entonces la joven dijo:

—Pues así debemos hacer nosotros. —Y tocándole la mano le hizo tocar el cadáver del joven de lo cual aterrado el marido, saltó del lecho, y después de encender una luz y sin entrar en explicación alguna con su mujer, volvió a ponerle al difunto sus propias ropas, y sin tardanza y ayudado por su inocencia y cargándoselo a los hombros, lo llevó a su casa y junto a ella lo dejó. Llegado el día y habiendo visto a Girolamo muerto frente a la puerta de su casa, levantáronse grandes exclamaciones, siendo especialmente la madre quien más se lamentaba.

Examinósele y se le reconoció detenidamente, y como no se le encontró herida ni golpe alguno, creencia general de los médicos fue que había muerto de dolor, como así era. Condújose, pues, el cadáver a una iglesia, y a ella acudió la afligida madre con muchas otras mujeres, parientes y vecinas, que empezaron a llorar y a lamentarse extraordinariamente, como solemos hacerlo las mujeres. Y mientras mayor iba haciéndose el llanto, el buen hombre en cuya casa había muerto el joven, díjole a Salvestra:

—Oye; ponte en la cabeza algún velo, vete a la iglesia donde ha sido conducido Girolamo, métete entre las mujeres y entérate de lo que se dice de este suceso, que yo haré lo mismo entre los hombres, a fin de que sepamos si se dice algo contra nosotros.

Tardíamente compadecida la joven, consintió gustosa, porque deseaba ver muerto a aquel a quien vivo ni el gusto de un solo beso le había querido dar, y allá fue.

¡Sorprendente cosa es pensar cuán difíciles son de investigar las fuerzas del amor! Aquel corazón, que la halagadora fortuna de Girolamo no había podido abrir, lo abrió su desdichada suerte, y habiendo resucitado en él todos sus antiguos ardores, tan súbitamente se posesionó de ella la compasión al ver su desfigurado rostro, que, ocultando el suyo bajo el velo, metióse por entre las mujeres sin detenerse hasta llegar adonde el cadáver yacía, y una vez allí, lanzando un estridente grito, dejó caer su cabeza sobre el cuerpo del joven, que de pocas lágrimas bañó, porque apenas sintió su contacto, cuando le quitó la vida el dolor, cual antes al joven habíasela quitado. No conociéndola todavía las demás mujeres, querían consolarla, y le decían que se incorporase algo, y viendo que no se levantaba y que continuaba inmóvil, quisieron levantarla ellas; y al efectuarlo, reconocieron a un tiempo mismo que era Salvestra y que estaba muerta. Doblemente compadecidas de eso todas las mujeres que allí había, renovaron con mayor intensidad sus lágrimas. Divulgóse fuera de la iglesia y entre los hombres la noticia, y llegada ésta a oídos del marido de Salvestra, que entre éstos se hallaba, lloró largo rato, sin admitir consuelos de nadie.

Y después, habiendo referido a varios de los que allí se hallaban lo acaecido la noche anterior entre aquel joven y su mujer, claramente comprendieron todos la causa de la muerte de entrambos, cosa que sintieron todos. Cogiendo, pues, a la difunta, y adornada como suelen adornarse los cadáveres, colocáronla tendida en el mismo catafalco al lado del joven, y después que abundantemente la hubieron llorado, ambos fueron colocados en una misma sepultura: y a aquellos a quienes el amor no había podido juntar vivos, juntóles la muerte en inseparable compañía.

## Cuento noveno

### *La venganza*

Maese Guillermo Rossiglione da a comer a su esposa el corazón de maese Guillermo Guardastagno, muerto por él y amado de ella: al saberlo ella, se arroja desde una elevada ventana al suelo, muere, y es sepultada con su amante.

Habiendo terminado el cuento de Neifile, no sin haber excitado grandemente la compasión entre todas sus compañeras, el rey, que no tra-

taba de quitarle su privilegio a Dioneo, como ya solamente a él le faltaba hablar, dijo:

—Preparada os tengo, tiernas señoras, una historia que, puesto que así os enternecen los infortunios de amor, no deberá compadeceros menos que la anterior, puesto que fueron mayores los que les acontecieron a aquellos de quienes hablaré, y más terribles que los de que se ha hablado.

Debéis saber, pues, que, según cuentan los provenzales, hubo en otro tiempo en Provenza dos nobles caballeros, teniendo ambos bajo su dominio castillos y vasallos, llamándose uno de ellos maese Guillermo Rossiglione, y el otro maese Guillermo Guardastagno; y como uno y otro eran muy notables en las armas, queríanse bastante, y solían ir siempre juntos a todos los torneos, justas y otros actos de armas, llevando una misma divisa. Y como cada cual viviera en su castillo, y como esos castillos estuvieran a más de diez millas de distancia uno del otro, acaeció que, teniendo maese Guillermo Rossiglione por esposa a una mujer hermosísima y encantadora, maese Guillermo Guardastagno, a pesar de la amistad y compañerismo que a entrambos les unía, se enamoró extraordinariamente de ella, y tantas demostraciones de amor le hizo, que ella lo advirtió, y sabiendo que era un caballero muy amable, se agradó de él, y empezó a ponerle cariño hasta el punto de que cuanto él deseaba o quería, bastaba que lo pidiese para que se lo otorgara: no pasando mucho tiempo sin que una y otra vez se encontraran juntos y se amaran con delirio. Y como no usasen de discreción suficiente en sus entrevistas, acaeció que el marido se dio cuenta de ello, y de tal manera se indignó, que el gran cariño que al Guardastagno le profesaba, convirtióse en odio mortal; pero supo mantenerlo oculto, mejor de lo que habían sabido hacerlo los dos amantes con su amor, y resolvió matarle. Hallándose el Rossiglione en tal disposición de ánimo, se pregonó en Francia un gran torneo, y el Rossiglione se lo anunció inmediatamente a Guardastagno, enviándole a decir que, si le parecía bien, viniera a buscarle, y juntos resolverían si querían ir y de qué manera. Muy contento el Guardastagno, respondió que al día siguiente iría sin falta a cenar con él. Enterado de esto el Rossiglione, creyó llegada la ocasión de poderlo matar; y habiéndose armado montó a caballo al siguiente día con algunos servidores suyos, y se puso en acecho en un bosque que distaba como una milla de su castillo, y por donde el Guardastagno debía pasar, y después de haberle estado esperando durante largo rato, le vio venir desarmado y seguido de dos servidores desarmados también, como que nada se recelaba de él; y cuando le vio llegar al sitio que él quería, traidoramente y lleno de aviesa intención, le arremetió lanza en ristre gritando:

—¡Eres muerto!

Y decir esto y hundirle la lanza en el pecho, fue una misma cosa. El Guardastagno cayó atravesado por aquella lanza, sin poder defenderse ni decir ninguna palabra, y falleció poco después. Sus servidores hicieron volver grupas a sus caballos y huyeron escapados hacia el castillo de su señor, sin haber reconocido a quien tal villanía cometiera. Desmontando el Rossiglione, abrió el pecho de Guardastagno con un cuchillo, sacóle el corazón con sus propias manos, y haciéndole envolver en la banderola de una lanza,

mandó a uno de sus servidores que se lo llevase; y después de haber mandado a cada uno de ellos que nadie se atreviera a decir palabra sobre aquel suceso, volvió a montar a caballo, y siendo ya de noche, se volvió a su castillo. La dama, que había oído decir que el Guardastagno debía cenar allí aquella noche, y le esperaba con vivísimo deseo a la puerta de su castillo, sorprendióse mucho no viéndole venir, y le preguntó a su marido:

—¿Cómo es, señor, que no ha venido el Guardastagno?

A lo cual el marido respondió:

—Señora, me ha mandado decir que no puede venir hasta mañana.

Esta contestación disgustó algo a la dama. Desmontó el Rossiglione, y haciendo llamar al cocinero le dijo:

—Tomarás ese corazón de jabalí y harás de él un guisadito, el mejor y más agradable al paladar que sepas; y cuando yo esté en la mesa, me lo envasas en una taza de plata.

Tomólo el cocinero, y poniendo en él todo su arte y todo su cuidado, lo desmenuzó y aderezó con variadas ricas especias, convirtiéndolo en un excelente guisado. Cuando llegó la hora de cenar, maese Guillermo se puso a la mesa con su esposa. Sirvióse la cena, pero él comió poco, por tener fijo el pensamiento en la mala acción que había cometido. El cocinero le envió el guisado, que él hizo colocar delante de su esposa, diciendo que él estaba desganado aquella noche, y se lo alabó mucho. La dama, que no estaba desganada, empezó a comer de él y le pareció bueno; por lo cual se lo comió todo. El caballero, cuando vio que la dama se lo había comido todo, le preguntó:

—¿Qué tal os ha parecido, señora, ese guisado?

La dama respondió:

—Por mi fe, señor, que me ha gustado mucho.

—Así Dios me ayude —dijo el caballero— que os creo y no me admira que os haya gustado muerto lo que vivo os gustó más que todo.

Al oír esto, la dama quedó inmóvil por unos instantes y luego preguntó:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que me habéis hecho comer?

—Lo que habéis comido —respondió el caballero—, ha sido ni más ni menos que el corazón de maese Guillermo Guardastagno, a quien vos, desleal mujer, amabais tanto; y tened por seguro lo que os digo porque con estas manos se lo arranqué del pecho poco antes de volver aquí.

No hay que decir si fue grande la aflicción de la dama al oír esto de aquel a quien más que su vida amaba. Poco después, dijo:

—Hicisteis lo que debe hacer un caballero malvado y desleal; pues si yo, sin obligarme él, le había hecho dueño de mi amor, y si a vos en esto os había ultrajado, no era él, sino yo, quien debía sufrir el castigo. Pero no permita Dios que encima de un manjar tan noble, como lo ha sido el corazón de un caballero tan afable cortés como lo fue maese Guillermo Guardastagno, jamás se coma otro manjar. —Y poniéndose de pie, dejóse caer de espaldas, sin pensar en otra cosa, por una ventana que había detrás de ella. La ventana se hallaba muy alta del suelo, por cuyo motivo, al llegar abajo la dama, no solamente quedó muerta sino casi completamente destrozada.

Al ver esto maese Guillermo quedó muy desconcertado, pareciéndole haber obrado mal; y temiendo a los del país y al Conde de Provenza, mandó ensillar los caballos y huyó.

A la mañana siguiente se supo por toda la comarca lo que había ocurrido: por lo cual, tanto los del castillo de maese Guillermo Guardastagno, como los del castillo de la dama, recogieron con grandes demostraciones de dolor los dos cadáveres y los colocaron en una misma sepultura en la capilla del castillo de la dama, escribiéndose encima del sepulcro unos versos en que se expresaban quiénes fueron los que allí dentro estaban sepultados, y el modo y la causa de su muerte.

## Cuento décimo

### *Ruggiero de Jeroli*

La mujer de un médico, creyendo muerto a un amante suyo, que había sido adormecido con el opio, lo mete en una caja, que con él dentro, se llevan dos usureros a su casa. El amante vuelve en sí y es apresado por ladrón; la criada de la dama explica a la Señoría que ella lo metió en la caja robada por los usureros, por lo cual se libra él de la horca, y los prestamistas son condenados a una multa por haber robado la caja.

Habiendo terminado ya el rey su relato, únicamente a Dioneo le faltaba hablar, y comprendiéndolo éste y habiéndoselo ordenado ya el rey, empezó en estos términos:

—Las desdichas referidas de los amores desgraciados, no solamente a vosotras, señoras, sino que hasta a mí me han contristado los ojos y el corazón, por lo cual, vivamente he deseado que terminasen. Ahora que, a Dios gracias, han terminado (salvo que yo no quisiera echar también mi cuarto a espadas, de lo cual me libre Dios), sin ir más en pos de tanto doloroso asunto, voy a hablaros de algo mejor y más alegre, dando tal vez buen pie para lo que deba contarse en la jornada siguiente.

Debéis saber, pues, bellísimas jóvenes, que hace poco tiempo hubo en Salerno un famoso médico cirujano que tuvo por nombre el doctor Mazzeo de la Montaña, el cual, habiéndose casado, siendo ya muy viejo, con una linda y graciosa joven de su ciudad, la tenía mejor provista de ricos y lujosos trajes, de joyas y de todo lo que a una mujer agradarle pueda, de lo que otra mujer cualquiera podía estarlo; mas la verdad es que ella la mayor parte del tiempo estaba resfriada, como que en el lecho la tenía mal cubierta el doctor. El cual, así como maese Ricciardo de Chinzica le enseñaba las fiestas a su mujer, él a la suya le enseñaba que el dormir con la mujer se castigaba con no sé cuántos días de reparación y otras tonterías por el estilo, con todo lo cual, pesimamente contenta vivía ella; mas, como mujer prudente y de gran corazón,

para poder economizar lo de casa resolvió lanzarse a la calle y servirse de lo ajeno; y poniéndose a mirar jóvenes y más jóvenes, hubo al fin uno que le cayó en gracia, en el cual puso ella toda su esperanza, todo su anhelo y toda su ventura. Apercibiéndose de ello el joven y habiéndola hallado muy de su agrado, también en ella concentró todo su amor.

Era éste un tal Ruggiero de Jeroli, de familia noble, de mala vida y de tan censurable condición, que no había pariente ni amigo que bien le quisiera ni le pudiera ver; por todo Salerno se le atribuían robos y otras gravísimas maldades, de las cuales poco caso hizo la dama, por cuanto le agradó por lo demás; de tal manera se arregló con una de sus criadas, que al fin le hizo venir a su lado. Después que algo se hubieron solazado, la dama se puso a censurarle su pasada vida, y le rogó que, por amor suyo, renunciase a tales cosas, y para conducirlle por buen camino, empezó por proporcionarle de cuando en cuando algún dinero. Así continuaron las relaciones con bastante duración, cuando aconteció que fue puesto en manos del doctor un enfermo que tenía echada a perder una de sus piernas; cuando el doctor hubo visto este defecto, dijo a sus padres que como no se le sacara al enfermo un hueso fracturado que tenía en la pierna, se le tendría que cortar a éste toda la pierna o tendría que morir; añadiendo que, sacándole el hueso, podría curarse, pero que él sólo por muerto lo daba; por lo cual, habiéndose conformado sus padres bajo esta condición, lo pusieron en manos del doctor.

Comprendiendo éste que el enfermo no soportaría la operación, ni se la dejaría hacer, si no se le adormecía de antemano, como debiera esperar a la noche para esta operación, por la mañana hizo destilar de una composición suya cierta agua que, bebiéndola, tenía que hacer dormir tanto tiempo cuanto calculaba necesario para operarle; y haciéndosela traer a casa la puso en su cuarto, sin decir a nadie lo que era. Llegada la noche, a la hora en que el doctor tenía que ir a casa del enfermo, llególe un recado de unos íntimos amigos suyos de Amalfi, diciéndole que era indispensable acudiera inmediatamente, porque había tenido lugar una gran riña, de la cual habían resultado muchos heridos.

El médico, aplazando para la mañana siguiente la curación de la pierna, salió para Amalfi en una barquilla, por lo cual la dama, sabiendo que él no debía volver a casa en toda la noche, hizo venir secretamente a Ruggiero como solía, lo condujo a su habitación y en ella le encerró hasta tanto que ciertas otras personas de la casa se fueran a dormir. Mientras Ruggiero estaba aguardando a la dama en su habitación, como le sobreviniese una sed abrasadora, motivada por haberse cansado durante el día, o por haber comido algún alimento salado, o tal vez por costumbre, vio en la ventana aquella garrafa de agua que el médico había preparado para el enfermo, y creyéndola agua potable llevóse la a la boca y se la bebió toda; tardando poco en apoderarse de él una gran pasión de sueño y en dormirse por completo.

La dama se encaminó a su habitación tan pronto como pudo, y como encontrase a Ruggiero dormido, empezó a tocarle diciéndole en voz baja que se levantara; pero era en vano: Ruggiero ni contestaba ni se movía. Algo alarmada la mujer, sacudióle con más fuerza, diciendo:

—Levántate, dormilón; si dormir querías debías irte a tu casa y no venir aquí.

Ruggiero, así sacudido, cayó desde una caja, encima de la cual se hallaba, al suelo, sin dar otras muestras de sensibilidad de las que un cuerpo muerto habría dado. De lo cual, algo asustada la dama, trató de levantarle, le meneó con más fuerza, le tomó por la nariz y le tiró de la barba; pero todo era inútil: él dormía como un lirón. La dama empezó a temer que estuviera muerto, pero insistiendo en atormentarle, le pellizcó con fuerza y le quemó con una vela encendida, pero sin resultado; por lo cual, a ella, que no entendía en medicina, aunque fuera médico su marido, ya no le cupo duda alguna de que Ruggiero estaba muerto. Y como le amaba de una manera extraordinaria, no hay que preguntar si fue grande su dolor, y no atreviéndose a dar voces, silenciosamente se puso a llorar sobre él, lamentando su desventura.

Momentos después, temerosa la dama de que al dolor se agregara la vergüenza, pensó que era preciso hallar sin tardanza un medio de sacar de casa el difunto, mas no acertando a aconsejarse sola, llamó cautelosamente a su criada y le mostró su desventura pidiéndole consejo. La criada, en gran manera sorprendida, le dio también a Ruggiero tirones y pellizcos, y en vista de su insensibilidad, dijo lo mismo que decía su señora; esto es, que estaba realmente muerto, aconsejando que convenía llevarlo fuera de casa. A lo cual replicó la dama:

—Pero, ¿adónde le podremos llevar para que mañana por la mañana, cuando le descubran, no se sospeche que ha sido sacado de aquí?

—Señora —respondió la criada—, hoy al anochecer, vi frente a la tienda de nuestro vecino el carpintero una caja no demasiado grande, que si el maestro no la ha vuelto a meter en casa nos vendrá muy a propósito, porque lo podremos meter en ella, darle dos o tres cuchilladas y dejarlo allí. A quien allí se lo encuentre, no sé por qué se le ha de figurar que más bien de aquí que de otra parte baya salido; antes por el contrario, como ha sido joven de malas costumbres, se creará que yendo a hacer alguna mala partida, algún enemigo suyo lo ha matado y lo ha metido allí.

Plúgole a la dama el consejo de la criada, excepto en lo de darle alguna cuchillada, diciendo que por nada del mundo cometería tal acción; y la envió por la caja, si es que todavía estaba en el mismo sitio donde la había visto: fue la criada y volvió diciendo que sí. Entonces la criada, que era joven y robusta, echóse a Ruggiero sobre su espalda, ayudada por su señora y precedida de ésta para ver si venía alguien; llegadas adonde estaba la caja, lo pusieron dentro, la cerraron y allí la dejaron.

A corta distancia de aquella casa vivían dos jóvenes, que prestaban con usura, y deseosos de ganar mucho y gastar poco, como tuvieran necesidad de muebles y habiendo visto el día anterior aquella caja, decidieron que si por la noche quedaba allí abandonada se la llevarían a su casa. Llegada la medianoche salieron de su casa, la encontraron en su sitio, y sin detenerse para examinarla, se la cargaron y llevaron a su casa, si bien la encontraban algo pesada, y la colocaron en una habitación donde dormían sus esposas, y sin cuidarse de colocarla de momento en su sitio, se acostaron.



Ruggiero, que había dormido ya largo rato y había digerido el brebaje, desvirtuada ya la fuerza de éste, cuando empezaba a clarear el día se despertó: y aun cuando ya no le dominaba el sueño y los sentidos habían recobrado toda su virtud, quedóle sin embargo en el cerebro cierta estupefacción que, no solamente aquella noche, sino durante algunos días, le tuvo como aturrido. Abrió los ojos y nada vio; extendió los brazos en todas direcciones y se hialó dentro de la caja, por lo que recapacitando, se dijo: “¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Duermo o estoy despierto? Recuerdo que esta tarde fui a la habitación de mi querida y ahora me parece que estoy dentro de un cofre. ¿Qué significa esto? ¿Habría regresado el médico o habría sobrevenido algún otro accidente de resultas del cual se hubiese visto ella obligada a ocultarme aquí durante mi sueño? Así lo creo y de seguro será así”. En esa creencia, mantúvose quieto, prestando atención por si oía algo; largo rato estuvo así; mas, como se hallara muy incómodo en el cofre, que era pequeño, y le doliera el lado sobre el cual se apoyaba, quiso cambiar de postura, pero con tanta destreza lo hizo, que dando con la cadera contra uno de los lados del cofre, el cual había sido colocado en terreno desigual, hízolo inclinar y caer después: al caer, metió tanto ruido, que las mujeres que cerca de allí dormían se despertaron, tuvieron miedo, y este mismo miedo las hizo callar.

Sobresaltóse Ruggiero con el ruido del cofre; pero notando que en la caída aquél se había abierto, prefirió estar fuera de él, por si ocurría algo nuevo, que permanecer dentro. Y entre que no sabía dónde estaba y una y otra cosa, andando a tientas por la casa, buscaba puerta o escalera por donde poder salir. Al oírle las mujeres, que despiertas estaban, dijeron en alta voz:

—¿Quién anda ahí?

Ruggiero, no conociendo la voz, no respondió: lo cual hizo que las mujeres empezaran a llamar a los dos jóvenes, quienes, como habían trasnochado mucho, dormían a pierna suelta y nada oían de lo que pasaba. Cada vez más asustadas las mujeres, saltaron del lecho y asomándose a la ventana empezaron a gritar:

—¡Ladrones, ladrones!

A los gritos acuden los vecinos por distintos puntos, quién por el techo, quién por un lado, quién por otro y penetran en la casa, levantándose al mismo tiempo los jóvenes a quienes toda aquella zaragata despertó. Y Ruggiero (que, al verse milagrosamente salido del cofre, no veía por dónde poder o deber huir), fue puesto en manos de los agentes del gobernador de la ciudad que habían acudido a los gritos; y conducido ante el gobernador, como todos le tenían por hombre de muy mala condición, aplicáronle sin demora el tormento, confesando haber penetrado en casa de los prestamistas con el propósito de robar, por lo cual el gobernador creyó conveniente mandarlo ahorcar a la mayor brevedad posible.

Por todo Salerno circuló por la mañana la noticia de que Ruggiero había sido preso al pretender robar en casa de los prestamistas: sabido lo cual por la dama y su criada, tal fue su asombro y extrañeza, que estuvieron casi a punto de creer que lo que habían hecho la noche pasada, no lo habían hecho, sino que habían soñado que lo hacían; y a más de esto, era tal el do-

lor que le producía a la dama el peligro que Ruggiero corría, que estaba casi a punto de enloquecer. A eso de las nueve de la mañana, el médico regresó de Amalfi y pidió que le entregaran su agua, porque quería ir a curar a su enfermo, y encontrando vacía la garrafa púsose a gritar, quejándose de que nada se podía conservar intacto en su casa. Su esposa, aguijoneada como se hallaba por distinto dolor, respondió airada, diciendo:

—¿Qué dirías, doctor, si se tratase de una cosa de importancia, cuando por haberse vertido una botella de agua gritáis tanto? ¿No hay más agua en el mundo?

Contestóle el doctor:

—Tú te figuras, mujer, que era agua clara, pero no era tal, sino que era un agua confeccionada para hacer dormir.

Y le explicó el porqué la había hecho. Apenas hubo oído esto la mujer, comprendió que Ruggiero se había bebido aquella agua, y por eso lo habían creído muerto, y dijo:

—Doctor, no lo sabíamos, y por lo tanto arreglaos otra.

Y viendo el médico que no había otro remedio, mandó hacer otra nueva.

Poco después, la criada, que por orden de su ama había ido a adquirir noticias de Ruggiero, volvió y le dijo:

—Señora: de Ruggiero todo el mundo habla mal, y, por lo que he podido oír, no hay pariente ni amigo que se haya molestado ni quiera molestarse para ayudarle; y se tiene por seguro que mañana el Stadica<sup>1</sup> lo mandará ahorcar. Otra cosa a más de esto quiero deciros, y es que me parece haber comprendido de qué manera llegó a casa de los prestamistas, y ved ahí cómo: ¿sabéis el carpintero frente a cuya tienda estaba el cofre donde le metimos? Pues ahora mismo estaba disputándose de firme con uno a quien, a lo que parece pertenecía el cofre, puesto que éste pedía el importe de su cofre y el maestro respondía que él no lo había vendido, sino que la noche pasada se lo habían robado. Y el otro le decía: “No es verdad, pues lo has vendido a los dos jóvenes prestamistas, según ellos mismos me lo dijeron esta noche, cuando lo vi yo en su casa cuando prendieron a Ruggiero”. Y el carpintero replicó: “Mienten, pues jamás se lo he vendido, sino que más bien me lo habrán robado esta noche ellos mismos; vamos allá”. Y los dos juntos se dirigieron a casa de los prestamistas, y yo me he venido aquí. Y como podéis ver, comprendo que Ruggiero fuese transportado de esta suerte al sitio donde se le halló. Pero lo que no acierto a comprender es cómo resucitó allí.

Comprendiendo perfectamente entonces la dama cómo había ocurrido la cosa, le contó a la criada lo que su marido había dicho, y le rogó que le ayudara a libertar a Ruggiero, puesto que si quería podía a un tiempo mismo librar a Ruggiero y salvar su honor.

—Señora —dijo la criada—, enseñadme la manera, y haré con gusto lo que sea.

<sup>1</sup> Así llamaban entonces los napolitanos al juez de lo criminal.

La dama, como le interesaba, inmediatamente dio con lo que se tenía que hacer, y se lo comunicó detalladamente a su criada. La cual primeramente se fue a encontrar al médico y llorando le dijo:

—Señor, tengo que pedir os perdón de una gran falta que contra vos he cometido.

—¿Qué falta es ésta? —preguntó el doctor.

Y la criada, sin dejar de lloriquear:

—Señor, sabed que Ruggiero de Jeroli es joven y como yo le gustare, mitad por miedo y mitad por amor, consentí tiempo atrás en ser su amiga, y sabiendo ayer tarde que vos estabais fuera se empeñó tanto que le conduje a vuestra casa para dormir conmigo en mi cuarto, y como él tuviera sed y no teniendo yo adonde más pronto ir por agua o por vino, pues no quería que vuestra esposa, que se hallaba en la sala, me viera, recordé que en vuestra habitación había visto una garrafita de agua, fui a buscarla, le di de beber y volví a llevar la garrafa al sitio de donde la había sacado; y luego me encuentro con que vos os habéis enfadado mucho en casa por eso. Confieso realmente que hice mal; pero ¿quién no lo hace alguna vez? Siento mucho haberlo hecho: no solamente por esto, sino por lo que siguió después, y que puede costarle la vida a Ruggiero: por lo cual os pido muy encarecidamente que me perdonéis, y que me deis permiso para que yo vaya a ayudar a Ruggiero, en lo que pueda yo.

Al oírla el médico, aun cuando enojado estaba, contestó en son de burla:

—Tú misma te has impuesto la penitencia, pues cuando creíste tener esta noche un joven con quien solazarte de lo lindo, tuviste un dormilón; anda, pues, y mira si logras salvar a tu amante, y en lo sucesivo, guárdate muy bien de volverlo a traer a casa, pues pagarías por esta vez y por la otra.

Pareciéndole a la criada haber salido bien de su primera tentativa, se fue a toda prisa a la cárcel donde Ruggiero se hallaba, y tan bien supo conquistar al carcelero, que éste la dejó hablar con el prisionero.

Después que le hubo enterado de lo que debía contestar al Stadica, si quería salvarse, fue a presentarse al juez. El cual, antes de querer escucharla, como la viese fresca y lozana, le hizo ciertas insinuaciones a que ella asintió sin vacilar, para ser mejor oída; y después que le hubo complacido, le dijo:

—Señor, vos tenéis aquí a Ruggiero de Jeroli preso por ladrón, y esto no es verdad.

Y le contó de la cruz a la fecha la historia de cómo ella, siendo su amiga, le había llevado a casa del médico, y de cómo le había dado de beber, sin saberlo, el agua con somnífero, y cómo teniéndole por muerto, le había metido en el cofre; y después de esto, le contó lo que oído había entre el maestro carpintero y el amo del arca, haciéndole comprender con eso la manera cómo Ruggiero había ido a parar a casa de los prestamistas.

Viendo el Stadica que era fácil averiguar la verdad del caso, primeramente preguntó al médico si era verdad lo del agua, y encontró que así había sido; y después haciendo llamar al carpintero y al propietario del cofre

y a los usureros, tras muchas explicaciones, halló que la noche anterior, los usureros habían robado el cofre y se lo habían llevado a su casa.

Finalmente, mandó comparecer a Ruggiero, y habiéndole preguntado dónde había pasado la noche anterior, éste confesó que no lo sabía, pero que de lo que se acordaba perfectamente, era que había ido a pasar la noche con la criada del doctor Mazzeo en cuya habitación, como tuviese mucha sed, había bebido agua; pero que después no sabía lo que de él había sido, hasta que al despertar en casa de los prestamistas, había encontrado dentro de un cofre.

Oyendo esto el Stadica, y divirtiéndole mucho el relato, hízoselo repetir varias veces por la criada, por Ruggiero, por el carpintero y por los prestamistas.

Al fin, comprendiendo que Ruggiero era inocente, condenó a los prestamistas que habían robado el cofre a pagar diecinueve florines de oro, y puso a Ruggiero en libertad.

No hay que decir si éste se alegró; y si se alegró todavía mucho más su dama, y si ella, él y la criada, que había querido darle de cuchilladas la noche anterior, se rieron y celebraron largamente el desenlace de aquella aventura, volviendo de nuevo a sus amores los dos amantes, solazándose de lo lindo; cosa que a mí también me agradaría que me acaeciera, prescindiendo de lo de verme metido en un cofre.

\* \* \*

Si los primeros cuentos habían contristado los pechos de las encantadoras damas, este último de Dioneo, hízolas reír tan a gusto, que pudieron rehacerse de la compasión que los otros les habían excitado. Pero viendo el rey que el sol empezaba a palidecer, y que había llegado al término de su mando, pidió a las hermosas damas, con frases bastante afables, que le dispensaran por lo que había hecho; esto es, por haber hecho tratar asunto tan doloroso como lo es el de la infelicidad de los amantes, y dadas sus excusas, púsose de pie y se quitó de la cabeza la corona de laurel y, mirando a las damas para fijarse a quién debía ofrecerla, la colocó finalmente en la rubia cabeza de Fiammetta, diciendo:

—Te pongo esta corona, por ser tú quien mejor sabrás aliviar a éstas nuestras compañeras de la áspera jornada de hoy con la de mañana.

Fiammetta, cuyos cabellos eran rizados, largos y de oro, cayendo sobre sus niveos y delicados hombros, y cuyo rostro era deliciosamente redondeado, campeando en él mezclados, la blancura del lirio y el encarnado de la rosa, con dos ojos que parecían los de un halcón peregrino, y con una boquita diminuta, cuyos labios parecían dos pequeños rubíes, respondió sonriendo:

—Y yo, Filostrato, la acepto gustosa, y para que mayor cuenta te des de lo que has hecho, quiero y mando desde ahora que todas se dispongan a hablar mañana de la buena suerte que a un amante le haya cabido tras algunos accidentes dolorosos o desgraciados.

A todos agradó esta proposición.

Y la reina mandó llamar al senescal, y, después de haber dispuesto, de acuerdo con él lo oportuno, habiéndose puesto de pie toda la comitiva, la despidió jovialmente hasta la hora de la cena. Parte de la comitiva se esparció por el jardín, cuya belleza no era posible desdeñar; parte se encaminó hacia los molinos, y éste por aquí y el otro por allá, se recrearon según sus diferentes aficiones hasta la hora de cenar. Llegada ésta, reunidos todos como solían junto a la preciosa fuente, cenaron alegremente y bien servidos. Y una vez se hubieron levantado de la mesa, pusiéronse a cantar y a bailar como acostumbraban, y como Filomena dirigiera la danza, dijo la reina:

—No pretendo, Filostrato, desviarme de quienes me han precedido; antes bien, quiero, como hicieron aquéllos, que por orden mía se cante una canción, y puesto que estoy segura de que tus canciones serán por el estilo de tus cuentos, a fin de que no vuelvan a verse turbados tus días por tus infortunios, quiero que tú digas una, la que mejor te acomode.

Filostrato contestó que con mucho gusto, y en seguida y sin tardanza se puso a cantar una, llena de delicadas alusiones.

Con bastante claridad demostró la letra de la tal canción, cuáles fueron la intención y el objeto de Filostrato, y tal vez lo habría denunciado más el semblante de una de las damas que en la danza tomaban parte, si las tinieblas de la noche que habían sobrevenido, no hubiesen ocultado el rubor que había acudido a sus facciones. Cuando hubo puesto fin él a su canción, muchas otras se cantaron hasta que llegó la hora de ir a dormir, cosa esta última que hicieron todos, por orden de la reina, yendo a recogerse cada cual a su habitación.